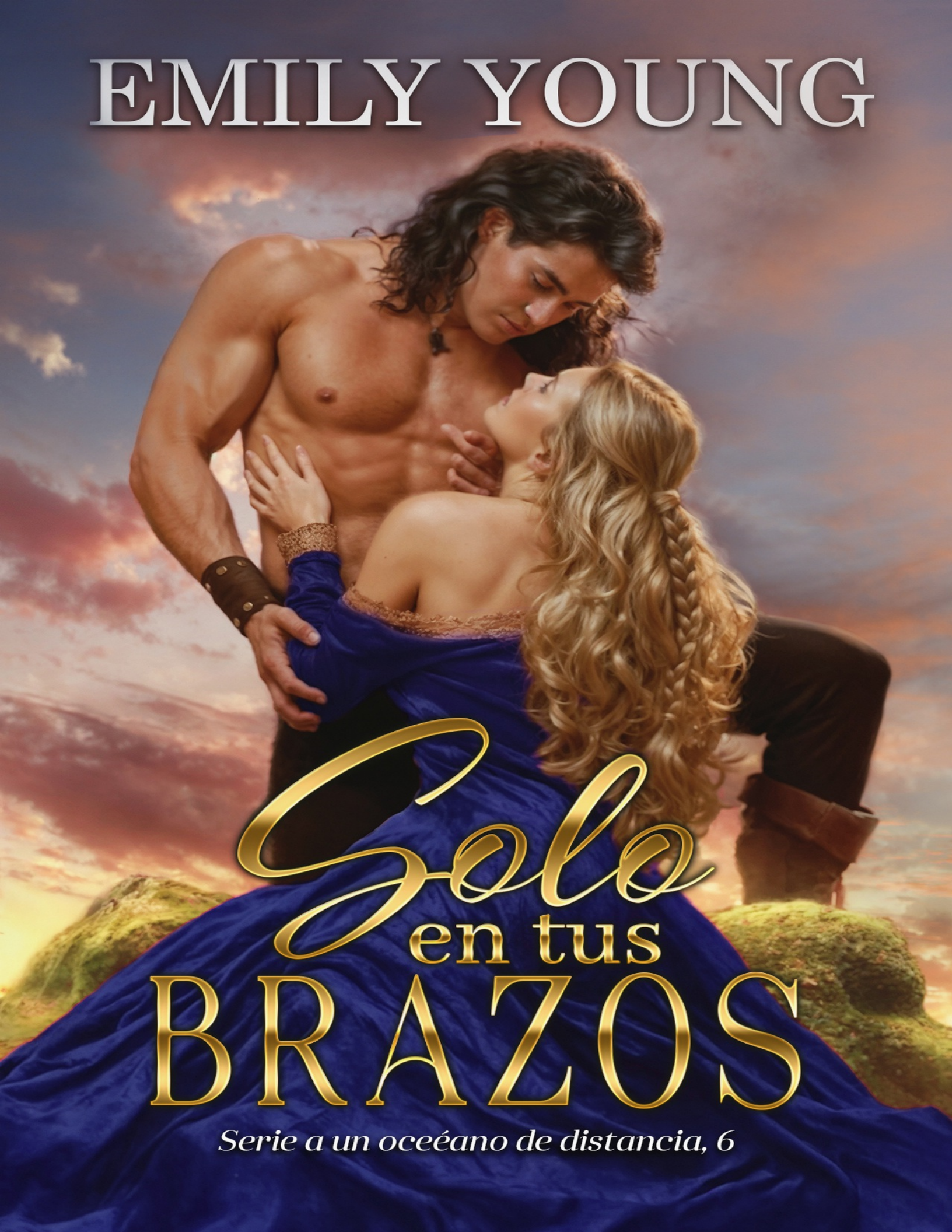


A romantic couple embracing on a cliff at sunset. The man is shirtless and muscular, with long dark hair, wearing a black leather armband. The woman has long blonde hair in a braid and is wearing a blue off-the-shoulder dress. They are standing on a rocky cliff overlooking a vast ocean under a dramatic, colorful sky.

EMILY YOUNG

Solo en tus BRAZOS

Serie a un océano de distancia, 6

Solo en tus BRAZOS

SERIE - *A un océano de distancia* - 6

EMILY YOUNG



©Emily Young

Título original – Solo en tus brazos

Serie A un océano de distancia, 6

Primera edición, Mayo 2024

Publicaciones Ricardo

Todos los derechos reservados.

Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Sinopsis

El mar la llevó ante él, pero fue su corazón quien le indicó que le pertenecía.

Como hija de un conde, Lady Jennifer Rowly sabe que tiene que respetar la decisión de su padre y resignarse a un matrimonio de conveniencia. Para ello cruza el atlántico, pero una repentina tormenta impedirá que llegue a su destino. Sola y moribunda, acabará en los brazos de un indio que la reclamará como suya.

Jennifer no se conformará con ser la esposa de un salvaje y hará lo posible por alejarse de él. Solo cuando la distancia les separe, descubrirá que el hombre que la rescató del mar es su verdadero amor.

No te pierdas la última historia de la serie a un océano de distancia, donde la pasión será tan poderosa, que incluso el basto mar no logrará separarlos.

** Aunque esta novela pertenece a una serie, se puede leer de manera independiente.*

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Costa de Virginia

Abril de 1664

La barcaza de aparejo cuadrado cabeceaba y rodaba en los mares salvajes como un caballo indomable. Vientos huracanados azotaban las vergas y las gavias, vapuleaban a los marineros en lo alto de las jarcias, se llevaban secciones de las barandillas de babor y de la bitácora, destrozaban las velas y lanzaban las viudas a cubierta.

Lady Jennifer Rawlyn se abrió paso por la escalerilla en la oscuridad más absoluta y lanzó su peso contra la escotilla. Una ráfaga de viento golpeó la puerta y la arrancó de sus goznes. Ella se aferró con fuerza a la madera y miró fijamente a la boca del infierno.

Las olas chocaban contra la cubierta inclinada y los gritos humanos se mezclaban con los de los caballos atrapados bajo cubierta. A menos de seis pasos de donde se encontraba, pudo ver los pies y las piernas desnudas de un hombre que sobresalían de un montón informe de lona y cuerda enredadas. El silbato del contraamaestre sonaba una y otra vez, con notas estridentes y arrastradas por el implacable viento.

Jennifer levantó una mano para protegerse la cara de la lluvia torrencial, cuando un marinero pasó tambaleándose junto a ella con un hacha y empezó a cortar la vela mayor. Ella miraba incrédula, demasiado sorprendida por la furia de la tormenta para emitir sonido alguno.

«Vamos a hundirnos», pensó. «Vamos a morir todos».

De repente, el capitán del barco surgió de la oscuridad y la agarró por el brazo. Se acercó y gritó en su oído:

—¡Al bote, milady! Abandonamos el barco.

Sin esperar respuesta, empezó a arrastrarla por la cubierta.

Jennifer cerró los ojos contra la fuerza del viento y la lluvia, solo medio consciente de la llorosa muchacha que se agarraba a su mano libre.

—¿Nos vamos?

Se giró y vio a Sally, la menuda criada de su tía. Con apenas once años y delgada como una pared, la niña corría verdadero peligro de ser arrastrada por la borda.

—¡Agárrate fuerte a mí! —le ordenó, cerrando los dedos alrededor de su muñeca—. No dejaré que mueras.

—¡Rápido, lady Jennifer! —interrumpió el capitán—. El bote está lleno, no tenemos

tiempo para...

—¿Qué pasa con mis tíos? —inquirió ella, alzando la voz, pero el hombre no pudo oírla. Sus palabras se perdieron en el viento.

Segundos después, vio al matrimonio acurrucado en el pequeño bote con media docena de pasajeros y varios marineros. Cuatro de ellos bajaban el bote de los pescantes al mar embravecido.

Su tía la vio y gritó.

—¡Jennifer!

—¡Deprisa! —insistió el capitán, empujando a Jennifer hacia la barca—. ¡Solo hay sitio para uno más!

La cara de Sally se puso blanca y se aferró a ella, gritando.

—¡No me dejen aquí para morir! ¡Milady, por favor, no me deje!

—Jennifer —gritó su tío. Un extremo del barco se inclinó violentamente y ella se apoyó en la barandilla de babor.

—¿No podemos llevarnos a la niña? —preguntó al capitán—. Es pequeña. No podrá...

—¡No! El bote está sobrecargado.

—¿Hay otro bote? —Agitó las manos en el aire con angustia.

—Sí, a estribor. Pero...

Jennifer hizo girar a Sally y la empujó hacia el bote. La rodilla de la muchacha chocó contra la borda y cayó gritando entre los pasajeros. Los marineros soltaron las amarras y el bote descendió a las olas.

—¡Estúpida! —gritó el capitán. La sujetó bruscamente por un brazo y la empujó hacia el otro extremo del barco.

Una ola barrió la cubierta, mojándola hasta medio muslo y casi haciéndola perder el equilibrio. Se cubrió la cabeza con las manos mientras un gran peso caía desde arriba y le rozaba un hombro. Una astilla de madera le atravesó el vestido y le hizo un corte en la espalda. Gritó y cayó en brazos del capitán, que la sostuvo y le indicó la silueta del otro bote.

Se dirigieron juntos hacia la borda de estribor. El primer oficial estaba solo en la barca; el contramaestre y el carpintero tripulaban el pescante.

—Basta de tonterías, mujer —gritó el capitán—. Suba. —La agarró por la cintura y la subió a la proa del bote con el primer oficial. Otros pasajeros y marineros se apretujaban alrededor, por lo que dio una última orden—: ¡Alto! Usaremos la escala de Jacob.

Un estruendo sacudió el barco al caer la vela mayor. Al instante, el navío empezó a inclinarse, elevando aún más la barca sobre la superficie del mar. Jennifer se aferró a las ásperas tablas del asiento, tratando de liberar su tobillo de la maraña de cabos en el fondo del bote.

—Está haciendo agua —gritó un hombre.

Dos marineros se abalanzaron sobre la borda y ella percibió el brillo del acero al destellar la espada del capitán. Alguien gritó y una vela se sacudió de un lado a otro, tirando al carpintero por la borda. Sin previo aviso, antes de que nadie más pudiera subir, la proa del bote se precipitó

hacia el agua y el primer oficial cayó de cabeza al mar.

Jennifer quedó colgando cabeza abajo en el balanceo de la embarcación, con un pie atrapado por el rollo de cuerda. Gritó de dolor y miedo al golpearse la cabeza contra la borda. Debajo de ella podía ver el agua turbulenta.

—¡Corten la cuerda! —gritó un hombre.

Ella volvió a golpearse la cabeza contra el costado del barco y su mundo se disolvió en una suave negrura.

Temblando, Jennifer levantó la cabeza y miró al vacío de la mañana gris. Hasta donde alcanzaba la vista, no había más que olas y olas blancas. La lluvia le helaba la cara y los brazos; tenía los pies y las manos demasiado entumecidos para sentir nada. Estaba sola en el Atlántico, abandonada en un frágil trozo de madera que se balanceaba a merced de la marea. No había visto ni oído nada más que el viento incesante, las olas y el tamborileo constante de la lluvia helada. No había gaviotas chillonas, ni petreles de manchas blancas rozando la superficie gris verdosa del mar enfurecido... ni rastro de tierra.

Ahucó las manos para atrapar la fría lluvia. Sabía a sal, pero no le importaba. Tenía sed, tanta sed que no conseguía aliviar la sequedad de la garganta y se preguntó hasta dónde se habría alejado el barco con la tormenta.

Al amanecer, seguía intentando vislumbrar la silueta del Blue Siren o alguna mancha flotante en el horizonte que pudiera ser el otro bote. El sentido común le indicaba que el barco se había hundido y que el otro bote, si no se había ido al fondo, estaría a leguas de distancia. Pero ella siguió esperando y mirando al horizonte hasta que le dolieron los ojos, y solo pudo ver más lluvia, agua y cielo gris.

Se echó a reír, un sonido solitario en el pequeño bote. Siempre se había enorgullecido de ser realista. El Blue Siren había desaparecido; sus tíos y los demás del primer bote podían estar muertos, incluso la quejumbrosa Sally, con sus sucios pies descalzos y las uñas de las manos mordidas. Esperaba que no. Podían haber tenido una oportunidad, la barca de su tía tenía remos y marineros para manejarlos.

Jennifer no tenía ni idea de lo lejos que estaban de la costa de Virginia. ¿Treinta leguas? ¿A sesenta? Puede que el propio capitán no supiera exactamente dónde estaban cuando el barco empezó a romperse.

Las tormentas habían asolado el Blue Siren desde que salió de las Indias Occidentales. El barco viajaba en compañía de otro navío, el Fruitful Merchant, que dio la vuelta a las Indias cuando se declaró una enfermedad a bordo. Su tía suplicó al capitán del Blue Siren que regresara con el otro barco al puerto de las islas, donde habían fondeado en busca de agua fresca y provisiones, pero él se burló de sus temores. Pasaron unos días de enérgica navegación enérgica antes de llegar a Cabo Hatteras y luego el tiempo se volvió desapacible. Vientos casi huracanados azotaron el navío hacia el norte durante días, culminando en la borrasca que había traído el desastre tanto a la tripulación como a los pasajeros.

Su corazón se encogió al recordar los relinchos de los caballos atrapados en la bodega. Su propia yegua, Lluvia, y el semental alazán que iba a llevar a Arthur como regalo de bodas estarían tan muertos como el resto. ¡Qué terrible tragedia! Lluvia era muy querida para ella, y el semental probablemente habría engendrado potros mejores que los que crecían en la verde hierba

de la colonia de Virginia.

Volvió a reír con pesar. Su madre decía que era superficial y quizá tuviera razón. ¿Qué clase de mujer lamentaría la pérdida de un caballo cuando sus tíos y unas treinta almas más yacían en el fondo del mar?

Suspiró y enterró la cara entre las manos. No quería mucho a sus tíos, pero les tenía cariño. Su tía era una mujer tonta, todo alboroto y espectáculo, demasiado perezosa para ser cruel y demasiado estúpida para tener un pensamiento propio. A su tío Patrick no le faltaba cerebro, pero lo había malgastado en la búsqueda insensata de mujeres perdedoras, al igual que había despilfarrado su amplia herencia en las mesas de juego. Ella aprendió pronto que era mejor mantenerse alejada del tío Patrick cuando estaba bebido. Sus manos tenían la costumbre de meterse donde no debían, aunque el objeto de su atención fuera una sobrina de doce años. Sin embargo, a pesar de sus defectos, Jennifer no deseaba la muerte de ninguno de ellos.

Se sintió culpable y elevó una oración al cielo para que estuvieran a salvo; después se preguntó si la creerían perdida para siempre.

El cielo estaba tan gris que no podía ver el sol. ¿Se alejaba su bote o se acercaba a la costa de Virginia? No había forma de saberlo. Si no llegaba a tierra, o si no la recogía un barco que pasara por allí, se ahogaría o moriría de hambre.

Ese pensamiento le produjo un estremecimiento.

No tenía sentido. Era demasiado joven para morir. Y, desde luego, demasiado joven para morir en un absurdo accidente en el mar.

—Si fuera a ahogarme, ya lo habría hecho —declaró en voz alta, extendiendo las manos hacia delante.

Tenía los dedos arrugados y las palmas en carne viva. Se preguntó por qué tenía las manos arañadas y magulladas, y supuso que debía de ser por agarrarse a los bordes rugosos del bote.

Los anillos seguían en sus dedos: la perla que su padre le había regalado por su decimosexto cumpleaños, el rubí que había heredado de su difunta abuela escocesa y el pesado anillo de compromiso de oro y esmeralda. Si llegaba a la costa, tal vez podría cambiar las joyas por comida o un pasaje seguro a Jamestown. ¿Le reprocharía su prometido que cambiara un anillo de esmeralda, regalo de Enrique VIII a uno de sus antepasados, por comida a un salvaje pintado?

Se oyó un fuerte silbido y algo enorme emergió junto a el bote. Por un instante, Jennifer miró fijamente un ojo redondo y negro, y luego la criatura desapareció bajo las olas.

—¡Oh! —Jennifer exhaló un largo suspiro. Apretó los dientes y se quedó mirando el lugar donde había estado la bestia. Antes de que los latidos de su corazón volvieran a la normalidad, las olas se separaron al otro lado del barco y un par de delfines la miraron con curiosidad—. ¡Oh, vaya! —consiguió decir.

Eran enormes, con cuerpos oscuros y elegantes y ojos inteligentes. No tenía ninguna duda de que los delfines podrían hundir su bote si quisieran, pero de forma extraña no sentía miedo. Eran preciosos.

Como si percibiera su admiración, el mayor de los dos mamíferos se lanzó directamente al aire, dando una vuelta de campana mientras se zambullía en el mar. El segundo lo siguió, y

ambos volvieron a la superficie cerca del lugar donde ella los había visto por primera vez.

Durante casi una hora, los delfines nadaron y jugaron junto al bote, y luego, tan repentinamente como habían llegado, desaparecieron. Jennifer observó y esperó durante largo rato, y una gran tristeza se apoderó de ella al darse cuenta una vez más de lo sola que estaba.

Le dolía la cabeza. Hacía tiempo que la lluvia le había lavado la sangre del corte de la cabeza, pero su arruinado vestido estaba lleno de feas manchas marrones. Un bulto del tamaño de un huevo de gallina se le había hinchado justo encima de la oreja izquierda, y la espalda le escocía donde el agua salada le había empapado el corte que se había hecho en el barco. El pelo rubio le colgaba de cuerdas empapadas y se dio cuenta, con irónica diversión, de que solo llevaba un zapato.

—Lady Jennifer Louise Rawlyn —proclamó de forma burlona—. Lady Jennifer desea que se sirva café y dulces a sus invitados en el invernadero.

Las lágrimas brotaron de sus ojos verdes, se arrancó el único zapato y lo arrojó lo más lejos que pudo en el océano.

El balanceo del barco le provocó espasmos en el estómago. Su debilidad la avergonzaba. Siempre había sido buena marinera, incluso de niña, cuando cruzaba el Canal de la Mancha hacia Francia o iba a Irlanda con su padre. Ojalá no tuviera tanto frío. Si los delfines volvieran...



Los músculos de Shaakhan Kihittuun ondulaban bajo su piel bronceada mientras hundía el remo de nogal en el agua y separaba las olas con un ritmo incansable. La piragua se deslizaba, respondiendo a sus órdenes como si fuera una extensión de su elegante y poderoso cuerpo. Incluso el color de la madera de ciprés se mezclaba con su piel bronceada y su brillante pelo negro, haciendo difícil distinguir dónde terminaba el hombre y dónde empezaba la embarcación.

El océano era de un gris furioso, las olas blancas divididas por remolinos de verde espumoso y marrón sucio, herencia de la tormenta que había asaltado la playa y los bosques circundantes durante tres días y tres noches. Las nubes se cernían sobre el agua, atravesadas por los gritos hambrientos de las gaviotas. Las aves revoloteaban y se lanzaban en picado, a veces se zambullían en el mar y salían con un pez atrapado en el pico.

Shaakhan amaba el mar en todos sus estados de ánimo. Cuando el sol brillaba y los trozos de luz bailaban sobre la superficie del agua, remaba con su piragua hacia el este, lejos de la tierra; a veces para pescar y otras simplemente para formar parte de la magia del agua y el cielo que se extendía más allá de la imaginación de un hombre. Conocía las criaturas del océano, las poderosas ballenas y las enigmáticas rayas, los peces y los delfines; igual de bien que conocía los animales y los pájaros del bosque. Aquellos días eran buenos, cuando hacía buen tiempo y la gran agua salada mecía su piragua con la misma suavidad que una madre a su hijo en sus brazos.

Pero Shaakhan sabía que el mar era tan cambiante como una mujer. Todavía la amaba cuando sus vientos soplaban y sus olas se levantaban y caían con furia. A veces, pensaba que amaba más al mar cuando luchaba con la costa y arrancaba tramos enteros de playa, amenazando los límites del bosque. Y cuando lo peor de la tormenta había pasado, nunca dejaba de lanzar su

barca al mar y desafiar su espíritu impertérito.

Sus ojos oscuros y almendrados se entrecerraron al fijar la mirada en un objeto desconocido que se mecía sobre las olas, en la lejanía. Lo había visto antes, pero luego lo perdió de vista. Era extraño al mar y al cielo, y Shaakhan sintió curiosidad. ¿Qué era aquella cosa y de dónde había salido?

Dudó con el remo en el aire, mientras gotas de agua escurrían por la hoja. Entonces las olas se separaron y un delfín saltó de las profundidades y sobrevoló la piragua. Antes de que Shaakhan pudiera hacer algo más que jadear de asombro, otro delfín más pequeño repitió la actuación.

El hombre sonrió.

—Amigos míos —los llamó—. Me alegro de volver a veros. Inmediatamente, la criatura más grande salió del agua y rebotó sobre la superficie con la punta de la cola. La más pequeña, una hembra joven, se contentó con varios saltos excitados y un silbido de boca ancha—. ¿Qué pasa? —Shaakhan introdujo lentamente la pala en el foso y la colocó sobre su regazo—. ¿Deseas decirme algo?

El macho desapareció bajo la superficie del agua y apareció junto a la hembra. Por un momento, permanecieron a un brazo de distancia de Shaakhan, luego ambos se giraron y dieron un último salto giratorio antes de perderse de vista. Cuando volvieron a la superficie para respirar, estaba casi a un tiro de arco de distancia.

Shaakhan solo vio un destello blanco y luego los delfines desaparecieron. Justo más allá del punto donde los delfines se sumergieron se balanceaba el extraño objeto. Levantó su remo y giró la piragua en aquella dirección.

Al reducir la distancia que los separaba, se dio cuenta de que era una especie de canoa.



Jennifer yacía de espaldas en el fondo del bote. Ya no era consciente del tiempo ni del frío. De hecho, tenía calor; su cara y sus brazos, la superficie de su piel, parecían arder. Tenía la boca reseca, los labios hinchados y agrietados. Le dolían los ojos al intentar abrirlos.

Sabía que había dejado de llover porque tenía mucha sed. Echaba de menos el sonido de las gotas al golpear el recipiente de madera. Ahora solo oía el vaivén de las olas y el silbido del agua contra el casco. Arriba y abajo... arriba y abajo... Se tapó los ojos con un brazo y pensó en fresas maduras. Fresas con nata fresca.

El recuerdo era tan agradable que no oyó el roce de la madera cuando las dos embarcaciones se juntaron. No se dio cuenta de que el hombre ataba las dos barcas con un poco de sedal de corteza de árbol y subía a su lado.

—¿Hokkuaa?

Jennifer gimió y sacudió la cabeza. Un brazo se deslizó bajo su hombro y la levantó.

—¿Qué? —Parpadeó al ver el rostro bronceado de un hombre—. ¿Dónde estoy? —jadeó.

—*Mumaane*. Bebe... bebe esto. —Unas gotas de agua dulce se deslizaron entre sus labios y Jennifer se aferró al recipiente de calabaza—. No, solo un poco —le advirtió el hombre en un inglés ronco y preciso.

Ella tragó el preciado líquido hasta que él se lo retiró.

—¿Lo conozco? —Su voz era quebradiza y débil. ¿Era real o un sueño? Jennifer hizo un esfuerzo para que su mente funcionara—. ¿Quién es usted?

Él sonrió, sus grandes ojos oscuros en su rostro bronceado.

—Soy Kley —dijo—. No tengas miedo. No te haré daño.

—¿Un barco? —Jennifer volvió a coger la calabaza de agua—. ¿Tiene un barco?

Le dio otro sorbo de agua y ella cerró los ojos, cansada. Pensó que parecía un pirata, pero un pirata amable. Era imposible tener miedo de aquellos ojos enormes y amables.

—Estás... en la gran... gran agua salada —trató de explicar—. Te llevaré a tierra. No tengas miedo.

—Oh... a tierra. —Ella se dio cuenta cuando la levantó, pero fue impotente para ayudar o resistirse a él.

La tumbó de lado y se quitó el chaleco de piel de ciervo, cubriéndole la cara con la suave prenda.

—Para que no te quemes más con el sol —le advirtió.

El movimiento de las olas era diferente. Cuando Jennifer apartó la cubierta y se obligó a abrir los ojos, vio la silueta del hombre sobre ella, con el torso desnudo, moreno contra el cielo.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntar.

Él se echó a reír suavemente.

—Ya te lo he dicho. Soy Kley.

Su mente oscilaba entre la luz y la oscuridad.

—¿Le conozco?

—Me conoces —aseveró él—. Siempre me has conocido.

Capítulo 2

Jennifer se dio cuenta poco a poco de que no había ningún movimiento debajo de ella. No oía el constante vaivén del agua; solo el sonido de su respiración. Dudosa, abrió los ojos y descubrió que estaba en una habitación pequeña y sombría que olía a ramas de pino. Levantó la mano derecha, que rozó una pared rugosa e inclinada, e intentó incorporarse con desconcierto.

—Quédate quieta —le ordenó una voz masculina—. Estás a salvo.

Jennifer suspiró y echó la cabeza hacia atrás al reconocer la voz del hombre que la había sacado del bote. Dondequiera que estuviera, no la habían robado ni violado. Todavía llevaba los anillos en los dedos.

—¿Dónde estoy? —Le dolía la garganta y sonaba como una vieja bruja—. ¿Estoy en tierra?

El hombre se echó a reír con suavidad.

—A menos que el mar decida reclamarte de nuevo. —Se acuclilló junto a ella y le tendió un cuenco—. ¿Tienes hambre?

Ella se humedeció los labios agrietados con la lengua y trató de recuperar la lucidez. Tenía calor, sus ojos captaban el parpadeo de un pequeño fuego, y la cama bajo ella era blanda. Cuando movió su peso sobre el colchón, el olor a pino se hizo más fuerte. Parpadeó, ajustando la vista a la tenue luz del fuego. Aquello no era una habitación de una casa, pensó. Era una cabaña primitiva. En el centro del bajo techo había una abertura y vio estrellas, por lo que supo que era de noche.

El hombre volvió a hablarle, captando su atención.

—Ayer, te saqué del mar y tienes fiebre. Has dormido mucho tiempo. —Adivinó sus pensamientos.

Jennifer se llevó una mano al pelo y se dio cuenta de que estaba bien peinado y recogido en trenzas. Lo notaba húmedo. Llevaba una burda túnica de piel. Quien me la hubiera peinado también le había puesto ropa limpia y volvió a mirarlo.

—Usted es... —Se esforzó por recordar su nombre—. ¿Kley?

—Kley Dare.

—Sí. —Olfateó lo que había en el cuenco y de repente se sintió hambrienta—. ¿Es sopa?

Él asintió con la cabeza y sonrió. Entonces, ella se dio cuenta de que su pelo oscuro estaba cortado a la altura de los hombros. Llevaba un chaleco de cuero sin mangas, abierto por delante; bajo la prenda, su musculoso pecho estaba desnudo. Un ancho brazalete de cobre rodeaba los abultados bíceps de un brazo poderoso. «¡Un pirata!», recordó su anterior impresión con un

escalofrío de excitación. «Me ha capturado un pirata».

—Es bueno que tengas hambre —le indicó—. La comida y el descanso te harán fuerte. —Dejó el cuenco en el suelo y la levantó hasta que se quedó medio sentada, ajustando un respaldo de madera en su espalda—. Ya está. Come.

Jennifer se sobresaltó al oírlo. No había nada lascivo ni familiar en los modales del hombre, pero el calor de su brazo quemó su áspera ropa como si fuera fuego. La había levantado con tanta facilidad como si fuera una niña y respiró entrecortadamente.

—Oh. Yo...

Sintiendo su miedo, él se alejó un poco y se quedó inmóvil.

—No corres peligro —insistió—. Soy un amigo. —Le tendió el cuenco de sopa humeante—. Come.

—No le he dado las gracias por salvarme —dijo Jennifer con voz temblorosa—. Soy lady Jennifer Louise Rawlyn. Estoy prometida a Arthur Lindsey, hijo del conde de Hayward. Si me lleva a Mathewtown, o informa a mi familia de que estoy aquí, será recompensado.

—Toma la sopa mientras esté caliente.

—¿No lo entiende? —inquirió ella con ímpetu—. Soy una persona muy importante. ¿Sabe dónde está Jamestown?

—Lo sé. —Se puso en pie.

Jennifer sintió que se le calentaban las mejillas. El hombre llevaba poco más que un delantal de piel sobre los muslos. Apresuradamente, apartó los ojos. Hasta un pirata sería lo bastante civilizado como para llevar pantalones. ¿Estaba prisionera de un loco?

—Insisto en que se ponga en contacto con mi prometido de inmediato —espetó.

—Ya te he oído. ¿Siempre repites las cosas?

Dividida entre el deseo de poner a aquel rufián en su sitio y el de llenar el vacío que le dolía en el estómago, Jennifer se permitió un altivo resoplido.

—Envíeme una sirvienta —ordenó—. Quiero mi propia ropa. No puedo llevar esta... esta cosa. —Tocó la túnica de piel con desagrado.

Kley cruzó los brazos sobre el pecho y la miró fijamente.

—No comprendo de qué sirvienta hablas.

—La mujer que me quitó la ropa, que me trenzó el pelo. Envíemela de inmediato. —Agarró el cuenco de sopa y la cuchara de cuerno, y dio un sorbo tentativo. El caldo estaba delicioso. Con impaciencia, se llevó la rica mezcla a la boca. Incluso el condimento era delicado, se alegró al descubrir que, según su experiencia, los cocineros intentaban cubrir el sabor de la carne con especias pesadas.

—Vaya... —La risita divertida del hombre la hizo detenerse bruscamente.

Lo miró con furia.

—No estoy acostumbrada a pedir dos veces lo que quiero —replicó.

—Ya lo veo.

—¿Y bien? —Estaba empezando a enfadarse.

—Aquí no hay ninguna mujer.

—¿No hay ninguna mujer? Tonterías. Si no hay ninguna mujer, ¿quién...? Oh... —Sus mejillas ardían de vergüenza—. Usted...

—Estabas mojada y tenías frío —le explicó—. No quería que enfermaras. —Se encogió de hombros—. No hay por qué avergonzarse. Tu cuerpo es bonito, pero no eres la primera mujer que veo sin ropa.

Enfadada, echó los pies descalzos sobre el borde de la cama y se levantó de forma temblorosa.

Kley no hizo ningún movimiento para detenerla, mientras se tambaleaba hacia la puerta abierta. Apartó una cortina de piel y salió a una cálida noche de primavera.

Presa del pánico, miró alrededor y vio que no había otras casas, tampoco gente ni más luces que las de las estrellas. El único signo de un lugar habitable era aquella pequeña cabaña bajo los árboles. Con el corazón palpitante, contuvo la respiración y escuchó. A lo lejos, oyó el sonido de las olas.

—¿Dónde estoy? —gritó—. ¿Qué lugar olvidado de la mano de Dios es este?

—Este es mi hogar. Si te dijera el nombre, tampoco sabrías dónde estás.

—Oh. —Jennifer retrocedió.

Era alta para ser mujer, pero aquel hombre la sobrepasaba. Sus hombros eran tan anchos como los de un herrero; sus muslos nervudos y desnudos brillaban a la luz de la luna como los de un gladiador pagano.

—Tienes miedo.

—No le tengo miedo —mintió ella.

Él olfateó con incredulidad.

—Tu lengua dice una cosa, pero tu cuerpo dice otra. Tiembles como una cierva ante la flecha del cazador.

—No eres inglés —Lo tuteó Jennifer de repente, igual que él hacía desde que la recogió en el agua—. ¿Quién y qué eres?

—Soy guerrero de los *Lenni-Lenape*. Clan de *Munsee*-el lobo.

Ella sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Un indio? ¿Eres un indio?

—India está muy lejos. —Él agitó las manos expresivamente—. Más lejos incluso que el reino de la Reina Virgen. Ya te he dicho que soy de los *Lenni-Lenape*. Entre mi gente, me llamo Shaakhan Kihittuun, que en tu lengua significa: Agua del Mar.

—¡Pero me mentiste! Dijiste que te llamabas Kley. —Retrocedió hasta chocar con el tronco de un árbol—. Me dijiste...

—Yo no miento. Mi abuela comparte tu sangre. Fue ella quien me dio mi nombre inglés.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Te llevaré de vuelta al *wigwam*. Si corres por la noche sin nada en los pies, volverás a tener fiebre y morirás.

Jennifer tragó saliva. La suave voz de Kley había adquirido un tono de acero.

—¿Y si me niego?

—No puedes. Eres un regalo del mar.

Ella escudriñó el suelo en busca de una roca, un palo, cualquier cosa con la que defenderse de aquel salvaje, pero no había nada.

Como si leyera su mente, Kley suspiró exasperado.

—Si corres, yo corro más rápido. Si me golpeas, ¿puedes saber que no golpearé más fuerte? Deja de comportarte como una niña malcriada y vuelve a casa. Tu sopa estará fría.

—¿Cómo te atreves a darme órdenes? ¿Qué derecho tienes...?

—Tengo todo el derecho. Me perteneces.

El miedo recorrió su espalda como agua helada. Aquel hombre estaba loco. La mujer de su tío abuelo William había sufrido ataques de locura y todos en la casa se esforzaron por no alarmarla por miedo a sus violentos ataques. «Finge estar de acuerdo con ella», dijo la abuela. «Desconfía siempre de los locos».

Aquel consejo resonaba en su mente mientras se obligaba a permanecer inmóvil, cuando todos sus instintos le pedían que huyera de aquel salvaje desequilibrado.

—Vuelve al fuego —instó Kley con suavidad—. No te haré daño.

—Está bien. —Ella asintió en un murmullo. De momento, no podía hacer nada más.

Temblorosa, le permitió que la condujera al interior de la cabaña.

—¿Quieres cenar? —le preguntó.

—No. —Se retiró a la cama y se tapó la cabeza con la piel de ciervo. El miedo le había quitado el hambre. En un acto inútil de desafío, le dio la espalda y cerró los ojos.

Riéndose por lo bajo, Kley se tumbó al otro lado del fuego y se durmió al instante. Ella permaneció despierta hasta que las estrellas empezaron a desaparecer del cielo.

Cuando volvió a abrir los ojos, la luz del sol entraba por la abertura de la puerta y se derramaba por el suelo de la cabaña. Estaba sola.

Al cabo de unos minutos, se levantó de la cama y miró cautelosamente hacia el exterior. No había rastro de Kley, solo pudo ver un conejo. El animal se incorporó sobre las patas traseras y la miró, moviendo las orejas con curiosidad.

Jennifer se volvió hacia la hoguera; solo quedaban unas pocas brasas, pero junto a ella había una gran concha de almeja que contenía una especie de papilla. Metió un dedo en la papilla y la probó. No le resultaba familiar, pero estaba deliciosa. Devoró rápidamente las gachas, dos tortas redondas de pan y un pescado ahumado, todo ello regado con agua que encontró en un recipiente de calabaza.

Una vez saciada su hambre, observó la cabaña con más detenimiento. El tejado era inclinado, alto en el centro y bajo a los lados. Las paredes estaban cubiertas de corteza sobre ramas tejidas. De los soportes del techo colgaban cestas y cuencos; el suelo estaba cubierto de

pieles curtidas. Los anzuelos y el sedal estaban cuidadosamente enrollados en estacas; el maíz y el pescado secos colgaban de cuerdas contra la pared del fondo. Lo que Jennifer supuso que eran mudas de ropa estaban cuidadosamente dobladas y apiladas en una estrecha plataforma cerca de la entrada. No había nada en la cabaña que pudiera interpretarse como un arma, a menos que contara el cuenco de arcilla con puntas de flecha que había junto a la cama.

Volvió a tumbarse en el colchón de ramas de pino y trató de calmar el pánico lo suficiente como para razonar con claridad. Estaba sola, prisionera de un indio piel roja, en algún lugar de la costa de América. No tenía forma de saber si alguien más había sobrevivido al naufragio, pero si lo habían hecho, sin duda la creían ahogada.

Toda su vida había estado protegida del mundo por su nacimiento y posición. Su padre era un poderoso conde con conexiones con todas las grandes casas de Europa. Desde niña, la habían mimado y adulado.

Las sirvientas la ayudaban a vestirse, a prepararse el baño y a peinarse. Nunca se había quedado sin comer y tampoco había pasado frío ni le habían faltado zapatos.

Jennifer miró con disgusto sus pies descalzos, arañados e hinchados. ¿Cuántos pares de zapatos llevaba en su ajuar? ¿Veinte? ¿Treinta? No tenía ni idea. Los zapatos de Jennifer no eran asunto suyo. Una doncella siempre se ocupaba de que el atuendo adecuado estuviera dispuesto para cada ocasión.

Suspiró, dando por hecho que todos sus zapatos se habían ido al fondo del mar con sus preciosos vestidos, sus libros más preciados y sus joyas. Meneó los dedos de los pies desnudos contra la piel de animal del suelo.

—Tenías razón, Adele —murmuró malhumorada—. Debería haber desertado contigo.

Adele había sido su doncella desde que Jennifer tenía diez años. Se suponía que la muchacha irlandesa de pelo negro se iría con ella a la colonia de Virginia, junto con la criada, Nan. Pero a la joven le aterrorizaba la idea de cruzar el océano y, cuando llegó el momento de zarpar, no apareció por ninguna parte.

Se echó a reír. La llamó traidora, pero resultó ser la sabia.

Su criada Nan enfermó y murió a las dos semanas de zarpar de Bristol. Su cuerpo fue arrojado al mar mucho antes de que el Blue Siren llegara a las Indias Occidentales y, durante el resto del viaje, Jennifer tuvo que arreglárselas con la ayuda de las dos criadas francesas de su tía y la inútil de la pequeña Sally. Las francesas no habían estado en el barco con su tía. Temía que hubieran muerto horriblemente cuando el barco se hundió.

Jennifer se frotó la cara con las manos. No había nadie que pudiera ayudarla. Si quería sobrevivir, tendría que hacerlo con su propio ingenio y determinación. Después de todo, era una Rawlyn, y los Rawlyn tenían una orgullosa tradición de fortaleza que se remontaba al antepasado que había desembarcado con Guillermo el Conquistador. Ningún verdadero Rawlyn se dejaría intimidar o vencer por un simple salvaje.

Aquel bárbaro podía estar acostumbrado a tratar con simples muchachas nativas, pero nunca se había enfrentado a una noble inglesa. Toda la situación era un grave malentendido, debido a la ignorancia de Kley sobre el funcionamiento del mundo civilizado. Una vez que fuera capaz de comprender la verdadera posición de Jennifer en la vida, y la importancia de su padre, le resultaría sencillo insistir en que la transportara sin demora a la colonia inglesa más cercana.

Suspiró aliviada. Se había comportado como una tonta al asustarse por la noche, cuando descubrió que el hombre era un indio. No le había hecho ningún daño. No la había violado ni abusado de ella. Kley no era peligroso, a pesar de su equivocada ilusión de que ella le pertenecía.

En realidad, el salvaje la había tratado bastante bien. Le proporcionó comida, agua y un refugio, por muy tosco que fuera.

Echó un vistazo a la cabaña y se permitió una sonrisa condescendiente. Salvo por lo limpia que estaba, la cabaña podría haber servido de gallinero en una de las fincas de su padre.

Sintiéndose más aliviada, Jennifer salió de la cabaña y siguió el sonido de las olas hasta la orilla del agua. Se detuvo y miró a su alrededor, respirando profundamente el vigorizante aire salino. Una playa de arena blanca se extendía en ambas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. El mar azul verdoso estaba en calma bajo un sol resplandeciente, y el oleaje se mecía en suaves olas contra la arena húmeda. Era un hermoso día de primavera, y el aire estaba lleno de los aromas y sonidos de un paraíso virgen.

Gaviotas y aves costeras de todo tipo se pavoneaban a lo largo de la orilla o se lanzaban en picado sobre el cielo. Jennifer se echó a reír cuando un cangrejo revoloteó alrededor de sus pies, arrastrando un trozo de alga verde como una cinta.

—Me recuerdas a una doncella bailando alrededor de un palo de mayo en primavera —le dijo—. El cangrejo se levantó sobre sus aletas traseras, agitó una pinza en el aire y huyó hacia la seguridad del agua, arrastrando todavía el alga tras de sí—. ¡Cobarde! —se burló.

Se agachó para inspeccionar un pequeño agujero en la arena cuando, de repente, la cabeza y el torso de un hombre emergieron por encima de las olas, justo delante de ella. Sobresaltada, saltó y cayó de espaldas. Una ola la rodeó, mojando su túnica de piel de ciervo hasta la cintura.

Kley echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Se metió en el agua hasta la cintura y levantó una lanza. Un gran pez se agitaba en su extremo.

—He pescado nuestra comida del mediodía —le advirtió. Sin dejar de sonreír, señaló al sol—. ¿Siempre eres tan perezosa?

Caminó hacia ella y Jennifer se puso en pie de un salto, incrédula. El hombre estaba totalmente desnudo. Por su poderoso pecho y su estrecha cintura corrían centelleantes gotas de agua. Sus caderas y muslos parecían de mármol, el vientre tenso sobre el órgano masculino expuesto.

Jennifer tragó saliva, ajena al divertido escrutinio de Kley. Había visto libros prohibidos y una vez una estatua griega, pero nunca había contemplado a un hombre adulto desnudo. Un cosquilleo desconocido en el vientre le aceleró la respiración y retrocedió un paso, pensando que era muy guapo.

—¿No hay hombres en tu país? —Su pregunta hizo que ella volviera en sí. Sus mejillas se encendieron al darse cuenta de que había estado contemplando su cuerpo desnudo y disfrutando plenamente de la visión—. No me importa que mires.

—¿Dónde está tu ropa? —espetó—. ¡Eres indecente!

Señaló el taparrabos y el chaleco de cuero que yacían en la arena unos metros detrás de ella y se pasó una mano por el pelo mojado.

—¿Los ingleses siempre dicen una cosa y piensan otra? —preguntó, arrojando la lanza—.

Me vestiré si te place, pero solo un tonto arponearía peces cubierto con pieles.

Ella se dio la vuelta para esconder su vergüenza, sin saber cómo había podido hacer algo así. Él pensaría que ella... Se mordió el labio inferior. No podía creer que le atrajeran sus primitivos encantos. Sabía que era una mentirosa, que no había sido mera curiosidad lo que la obligó a quedarse mirando fijamente. Indio o no, Kley era un hombre extremadamente viril. Había en él un magnetismo sensual que trascendía la raza y la cultura.

Sacudida por su propia constatación, Jennifer comenzó a alejarse rápidamente por la playa.

—¿Adónde vas? —le preguntó él, corriendo tras ella.

—Voy a Jamestown. —Levantó los hombros—. Si no me llevas, encontraré yo misma el camino.

—Muy bien, pero hay algo que debes saber.

Ella se giró con los puños apretados y los ojos verdes brillando con destellos de oro iridiscente.

—¿Y qué es?

—Vas por el camino equivocado.

Capítulo 3

Jennifer entornó los ojos con desconfianza y sacudió la cabeza con fuerza.

—¡No te creo!

—Shaakhan Kihittuun no miente. —Empezó a caminar de nuevo—. *Je-nni-fer*.

El sonido de su nombre en su lengua resultaba inquietante. Sonaba suave, casi una caricia. Nadie lo había pronunciado de aquella manera.

—Está bien. —Se detuvo, respiró hondo e intentó controlar sus emociones.

Al menos, el hombre había vuelto a ponerse el extraño delantal de piel a la cintura. Intentar hablar con un salvaje desnudo debía de ser desconcertante.

—Te cansarás —insistió él—. Todavía estás débil. Tienes... —Luchó por encontrar una palabra desconocida en inglés y procuró hacerse entender—. Tienes herida en la espalda. Puedo curarte.

A Jennifer se le llenaron los ojos de lágrimas y parpadeó. Realmente le dolía la espalda. Vagamente, recordó que se había golpeado antes de bajar al bote del Blue Siren.

—Quiero volver con los míos —declaró, obstinada.

Kley se puso delante de ella, impidiéndole el paso con su cuerpo sólido y musculoso.

—Debes olvidarlos —aconsejó con suavidad.

—Estás loco. —Se apartó de él y miró hacia las olas. Le temblaban las manos y volvió a cerrarlas en un puño—. Creerán que estoy muerta.

—Sí.

—No lo entiendes.

—Eres tú quien no lo entiende. Te espero desde hace muchos años.

Era difícil pensar cuando él estaba tan cerca. No podía respirar y se sentía mareada. El aire entre ellos parecía crepitar con una extraña energía.

—¡Tonterías! —balbuceó—. No podías estar esperándome. Ni siquiera sabías que estaba viva hasta que me encontraste en el bote.

Pateó la arena húmeda con el pie descalzo, tratando de ignorar las sensaciones agitadas en la boca del estómago.

—Ahora vuelvo al *wigwam*. Cocinar pescado. *Je-nni-fer* vendrá cuando deje de llorar.

Era más una pregunta que una orden.

—No estoy llorando —mintió, quitándose las lágrimas con el dorso de una mano.

—El mar te trajo a mí como mi visión prometió. Luchar contra la voluntad de Manito es inútil. —Se acercó más—. Eres muy hermosa, *Je-nni-fer*. No creo que tu mente esté tan vacía como la ardilla Honneek. Acepta lo que debe ser.

Incapaz de responder, ella se quedó rígida y observando el agua. Pasaron minutos hasta que sospechó que se había ido. Cuando no pudo soportarlo más y volvió la cabeza para mirar, Kley estaba trotando por la playa, de vuelta por donde habían venido.

«Maldito seas», pensó al tiempo que se sentaba en la cálida arena. Estiró las piernas hacia delante y se dio cuenta de que estaba temblando.

—¿Por qué? —preguntó al aire, pero no obtuvo respuesta. La playa desierta parecía extenderse eternamente a ambos lados. El cielo era de un azul brillante y el sol calentaba más que ninguno de los que recordaba en Inglaterra—. Tal vez todo esto sea un sueño —murmuró.

Pero sabía que no lo era: todo era demasiado real.

Nada en sus veintidós años la había preparado para el hundimiento del Blue Siren y los acontecimientos que siguieron. La adversidad nunca había amenazado su dorado mundo; nunca había estado en peligro físico. Ni siquiera el férreo gobierno de Cromwell en Inglaterra había afectado a su protegida infancia.

Dejó escapar un suspiro, cogió una concha vacía y la arrojó al agua. Su familia siempre había tenido la astucia de estar en el bando vencedor de cualquier disputa política, incluso de las que derrocaban reyes y destruían otras casas nobles.

Su bisabuelo, el sexto conde de Rawlyn, fue un católico devoto y un firme partidario de Carlos I. Cuando el rey fue derrotado, el viejo y astuto conde transfirió todas sus riquezas y tierras a su hijo mayor, el abuelo paterno de Jennifer, un declarado cabeza redonda y converso protestante.

La familia mantuvo sus propiedades bajo Cromwell, apoyando de boquilla el intento de república controlada por el ejército y apoyando en secreto la causa monárquica, enviando dinero a Carlos II en el extranjero. Jennifer tenía ocho años cuando su padre, Frederick, participó en el inoportuno levantamiento presbiteriano de 1650 y pasó a formar parte de la corte de Carlos en el exilio.

Aunque no volvió a verlo hasta la restauración del rey en 1660, su vida apenas cambió por su ausencia. Era costumbre de los Rawlyn criar a sus hijos en fincas rurales, lejos del bullicio de Londres y de los asuntos de la corte. Incluso antes del exilio de su padre, solo veía a sus padres una o dos veces al año. Jennifer, sus hermanos y hermanas, y un surtido de primos Rawlyn fueron criados por un personal de servicio que cambiaba constantemente.

Cuando su padre huyó del país, el abuelo de Jennifer, el conde, repudió a su hijo Frederick y negó cualquier responsabilidad por su traición, manteniendo así a los Rawlyn en favor hasta la muerte de Cromwell en 1658. Cuando el rey Carlos subió al trono, Frederick, ahora conde de Rawlyn debido a la muerte del antiguo conde, recibió una posición favorecida en la corte y enormes concesiones de tierras vírgenes en la colonia de Virginia. Enseguida decidió que aquella tierra boscosa al otro lado del mundo sería una dote adecuada para su hija menor, en lugar de la finca de Hampshire que le había prometido en un principio.

—Todo es culpa de esa maldita tierra de Virginia —murmuró, todavía inmersa en sus

recuerdos.

La familia concertó su compromiso con Arthur Lindsey, de quince años, cuando ella solo tenía nueve. Arthur, el segundo hijo de un poderoso conde, era considerado un buen partido para una segunda hija. Aunque tenía pocas esperanzas de heredar el título de su padre, gozaba de seguridad económica.

Con la restauración del rey Carlos y la posterior popularidad de su propio padre, ella, sus hermanas Evelyn y Ana y sus hermanos habían acudido por fin a la corte. Jennifer no tardó en dejarse atrapar por el colorido y la emoción de los bailes de máscaras, las fiestas y las representaciones teatrales, que parecían no tener fin. Se vio rodeada de ardientes caballeros que le dedicaban excesivos cumplidos, escribían poesías en su honor, la presionaban en rincones oscuros y cantaban baladas románticas llenas de lágrimas en un esfuerzo por ganarse su favor.

Su prometido, Arthur Lindsey, brillaba por su ausencia entre la multitud de admiradores. Se rumoreaba que su padre, el conde de Hayward, había enviado a Arthur a la colonia de Virginia para evitar que malgastara más de su herencia. Para regocijo de Jennifer, sus padres pospusieron los planes para su matrimonio, con la esperanza de sustituirlo por un partido más ventajoso. Finalmente, tras tres años de retraso, Hayward se quejó al rey Carlos, exigiendo que Jennifer lo siguiera a Virginia para cumplir el contrato.

Lanzó otra piedra al agua. ¡Ojalá sus padres hubieran roto el acuerdo de esponsales! Entonces habría estado a salvo en la corte en lugar de atrapada en aquel lugar. No había querido ir a América y, desde luego, no quería casarse con Arthur Lindsey.

En aquel momento, Arthur era el menor de los males.

«Espero que su cara haya cambiado en los años transcurridos desde la última vez que lo vi», se dijo con ironía.

Arrugó la nariz al recordar aquel último horrible encuentro y se levantó, sacudiéndose la arena suelta de las piernas.

Kley había insistido en que caminaba en dirección contraria por la playa. ¿Significaba eso que Jamestown estaba al sur? Intentó recordar los mapas de la costa americana que había visto. Muy al norte estaba la colonia de Massachusetts. ¿Qué había entre Virginia y Massachusetts? ¿Decía la verdad sobre dónde se encontraba?

Suspiró y apretó los labios. No había forma de estar segura. Podía caminar durante horas hacia el norte o hacia el sur y no encontrar más que soledad. Sabía que no podría sobrevivir sola en un viaje tan largo; moriría de hambre o sería devorada por las fieras. Por angustiada que fuera la solución, tendría que quedarse con él hasta que pudiera convencerlo de que la llevara con los ingleses, o hasta que llegara alguien más a ayudarla.

Decidida, empezó a seguir sus huellas hacia la cabaña. Enseguida pudo oler el pescado antes de verlo asándose sobre las llamas. Kley había encendido una hoguera fuera de la cabaña y estaba agachado junto a ella, desnudo hasta la cintura, colocando almejas sobre un trozo de madera. Ella hizo una pausa, se armó de valor y se acercó con cautela, teniendo cuidado de mantener el fuego entre ellos.

Él la miró y sonrió, sus grandes ojos oscuros no ocultaban la satisfacción que sentía por su regreso.

—¡No pongas esa cara! —replicó—. ¿Esperabas que me quedara en la playa y muriera

expuesta al clima?

Él sonrió, como si le hiciera gracia su comentario.

—¿En un día tan caluroso? Eso no puede ser. Es *ilótico*.

—¡Ilógico! —corrigió ella—. Se dice: ilógico. Tu inglés es atroz.

Kley se movió para dar la vuelta al pescado, y los músculos de su espalda ondularon bajo su piel de un modo que hizo que el corazón de Jennifer pareciera subírsele a la garganta. Su respiración se aceleró y notó una extraña sensación entre sus muslos. Súbitamente débil, se sentó en el suelo y trató de recuperar el aliento.

—*Il-log-i-coo* —repitió, tratando de imitar con lentitud su pronunciación—. Debo recordarlo. Es una buena palabra, y mi abuela querrá saber que la ha dicho mal todos estos años.

—Yo... creo que me ha vuelto la fiebre —aventuró Jennifer. Se sentía excesivamente acalorada. Sin duda, un día de abril no podía ser tan caluroso, ni siquiera en América.

—Eso no sería ilógico —advirtió él, saboreando el gusto de la palabra inglesa en su lengua.

Se puso en pie, se acercó y ella levantó una mano.

—No... Yo... —balbuceó. Pero él se arrodilló y le puso la palma de la mano en la frente. Tenía la cara a escasos centímetros de la suya y la tocó con familiaridad—. ¡No! —repitió, apartando la mano—. No me toques. —Sus ojos se clavaron en los suyos; ella fue incapaz de apartar la mirada y pidió en un susurro—: Por favor...

Kley negó con la cabeza.

—No tienes fiebre —indicó con suavidad—. Si estás enferma debes descansar.

Ignorando sus protestas, la cogió en brazos y la llevó hacia la cabaña.

—¡Bájame! —gritó Jennifer—. ¡He dicho que me bajes! —El miedo se apoderó de ella y que él fuera consciente de su temor la enfadó mucho más—. Suéltame de una vez, salvaje piel roja. —Cerró la mano derecha en un puño y le golpeó tan fuerte como pudo en un lado de la cara.

Kley jadeó y ella sintió que sus músculos se tensaban.

—*Tshingue* —murmuró entre dientes. Cuando la vio levantar el puño para golpearlo de nuevo, le advirtió en voz baja—. No lo hagas.

Aceleró el paso. Habían pasado la cabaña y se dirigían rápidamente hacia la playa.

—¿Adónde me llevas? —inquirió mientras el sonido del océano se hacía más fuerte—. ¡Kley! —Su voz adquirió un tono estridente—. ¡Kley!

—Quieres bajar —dijo él—. Pues baja.

—¡Kley, no! —El agua le salpicó los tobillos—. ¡Kley!

—Si tienes fiebre, refréscate.

Sin previo aviso, Jennifer estaba en el aire y, antes de que pudiera recuperar el aliento, se encontró sumergida en el agua helada del Atlántico.

Comenzó a toser y trató de ponerse de pie. Una ola la hizo tropezar y, antes de que pudiera

recuperar el equilibrio, una mano de hierro se cerró en torno a la suya y la arrastró de vuelta a la playa.

Se hundió en el suelo caliente, escupiendo arena y agua salada.

—Maldito seas —se atragantó—. Has intentado ahogarme. —La risita de respuesta de Kley fue casi más de lo que podía soportar—. ¡Eres inhumano!

—No conozco la palabra «inhumano» —replicó en tono solemne.

—¡Basta ya! Deja de burlarte de mí. ¡Te odio!

Él se dejó caer en la arena a su lado.

—No creo que me odies.

—Te odio —repitió—. Yo...

Con fiereza, Kley la estrechó entre sus brazos y acalló sus palabras con su boca contra la suya. Jennifer intentó apartarse, pero él era demasiado fuerte. No hizo caso de sus forcejeos y le abrasó los labios con un beso ardiente y devorador. Luego, tan repentinamente como había comenzado su ataque, la soltó.

—Mira en tu corazón, inglesa —le advirtió con voz ronca. —Limpia la sal de tus ojos y mira de verdad. Dime entonces si es odio lo que sientes por Shaakhan Kihittuun.

Antes de que ella pudiera responder, él se había marchado en dirección a la cabaña.

Sacudida por su beso, se rodeó con los brazos y se meció en un tembloroso silencio. Le hormigueaban los labios inflamados y sus pensamientos eran un caos.

«¿Por qué?», gritaba una voz interior. «¿Por qué este salvaje me afecta de esta manera?».

No era nueva en el arte de besar. Hombres y niños la habían besado desde que tenía doce años. Muchos habían intentado tomarse mayores libertades. Se había mantenido pura, a pesar del entorno de la decadente corte de los Estuardo, pero no podía negar que se había dejado acariciar por jóvenes ardientes. Había conocido el deseo físico, o lo que ella creía que era deseo, pero nunca había sentido nada parecido a aquel dolor agudo que la invadía ante las caricias de Kley.

Jennifer tragó saliva. Tenía el pulso acelerado y las rodillas demasiado débiles para mantenerse en pie. Se tocó el labio inferior con la punta de la lengua y recordó la sensación de su boca dura sobre la suya, saboreando las punzadas agridulces del anhelo sensual.

—No lo odio —susurró—. Que Dios me ayude, no lo odio.

Durante casi una hora, permaneció sentada en la playa, sin saber qué hacer. Entonces oyó que Kley la llamaba por su nombre. «*Je-nni-fer*», sonaba en su voz.

Se acercó con un cuenco de comida. Ella se puso en pie y lo miró, sin saber qué decir o hacer.

Kley se detuvo a unos metros y le tendió un recipiente de madera tallada que contenía pescado y almejas y una especie de hojas verdes. Su amplio ceño se frunció con preocupación.

—Tengo mucha vergüenza —admitió—. Lo siento. Me enfadé cuando me pegaste y por eso te he besado. —Se acercó un paso más—. Te traigo comida. Debes comer y salir del sol. *Kiisku* quemará tu pálida piel.

El temperamento de Jennifer se encendió.

—¡Me arrojaste al océano! Intentaste ahogarme, luego me agrediste, ¿y ahora vienes con un plato de almejas, dices que lo sientes y parloteas sobre el sol?

—Ya lo he dicho.

—¿Por qué debería creerte? ¿Por qué iba a volver a confiar en ti? —lo desafió.

Sabía que estaba siendo injusta, sabía que le había provocado con sus propias tonterías, pero no le importaba. Culparle a él era más fácil que culparse a sí misma por lo que había ocurrido entre ellos.

Kley suspiró profundamente.

—Te doy mi palabra, palabra de guerrero *Lenni-Lenape*. No volveré a arrojarte al mar. No vuelvo a besarte... a menos que me lo pidas.

—No hay muchas posibilidades de eso, ¿verdad? —Ella se encogió de hombros—. ¿Qué clase de hombre eres? ¿Violentarme porque estabas enfadado? Ningún caballero inglés haría algo así.

Se puso colorada. Sabía que las palabras eran mentira en cuanto salieron de sus labios. Había muchos caballeros que se atreverían a tanto, y a más, si creían que podían salirse con la suya.

—No pretendía asustarte —explicó él—. No es propio de mi pueblo que los hombres...

—¿Atacar a las mujeres? ¿Intimidarlas?

—No. Me equivoqué.

—Me alegro de que te des cuenta. No estoy acostumbrada a que me maltraten. —Hizo un gesto para que se acercara—. Te perdonaré esta vez, pero no debe volver a ocurrir —le advirtió—. Mi padre es un hombre muy poderoso. Podría hacer que te encarcelaran, que te ahorcaran, y lo haría si pensara por un momento que me has puesto la mano encima.

Intentó no temblar mientras cogía la comida que él llevaba.

Kley se la dio con la elegancia de un cortesano francés.

—Quiero ser tu amigo.

—Entonces debes recordar cuál es tu lugar. —Jennifer escrutó el cuenco de comida; las almejas y el pescado le eran familiares, pero no estaba segura de qué eran las hojas verdes—. ¿Qué es eso?

—No sé la palabra en inglés, pero es bueno para comer.

Tiró las hojas en la arena.

—No estoy acostumbrada a comer hierba. El pescado y las almejas me servirán, pero tengo sed. ¿Tienes cerveza? Cualquier bebida... Supongo que no tendrás un vino decente.

Kley negó con la cabeza.

—No conozco esas cosas. Solo bebemos agua.

Jennifer se sentó en la arena con las piernas cruzadas.

—Muy bien. Entonces, tráeme agua para beber con la comida.

Sus ojos se entrecerraron.

—Hay agua en el *wigwam*.

Ella dio un mordisco al pescado asado. Estaba sazonado y cocinado a la perfección.

—Tráela entonces —ordenó.

—Yo pesco el pescado para ti. Yo lo cocino —explicó él lentamente—. Te enseñaré dónde está el *mimipeek* —intentó traducir sus palabras—: Es un pequeño estanque de agua dulce. No cargaré agua para ti.

—¡No puedes esperar que cargue agua!

—¿Por qué no puedo?

—Ya te lo he dicho. Soy Lady Jennifer Louise Rawlyn. Soy una noble inglesa.

Kley sonrió y asintió.

—¿Y bien? —Cruzó sus musculosos brazos sobre su pecho desnudo—. Yo soy Shaakhan Kihittuun. Te digo que no cargo agua para una mujer sana. Si tienes sed, carga.

Jennifer se levantó de un salto y arrojó el cuenco a la arena.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? —exigió—. No has entendido ni una palabra de lo que te he dicho.

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Kley.

—¿Tienes marido? —preguntó.

Ella parpadeó.

—¿Qué?

—¿También tienes los oídos llenos de sal? Te pregunto, inglesa, ¿tienes marido?

—Ya te lo he dicho, estoy prometida a Arthur Lindsey, hijo del conde de Hayward. Voy a Jamestown a casarme.

La sonrisa de Kley se convirtió en una mueca.

—Bien.

—¿Por qué sonríes? —Jennifer apoyó los puños en las caderas y lo fulminó con la mirada—. Eres exasperante —espetó—. Eres grosero y bárbaro y...

—Y yo seré tu marido —concluyó él.

Durante unos segundos, Jennifer se lo quedó mirando, demasiado sorprendida para hablar.

—¿Qué has dicho? —consiguió decir.

—Te tomo del mar y quiero tenerte por esposa.

Capítulo 4

—¿Crees que me casaría contigo? ¿Con un salvaje? —Jennifer se puso rígida de indignada furia—. ¡Preferiría casarme con un oso bailarín!

Kley se echó a reír, mientras colocaba el resto del pescado y las almejas en su propio cuenco de comida y pateaba arena sobre la pequeña hoguera.

—Un buen cazador sabe que la mujer oso tiene los dientes más afilados que el hombre oso —le advirtió.

Se metió en la choza y volvió con el arco y el carcaj de flechas colgados del hombro.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—A cenar tranquilamente.

Jennifer se sonrojó y miró el pescado y las almejas que había tirado en la arena.

—¿Y yo? ¿Qué se supone que voy a comer?.

Se encogió de hombros.

—Lo que pesques. —Se dio la vuelta y se adentró hacia los árboles.

—¿Cuándo volverás? —gritó tras él—. ¡Kley! —Él siguió caminando, sin dar señales de haberla oído—. Maldito seas —murmuró, pateando su cena arruinada—. Te estaría bien empleado si me muriera de hambre.

Durante unos segundos, Jennifer pensó en recoger las almejas y lavarlas en el mar. Llegó a coger una y sostenerla con el brazo extendido, pero enseguida arrugó la nariz con asco y pensó que no tenía tanta hambre. Nunca tendría tanta hambre.

Sin embargo, mientras tiraba la almeja arrugada y se quitaba la arena de la ropa, recordó el terror que había sentido en el bote. Había sufrido terriblemente de hambre y sed; se habría comido un pescado crudo o incluso un pájaro si hubiera podido atraparlo. Si estuviera abandonada en una isla, tal vez se lo comería, pero en ese momento no tenía tanta hambre.

Recordó haber visto harina de maíz en un recipiente en la cabaña. Comería lo que pudiera. Simplemente cogería la harina de Kley y prepararía una especie de pan. Nunca había horneado, pero de niña había jugado en la gran cocina de la casa. Había visto a las cocineras hornear distintos tipos de pan y pasteles. ¿Qué dificultad podía tener hacer pan de maíz?

Cogió un palo, sacó las brasas de la arena, se arrodilló y sopló sobre ellas. Las cenizas se tiñeron de rojo y fue introduciendo ramitas hasta que prendieron fuego. Luego, satisfecha de haber resucitado el fuego de Kley, se dirigió al *wigwam* en busca de la harina de maíz.

Mientras rebuscaba entre los recipientes, se fijó en una calabaza que colgaba a la altura de

los ojos. La cogió, quitó el tapón de madera y vertió un poco del contenido en la palma de la mano. Era de color dorado y se dio cuenta, para su deleite, que era miel dulce y delicada, tan deliciosa como cualquier otra que hubiera probado en casa.

—Justo lo que necesito para acompañar mi pan de maíz —murmuró. Encontró un cuenco de barro vacío que parecía limpio y echó en él varias tazas de harina de maíz. No había leche ni mantequilla para la masa—. Usaré agua en su lugar —habló consigo misma en voz alta.

Había sal en un pequeño cuenco. Se preguntó cuánta necesitaría y recordó que Olivia, la cocinera, decía siempre que el pan sin sal era como un hombre sin mujer. De modo que tenía que usar sal, seguro, pero ¿cuánta?

Se arrodilló sobre la alfombra de piel de ciervo. Había visto a Olivia mezclar y amasar el pan, pero las medidas exactas de los ingredientes nunca le habían parecido importantes. La mujer había hecho diez panes a la vez, así que era difícil imaginar cómo hacer suficiente para una sola persona. Después de reflexionar un rato, decidió que lo mejor sería utilizar agua salada del océano para la masa. Estaba segura de que sería más limpia que la del estanque al que Kley quería enviarla.

Tomó la calabaza con miel, una cuchara de madera y el cuenco con la harina de maíz, y volvió a salir. Dejó la miel junto al fuego, caminó hasta la orilla del océano y mezcló un poco del agua fría del mar con su comida. Revolvió hasta que la mezcla quedó homogénea y la probó. Arrugó la nariz cuando la insípida sustancia le cubrió la lengua y se le pegó al paladar.

Suspirando, se dirigió de nuevo hacia el *wigwam*. Obviamente, la sal marina no era suficiente. Tendría que añadir sal de verdad y luego, cuando la masa estuviera en su punto, pensaría en alguna forma de hornearla. Estaría condenada si aquel salvaje pagano sacaba lo mejor de ella. Se lo tendría merecido si volviera y la encontrara comiendo pan con miel.



Una hora más tarde, Jennifer estaba llorando. Se había quemado dos dedos, chamuscado el costado del remo de la barca de Kley y perdido la mitad de sus galletas planas y duras en la arena. En cualquier caso, lo que quedaba de su cocción era incomible para cualquier cosa menos una gaviota. Ni siquiera un cerdo comería aquella bazofia, se lamentó mientras escupía lo que quedaba en su boca al fuego.

—¡Uf! —Se limpió la boca con el dorso de la mano.

Sentada en el suelo, enterró la cara entre las manos y lloró, no solo por la comida arruinada, sino también por el desastre que la había separado de su gente y la había dejado a merced de un salvaje pagano.

Poco a poco, las lágrimas disminuyeron y recuperó el control.

Allí estaba, una Rawlyn, llorando como una criada de cocina por unas galletas quemadas. Resopló y se limpió la nariz. El sol del Nuevo Mundo debía de haberle quemado el cerebro.

Se puso en pie y echó un vistazo al claro. Necesitaba agua fresca para enjuagarse la cara y quitarse la sal de la boca. El estanque del que habló Kley debía de estar cerca. Tomó su remo

para protegerse de los animales salvajes y se dirigió en la dirección que él le había indicado.

El estanque estaba a solo unos cientos de metros tierra adentro del campamento, oculto por árboles y arbustos bajos. Una orilla inclinada descendía hasta el agua. Con cautela, se acercó y se agachó para salpicarse la cara con un poco de agua fresca. A pesar de su color marrón, el agua tenía un sabor dulce y limpio. Agradecida, bebió varios tragos, incapaz de cansarse del fresco líquido.

Por fin, una vez saciada su sed, se tumbó boca abajo, se apoyó en los codos y miró su reflejo en el agua. El rostro quemado por el sol que la miraba era casi irreconocible.

Sorprendida, se dio cuenta de que el pelo trenzado y el vestido de piel de ciervo la hacían parecer más una criada que una dama inglesa.

—Todo esto es una pesadilla —susurró en el silencio de la tarde—. Me despertaré y me encontraré en el barco rumbo a Jamestown... o mejor aún, me despertaré en la casa de mi padre en Londres.

Un pájaro de color escarlata se posó en una rama a menos de un brazo de distancia y trino ruidosamente como si se burlara de ella.

Jennifer sonrió ante la insolencia de la pequeña criatura. El pájaro se acercó dando saltitos, se sacudió las plumas y la miró fijamente con sus redondos ojos negros como el carbón.

—Hola —lo saludó en voz baja—. ¿Tú también eres indio? Tienes plumas para serlo. —El ave se retorció para recoger una pluma perdida y se alejó volando hacia la copa de un árbol—. Adiós —se despidió ella—. Vuelve a verme.

El aire seguía siendo tan cálido que decidió lavarse el pelo. Estaba pegajoso por el agua salada y las trenzas le golpeaban el cuello quemado por el sol al caminar. Se lo lavaría y se lo cepillaría, y luego intentaría ordenarlo.

Adele siempre le hacía la raya en medio y la peinaba con largos tirabuzones a los lados. Su cabello era tan espeso que su criada nunca necesitó rellenarlo con pelo postizo, como se veían obligadas a hacer la mayoría de las damas. Pero Adele estaba lejos, en Inglaterra, y tendría que hacer lo que pudiera.

Con el pelo aún húmedo y enmarañado, Jennifer regresó a la cabaña y descubrió que el fuego se había apagado. Tampoco había rastro de Kley. Nerviosa, entró y se sentó a esperar.

Los minutos se convirtieron lentamente en horas. La oscuridad se apoderó de la tierra y los sonidos diurnos fueron sustituidos por extraños crujidos y gritos con eco.

Se acurrucó bajo una túnica de piel de ciervo y agudizó el oído en busca de pasos humanos, esperando desesperadamente que él regresara. Finalmente, el cansancio venció al miedo y cayó en un sueño intranquilo.

El sol estaba bien alto en el horizonte cuando se aventuró a salir de la cabaña. Se detuvo fuera y se enderezó, mirando arriba y abajo de la playa en busca de cualquier señal de movimiento.

La arena inmaculada se extendía hasta donde alcanzaba la vista en ambas direcciones, bordeada a un lado por el ondulante mar gris azulado y al otro por bosques y arbustos de color verde oscuro. Había gaviotas revoloteando sobre las olas y varias pavoneándose pomposamente por la playa, pero nada lo bastante grande como para ser un hombre.

—¿Dónde estás? —gritó—. ¿Kley? —El único sonido era el estruendo de las olas y los gritos de dos gaviotas que se peleaban—. ¡Maldito seas! —añadió, mientras se giraba en dirección al estanque.

Estaba segura de que él volvería al *wigwam* por la noche. ¿Y si nunca volvía? ¿Y si estaba realmente sola?

Pateó una concha de almeja desgastada con el pie descalzo. El borde de la concha le hizo un corte en el dedo gordo y se estremeció.

Si no regresaba, cogería comida y provisiones y caminaría por la playa hasta llegar a un asentamiento. Si él decía que aquel camino no era el correcto, iría por el otro, decidió. Se giró hacia el norte y pensó que, tarde o temprano, encontraría Jamestown.

Hizo una mueca, consciente de que eran palabras valientes, pero totalmente ridículas. Sin un guía, nunca encontraría Jamestown. Moriría de hambre, de sed o se la comerían los animales salvajes.

—Tendré que quedarme aquí con Kley hasta que consiga convencerle de que me lleve a Jamestown —dijo en voz alta—, aunque tarde semanas.

El suelo estaba fresco bajo sus pies, pero el aire era fresco y vigorizante. Respiró profundamente y observó cómo se formaban nuevas hojas en los árboles y todo se volvía verde. Había una belleza primitiva en aquella tierra. El cielo parecía más grande, las nubes más blancas y la vegetación de colores más vivos. No se parecía en nada al paisaje ordenado de su país, pero entendía por qué algunos ingleses llamaban a América el nuevo Edén.

El estanque parecía exactamente igual a como lo había dejado la noche anterior, salvo que aquella mañana la superficie del agua se había convertido en un brillante espejo que brillaba bajo los rayos del sol. Una pareja de patos remaba perezosamente cerca de la orilla más alejada, y los pájaros se llamaban unos a otros desde las ramas de un elegante cedro que se mecía en lo alto.

Ansiosa, Jennifer se arrodilló y se agachó para recoger un puñado de agua.

De repente, una bestia gris y peluda con dientes afilados y brillantes se abalanzó sobre ella gruñendo desde los arbustos. Era un lobo.

Jennifer gritó y cayó hacia atrás, resbalando por la orilla hasta el agua helada que le llegaba hasta la cintura. Alcanzó a ver dos ojos inyectados en sangre cuando la criatura saltó junto a ella y desapareció entre los arbustos. Sin dejar de gritar, ella trepó por la orilla embarrada y huyó hacia la choza.

Mientras corría, miró por encima del hombro para ver si el lobo la perseguía y chocó con toda su fuerza contra un objeto inamovible. Aturdida, se tambaleó y habría caído si dos brazos fuertes no la hubieran sujetado.

—¿Qué pasa? —preguntó Kley—. ¿Qué ocurre?

Ella se desplomó contra su pecho, llorando y hablando al mismo tiempo, incapaz de expresar más que una sola palabra inteligible:

—Lobo.

—Habla despacio —le ordenó—. No te entiendo. —La cogió en brazos y la llevó de vuelta al campamento—. ¿Estás herida?

Ella negó con la cabeza y sollozó contra su pecho desnudo. Bufó y trató de limpiarse la nariz, algo imposible cuando Kley la tenía sujeta por los dos brazos y estaba pegada a su cuerpo.

—Él gruñó... Yo... —Se estremeció, recordando la feroz expresión de los ojos del lobo—. Salté... al estanque —logró decir—. El lobo... quería... comerme.

—*N'tschutti*, no debería haberte dejado sola tanto tiempo —la tranquilizó, besando la parte superior de su pelo dorado como la miel—. ¿Estás segura de que era un lobo? —La miró a los ojos llenos de lágrimas. *Munsee* tiene mucha timidez.

Ella asintió.

—Un lobo. Era gris y grande, con dientes largos y blancos y ojos horribles.

Kley la tomó en brazos y caminó hasta el claro junto al *wigwam*. Era evidente que *Je-nni-fer* ya estaba a salvo de lo que la había asustado tanto, pero era agradable abrazarla, y aún más sentir sus cálidos pechos apretados contra su cuerpo.

—No sé por qué un lobo haría lo que dices. —La miró—. Es la costumbre de su clan huir del olor del hombre.

—No lo sé. —Apretó la cara contra el hueco de su garganta.

Él sintió una cálida opresión creciendo en sus entrañas. No había compartido su manta con una mujer desde la luna de ramas chasqueantes, y el deseo era espeso en su sangre. De mala gana, bajó a Jennifer al suelo. Lo que pudiera unirlos en las estaciones venideras aún no había llegado. Sabía instintivamente que apresurarla sería perder su confianza para siempre.

—Espera aquí en la cabaña —le indicó—. Voy a cazar a ese lobo.

—Puede que ya se haya ido —dijo ella nerviosa. Miró hacia los árboles—. O podría venir mientras estás...

—Estarás a salvo —prometió, dándole un último apretón en la mano—. No iré muy lejos.

Ella asintió, secándose los ojos.

—Ten cuidado.

—El lobo es mi animal espiritual. Hablo su lengua. No creo que *munsee* me haga daño.

Jennifer sonrió débilmente.

—Quizá... quizá lo espanté con mis gritos. —Se estremeció con la brisa salada que soplaba del mar.

—Quítate la ropa mojada —indicó él—. Envuélvete en pieles. No quiero que tengas fiebre.

Se despidió de ella con una inclinación de cabeza y volvió hacia el estanque de agua dulce. Si un lobo había atacado a *Je-nni-fer*, debía de estar enfermo. Tendría que rastrearlo y matarlo; sería un terrible crimen contra uno de sus propios espíritus, pero evitaría que enfermara a otros animales.

Mientras Kley recorría la corta distancia que separaba el *wigwam* del estanque, liberó su mente de *Je-nni-fer* y de cualquier otro pensamiento que no fuera la caza. Buscó en lo más profundo de su ser, aliándose con los hombres de la sangre de su padre, con los *Lenni-Lenape*, remontándose hasta el amanecer de los tiempos. Kley Dare, el inglés, se desvaneció, dejando el núcleo candente de Shaakhan Kihittuun, un hombre que formaba parte de aquella tierra y aquel

bosque como el propio lobo gris.

Unos minutos después, arrodillado a la orilla del río, se dio cuenta de que no tenía por qué haberse molestado.

—*Inu-msi-ila-fe-wanu* —dijo en voz baja—. Es una buena broma para tu hijo. —Se echó a reír, se puso de pie y se preguntó cómo explicaría la verdad sobre aquel lobo a *Je-nni-fer*, sin avergonzarla.

La tensión desapareció de sus músculos y siguió el rastro del animal durante varios metros entre los ciruelos de playa y los pinos. Cuando estuvo satisfecho, Kley se volvió hacia el campamento.

—*Je-nni-fer* —la llamó a la entrada del *wigwam*—. ¿Estás cubierta? —Sabía que, por mucho que le gustara ver su cuerpo desnudo, la avergonzaría si entraba sin avisar—. Voy a entrar.

—De acuerdo. —Su respuesta fue débil, a diferencia de su atrevimiento habitual. Kley se detuvo dentro, dejando que sus ojos se adaptaran a la penumbra del interior. La vio en su rudimentaria cama en el suelo, envuelta en una piel de ciervo—. ¿Mataste al lobo?

Sacudió la cabeza.

—No. Huyó del estanque. —Aquello era cierto. La miró más de cerca, observando su pelo enmarañado y su cara arañada—. No debería haberte dejado sola tanto tiempo. Herí a un ciervo y tuve que seguirlo hasta que lo derribé. Tendremos venado fresco. —Jennifer rompió a llorar de nuevo y él cubrió la distancia que los separaba de un salto—. ¿Qué ocurre?

Ella enrojeció y volvió la cara.

—Nada. Yo... Tengo hambre. He hecho pan y...

Kley se dio la vuelta y colgó su arco en un saliente sobre la entrada. No quería que ella viera la diversión en sus ojos.

—No habías cocinado antes con fuego *Lenni-Lenape* —le advirtió en tono serio.

—No he cocinado nada —admitió ella.

—Yo te enseñaré. —Recogió su vestido mojado del suelo—. Lo pondré al sol para que se seque. Luego debo trabajarlo, para mantener el cuero suave. —La miró—. Es mejor no llevar piel para nadar.

El rostro de Jennifer se ensombreció como un nubarrón.

—No estaba nadando. Ya te lo he dicho, solo salté al agua para alejarme del lobo. —Se apartó un mechón húmedo de la cara—. Tendrás que trenzarme el pelo otra vez. Intenté hacerlo anoche y no pude. Siempre me ha peinado una criada.

Kley emitió un sonido compasivo en su garganta.

—Siento tristeza por ti, *Je-nni-fer*, por no haber tenido una madre que te enseñara las cosas que una mujer debe saber.

—Tengo una madre —respondió ella de forma tajante—. Y nunca ha descuidado sus deberes para conmigo. Ya te lo he explicado antes. Somos de clase alta en Inglaterra, de la nobleza. No es necesario que yo sepa cocinar o peinarme.

—A mí me parece necesario.

Suspiró impaciente.

—Eso es porque eres un salvaje ignorante. —Se acomodó de nuevo en su plataforma para dormir y se subió la piel de ciervo hasta el cuello.

El hecho de que se sintiera agradecida de verlo no era motivo para que Kley creyera que podía tomarse libertades.

—¿Yo soy un salvaje *ig-nor-anne*?

Ella asintió.

—Sí. No quiero insultarte, pero es verdad.

Cruzó los brazos sobre el pecho y la miró fijamente.

—No sabes cocinar, ni siquiera para no morirte de hambre. No sabes cepillarte ni cuidarte el pelo. Estas cosas son verdad.

Jennifer desvió la mirada.

—Sí.

—¿Sabes coser?

—Puedo bordar —dijo orgullosa—. Si tengo hilo de seda, lino y las agujas adecuadas. —Era una habilidad que había adquirido muy joven. Había hecho una funda de almohada para el último cumpleaños de su madre—. Las damas no necesitan coser o tejer telas. El bordado fino se considera un arte.

—¿Puedes despellejar caza y convertir las pieles en ropa?

—No. —Hizo una mueca—. Por supuesto que no. Eso lo hacen los cazadores.

—¿Sabes construir un *wigwam* con palos y cortezas?

—Esto es ridículo —protestó—. No tenemos ni un *wigwam* en Inglaterra.

—Ah, entonces puedes construir una casa inglesa.

—No.

—No puedes cocinar, tampoco coser ni hacer vestidos con pieles. ¿No puedes construir un refugio ni encontrar comida o agua cuando está a tu alrededor, ¿y yo soy el salvaje *ig-nor-anne* salvaje?

—Ignorante —corrigió ella.

—Sí —convino él—. Eso es lo que eres, inglesa. Eres una ignorante. Solo un guerrero muy valiente y sabio podría convertirte en una esposa adecuada.

—¿Cómo te atreves a insultarme? —Entornó los ojos u lo miró con ira inconfundible—. Te equivocas —replicó con altivez—. No soy una ignorante. He sido educada para ser la esposa perfecta de un noble británico. No nos parecemos en nada, tú y yo. Nada de lo que pudieras hacer te haría un marido adecuado para mí. Me complacería que no volvieras a hablar de casarte conmigo.

Las palabras de *Je-nni-fer* habrían enfurecido a Kley de no haber notado el temblor de su

labio inferior. Para él estaba claro que tenía miedo y que lo ocultaba con palabras hirientes. Recordó lo que le gustaba sentirla recostada contra él, con los brazos alrededor de su cuello y el aliento cálido en la cara. La deseaba como nunca había deseado a otra mujer, pero quería que fuera a él por su propia voluntad.

—Yo nunca te haría daño — le advirtió.

—Soy tu prisionera, pero no te pertenezco —espetó ella.

—No, *dah-quel-e-mah*. No eres mi prisionera. —Se detuvo junto a la entrada y volvió a mirarla—. No volveré a hablar de matrimonio. Tú, *Je-nni-fer*, debes mirar en tu propio corazón y ver lo que es verdad y lo que no lo es. Sonrió—. Esta noche, cuando salga la luna, cazaremos juntos a tu lobo.

—¡No, no lo haremos! Estás loco si crees que voy a ponerme otra vez al alcance de esa bestia salvaje.

—Cazaremos.

—¡Salvaje! —Soltó un juramento y agarró el objeto más cercano, un cuenco de cedro tallado.

Riendo, Kley se agachó fuera, y el cuenco rebotó inofensivamente contra el marco de madera del *wigwam*.

—No vengas entonces —se burló—, pero si no vienes, te haré cocinar tu propia cena.

Capítulo 5

Jennifer se tumbó boca abajo sobre la hierba. Kley estaba estirado a su lado, con una mano apoyada en su brazo. No estaba segura de cuánto tiempo llevaban allí sin moverse ni hablar; parecían horas. Movi6 los dedos de los pies en los suaves mocasines de piel de ciervo, contenta por su calidez y doblemente contenta por las polainas que 6l haba insistido en que se pusiera bajo el vestido de piel de ciervo.

La luna llena haba salido sobre el oc6ano, un disco brillante de plata iridiscente que proyectaba luz sobre el bosque silencioso y el estanque. La noche era c6lida; la ligera brisa provena de la tierra, no de la fr6a y ondulante masa de agua. Kley haba explicado que la direcci6n del viento ocultar6a su olor a su presa. Si la brisa hubiera provenido del agua salada, habr6an tenido que rodear el estanque y acercarse a 6l por el otro lado.

Ella gir6 ligeramente la cabeza para mirar a Kley. Estaba tan quieto que, de no haber o6do su respiraci6n, lo habr6a cre6do de piedra. Su rostro, audazmente esculpido, estaba en la sombra, pero la luz de la luna brillaba sobre sus hombros desnudos, ba6ando de resplandor su espesa cabellera oscura.

Su s6lida presencia resultaba extra6amente reconfortante. Aunque haba protestado en voz alta, Jennifer no se arrepent6a de haber emprendido aquella ins6lita aventura. Si alguna de sus amigas le hubiera insinuado que iba a cazar lobos junto a un salvaje piel roja en Am6rica, la habr6a enviado verbalmente a Bedlam. Pero la verdad era que estaba disfrutando de la expedici6n.

Sus ojos brillaban mientras una burbuja de excitaci6n sub6a por su garganta. «Una vez que est6 a salvo en Jamestown», decidi6 mentalmente, «tendr6 una historia incre6ble que contar. Nadie tendr6 una historia despu6s de la cena que se le parezca».

Su brazo izquierdo empez6 a acalambrarse, apoy6 su peso en el derecho y suspir6. Los dedos de Kley se tensaron sobre su brazo. La presi6n no era suficiente para causarle dolor, solo para hacerle saber que se haba dado cuenta de su inquietud.

«Paciencia», entendi6 en su mensaje mudo. Si hubiera hablado, su significado no podr6a haber sido m6s claro.

Jennifer reprimi6 el impulso de decirle lo que pensaba y se qued6 quieta, forzando la vista para ver cualquier movimiento en los arbustos que los rodeaban.

Se sent6a extra6amente viva. Los penetrantes olores de la arena y la hierba, del cedro y el pino, y el inconfundible aroma del oc6ano llenaban sus fosas nasales. Era muy consciente de la textura de la tierra bajo su cuerpo y del cielo estrellado que la cubr6a. Y, m6s de lo que le importaba admitir, era consciente del hombre que estaba a su lado.

Sab6a que deber6a haber sentido rabia por las libertades que Kley se haba tomado, pero

nada en su educación ni en sus experiencias pasadas la había preparado para Kley Dare y no sabía qué hacer con él.

Al otro lado del estanque, ululó un búho y el bosque respondió a su llamada. Jennifer no se inmutó. Reconocía una lechuza cuando la oía y, desde luego, no tenía miedo.

Las ranas croaban y de vez en cuando salpicaban el agua. Una vez vio una cabeza peluda que rompía la superficie del estanque. Luego, un grácil animal salió de las sombras a la luz de la luna, seguido de una réplica más pequeña. Para deleite de Jennifer, una cierva y su cervatillo se acercaron a la orilla. Nerviosa, la cierva madre bajó la cabeza para beber mientras la cría daba manotazos y jugueteaba a su alrededor.

Parpadeó y los ciervos habían desaparecido. ¿Se había quedado dormida? No estaba segura. Intentó mirar hacia arriba para ver la posición de la luna, pero Kley volvió a apretarle el brazo. Antes de que pudiera responder, una ramita se quebró a unos metros y ella se tensó al recordar a la fiera que habían ido a cazar.

Kley se acercó a su oído y le susurró.

—Silencio. Viene el *oopus*. Jennifer jadeó cuando un animal parecido a un perro entró trotando en el claro iluminado por la luna.

La criatura se detuvo y levantó la cabeza, olfateando el aire, y luego emitió un agudo quejido.

—El lobo —susurró Jennifer.

La brisa llevó hasta ellos un ligero olor a humedad y sus ojos se abrieron de par en par, al darse cuenta de que era la bestia lo que olía.

—Vigila —ordenó Kley. Su voz era tan baja que no estaba segura de oírlo con los oídos o con la mente.

A la brillante luz de la luna, el peludo animal gris ladeó la cabeza como si estuviera escuchando. Las orejas puntiagudas se movieron, se sentó y emitió otro gemido agudo. Inmediatamente, cuatro cachorros surgieron de la oscuridad, se lanzaron sobre su madre y empezaron a mamar.

Jennifer soltó un jadeo ahogado.

—Es mi lobo —dijo muy flojo—, pero ahora parece más pequeño.

El pelo de Kley le rozó la mejilla, y un pequeño escalofrío la recorrió.

—No es *tumme* el lobo. Es *oopus*, el zorro.

Se quedó mirando al animal y a sus cachorros, consciente de repente de lo que debía de haber pasado cuando creyó que la atacaba un lobo feroz. Incluso los sabuesos de su padre gruñían si un extraño se acercaba a sus cachorros.

—Un zorro gris —pronunció en voz baja—. No un lobo, sino una zorra.

—Se aprende —replicó Kley con suavidad.

Los animales no parecían intuir la presencia humana y ella se dio cuenta de que los ruidos que hacían los zorros jóvenes impedían que su madre se alarmara. Uno de los cachorros había dejado de mamar y tiraba de la cola de la zorra mientras otro se escabullía bajo su cuello.

Jennifer estaba fascinada por la escena. Siempre le habían gustado los animales. De niña, adoraba a todos los perros y gatos que había por los alrededores de la finca; una vez incluso ocultó un ratón a su nodriza durante semanas. Pero nunca antes había visto una criatura salvaje tan de cerca.

—¿La mato por ti? —preguntó Kley.

—¡No! —La zorra levantó la cabeza y emitió un aullido de advertencia. Después, madre y cachorros desaparecieron en la oscuridad ante sus ojos—. Oh —protestó, poniéndose en pie—. No quería... —Kley se levantó y le sonrió, por lo que ella frunció el ceño—. No le habrás hecho daño al zorro, ¿verdad?

—Claro que no. —Él sacudió la cabeza.

—¿Pero creías que lo quería muerto?

—No, valiente cazadora de lobos. —Se echó a reír con suavidad—. Sabía que no. Solo deseaba oírte decirlo.

—Pero... —Perpleja, dejó la réplica a medias y cerró la boca al darse cuenta de que no entendía nada.

Desvió la mirada para evitar que él leyera lo que pensaba.

—Escondes el corazón de una mujer, *Je-nni-fer* —reprendió él con voz aterciopelada.

—Sabías que no era un lobo, ¿verdad?

Asintió.

—Las huellas me lo dicen.

—¿Por qué me dejaste seguir creyendo...?

Le cogió la mano. Temblando, ella dejó que la tomara.

—¿Aceptarías mi palabra?

—No. —A Jennifer se le secó la boca y le temblaron las rodillas—. No —admitió de nuevo. El contacto de su mano le provocó un estremecimiento por el brazo, pero no sintió deseos de soltarse y agregó—: Estaba convencida de que me había atacado un lobo.

—¿Y ahora? —Se acercó un paso más.

Ella se balanceó a la luz de la luna.

—Gracias por enseñarme los zorros. Eran... eran preciosos.

—No está mal mantenerse firme, si uno no se sostiene sobre una rama delgada. —Dio otro paso.

Jennifer sintió que una oleada de calor le recorría el cuerpo mientras inclinaba la cara para mirarla a los ojos. Inconscientemente, se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Tengo frío —dijo. Su voz sonaba tensa y lejana.

Él abrió los brazos.

—Yo te calentaré, *Je-nni-fer*.

Contra su voluntad, se echó en sus brazos y apoyó la cara en su pecho. Su corazón latía con

fuerza y él olía a pino y tabaco.

—No sé por qué estoy haciendo esto.

Él le acarició el pelo.

—Calla —la tranquilizó—. Calla.

Sin saber cómo, ella rozó sus labios con los suyos. Al principio con vacilación y luego con creciente intensidad. Su boca era firme y sabía a miel cuando le devolvió el beso. A Jennifer se le aceleró el pulso y la confusión que sentía en la boca del estómago volvió con toda su fuerza.

Sin aliento, se separó.

—Yo... Lo siento —balbuceó—. No pretendía...

Los ojos de Kley reflejaron la luz de la luna.

—¿Los ingleses siempre dicen lo que no quieren decir? Es algo que mi *cocumtha* no me dijo.

Jennifer tragó saliva, sin darse cuenta de que se había rozado los labios con la punta de un dedo.

—Ha sido... culpa mía —corrigió—. No te has aprovechado de mí.

La profunda risa de Kley se mezcló con el estruendo del oleaje del océano a lo lejos.

—No lo he hecho. —Estuvo de acuerdo—. Ha sido un beso agradable, ¿verdad?

Ella sintió que se ruborizaba y salió corriendo hacia la playa. No había recorrido más de cinco metros cuando su pie se enganchó en una raíz y se desplomó sobre un arbusto. Mientras luchaba por levantarse, se enredó la otra pierna y volvió a caer.

—No te quedes ahí riéndote como un tonto —gritó—. Ayúdame.

—¿Permite la costumbre inglesa que un salvaje ignorante ayude a una dama a salir de un arbusto?

—Si no lo hace, debería.

Le rodeó la cintura con los brazos e intentó levantarla. Ella liberó un tobillo y lo enganchó sobre el suyo, de modo que él cayó encima de ella.

Jennifer se retorció y le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Ahora eres mi prisionero! —Acercó su cara a la de él—. Eso te pasa por... —Dejó la frase inconclusa cuando la inundó una oleada de deseo abrumador.

—Veo que los ingleses tienen por costumbre torturar a los prisioneros —replicó él con voz ronca.

Bajó la cabeza para acariciar sus labios entreabiertos y ella aceptó su caricia de buen grado, rozando su lengua con la de él en un tierno y prolongado beso que los dejó a ambos temblando.

—Kley —susurró su nombre con voz estrangulada.

Él acarició su cuerpo y dejó una mano en su cadera, mientras cambiaba el peso de su cuerpo para acomodarse sobre el suyo.

—*N'ma-mentschi*. —Sus labios rozaron su garganta—. *N'dellennowi*.

Las suaves palabras sonaban extrañamente excitantes, al tiempo que deslizaba los dedos por su cuello hasta llegar al pecho. La sensación de agitación en su estómago aumentó, hasta convertirse en un dulce dolor, cuando sus labios volvieron a encontrarse en un beso ardiente de pasión incontrolada. La longitud de su duro cuerpo ardía contra el de ella y sintió la prueba inconfundible de su creciente deseo.

Con un grito, Jennifer se separó.

—Por favor —suplicó—. No sigas. Yo... —La confusión hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas y parpadeó—. Kley, por favor.

Oyó su aguda respiración mientras se alejaba rodando. Por un instante, el arrepentimiento la acuchilló y sintió una tremenda pérdida. Se llevó la mano a la boca y mordió con fuerza un dedo en un intento de recuperar el control.

Su respiración se normalizó, y cuando le ofreció la mano, era la mano de un amigo.

—Ven, pequeña —le dijo—. No te haré daño.

Temblorosa, con los ojos muy abiertos, Jennifer se puso en pie a trompicones. Estaba muy avergonzada, se había comportado como una libertina. Nunca había permitido que un hombre llegara tan lejos, como tampoco había querido que él lo hiciera.

—Kley...

Él le dio la espalda y empezó a caminar hacia el *wigwam* con pasos largos y uniformes.

De repente, sintió frío y se apresuró a seguirle el paso, pensando que se movía de forma muy silenciosa. Estaba seguro que el ciervo hacía más ruido que él.

El palpar de su estómago se había convertido en una sensación de pesadez y hundimiento. No sabía cómo iba a poder dormir en la misma habitación que él. Además, tendría que enfrentarse a su mirada a la luz del fuego.

La esperó junto a la puerta de la cabaña y le indicó que entrara.

—Mantendré el fuego esta noche por si hay lobos —le dijo.

Incapaz de hablar, Jennifer pasó al interior y se tumbó en su rudimentaria cama hecha con pieles. No se quitó el vestido, solo se tapó la cabeza con la manta de piel de ciervo y su mente continuó preguntándose, por qué le había permitido besarla y tocarla de aquella manera.

Los recuerdos de los besos ardientes de Kley volvieron a atormentarla. El sabor fresco de su boca, la textura de su lengua, las oleadas de intenso anhelo... Era un hombre de otra raza, de otra clase, y ella había acogido sus ardientes besos como una prostituta hastiada de la corte.

—¿Qué he hecho? —susurró entre sus manos juntas.

No era una mojigata. Cualquier mujer de más de cinco años en la Inglaterra de Estuardo sabía de la vida. La corte de Carlos era tan libertina como el palacio de cualquier sultán turco, y el propio comportamiento del rey avergonzaría a muchos cortesanos. Sin embargo, ella era una Rawlyn y había sido educada correctamente. Ninguna novia Rawlyn había ido nunca deshonrada al lecho matrimonial ni había tomado un amante desde los tiempos de Enrique VIII.

Reconocía que había coqueteado con algunos caballeros; incluso había permitido que el rey Carlos la besara a escondidas en un rincón tranquilo del invernadero, pero todo fue por diversión. Había quedado claro que Jennifer Louise Rawlyn era una joven sensata que no haría

nada que avergonzara a su familia.

Lo que había hecho con Kley Dare iba más allá del coqueteo. Era peligroso y la asustaba, porque por primera vez se había sentido abrumada por sentimientos de deseo carnal que solo había sospechado que estaban enterrados en lo más profundo de su ser. Kley no era un pulcro caballero inglés; era un indio salvaje. Las reglas de buena conducta no significaban nada para él. Si la hubiera violado en el acto, ella no habría estado en condiciones de condenarlo por sus actos.

Demasiado acalorada bajo la piel de ciervo, Jennifer rodó sobre su espalda y se quedó mirando el techo bajo. ¿Y si no se hubiera detenido cuando se lo suplicó? ¿Y si Kley le hubiera quitado la virginidad? ¿Qué habría sentido? Mientras las preguntas prohibidas surgían en su mente, sintió que volvía el cálido dolor en sus entrañas. Se removió inquieta, tratando de alejar los provocadores pensamientos en los que no tenía derecho a pensar. Se le hizo un nudo en la garganta y se retorció, apartando la manta. Salvaje o no, Kley Dare era un hombre diferente a todos los que había conocido antes.

Intentó desterrar la imagen de Kley recordando a su prometido, Arthur Lindsey. No lo había visto desde que era joven. Recordaba su pelo rubio, sus ojos azules y su piel clara. Arthur había sido más delgado que robusto, pero tenía el aspecto de un auténtico inglés.

Podrían pasar semanas, incluso meses, pero finalmente la encontrarían y la llevarían a la colonia inglesa. Su matrimonio con Arthur seguiría adelante según lo planeado. Si tenían poco en común, no importaría. Regresarían a Inglaterra; ella gobernaría alguna gran casa y él se ocuparía de sus propios asuntos. Una vez que le hubiera dado un heredero, quizá ni siquiera compartieran cama.

Suspiró profundamente. Su futuro estaba grabado en piedra. Se había decidido en el momento de su nacimiento, cuando la partera declaró que era una niña. No era la primogénita de su padre, que ya tenía un hijo y una hija que estaban sanos. Aunque hubiera sido varón, no habría sido su heredero. Como hijo varón, habría sido educado en la iglesia o en el ejército; como mujer, estaba destinada a casarse dondequiera que aumentara la fortuna de los Rawlyn.

Su destino nunca la había preocupado.

Los agudos tonos de una flauta la sacaron de su ensueño. El inquietante estribillo procedía del exterior de la choza. Imaginó que debía ser Kley. Incapaz de resistirse a la atracción de la música, se levantó de la cama y salió del *wigwam*.

Cuando salió, él ya no estaba. Las notas se habían desvanecido en la noche, dejando solo el sonido del viento y las olas.

Se preguntó si lo habría soñado y se fijó en el fuego que ya estaba apagado. Se arrodilló a su lado y extendió las manos para sentir el calor. Pasaron unos minutos, y entonces él estaba sentado a su lado.

—¿Cómo haces eso? —preguntó ella.

—¿Hacer qué?

—Ir y venir sin que te vea ni te oiga. Eras tú quien tocaba la flauta, ¿verdad?

Se encogió de hombros. Su rostro estaba inmóvil, sin revelar nada.

—Tal vez oíste a los delfines. Cantan por la noche.

—¿Lo hacen? —Ella inhaló de forma temblorosa—. Me gustaría oírlos alguna vez. Había delfines cuando estaba sola en el bote y me hicieron compañía durante un tiempo. —Tomó arena entre los dedos y la dejó caer de nuevo—. No era un delfín lo que he oído antes. ¿Dónde está tu flauta?

—¿Quieres ver los delfines ahora? —Cogió su mano, la ayudó a levantarse y echaron a correr por la playa. Cuando llegaron a su piragua, señaló un lugar en la proa—. Siéntate ahí —ordenó.

—¿Ahora? ¿Vamos a salir al océano, ahora?

—Dijiste que querías ver verías a los delfines. No sé si cantarán esta noche, pero nadarán a la luz de la luna. ¿Vendrás, *Je-nni-fer*?

Asintió y subió a la canoa. Por primera vez se dio cuenta de que no había visto nada de la barca desde que él la había llevado a tierra.

—¿Qué hiciste con la barca en la que me encontraste? —preguntó.

—Lo quemé para hacer leña. —Los músculos de la espalda y los hombros le temblaban cuando empezó a empujar la piragua por la arena hasta el agua.

Jennifer se aferró a los lados con ambas manos. Con un grito, chapoteó en el oleaje y empujó la canoa hacia una ola saliente. Cuando el agua le llegaba casi hasta el pecho, Kley se impulsó sobre la borda, cogió el remo y la condujo a través de las olas.

En cuestión de minutos, se adentraron en el océano y Kley comenzó a canturrear, mientras golpeaba el remo contra el agua con un ritmo constante.

Jennifer no entendía la letra de su canción, pero se encontró tarareándola.

Deslizarse por la superficie del agua oscura era casi como volar. Cuando la luz de la luna cubrió de plata las olas, se abrazó a sí misma para comprobar que no estaba soñando. El rocío le helaba la cara, pero no le importaba. La noche era de un encanto salvaje, y pretendía saborear cada pedacito de ella. Volvió a mirar a Kley, y el corazón le retumbó en el pecho tan fuerte que estaba segura de que él debía oírlo.

—Me prometiste delfines —le recordó. En respuesta, él levantó la punta de su remo y señaló. Desde el este, una forma oscura se elevó en el agua y emitió un grito estridente—. Oh —jadeó cuando el segundo delfín rompió la superficie del océano—. Ya vienen. Vienen de verdad.

Asintió con la cabeza.

—Vienen y, si el viento es amable, tal vez canten a las aguas profundas y a las costas lejanas... O tal vez canten una leyenda de los delfines que viven bajo el mar.

—Tal vez lo hagan —aceptó con ojos brillantes—. Después de esto, creería cualquier cosa.

Capítulo 6

La dulce y conmovedora canción de los delfines resonó en la cabeza de Jennifer durante los días y semanas siguientes. No se repitió el beso íntimo que Kley y ella habían compartido aquella noche en que observaron a la zorra y sus cachorros, pero sabía que se estaba formando un vínculo entre ellos. «Nuestras almas se han tocado», había dicho Kley. Jennifer se preguntó si, a su manera primitiva, tenía razón.

Aunque vivían juntos en su *wigwam*, compartían las comidas, dormían al alcance de la mano y pasaban juntos la mayor parte de las horas que estaban despiertos, ambos se cuidaban de no tocarse. Ninguna tía soltera podría haber sido tratada con más cortesía; ninguna monja de clausura podría haber esperado más respeto de un hombre. Sin embargo, no pasaba una hora sin que Jennifer fuera intensamente consciente de la masculinidad de Kley o del hecho de que la cortejaba.

Cada mañana, al despertarse, encontraba un regalo junto a su cama de pieles: una concha pulida, una sarta de cuentas de cobre, un panal de miel, una pluma escarlata. Una vez hubo una piedra de color pizarra, erosionada y golpeada por el océano, retorcida por la naturaleza en forma de delfín. Kley había hecho un agujero en la parte superior para poder llevar el amuleto con un cordón de cuero trenzado.

Por la noche, Jennifer se dormía con el sonido de una flauta de hueso de águila y los gritos apagados de búhos y gavilanes. Siempre soñaba con Kley, y en el brumoso mundo de sus sueños él no se mantenía a distancia. Una y otra vez, se despertaba con las primeras luces del alba sintiendo aún el calor de su tacto, la emoción de su apasionado abrazo.

Con mayo llegó el zumbido de las abejas y el embriagador aroma de las flores silvestres. Nunca había visto ni olido tal profusión de plantas y flores, que se derramaban por la tierra en todos los colores del arco iris. Recogió puñados de flores, se las puso en el pelo trenzado y llenó el *wigwam* y el campamento de fragantes ramos.

El buen tiempo trajo otros cambios a la playa. Pájaros, patos y gansos llenaban los cielos y el suave aire primaveral resonaba con sus melodiosas llamadas de apareamiento. Kley señaló los distintos tipos de aves costeras, identificándolas pacientemente en su propio idioma. Poco a poco, Jennifer empezó a distinguir los colores y tamaños de los pájaros y se deleitaba asociando las palabras *lenni-lenape* con el ave adecuada.

Kley le enseñó a tejer una red y a tallar un arpón. Por la noche salían en la piragua más allá del oleaje. Ella sostenía una antorcha sobre el agua y él arponeaba a los peces atraídos por la luz. Juntos pescaban almejas y capturaban cangrejos en una bahía poco profunda al oeste.

Siempre, Kley cogía exactamente lo que necesitaba y nada más.

—Desperdiciar va en contra de las costumbres de *Inu-msi-ila-fe-wanu*, el Gran Espíritu —

explicó con delicadeza—. Es un gran error.

—¿Como un pecado? —se interesó ella.

—Un pecado mortal —convino él.

—Entonces este *Inu-msi* es tu dios. Creía que se llamaba *Wishemenetoo*.

Kley frunció el ceño, buscando las palabras adecuadas para explicar algo que, obviamente, creía que hasta un niño debería saber.

—No. No son lo mismo. *Inu-msi-ila-fe-wanu* es el Gran Espíritu, una madre. *Wishemenetoo* es el Gran Espíritu Bueno. *Wishemenetoo* es un espíritu masculino.

—Me dijiste que creías en un solo Dios, como yo —le recordó ella—. Ahora dices que hay dos dioses indios.

Él suspiró y sacudió la cabeza.

—Un Creador, uno sobre todos. No pronunciamos su nombre. —La miró fijamente—. Y los ingleses tienen más de un dios.

—Nosotros no.

—Padre, Hijo y Espíritu Santo —replicó Kley—. Tres.

—No es lo mismo.

—Lo mismo.

—Eres un pagano. No espero que lo entiendas.

Se echó a reír.

—¿Quién hizo el mar, la tierra y los cielos?

—Dios.

—¿Cómo se llama?

—Dios a secas. No tiene otro nombre.

—¡Ajá! Un Creador. Conozco su nombre, pero no te lo diré.

—No tenemos dioses femeninos.

Los ojos de Kley se entrecerraron con picardía.

—María.

—Ella es la madre de nuestro Señor, pero no es un dios.

—Tú le rezas. Ella te ha escuchado. «Santa María», le dices. Intercede por mí».

—No es lo mismo.

—Lo mismo.

Jennifer decidió que no valía la pena discutir de teología con un indio. No se daba cuenta de cuándo estaba siendo blasfemo, y se tomaba el tema demasiado a la ligera.

Una tarde, Jennifer regresó del estanque con agua para cocinar. Kley había cogido su arco y sus flechas y había abandonado el campamento después de la comida del mediodía,

prometiendo traer a casa un pavo. Pasar parte del día sola ya no le asustaba. En todo el tiempo que había pasado en la playa, la única criatura peligrosa que había visto era un tiburón, que había quedado atrapado en uno de los sedales de Kley. Estaba empezando a ver el bosque no como un enemigo, sino como un amigo. El bosque les daba comida, bebida y refugio, pensó. Sería una tontería seguir teniendo miedo de su propia sombra.

El día era tan cálido que se había quitado los mocasines y corría descalza como en las tardes despreocupadas de su infancia. Acababa de entrar en el campamento cuando vio dos figuras humanas que bajaban por la playa y se sobresaltó tanto que dejó caer la jarra de agua. El cuenco de barro se rompió al golpear el suelo y el agua salpicó en todas direcciones, pero Jennifer no se dio cuenta. Se quedó inmóvil, mirando a los hombres que avanzaban.

Los forasteros estaban demasiado lejos para que pudiera distinguir si eran pieles rojas o blancos, pero llevaban entre ellos un gran fardo que pendía de dos palos.

Agarró una lanza de pescado que había clavada en la arena y corrió hacia el grupo que avanzaba.

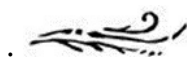
—¡Hola! —gritó—. ¡Hola! ¿Sois ingleses?

El corazón le latía con fuerza mientras corría. ¿Habían ido a rescatarla? ¿La habían estado buscando desde el naufragio? Esforzó los ojos bajo la brillante luz del sol, tratando de distinguir sus rasgos.

Las figuras se detuvieron, señalaron en su dirección y aceleraron el paso. El hombre que iba en cabeza saludó y gritó, pero Jennifer no pudo oír lo que decía.

—Hola. Soy Jennifer Rawlyn —, Alzó la voz. Sus pies descalzos se hundieron en la arena caliente—. ¡Hola! ¡Hola!

Respiraba a grandes tragos y estaba mareada por la excitación. La carrera no tardó en cansarla y redujo el paso al trote y, finalmente, al paseo. Los hombres estaban mucho más cerca, casi lo suficiente como para...



Jennifer se detuvo y se tragó un nudo en la garganta. Los hombres eran cobrizos, no blancos, y el primero llevaba el pelo negro recogido en un peine alto y tieso, rapado a ambos lados.

Tenía la cara pintada con vetas amarillas y las piernas desnudas bajo un taparrabos corto. El segundo hombre era más viejo, con vetas grises en su larga cabellera.

Ella se apoyó en la lanza de pescado, intentando recuperar el aliento y la compostura mientras se acercaban.

—*Ta koom* —dijo el hombre de la cabeza rapada.

—¿*Un Lenni-Lenape*? —preguntó su compañero.

—*Mata. Quanna eet auween gatta napenalgun.*

Los dos hombres se rieron. Jennifer se puso rígida. *Lenni-Lenape*, comprendió, y la palabra *mata*.

Kley la usaba para decir «no».

—Soy Jennifer Rawlyn —respondió formalmente—. Soy inglesa.

—¿*Ingléshokkuaa*? —Llegó una voz apagada desde el interior de la gran bolsa de piel—. ¿Es usted inglesa?

El tono era alto y carrasposo, el acento extrañamente parecido al de Kley.

A Jennifer se le erizó el vello de la nuca y se quedó boquiabierta.

Los hombres se acercaron y una mano arrugada apareció por un agujero del fardo, apartando la solapa. Dos ojos azules y descoloridos miraron a Jennifer desde un rostro pequeño y arrugado.

—Buenos días, señora *Je-nni-fer*. —Fue el saludo de una pequeña mujer, parecida a un elfo de ojos brillantes—. Estoy encantada de conocerla. Soy la señora Virginia Dare.

Jennifer parpadeó dos veces y retrocedió.

—Pero no puede ser —protestó—. Virginia Dare lleva muerta casi cien años. Fue masacrada con la colonia perdida de sir Steven Raleigh.

El segundo hombre dijo algo en la lengua india que sonó como una pregunta, y la pequeña anciana contestó. De nuevo, ambos hombres rieron.

Jennifer sintió que se le sonrojaba la cara.

—No soy tonta —espetó, sintiéndose como tal—. ¿Quién es usted y qué quiere?

La ancianita soltó una risita, un sonido como de mazorcas secas frotándose.

—Ya te lo he dicho, niña. Soy Virginia Dare, hija de Ananias y Eleanor White Dare. Nací el 18 de agosto del año de Nuestro Señor de 1587. Eso apenas me hace cien años, incluso si estoy mal en sumas.

—¿Qué... qué hace usted aquí? —tartamudeó Jennifer.

—Vengo a ver a mi nieto, Kley. —Su rostro se disolvió en una masa de arrugas mientras sonreía, mostrando una boca llena de dientes blancos como perlas—. ¿Eres la mujer de Shaakhan? ¿Habéis partido juntos el pastel del matrimonio?

—No. ¡*Mata*! —gritó ella—. No soy su mujer. Iba en un barco con destino a Jamestown y naufragamos en el mar. Él me rescató...

La anciana volvió a reír.

—¿Te sacó del mar? —Dio una palmada—. ¡Él lo dijo! Dijo que serías un regalo del mar. —Extendió las manos—. Acércate, *daanus*. Ven aquí, hija, y saluda a tu abuela. He esperado mucho tiempo para conocerte.

—No. —Jennifer retrocedió—. Usted no es mi abuela tampoco es Virginia Dare.

Uno de los hombres movió un palo unos centímetros para aliviar su hombro y señaló hacia el norte a lo largo de la orilla del bosque.

—¡*Pennau*!

Jennifer miró por encima del hombro y dio un suspiro de alivio cuando Kley cruzó la playa a grandes zancadas. Los dos hombres saludaron con la mano; la mujer elfo esperó en silencio a

que se acercara.

—¿*Ili kleheleche*? —dijo Kley formalmente—. Abuela, ¿todavía respiras?

—*N'leheleche* —respondió la anciana—. Sí, todavía respiro.

Kley sonrió a Jennifer, se arrodilló y tendió las manos a la mujercita.

—Mi corazón se alegra de volver a verte, *Cocumtha*. Ha pasado demasiado tiempo.

—A estos viejos ojos les alivia volver a verte —respondió ella, abrazándolo—. Vemos que has encontrado lo que buscabas. Se separó de él y miró fijamente a Jennifer—. ¿No te dije que las inglesas tienen el pelo como el grano de trigo en otoño? —Se echó a reír—. ¿No te dije que yo tuve ese pelo en mi juventud?

Kley se levantó y volvió hacia Jennifer, cogiéndola de la mano.

—Has conocido a mi querida abuela —indicó—. Debes saludarla en inglés.

Sintiéndose incómoda, Jennifer hizo la reverencia más elegante posible con un vestido corto de piel de ciervo.

—Estoy encantada de conocerla, señora Dare.

Kley asintió con la cabeza.

—Él es mi tío, M'biak —explicó—. Y este es H'kah-nih Elene, Hombre de Hueso. —Kley sonrió—. H'kah-nih Elene es *shawnee* y muy feroz. El guerrero crestado dijo algo en su propia lengua y sonrió a Jennifer. Kley continuó hablando—: No habla inglés, pero entiende un poco. Ha comerciado con los hombres blancos en su asentamiento y dice que le llamaban Harry. Dice que tú también puedes llamarle Harry, para que no te burles de su verdadero nombre.

Ante la mención del asentamiento inglés, Jennifer sintió una oleada de excitación. Si Harry había estado allí, tal vez pudiera convencerle de que la acogiera. Tranquilamente, ocultando sus pensamientos a Kley, hizo una reverencia una vez más.

—M'biak, Harry —saludó con amabilidad—. Buenos días, señores.

Harry volvió a hablar, y M'biak apretó los labios para no reírse.

Jennifer miró expectante a Kley para que tradujera sus palabras.

—Dice que tus modales son mucho mejores que los de los ingleses. Dice que se comportan como sapos sobrealimentados en un estanque fangoso.

—¿Viene de Jamestown? —preguntó Jennifer a Harry.

—¿Jamestown? —La abuela de Kley soltó una risita—. Mosquito Town —corrigió con su fina voz vacilante—. Estos ingleses construyen sobre pantanos. Creo que los *wigwams* se hunden en el barro antes de que pasen muchas estaciones. —Se rascó la cabeza—. ¿Vamos a quedarnos aquí toda la tarde? —preguntó malhumorada—. Tengo calor en esta cesta oscura y mi vientre gruñe de hambre. ¿Nos invitará mi nieto a su fogata antes de que vuele la nieve?

—Sí, abuela —respondió Kley con afecto—. Tengo los modales de un inglés. Venid. Hay una cesta de ostras enfriándose en el estanque y un pavo para asar. —Hizo un gesto hacia el campamento—. Nos sentaremos a la sombra y me contarás todos los cotilleos.

—Yo no cotilleo —protestó la abuela—. Pero tengo noticias de tu primo, Aman. Ha tomado a la joven esposa de Yapewi. Entre los dos han montado un escándalo.

—Sabía que tendrías algo interesante que contarme. —Kley le guiñó un ojo a Jennifer—. La abuela olvida que una vez provocó el mayor escándalo de todos.

Riendo y hablando juntos en la lengua india, el grupo subió por la playa hasta el campamento de Kley. La anciana se balanceaba suavemente en su camilla de pieles mientras sus portadores trotaban. Jennifer los seguía, tratando de distinguir la verdad de las tonterías. Obviamente, la mujer era su abuela. ¿Podría ser Virginia Dare, la primera niña inglesa nacida en América, o se trataba de una broma?

Cuando llegaron al *wigwam*, Kley la ayudó a bajar de su extraño transporte. Para alivio de Jennifer, la mujer de pelo blanco no estaba lisiada y era capaz de caminar por sus propios medios.

Trató de no mirar fijamente su extraño atuendo. La anciana llevaba una larga falda de finísima piel de color blanco que le llegaba hasta la punta de los diminutos mocasines. La falda estaba rematada con un chaleco de cordones apretados, que llevaba sobre un corpiño de mangas largas con amplios puños de cuentas. Alrededor de la garganta llevaba un cuello con volantes formado por cientos de plumas rojizas y blancas, y en la nuca lucía un gorro de plumas a juego, que se ataba bajo la barbilla. Llevaba el pelo recogido bajo el gorro. De sus pequeñas orejas perforadas colgaban grandes perlas en un anticuado engaste de plata. Jennifer habría jurado que los pendientes eran de diseño inglés.

Kley sacó una túnica de piel de ciervo de la cabaña y la dobló para hacer un asiento para su abuela, y luego fabricó un respaldo de ramas de sauce tejidas para que se apoyara en él. M'biak fue al estanque en busca de agua fresca para saciar su sed, y el *shawnee* rebuscó en una mochila para encontrar un abanico de plumas de ganso.

La abuela le hizo señas a Jennifer para que se sentara a su lado, mientras los hombres se apresuraban a abrir las ostras y desplumar el pavo.

—Ven, ven, niña —la llamó—. Quiero hablar contigo. Háblame de la reina. ¿Está bien?

—¿La reina Catherine?

—¿Catherine? No sé nada de esa Catherine. Yo hablo de la buena reina Bess de Inglaterra.

—Catherine de Braganza es la reina, señora. La antigua reina lleva muerta muchos años.

—¿Estás segura?

Jennifer asintió.

—Mi prima es dama de compañía de su majestad. Yo misma he sido presentada a ella varias veces.

—*Aiiee* —gimió la abuela—. Kley dijo que debía ser así, pero no quise creerlo. —Los descoloridos ojos azules adquirieron una mirada lejana—. Mi madre decía que ella era la reina y siempre lo sería. Sabía que mi madre era una mujer tonta. —Cruzó las manos anudadas y se balanceó hacia delante y hacia atrás—. Era una buena mujer, pero tonta a veces. —Levantó la cabeza y clavó en Jennifer una mirada penetrante—. Supongo que Raleigh también ha muerto.

—Sí.

—Esta Catalina de Braganza, ¿es una buena reina?

Jennifer se detuvo un momento y meditó su respuesta.

—Se dice que es una dama amable y justa, pero muchos pensarían mejor de ella si pudiera darle un hijo al rey Charles.

—*Char-les*. —El nombre en los labios de la abuela era suavemente acentuado y extranjero —. Rey *Char-les* —repitió, sacudiendo la cabeza como si no estuviera convencida—. La buena reina Bess era la Reina Virgen. No tenía ningún hombre que gobernara a su lado.

—Cierto. Pero tampoco dejó heredero. Jacobo de Escocia subió al trono de Inglaterra, y luego su hijo Charles. —Jennifer observó atentamente a la anciana para ver si era capaz de comprender.

—Entonces este *Char-les* es escocés. —Los ojos de Virginia Dare casi se perdían en las arrugas cuando sonrió—. Mi padre decía que los escoceses eran guerreros salvajes.

—Ha habido guerra en Inglaterra, señora —explicó Jennifer—. Una guerra terrible. Ese Charles murió de forma horrible y su hijo, también llamado Charles, es el que ahora gobierna.

La abuela hizo un chasquido con la lengua.

—Ah. Entonces por eso mi abuelo no vino a buscarnos como había prometido. Mi madre no sabía por qué. Toda su vida observó el mar en busca de un barco.

Los hombres habían limpiado el pavo y lo habían lavado en el mar. Kley estaba haciendo un espetón para sostener el ave sobre el fuego. Llamó la atención de Jennifer y le sonrió.

—¿Vamos a comer hoy? —preguntó su abuela—. Me prometieron ostras.

—Y las tendrás —prometió Kley—. Se están asando en las brasas.

Arrugó la nariz. —Seguramente son tan pequeñas como huevos de chochín —refunfuñó.

—Para ti, abuela —se burló él—, solo cocino las que son grandes como calabazas.

La abuela dio una palmada y M'biak le acercó una pipa de brillante piedra verde. Con cuidado, la llenó de tabaco, la encendió con un carbón del fuego y se la entregó. La anciana dio una larga calada y lanzó el humo al aire.

—¿Cómo se llamaba su abuelo? —preguntó Jennifer.

De niña, su abuelo le había leído la historia de la colonia perdida de Raleigh. Sabía que, después de establecer un asentamiento en la isla de Roanoke, en Virginia, el líder de la expedición había zarpado de vuelta a Inglaterra en busca de suministros muy necesarios, dejando en la isla a su hija y a su nieta recién nacida, Virginia Dare. Cuando regresó, tres años después, todo rastro de los ingleses había desaparecido. Aunque comúnmente se creía que los colonos habían perecido a manos de indios hostiles, el misterio nunca se había resuelto. La abuela se echó a reír con suavidad.

—¿Crees que lo he olvidado? No lo he olvidado. Su nombre en inglés era John White. —Dio otra larga calada a la pipa—. Creo que es mejor que no viniera a por mi madre. Los *Lenni-Lenape* siguen el camino de la paz. La hierba crece en el camino de la guerra, y los bebés con el vientre vacío no lloran a sus padres muertos. —De repente alargó la mano y cogió la de Jennifer —. No me crees, ¿verdad?

Ella intentó soltarse, pero la anciana la tenía agarrada como si fuera de hierro.

—Por favor... señora —balbuceó—. Yo no...

—¡Ja! —La abuela la soltó y se echó a reír—. No importa, pues yo tampoco te creo. Los ingleses hablan con la lengua de *hahees*, el cuervo. ¡La buena reina Bess todavía se sienta en el trono de Inglaterra!

Capítulo 7

Para cuando Kley anunció que la comida estaba lista, las sombras del atardecer empezaban a extenderse por el campamento. Los cinco se reunieron cerca del fuego y compartieron las bondades de la tierra y el mar. Aunque Jennifer llevaba semanas viviendo con Kley, seguía maravillándose de la variedad de deliciosos alimentos que él y los hombres producían sin una cocina adecuada.

Había ostras y almejas diminutas, algunas crudas y otras cocidas al vapor en sus conchas, y una rica sopa de cangrejo y pescado, sazonada con hierbas aromáticas y cebollas silvestres. El pavo se había dividido en dos; una parte se asó sobre el fuego y otra se colocó en una fuente de barro y se coció lentamente. Había un plato de algas de color verde pálido que la abuela declaró delicioso; también calabaza y brotes de espadaña al vapor, aromatizados con miel. Las bayas secas machacadas añadían sabor a unos pasteles de maíz planos que no se parecían en nada al anterior e inadecuado intento de hornear de Jennifer.

Para su sorpresa, Kley se disculpó con su abuela por la mala calidad de su banquete.

—Si hubieras enviado a un mensajero, abuela, podría haberte ofrecido mejor comida.

—Uhm —murmuró ella—. O tal vez podrías haber escondido este buen pavo y ofrecerme pescado frío.

Los tres hombres se rieron.

La comida se prolongó durante horas y Jennifer comprendió que gran parte de las quejas de la abuela eran en broma. Era evidente que todos la trataban con gran respeto y afecto. Kley tuvo cuidado de ofrecer cada nuevo plato primero a su abuela y luego a Jennifer. Ambos hablaban en una mezcla de inglés e indio suavemente arrastrado; a menudo Kley se empeñaba en traducir algo que se decía en algunquino.

Mientras los demás hablaban y bromeaban entre sí, Jennifer los observaba. Aún no estaba convencida de que la abuela de Kley fuera quien decía ser. El líder de la colonia perdida y abuelo de la verdadera Virginia Dare había sido el artista Patrick White. ¿Era posible que simplemente hubiera olvidado el nombre de su abuelo? Independientemente de quién fuera, era obvio que la anciana había tenido mucho contacto con los ingleses. Si pudiera convencerla de que la ayudara, estaba segura de que se reuniría con su gente.

Su oportunidad llegó cuando los tres hombres anunciaron que caminarían por la playa en busca de tortugas marinas. Jennifer y la abuela se quedaron solas. En cuanto ellos estuvieron fuera del alcance de sus oídos, se acercó a la anciana.

—Si es usted inglesa, debe ayudarme —susurró con urgencia—. Su nieto me tiene cautiva.

Las comisuras de los labios de la abuela se torcieron en una sonrisa socarrona.

—No te pareces a ninguna prisionera que haya visto, *Je-nni-fer* —Tomó un sorbo de agua de su jarra pintada y la miró con curiosidad—. ¿Mi nieto te ha pegado? ¿Te obliga a acarrear agua y a cocinar para él?

—No, pero...

—Ah. —Levantó un dedo para pedir silencio—. No te vi preparar esta comida.

—No.

La mujer extendió ambas manos y esperó expectante. Un búho ululó desde el estanque. Jennifer tembló, a pesar del calor del fuego y la suavidad de la noche. De mala gana, puso las manos en las de Virginia Dare.

Con un gesto de aprobación, la anciana giró las suyas y examinó las palmas a la luz del fuego. Durante largos minutos, se quedó observando, sin decir nada. Finalmente, levantó los ojos para mirar a Jennifer.

—No son manos de esclava. —Su voz sonó cadenciosa—. Demasiado suaves, como las de un bebé. —Arqueó una ceja blanca como la nieve—. Veo que observas a mi nieto. No miras con los ojos de una cautiva.

Jennifer apartó las manos.

—¡Eso no es cierto! —protestó—. Quiero ir a Jamestown. Debo ir. El hombre con el que me casaré está allí.

—Las líneas de tu mano dicen que no está allí —entonó la abuela suavemente—. Tu mano dice que tendrás hijos e hijas fuertes para mi nieto.

—¡No! —Ella se movió al otro lado del fuego. El búho ululó de nuevo, más cerca, y un extraño cosquilleo surgió en su garganta—. No puedes leer el futuro —gritó—. Eso es brujería.

La anciana se echó a reír.

—¿Ahora soy una bruja? Me han llamado muchas cosas, pero nunca bruja. *Aiiee*. —Se echó hacia atrás y la picardía centelleó en sus ojos azules—. No, no, niña, no debes temerme. ¿Crees que puedo volar hasta ese árbol? ¿Convertirme en un búho?

Jennifer se estremeció y sintió un miedo glacial. ¿Era bruja aquella mujer? Jennifer siempre se había burlado de quienes despoticaban de demonios y magia negra, pero ¿y si todo era cierto?

Se le secó la boca como la arena y sintió que el pulso le latía con fuerza mientras buscaba un arma con la que defenderse.

—Tranquila —la calmó la abuela—. Nunca he hecho daño a un niño en toda mi vida. Lo que veo en tu palma no es brujería. Está escrito aquí para que cualquiera pueda leerlo. Cada vida tiene un destino. —Cerró los ojos y se balanceó lentamente—. Tres veces cruzarás el mar y tres veces te casarás. —Dio un largo suspiro—. Tres, pero solo dos; de las dos, solo una.

—Basta —pidió Jennifer—. No más, se lo ruego. Todo lo que quiero es su ayuda para llegar a Jamestown. La llevaré conmigo, si lo desea. Me encargaré de que vuelva sana y salva a casa.

Virginia Dare se echó a reír.

—¿A casa? ¿A casa, a Inglaterra? Inglaterra no es mi hogar.

—Lo es para mí.

—¿Lo es? —La abuela cerró los ojos.

Pasaron los minutos y Jennifer se dio cuenta de que la anciana se había dormido. Su respiración era tan ligera que solo el leve movimiento de su plumaje indicaba que estaba viva.

«¿Qué estoy haciendo aquí?», gritó Jennifer para sus adentros. «¿Por qué yo?».

Debería haber ido con su tía en vez de insistir en que fuera aquella niña estúpida en su lugar en el bote. Al menos, al hundirse, se habrían ahogado juntas.

—No es cierto —reconoció en voz alta, mientras la vergüenza sustituía a la autocompasión.

No lamentaba lo que hizo y no se arrepentía de estar viva. Soltó una risita irónica y pensó que tampoco lamentaba haberse marchado de Inglaterra. Si se hubiera quedado a salvo en casa, nunca habría visto aquel extraño Nuevo Mundo. Nunca habría conocido a Kley.

Jennifer dio un respingo cuando una mano descendió sobre su hombro.

—¡Oh! —Se giró para ver a Kley de pie detrás de ella—. No te he oído volver.

—No quería asustarte, *Je-nni-fer*. Encontramos una tortuga. Viene a poner sus huevos en la arena. ¿Quieres verla?

—¿Una tortuga marina? —Inconscientemente, se retorció los flecos de la falda con los dedos; su respiración se aceleró y apartó los ojos. El aire pesado de la noche parecía cargado de expectación, y el hombre que ella creía conocer se había convertido de pronto en un misterioso desconocido—. ¿En la playa?

—Sí. —La miró con fijeza.

Su rostro impasible resplandecía a la luz parpadeante del fuego; sus hombros cobrizos resultaban demasiado anchos, demasiado perfectos.

El nudo en la garganta se le extendió por el pecho, hinchándole los pechos y haciéndole sentir un cosquilleo. Los pezones le rozaban el interior del vestido de cuero con cada respiración. Nerviosa, se alisó el pelo.

—Tu... tu abuela —balbuceó—. ¿Va a...?

—Duerme —advirtió él.

Jennifer se humedeció los labios resecos.

—Harry... y M'biak... —Parecía importante que no estuviera sola con Kley en la playa aquella noche. No con la luna luminosa colgando entre las nubes; no con el aroma de las dulces flores de ciruelo de playa flotando en el aire—. ¿Dónde están?

—Esperan y observan. —Con una lentitud tentadora, le cogió la mano y se la llevó a los labios, depositando un persistente beso en la sensible parte inferior de su muñeca—. Tienes belleza, *Je-nni-fer* —dijo con su cadencia suave y ronca—. *Nibeeshu*, la luna, no tiene tanta como tú.

Su corazón se agitó en su pecho mientras se inclinaba hacia él, dejando que sus labios rozaran el satén de su piel. La punta de su lengua rozó el hueco de su garganta; él sabía a sal y

agujas de pino.

—Kley —susurró—. Kley.

Al otro lado del fuego, los ojos de la anciana se abrieron un poco y una sonrisa se dibujó en los pliegues arrugados de su boca. Tosió y se incorporó con un resoplido, como si despertara de un sueño.

Ellos se separaron de un salto.

—Uhm. —La abuela se frotó la cara y llamó somnolienta en inglés—. ¿Nieto? ¿Estás aquí?

—Estoy aquí, abuela.

—Los dos estamos aquí, señora —dijo Jennifer, demasiado alto—. ¿Está bien?

—¿M'biak? ¿Dónde está M'biak? —inquirió la mujer.

—*N'dapi, onna* —respondió M'biak que se acercaba en ese momento con Harry.

Entraron a la luz del fuego y se sentaron en la arena.

—Tengo hambre —se quejó la abuela—. ¿Soy un huésped tan pobre que mi vientre ha de arrugarse como una bolsa de agua vacía? Supongo que ya no quedan tortas de maíz.

Kley sonrió con indulgencia.

—Hay tortas de maíz, Cocumtha. —Miró a Jennifer que cogió un cuenco y se lo entregó.

La anciana agarró una torta la mordisqueó.

—¿Voy a comer sola? —preguntó.

—*Mata* —respondió él. Cogió una porción del pan plano y lo partió en dos, ofreciéndole la mitad a Jennifer. M'biak y Harry intercambiaron miradas y luego se sirvieron el resto desmenuzado mientras Kley comía el suyo.

Jennifer masticó un trozo y luego bebió con gratitud de la jarra de agua que Kley le pasó.

—Nieto —gritó la abuela—. ¿Te preocupas por esta mujer?

—Le he dado pan y agua.

La anciana se limpió las migas de la boca y suspiró.

—Tú, *Je-nni-fer*.

—¿Señora?

—¿Mi nieto te sacó del mar?

Desconcertada, Jennifer asintió.

—Sí, señora. Ya se lo he dicho antes.

—¿Es tu amigo? —La abuela insistió—. ¿Confías en él? —Avergonzada, Jennifer asintió y murmuró algo incoherente—. ¿Sí o no? —exigió la anciana—. ¿Te preocupas por él?

—Sí... por supuesto, pero yo...

—Es suficiente —declaró la mujer—. Que así sea. —Se echó a reír y dio una palmada—. ¿Duerme la luna en el oeste? ¿Sois adultos o niños de pecho? —Sonrió ante su propia broma—.

Que nuestros corazones se calienten esta noche. Riamos y contemos historias maravillosas.

M'biak dijo algo en lengua india y le dio una palmada en la espalda a Kley. Harry le pasó a Virginia Dare un ala de pavo, y la anciana empezó a masticarla con avidez. M'biak se puso en pie y extendió los brazos sobre la cabeza.

—M'biak contará la primera historia —explicó Kley en inglés.

El anciano empezó a hablar, y Kley y la abuela se turnaron para traducir.

«Hace mucho tiempo, cuando el mundo era joven y los animales podían hablar...».

La historia continuó hasta que Jennifer ya no pudo mantener los ojos abiertos. Vagamente, se dio cuenta de cuando su cabeza se inclinó y alguien le puso una piel de ciervo encima. Luego, la luz del fuego y el zumbido de las voces se confundieron y ya no fue consciente de nada.

Cuando volvió a abrir los ojos, el sol se alzaba sobre el borde del brumoso mar azul verdoso. El fuego se había reducido a cenizas y estaba sola con Kley. Con un sobresalto, se incorporó y miró a su alrededor. No había rastro de M'biak, ni de Harry, ni de Virginia Dare.

Se frotó la nuca y bostezó. Kley le sonrió.

—¿Dónde están? Tenía la extraña idea de que todo había sido un sueño, que la abuela y los demás solo habían existido en su mente.

—Cocumtha nunca nos visita mucho tiempo. Está de camino para hacer una visita a mi primo en el lugar del Manantial Burbujeante. Mi prima, Okottimaang, tiene una niña. La abuela le pondrá nombre al bebé. Sonrió—. Dice que llamará a la niña *Je-nni-fer*.

Ella se frotó los ojos y se cubrió con una piel para protegerse del aire húmedo de la mañana.

—¿Siempre coméis tanto?

—A veces.

Se levantó y algo cayó en la arena a sus pies. Se agachó y lo recogió. Era un medallón de plata deslustrada, rodeado de un círculo de perlas.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Lo ha perdido la señora Dare?

Kley negó con la cabeza.

—Ábrelo.

Sus dedos encontraron el minúsculo cierre y la tapa se abrió. Dentro había una miniatura pintada de la antigua reina.

—Oh. —Se quedó mirando el precioso retrato—. Oh —repitió—. Tienes que correr tras tu abuela. Debe ser muy valioso para ella.

—Ella no lo perdió. Lo dejó para ti, *Je-nni-fer*.

—¿Un regalo? ¿Para mí? —Frunció el ceño—. ¿Por qué?

Kley movió la cabeza y sonrió entre dientes.

—Es su regalo de bodas para ti.

—¿De bodas? —Jennifer se quedó boquiabierta—. Pero yo no me he casad...

—Lo estás. Anoche... cuando rompimos el pan de maíz y bebimos de la misma jarra. Estamos casados, *ki-te-hi*. A los ojos del Gran Espíritu y de mi pueblo, eres mi esposa.

Jennifer sacudió la cabeza con incredulidad.

—Estás mintiendo. No soy tu esposa. No puedo serlo.

—No es bueno que hombre y mujer compartan *wigwam* cuando no son uno. A menos que... —La miró inquisitivamente—. No eres viuda, ¿verdad?

Sus puños cerrados se apoyaron en las caderas y lo miró con odio.

—¿Viuda? ¿Viuda? —gritó—. Ni siquiera soy una esposa.

—Una novia sin espíritu es como una sopa fría. —Él sonrió irónicamente—. No creo haber tomado una mujer así.

—No estamos casados —insistió ella—. Tu maíz y tu agua no significan nada para mí. Soy cristiana.

—Te engañamos, pero tú dijiste las palabras y Cocumtha dio la bendición. En inglés, en *Lenni-Lenape*, no importa. Somos hombre y mujer. El agua y el maíz saben igual sin importar lo que diga la lengua.

—¿Has perdido todo el sentido común que alguna vez tuviste? —Jennifer se echó hacia atrás—. No me dejaré intimidar por ti ni por la loca de tu abuela. —Enfadada, se dio la vuelta y se alejó hacia el *wigwam*—. Si entras aquí —amenazó—, hazlo por tu cuenta y riesgo.

Kley la observó hasta que se metió por la solapa de la entrada de piel del *wigwam*. Sabía que *Je-nni-fer* se enfadaría cuando descubriera que era su esposa. Esperaba que aquel enfado se enfriara en los días y noches venideros.

Los rayos del sol naciente le calentaron la espalda. Respiró hondo, se acercó a la orilla del agua y levantó los brazos en oración silenciosa, dando gracias al creador por un nuevo día. Una vez completado el ritual familiar, se quitó el taparrabos y se adentró en las olas.

El agua del océano estaba fría y resultaba vigorizante. Tomó puñados de arena y se frotó el pecho y los brazos hasta sentir un hormigueo. La espuma salada le bañaba los muslos mientras se adentraba en aguas más profundas. El fondo del mar era de arena suave, que se iba estrechando hasta caer más allá de las olas.

El agudo y estridente grito de caza de un águila pescadora sonó por encima del clamor de las gaviotas, y Kley se detuvo para contemplar el majestuoso pájaro que se abalanzaba en picado sobre el agua. Era un poderoso halcón marino de dos metros de envergadura y relucientes garras blancas.

—Saludos, hermano —dijo al enorme pájaro blanco y negro.

El halcón bajó un ala, como en señal de saludo, y luego se zambulló y sacó del agua un pez que se agitaba. Aferrándose a su presa, el ave se elevó en el aire y voló tierra adentro, hacia la bahía poco profunda.

Kley respiró hondo y se sumergió en el agua azul verdosa. Abrió los ojos, a pesar del escozor de la sal, y nadó un buen trecho antes de salir a la superficie. Luego flotó sobre su espalda, dejando que su mente se detuviera en la mujer extranjera que acababa de tomar como esposa.

Engañar a *Je-nni-fer* estaba mal, pero tomarla sin el beneficio de una ceremonia matrimonial sería un error aún mayor. No le cabía duda de que era la mujer que le había prometido su guía espiritual, y nada le convencería de que ella no correspondía a su amor. Podrían pasar semanas o meses antes de que otro de los suyos llegara a la playa, demasiado tiempo para esperar a una boda en condiciones.

El código *Lenni-Lenape* era rígido. Un hombre podía acostarse con una viuda dispuesta o con una divorciada. Aquellas mujeres eran libres de hacer lo que quisieran sin reproches. Pero para una como *Je-nni-fer*, una virgen, era diferente. Un hombre de honor solo podía hacer el amor con una doncella si la convertía en su esposa. Que ella fuera inglesa no suponía ninguna diferencia. Él era *Lenni-Lenape*; estaba obligado por la ley.

Cuando la primera esposa de Kley y sus hijas pequeñas murieron a causa del sarampión del hombre blanco, él quiso seguir las a la tierra de los sueños. Durante muchas vueltas de la luna las lloró con el corazón encogido. Entonces su abuela lo llamó y le pidió que buscara una visión. Esa visión le llevó hasta el borde del mar, le devolvió la risa a su corazón y le preparó para aquella mujer con el pelo como el trigo en otoño.

La espera había sido larga. Dos veces, el tiempo de nieve y hielo había llegado y se había ido. Dos veces había visto cómo el verde pálido de la hierba nueva se abría paso entre la tierra dormida. Y entonces, cuando empezaba a dudar de la sensatez de su solitaria vigilia, los delfines le condujeron a *Je-nni-fer*.

Aun así, había sido paciente, enseñándole las costumbres del pueblo y dejando que llegara a confiar en él. Noche tras noche, se había quedado despierto escuchando su suave respiración con la sangre corriendo caliente por sus venas. Sentía un gran deseo por aquella inglesa, pero sabía que ella debía ir a él por su propia voluntad.

La noche en que observaron a la zorra gris y a sus cachorros, todo cambió. *Je-nni-fer* acudió a sus brazos. Él vio anhelo en sus ojos de color de un mar tormentoso. La había deseado tanto como nunca había deseado nada en su vida, quería llevarla a su cama y compartir con ella las alegrías de la estera.

Kley se zambulló de nuevo, nadando con potentes empujones de sus piernas hasta el fondo del mar. Un banco de peces nadaba a su alrededor, moviéndose con infinita gracia. Una sombra más grande, tal vez una raya, flotaba cerca de la arena. Kley nadó hasta que sintió que los pulmones le estallaban y, al fin, rompió la superficie y aspiró grandes bocanadas de aire.

—Te he esperado mucho tiempo, *Je-nni-fer* —gritó por encima del estruendo de las olas—. Ahora te he hecho mi esposa y no esperaré más.

Capítulo 8

—*Je-nni-fer*. —Kley se agachó para entrar en la choza poco después—. Tenemos que hablar.

Ella levantó la cabeza y lo miró fijamente.

—Sí. Debemos hacerlo. —Tenía los ojos hinchados y enrojecidos por el llanto y el pelo recogido en una trenza desordenada que le colgaba del hombro izquierdo.

Kley sonrió al pensar en lo hermosa que era.

—Pareces una niña dormida.

—¡Basta! No intentes encantarme. Lo que hiciste estuvo mal. ¿No te das cuenta? —Sus ojos se oscurecieron de ira—. No puedes obligarme a convertirme en tu esposa.

Kley dio unos pasos hacia ella que se puso rígida. Inmediatamente, se agachó.

—¿Está mal amarte, *Je-nni-fer*?

—Sí, si eso hace que me tengas prisionera e intentes engañarme para que me case. —Se puso en pie—. No soy un animal, Kley. No puedes atraparme y retenerme contra mi voluntad.

Su voz se hizo más grave.

—Me fuiste prometida en una visión. Te saqué del mar.

—¡Fue tu visión, no la mía! —Ella respiró entrecortadamente—. Tratas a tu abuela con honor, pero ¿y a mí?

Kley se estremeció ante sus duras palabras.

—No lo entiendes. Nunca te obligaría...

—¡Ahora me estás obligando! Soy inglesa, ¿no puedes metértelo en la cabeza? —Lágrimas de rabia se acumularon en las comisuras de sus ojos y parpadeó—. Yo no soy india y tú no eres inglés.

—Cocumtha nació blanca, pero se convirtió en uno de los verdaderos.

—Si ella es la verdadera Virginia Dare, era un bebé cuando se fue a vivir con los indios. Nunca conoció otra vida. ¡Yo sí! ¿No lo entiendes?

Él tragó saliva, luchando por mantener la compostura. No se suponía que sería así. Estaban casados. *Je-nni-fer* debía arrojarse a sus brazos, dejar que la tocara como un hombre y una mujer se tocaban.

—¿Quieres que te lleve a Jamestown para que puedas unirte a otro hombre?

—Debes hacerlo. Si me retienes aquí, te odiaré el resto de mi vida.

La visión de Kley se nubló cuando se dio la vuelta y salió del *wigwam*. Su paso se alargó y echó a correr, inhalando profundamente mientras sus pies volaban sobre la dura arena de la orilla del océano.

«¡Es mía! No puedo renunciar a ella».

Siguió corriendo, mirando sin ver la playa que tenía delante. El sudor le corría por la frente y el pecho; los tendones de sus poderosas piernas le dolían por el esfuerzo.

Los correlinos leonados aleteaban alarmados cuando el hombre pasaba corriendo junto a ellos, y las gaviotas chillaban sobre él. Siguió corriendo, agradeciendo el dolor de los músculos cansados, contento por cualquier cosa que le distrajera de la angustia de su corazón.

Por fin aminoró la marcha y se hundió en la cálida arena. El sonido de las olas resonaba en sus oídos mientras la imagen del rostro bañado en lágrimas de *Je-nni-fer* se alzaba para atormentarlo.

«Te odiaré el resto de mi vida», había dicho ella.

—*K'dalhole, Je-nni-fer* —susurró con voz ronca—. Te quiero. —Ahogó la tristeza que lo invadía—. Te quiero... pero no es suficiente.

Permaneció largo rato sentado, dejando que los puñados de arena se deslizaran por sus dedos. Luego se levantó y regresó sobre sus pasos.

El sol estaba directamente sobre él cuando llegó al campamento. Jennifer lo esperaba junto a la orilla, observándolo con ojos de reproche.

—Te llevaré de vuelta con tu gente en la próxima marea —le dijo.

Ella abrió los ojos con asombro.

—¿Me llevarás?

—Ya lo he dicho.

—Oh. Yo...

Kley la silenció con una mirada feroz.

—Te llevo a Jamestown. Ve a ver a ese inglés que deseas tener por esposo. Busca en su alma y en la tuya. Te dejo con él durante una vuelta de la luna, y luego vuelvo. La elección es tuya, *Je-nni-fer*.

Su rostro se iluminó de alegría mientras daba un paso vacilante hacia él.

—Gracias, Kley.

—No me des las gracias. Estaba equivocado. Solo una mujer libre de seguir su propio corazón puede ser la verdadera esposa de Shaakhan Kihittuun.



Durante cinco días, Kley condujo la canoa a lo largo de la costa. Jennifer se sentó frente a él, observando las aves marinas y la orilla que pasaba, perdida en sus propios pensamientos. Él

apenas le hablaba y nunca cantaba, como había hecho en sus anteriores aventuras en el mar.

Navegaron con la marea hacia el sur, remaron durante seis horas y luego arrastraron la embarcación hasta la arena para esperar el cambio de marea en otras seis horas. Jennifer dormía a ratos, pues parecía que Kley no dormía nunca. Aunque no veían señales de vida humana, él se volvía más vigilante cada día que pasaba.

El tiempo seguía siendo bueno, así que por la noche podían acampar en la playa con el bote volcado como único refugio. Después de los tres primeros días, Kley se negó a encender fuego. Sobrevivieron a base de pescado seco, tortas de maíz y una mezcla de carne seca, grasa de oso y bayas que él llamaba *pemmican*. En dos ocasiones la dejó sola mientras se adentraba en el interior en busca de agua dulce.

La tercera vez que Kley fue en busca de agua era ya de noche y habían varado la canoa en una pequeña isla boscosa. Jennifer se acurrucó en su piel de ciervo y cerró los ojos. Si dormía, no oiría los ruidos nocturnos ni miraría temerosa hacia la oscuridad. Sin embargo, el sueño no llegó.

Su entusiasmo inicial ante la perspectiva de regresar a su propio mundo se había desvanecido con cada legua que recorrían. Tuvo que admitir que se arrepentía de haber abandonado el Edén que había compartido con Kley. Se preguntaba cómo sería levantarse con el bullicio de los sirvientes y tener que ceñirse cada mañana, en lugar de despertarse con el canto de los pájaros y ponerse un vestido suelto por la cabeza.

Sin duda, su prometido y ella se casarían en cuanto anunciaran las amonestaciones. Sería objeto de habladurías desenfadadas por haber pasado semanas en compañía de un salvaje piel roja. Sería necesario comenzar su vida como esposa y amante de Arthur Lindsey con el mayor decoro posible en aquella colonia incivilizada. Cualquier duda que Arthur tuviera sobre su moral se disiparía en cuanto se acostaran. Su castidad estaba intacta y sería él quien le quitara la virginidad. Mientras su marido supiera que era pura, no importaría lo que otros especularan.

La doncella de Jennifer, Adele, le había dicho antes de salir de Inglaterra que incluso las novias vírgenes no siempre sangraban lo suficiente para complacer a los novios celosos. Con un poco de persuasión, la atrevida muchacha le había transmitido un truco que, según ella, los vecinos irlandeses habían utilizado durante mucho tiempo.

«No es que yo sugiriera que usted misma necesitara un truco así, milady», había dicho Adele con un guiño exagerado. «Es solo una tontería». Sonrió ampliamente, dejando al descubierto un diente que le faltaba. «Pero dicen que una dama no debe ir a ninguna parte sin su costurero, ni siquiera a su lecho nupcial».

Jennifer abrió los ojos y se quedó mirando la miríada de luces centelleantes que se derramaban por el cielo. A menudo, en las noches despejadas, Kley le había señalado grupos de estrellas y le había contado historias sobre ellas: el conejo, un par de cazadores gemelos, un águila y un palo arrojadizo. Echaría de menos sus noches juntos, echaría de menos a Kley. Volvía a una vida de la que él no podía formar parte, pero sabía que sería difícil olvidarlo.

Habían estado a punto de ser mucho más que captor y cautiva; casi se habían convertido en amantes. Por un momento, Jennifer se preguntó qué habría pasado si... ¿Y si Kley nunca hubiera aceptado devolverla a Jamestown? ¿Y si se hubiera quedado con él y se hubiera convertido en su esposa?

Exhaló con fuerza y sacudió la cabeza. La conmoción del naufragio y el calvario que había

pasado en la lancha le habían trastornado el cerebro. Estaba desconcertada y enferma, incapaz de razonar. La atracción física que había sentido por Kley debía de ser el resultado de aquella confusión emocional. Eran tan inapropiados el uno para el otro como un lobo lo sería para uno de los perros del rey Carlos.

Se acomodó en la arena y vio una estrella baja en el este. Desconcertada, miró a través de la oscuridad el parpadeo inusualmente brillante y se incorporó.

La estrella parecía estar muy cerca. No, no era una estrella, era una luz, pensó. ¡Una lámpara de un barco!

De repente, Kley se materializó a su lado.

—Shhh —advirtió—. No hagas ruido.

—Pero parece...

—Shhh —ordenó con severidad—. Peligro.

Los sonidos de voces humanas resonaron en el agua, pero la distancia era demasiado grande para que Jennifer entendiera lo que decían.

—Es un barco —susurró, temblando de emoción.

Kley la cogió de la muñeca.

—¡Ven! —Tirando de ella, se apresuró hacia los pinos bajos del centro de la isla—. Confía en mí, *Je-nni-fer*.

Una vez que llegaron a los primeros árboles, Kley empezó a correr, arrastrándola tras él. Los arbustos le arañaban la cara y los brazos y se le enredaban en el pelo. Finalmente, cuando ella tropezó en el suelo irregular, él aminoró el paso.

Jennifer respiraba con dificultad cuando por fin se detuvo junto a un cedro caído.

Rápidamente, apartó las ramas.

—Aquí dentro. Escóndete —ordenó.

—¿Por qué? Pueden ser ingleses.

—O españoles. —La metió en el agujero y amontonó las ramas sobre ella—. Los barcos vienen aquí a por agua. Quédate aquí y no hagas ruido.

—¿Me dejas sola?

—Tengo que mover el refugio.

Jennifer sintió que algo vivo caminaba sobre su nuca. Contuvo las ganas de gritar y le dio un manotazo. Miró a Kley, pero había desaparecido, tan esquivo como la pálida luz de la luna que atravesaba su escondite.

Se retorció tratando de encontrar un lugar cómodo, y la criatura reanudó su enloquecedora marcha por su columna vertebral. Se frotó la espalda contra el tronco y la sensación punzante cesó. Luego se concentró en el mosquito que zumbaba peligrosamente cerca de su nariz.

«Esto es ridículo», pensó. «Si eso de ahí fuera es un barco, ¿qué le hace pensar que son españoles? ¿Por qué no holandeses o ingleses?».

Hizo un pequeño sonido de disgusto. Probablemente se estaba escondiendo como una rata

en un agujero de sus propios salvadores.

Una rama se quebró a su izquierda y se le puso la carne de gallina. El mosquito le picó en la mejilla, pero temió moverse para apartarlo. Algo crujío en la maleza y, sin previo aviso, algo enorme aleteó hacia el suelo. Un animal chilló y Jennifer se mordió los labios para no gritar. Notó el sabor de su sangre mientras sus ojos se clavaban en las sombras que se agitaban.

Entonces, la voz de un hombre resonó en la oscuridad. Jennifer no entendía lo que decía, pero reconoció las palabras como españolas.

Casi de inmediato, un segundo hombre respondió. Jennifer distinguió la palabra «agua» y el nombre de «Manuel». Levantaron la voz y parecieron discutir.

Jennifer lanzó un grito ahogado cuando un enorme pájaro blanco se elevó revoloteando, todavía agarrado a su presa. Luego estiró las alas y se alejó tan silenciosamente como un fantasma.

El silencio se rompió con las risas masculinas y el murmullo de una conversación en voz baja.

Otro mosquito se clavó en el hombro de Jennifer, pero estaba demasiado asustada para mover un músculo. Los españoles tan al norte del Caribe solo podían ser piratas o corsarios. Si encontraban su escondite, probablemente la violarían y la asesinarían. El sudor le corría por la nuca y sentía calambres en las piernas cuando se esforzaba por oír a los hombres.

Para su alivio, sus voces se hicieron más débiles y luego se desvanecieron. Los únicos sonidos que oía eran el zumbido de los insectos y el ruido sordo de las olas. Jennifer se sintió lo bastante valiente como para golpear al siguiente mosquito que se posó en su brazo.

—*Je-nni-fer* —dijo una voz masculina.

Ella se cubrió boca con una mano para no gritar cuando la silueta de un hombre se descolgó de la rama de un árbol a unos metros de distancia.

Kley apartó la maleza y se metió en el agujero junto a ella.

—Creo que se han ido —susurró, todavía temblando.

—Esperaremos. —La rodeó con un brazo y se recostó contra el tronco del árbol, colocando el arco con cuidado sobre su regazo.

—Eran españoles. —Los latidos del corazón de Jennifer se normalizaron—. ¿Cómo supiste que no eran ingleses?

—Los ingleses temen la noche. Los hombres malos temen al día.

—¿Encontrarán nuestro refugio?

—No.

Ella metió su mano en la de él.

—Tenía miedo. ¿Cuánto tiempo estuviste escondido en el árbol?

—Shhh. Te mantengo a salvo, *Je-nni-fer*.

Esperaron en la oscuridad. Una vez el silencio se rompió por el estruendo sordo de un cañón y luego un solo disparo de mosquete. El brazo de Kley la rodeó por los hombros cuando lo oyeron.

A ella le pesaron los párpados y apoyó la cabeza en su pecho.

Alguien la sacudía, pero gimió y trató de ignorarlo. Estaba soñando con el gran baile en la casa de campo de lady Upton. Dos caballeros de la alcoba del rey estaban...

—*Je-nni-fer!*

Abrió los ojos y miró fijamente la cara de Kley. Era pleno día.

—Oh. Yo...

Él sonrió.

—Ven. El barco se ha ido. Vamos.

Ella se estiró y se incorporó, dándose cuenta por primera vez de que había estado durmiendo sobre una piel de ciervo. A poca distancia estaba el refugio, y más allá, el agua.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —Se frotó los ojos—. Creía que...

—Yo te llevé. —Kley señaló hacia el oeste a través del agua—. Estamos al otro lado de la isla. —Le dio un odre de agua y dos tortas de maíz—. Come. La marea cambia y nos queda mucho camino por recorrer.

Sus dedos rozaron los suyos y ella se apartó como si se hubiera quemado. Por la noche, había agradecido su contacto; en ese momento le resultaba molesto. Sabía que debía distanciarse emocionalmente de Kley, pero no era fácil. Se concentró en comer el pan de maíz, manteniendo los ojos bajos y ocultos de él.

Si la miraba, temía que pudiera leer la confusión y el anhelo que sentía.

Ella se tenía por una mujer sensata. Su vida estaba escrita con tinta imborrable y en su futuro no había sitio para Kley.

Él hizo un gesto hacia la canoa y ella asintió. Cuanto antes llegaran a Jamestown y a su prometido, mejor.

Jennifer tragó saliva, tratando de disipar el nudo que tenía en la garganta. «Te echaré de menos», pensó en silencio. «Haré lo que mi cargo requiera, pero nunca olvidaré ni dejaré de pensar qué hubiera podido ser».

Ocupó su lugar en la canoa y él cargó rápidamente sus pertenencias y se puso en marcha. Al cabo de una hora, habían alcanzado de nuevo el mar y se dirigían hacia el sur con la marea. Como Kley le había asegurado, no había rastro de los españoles ni de su barco.

Los intentos de conversación de Jennifer se encontraron con un silencio estoico, y pronto abandonó el intento.

A media tarde del tercer día después de haber visto a los españoles, unas nubes grises y pesadas se cernían sobre el mar y las olas se volvían cortas y agitadas. Por primera vez, Jennifer se dio cuenta de que no veían tierra.

—¿Seguro que sabes adónde vas? —preguntó.

Él se encogió de hombros y siguió remando sin contestar.

Al cabo de un rato, Jennifer divisó una hilera de árboles delante de ellos. Esta vez, cuando Kley desembarcó, cubrió la piragua con ramas y la condujo tierra adentro. Allí encendió un fuego y la dejó sola mientras él iba a pescar para la cena.

Mientras se asaba el pescado en palos verdes, Kley construyó un pequeño refugio con ramas de pinos y una piel de oso. Jennifer apenas se había sentado dentro cuando empezó a llover. El diluvio ahogó el fuego y enfrió el aire, por lo que se alegró de que Kley la abrazara por los hombros.

—Gracias —dijo.

—Al menos has empezado a aprender modales.

Se enfadó.

—La reina no encontró ninguna falta en mi comportamiento.

—*De-meanor* no sé. —Terminó el último bocado de su pescado y tiró las espinas—. Pero tu lengua es como el arrendajo azul. Es tu naturaleza discutir.

Los ojos de Jennifer se oscurecieron de ira.

—Mi naturaleza no es de tu incumbencia.

Ignorando su respuesta, él continuó.

—Creo que también eres lenta para aprender. Tu pelo parece el nido de la ardilla *Honneek*.

Sintió que sus mejillas se encendían de vergüenza. El refugio era tan pequeño que si extendía una mano, se empaparía con la lluvia torrencial. Era imposible poner distancia entre los dos y necesitó todo su autocontrol para no abofetearlo.

—Eres insufrible.

—Eres una buena maestra, *Je-nni-fer*. Hay muchas palabras nuevas que aprender de ti. —Cogió el extremo de su trenza y empezó a soltarla—. Pronto estarás con tu gente. No quiero que se rían de ti.

Ella le apartó la mano de un manotazo.

—Me peinaré yo sola, gracias.

Él se echó a reír y le tendió un peine de marfil tallado. Era el que siempre usaba para peinarla y ella lo miró con repentina comprensión.

—Cógelo. Es un regalo.

—Es de marfil —observó—. ¿Cómo pudiste...?

—Me lo regaló mi abuela. Fue un regalo de nacimiento que le hizo su abuelo, John White.

Jennifer parpadeó mientras sus dedos se cerraban en torno a la preciosa peineta.

—El gobernador White —repitió. Se le secó la boca de repente—. Entonces es verdad: ella es Virginia Dare.

—¿Por qué iba a mentir? —La mirada de Kley se clavó en la suya—. Mañana llegaremos a Jamestown.

«Mañana», repitió ella mentalmente. Habían viajado durante tantos días que su destino parecía borroso.

De repente, sus brazos la rodearon y la estrechó contra él. Su boca cubrió la suya en una breve y apasionada caricia. Antes de que pudiera hacer acopio de ingenio para protestar, la soltó

y se escabulló bajo la lluvia.

—¡Kley! No...

Pero él se había ido, y ella estaba sola, con el único sonido de la lluvia golpeando el techo de piel para calmar sus emociones destrozadas.

La luz del sol atravesaba el frondoso dosel de hojas primaverales y hacía que las gotas de lluvia centellearan como miríadas de diamantes en el pequeño claro.

Jennifer se estiró y se frotó la espalda rígida. Era temprano, lo notaba por la posición del sol, pero no había rastro de Kley. Movi6 los dedos de los pies en los mocasines húmedos y se pasó una mano por el pelo enmarañado. El peine yacía olvidado sobre las hojas a su lado.

—¿Kley? —preguntó. ¿Se había quedado fuera toda la noche bajo la lluvia?

No obtuvo respuesta. Mientras escuchaba, se dio cuenta de que el claro estaba extrañamente silencioso. Ninguna ardilla correteaba por encima de ella; ningún pájaro cantaba alegremente. Una leve sensación de inquietud la invadió mientras se arrastraba fuera del refugio y se levantaba.

Volvió a llamarlo por su nombre y escuchó unas ramas que se partían en el extremo del claro. Para sorpresa de Jennifer, apareció un hombre alto de barba roja, seguido de otros tres hombres blancos.

Los ojos del primero se abrieron de par en par al verla y bajó el mosquete.

—¡Alto! —gritó.

Un hombre más bajo, con un anticuado casco redondo, levantó la mano y saludó en un idioma que Jennifer supuso indio. No entendió nada de lo que dijo.

—Tened cuidado. Puede haber otros —advirtió uno de los miembros del grupo.

El líder avanzó unos pasos. Llevaba una coraza de cuero y un sombrero de plumas de ala ancha.

—No es india. Tiene el pelo rubio. Es una mujer blanca.

Los hombros de Jennifer se pusieron rígidos y levantó la barbilla.

—¿Es usted inglés? —inquirió con autoridad—. Diga su nombre y rango.

—En nombre de Dios —gritó el hombre barbudo—. Es inglesa. —Corrió hacia ella—. Soy el capitán Edmund Trent de la colonia de Jamestown.

Jennifer esperó a que estuviera lo bastante cerca para ver el azul de sus ojos.

—Soy lady Jennifer Louise Rawlyn —declaró—. Y me complacería enormemente que bajara esas armas y me recibiera de una manera acorde con mi posición.

La cara del hombre, quemada por el sol y descascarada, se tornó desconfiada.

—¿Es usted Jennifer Rawlyn?

—¿Quién más podría ser? ¿La buena Reina Bess?

Capítulo 9

Jamestown, Virginia

Junio de 1664

Jennifer cruzó la alcoba, empujó la ventana con bisagras de diamante y se asomó para respirar aire fresco. Ignorando a los hambrientos mosquitos, se levantó los pesados tirabuzones de la nuca y dejó que la brisa del río acariciara su húmeda piel.

La pálida luz de la luna iluminaba la calle embarrada y las casas de madera de piso y medio del otro lado. Jennifer apenas pudo contener una risita. Jamestown era el hogar del gobernador real y la capital de la colonia de Virginia, pero en Inglaterra no se consideraría más que una rústica aldea rural. Ella no había esperado que el pueblo fuera una ciudad sofisticada, pero aquel pantano infestado de insectos era mucho peor de lo que había imaginado.

Miró hacia atrás, hacia el dormitorio escasamente amueblado. Estaba en la mejor habitación de una de las mejores casas de Jamestown. Su anfitrión sir Baldwin, era miembro del consejo del gobernador Spencer. Él y su esposa estaban muy orgullosos de su casa de ladrillo recién terminada y habían insistido en que ella ocupara su propia habitación mientras fuera su invitada.

Jennifer arrugó la nariz. Los Baldwin habían sido muy amables y ella odiaba criticarlos. Pero lo cierto era que la habitación y el mobiliario eran sencillos, el suelo de pino estaba desnudo y las paredes carecían de cuadros o tapices.

Las risas y el murmullo de voces masculinas flotaban desde el vestíbulo de abajo. Aunque se había excusado cuando las damas se retiraron al salón después de la cena, sabía que los caballeros estaban jugando una animada partida de whist.

Un ligero golpecito en la puerta atrajo la atención de Jennifer.

—¿Sí?

La señora Baldwin abrió la puerta de un empujón. Era una dama corpulenta, de pelo canoso y vestida muy elegante.

—¿Se encuentra bien, querida? —Sus ojos se abrieron de par en par al ver la ventana abierta. Corrió hacia la ventana tan rápido como se lo permitieron sus apretadas zapatillas de cabritilla, cerró el batiente y echó el cerrojo—. El aire nocturno de aquí es conocido por ser portador de todo tipo de enfermedades. No debe arriesgarse, lady Jennifer, no después de todo lo que ha pasado.

—Lleva razón. —Ella se dejó conducir hasta la imponente cama con dosel. En las dos semanas que llevaba en casa de los Baldwin, había aprendido que fingir obediencia era lo más

fácil.

La anciana posó la palma de la mano sobre su frente.

—Está demasiado caliente, querida —se quejó—. Haré subir a Sally para que la ayude a quitarse el vestido y la meta en la cama. La cocinera puede machacar unas cebollas y hacer una cataplasma. No hay nada como una cataplasma de cebolla para alejar la fiebre.

—Estoy bien, de verdad —mintió Jennifer.

En realidad, le había dolido la cabeza todo el día y había perdido el apetito.

—Será mejor que me haga caso, querida. He criado cuatro hijos, seis si cuenta los dos que yacen en el cementerio. —La señora Baldwin salió al vestíbulo y llamó a la criada—: ¡Sally! Sally! ¿Dónde está esta cabeza de chorlito? ¡Sally!

Unos pasos apresurados subieron las escaleras.

—¿Sí?

—¡Piedad, muchacha! No entiendo por qué lady Jennifer quiere enseñarte a ser doncella. No lo comprendo. ¿Dónde estabas? No. No importa. No tengo tiempo para tus excusas. Milady no se encuentra bien. Ayúdala a prepararse para ir a la cama.

—Sí, señora.

La anciana volvió a entrar en la habitación.

—¿Quiere que me siente con usted un rato, querida? Mis invitados pueden simplemente...

—No —interrumpió Jennifer—. Estaré bien. Solo estoy cansada. Insisto en que regrese con sus amigos.

El rostro delgado y pecoso de Sally estaba ansioso.

—Puedo encender un fuego para usted y si quiere...

—¡No! Nada de fuego. —Jennifer sintió como si alguien le clavara una aguja caliente en la cabeza. Deseaba desesperadamente meterse entre las sábanas y que la dejaran en paz.

Sally empezó a desabrochar el vestido de seda que le habían prestado mientras la señora Baldwin salía de la habitación.

—No dude en llamarme si me necesita —le recordó la mujer—. Pondré enseguida a la cocinera a trabajar en la cataplasma de cebolla.

Sally se mostró torpe, pero silenciosa, mientras la ayudaba a quitarse las enaguas y le cepillaba el pelo.

—¿Quiere que apague la vela? —preguntó, cuando ya estaba metida en la cama.

—No, déjala y abre la ventana. Aquí hace mucho calor.

—¿Quiere la ventana abierta, milady?

—Acabo de decirlo, ¿no?

El labio inferior de Sally tembló.

—La señora Baldwin dice...

—Quiero la ventana abierta, por favor. Me arriesgaré a la agonía antes que asfixiarme aquí.

La muchacha obedeció y luego hizo una apresurada reverencia.

—¿Eso es todo, milady?

—Sí. No. Cuando la cocinera te dé esa cataplasma de cebolla, sácala fuera y tírala en el basurero de la cocina.

—¿Quiere que tire la cataplasma y que nadie me vea hacerlo? Milady —añadió apresuradamente.

—Dile a la cocinera que te dé una empanada de manzana y una taza de leche de cabra.

Sally sonrió.

—¿Quiere que se lo suba?

Jennifer se obligó a ser paciente con la muchacha. Sally era voluntariosa y bondadosa, pero no demasiado inteligente.

—No, quiero que le digas a la cocinera que es para mí y luego quiero que te comas la empanada y te bebas la leche. Estás demasiado delgada, Sally. Después de eso, te irás directamente a la cama. Puedes traerme el café por la mañana.

—Sí. Gracias, milady. —Cerró la puerta silenciosamente tras ella.

Jennifer apagó la vela, se tumbó boca arriba y se frotó la cabeza dolorida. Por un instante deseó estar de nuevo en la playa con Kley. Nada de su llegada a Jamestown había sido como ella suponía. Nada.

Su primera sorpresa fue cuando el gobernador Spencer le dijo que su prometido ya no estaba en las colonias. Le explicó que el padre y el hermano mayor de Arthur Lindsey habían muerto trágicamente en un accidente de carruaje de camino a una remota finca galesa. Arthur había sido nombrado el nuevo conde de Hayward y había regresado a Inglaterra en el primer barco que zarpó, para estar con su afligida madre y asumir las obligaciones de su título.

En segundo lugar, el gobernador le explicó que sus tíos no se habían ahogado como ella temía. Ellos y todos los miembros del primer bote salvavidas, incluida la pequeña Sally, habían llegado sanos y salvos a la costa de Virginia. Creyendo a Jennifer perdida, y sin deseos de permanecer en una tierra tan bárbara, habían abandonado Jamestown en el mismo barco que Arthur.

Ella llegó al asentamiento inglés esperando una alegre bienvenida y una boda. Sin embargo, se encontró con una comunidad de extraños. Una y otra vez la interrogaron durante horas sobre el indio que, según ella, le había salvado la vida. El gobernador y sus consejeros querían saber exactamente dónde había desembarcado, cuántos indios había visto y si le habían parecido hostiles.

Aunque sir Edmund Spencer la trató con sumo respeto, Jennifer no estaba segura de que creyera su historia sobre el trato amable de Kley. Cuando mencionó haber conocido a la abuela, el gobernador no pudo reprimir una risita.

—Ha pasado por un calvario —la tranquilizó—. Es natural que su mente le juegue malas pasadas.

Los demás caballeros sonrieron con condescendencia y asintieron.

—Reposo es lo que necesita —determinó solemnemente un burgués—. Descanso y las

suaves atenciones de la señora Baldwin.

—Tan pronto como esté lo suficientemente fuerte, la pondremos en el primer barco que vaya a casa —prometió el gobernador—. Ahora está a salvo, y eso es lo único que importa.

Jennifer se había sentido tan molesta por su comportamiento condescendiente que había alegado cansancio y se había negado a contestar más preguntas.

Estaba tan hambrienta de un rostro conocido que, cuando vio a Sally en la calle cuando regresaban de la mansión del gobernador Spencer, le pidió a la señora Baldwin que le procurara los servicios de la muchacha.

La tía de Jennifer no había querido pagar el pasaje de vuelta a Inglaterra de la criada, por lo que la niña había sido entregada a la familia de un curtidor. La señora Baldwin compró el contrato de Sally en nombre de Jennifer y llevó a la muchacha a su casa como criada.

Sally, que lloró de alegría al ver a Jennifer sana y salva, no cabía en sí de gozo cuando se dio cuenta de su buena suerte.

—Sé una buena chica, aprende tus deberes como doncella y te llevaré conmigo a Inglaterra —le había prometido Jennifer.

—Bendita sea, milady —gritó ella de forma dramática—. Prefiero volver a cruzar el océano que pudrirme en este lugar. Si hay otra tormenta y nos hundimos, seguro que el infierno no puede ser peor.

La pequeña y atolondrada Sally no sustituía a Arthur Lindsey ni a los tíos de Jennifer, pero era un vínculo, aunque tenue, con su vida anterior y ella agradecía la compañía de la muchacha. Sally era tan leal como un perro pastor y hacía todo lo que se le pedía con buen humor. Para Jennifer era importante tener una amiga en Jamestown.

Como esperaba, los hombres y mujeres comenzaron a cotillear y a divertirse con su historia del hundimiento del Blue Siren, su rescate y su posterior regreso a la civilización.

No podía entrar en una habitación sin oír los murmullos ni mantener una conversación sobre el tiempo sin esquivar las insinuaciones sobre su dudosa moralidad.

La mayoría no se atrevería a insultarla a la cara, pero ella era consciente de la opinión general. Después de la cena, cuando se excusó de la compañía de las damas, se detuvo en la entrada del salón y escuchó los murmullos.

—Se da aires de grandeza, pero no se puede esperar que Hayward se case con ella ahora —siseó la voz de una buena esposa.

—¿Y si está embarazada de un bastardo de un indio piel roja? —añadió otra.

—Señoras, por favor —protesto su anfitriona—. No quiero que hablen así de una invitada en mi casa. La joven es inocente. Seguramente no pueden culparla, independientemente de lo que haya sufrido.

—Ella no permitió que el gobernador enviara soldados tras ese salvaje, ¿verdad? Donde hay hedor, hay leche agria, digo yo.

Jennifer suspiró y se sacudió la sábana húmeda. El calor en Virginia era agobiante, y solo estaban en junio. Hombres y mujeres se vestían como en Inglaterra, que nunca tenía temperaturas tan calurosas. Después de la libertad del vestido de piel de ciervo, era muy consciente de los

picores que producían las prendas de lana y el olor de los corpiños de seda lavados con muy poca frecuencia.

Los olores parecían molestarla más que nunca. Kley se bañaba varias veces al día en el mar, y ella había adoptado aquel hábito antinatural. En realidad, la mayoría de las mujeres de Jamestown soportaban un baño. Durante la cena, una dama que había a su lado apestaba a cebolla y ella se preguntó si llevaría una cataplasma como protección contra la fiebre.

Jennifer tenía la boca seca. Se levantó y se sirvió un vaso de agua de la jarra que había sobre la mesa. El agua sabía a barro, pero al menos estaba húmeda. Se bebió todo el vaso y luego otro.

Volvió a la ventana y se frotó los ojos, tratando de aliviar el dolor que sentía detrás de ellos. Se preguntó dónde estaría Kley esa noche. ¿Habría vuelto a su choza en la playa.? Tal vez estaba por allí, en algún lugar, en el bosque que todo lo abarcaba.

—Te echo de menos —susurró—. Te echo de menos.

Se sintió mareada y un poco asustada. ¿Era posible que estuviera enferma? Todo el mundo juraba que el aire nocturno era portador de enfermedades. Pero si eso era cierto, ¿por qué no se había puesto enferma en la playa?

Jennifer dio unos pasos tambaleantes hacia la cama. El dolor de cabeza le impedía pensar. Volvía a tener sed y...

Una suave negrura la envolvió. Ni siquiera sintió el suelo al caer.

El doctor Rupert Montgomery entró en el estrecho pasillo que había frente a la alcoba de Jennifer y se quitó deliberadamente las gafas para pulir los gruesos cristales con el dobladillo de su jubón de terciopelo. El médico estaba casi calvo y tenía el habla y los modales de un hombre anciano.

—El estado de lady Jennifer es muy grave —anunció—. No veo ninguna mejoría.

Sally resopló ruidosamente y se limpió la nariz con la manga, mientras el doctor cerraba tras de sí. Impertérrita, la muchacha pegó la oreja a la puerta y escuchó.

—Pero lleva así dos semanas. —La voz de la señora Baldwin vaciló—. Seguro que hay algo que pueda hacer.

—Lady Jennifer ha tenido un sufrimiento extremo —continuó el médico—. Ya se lo expliqué cuando me llamó por primera vez. Mis pociones y mis repetidas sangrías no han hecho nada por bajarle la fiebre ni retener los vómitos. Está en manos de Dios. No puedo hacer nada más.

—Pobre niña —murmuró la mujer—. Le advertí sobre las náuseas nocturnas, pero igual dejó las ventanas abiertas.

—Entonces es la falta de sentido común lo que la ha llevado al borde de una muerte prematura, no sus tiernos cuidados. —Las palabras del médico se hicieron más tenues a medida que sus pasos se acercaban a las escaleras—. Asegúrese de que la muchacha mantiene encendido el fuego en su habitación. Lady Jennifer puede tener una oportunidad si le quitamos la fiebre. Volveré a pasarme...

El resto de la conversación se perdió cuando la señora Baldwin y el médico bajaron las

escaleras. Sally suspiró y se volvió hacia su señora.

La primera vez que encontró a lady Jennifer inconsciente en el suelo, Sally se había aterrorizado, temiendo que estuviera muerta. Cuando la mujer le aseguró que su señora solo estaba enferma, Sally imaginó que moriría pronto.

Se subió las mangas y se secó el sudor de la frente. La alcoba estaba tan caliente como un horno. No entendía cómo su señora podía tener fiebre con aquel calor.

Se acercó a la cama, quitó el trapo de su frente y lo sustituyó por otro húmedo. Jennifer gimió y sacudió la cabeza.

—Soy solo yo, milady —le dijo. Pasó una mano por debajo de Jennifer para asegurarse de que la ropa de cama seguía seca. Hacía días que sus intestinos hacían agua y no podía ingerir alimentos sin vomitar.

Sally metió la manta bajo su barbilla. No le importaban los enfermos, siempre que no estuvieran muertos. Dios sabía que había visto bastantes en su corta vida. Había visto morir a su madre y a su padre, escupiendo los pulmones en coágulos sanguinolentos. Luego había llevado y traído a una abuela enferma, demasiado débil para levantarse de la cama durante los dos últimos años de su vida. No, los enfermos no le molestaban. Mientras Jennifer siguiera respirando, Sally la lavaría y alimentaría con gusto e intentaría seguir las órdenes del médico.

Lady Jennifer había sido más amable con Sally que nadie que ella recordara. Le había salvado la vida cuando el barco se hundió. A nadie más le habría importado si subía a un bote salvavidas o no. Sin su señora, se habría ahogado antes de cumplir los doce años.

Acarició el pelo de Jennifer con una mano.

—Tiene que ponerse mejor, milady —susurró—. Tiene que hacerlo.

La lluvia golpeaba las ventanas de cristal de diamante y la llama amarilla de las velas parpadeaba cuando las ráfagas de viento azotaban la casa. De vez en cuando sonaba un trueno por encima del aguacero, y los relámpagos surcaban el cielo. Sally temblaba a pesar del calor sofocante. No le gustaban las tormentas. Le hacían pensar en fantasmas y otras apariciones aterradoras.

Jennifer abrió los ojos y trató de concentrarse. Los destellos de luz brillante le dificultaban la visión.

—Sally —murmuró. Sentía los labios secos y agrietados, y la boca le sabía a ceniza—. Sally.

—¿Sí, milady? —La niña se cernió sobre ella.

—Tengo sed. ¿Podría tomar un poco de vino? —Su voz sonaba como la de una anciana.

—Aquí hay agua. ¿Quiere?

Jennifer sacudió la cabeza con energía.

—No, agua no. Quiero vino. Tráeme vino.

—¿Tiene hambre? Podría traerle...

—Solo el vino, Sally. —Apartó las mantas—. Hace mucho calor aquí.

—Tiene que mantenerse caliente. Ha estado muy enferma, milady, con la fiebre.

A Jennifer le dolía la cabeza, pero sentía el cuerpo ligero. Se frotó los ojos.

—¿Es de noche? ¿Qué día es hoy?

—Es junio, milady... o quizá julio. Ha estado enferma quince días.

Sally volvió a poner las mantas bajo su barbilla. No era la primera vez que su señora se despertaba. Cada vez hacía las mismas preguntas, como si no recordara nada. A Jennifer le parecía importante saber qué día era.

—¿Dónde está la luna?

—Esta noche no hay luna.

—¿Pero está menguando? Si pudieras verla, ¿Es luna creciente?

—Ha llovido mucho. No puedo ver la luna. No pude ver ninguna anoche ni la noche anterior.

—¿Ha venido alguien... alguien, preguntando por mí?

—Mucha gente. El propio gobernador se ha interesado.

—No. El gobernador Spencer no. Alguien... —Jennifer se interrumpió—. Tráeme el vino.

—El doctor dejó una medicina para usted. ¿Podría tragar un poco? —Sally fue a la chimenea y volvió con una taza de barro con un líquido marrón—. Dice que esto la curará.

El olor hizo que Jennifer tuviera arcadas.

—No. —Apartó la medicina—. Es asqueroso.

—La pondrá mejor.

Jennifer hizo una mueca.

—Probablemente esté hecho de excrementos de rata y piel de sapo. Échalo al orinal.

—Pero... milady —protestó la muchacha—. Tiene que...

—No lo permitiré. —Intentó incorporarse, pero cayó débilmente sobre la almohada. Los ojos de Sally parecían grandes y asustados a la luz del fuego—. ¿Te ha dicho el médico que me estoy muriendo, niña?

—¡No! No dijo eso. Sus palabras fueron que está grave.

—Estaré en mi tumba si trago más de esa cosa repugnante. —Sacudió la cabeza—. Llévatela.

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Sally.

—No puedo tirar la medicina al orinal. ¿Y si alguien la ve? Me culparían si lo hiciera, milady. Sabe que los de mi clase siempre son culpados. Seguro que me colgarían.

—Tírala por la ventana. No me importa. Solo aléjalo de mí.

Tímidamente, Sally se aventuró hacia la ventana y descorrió el pestillo. La abrió un poco, vertió la poción del médico sobre el alféizar y cerró de un tirón.

—No es noche para el hombre ni para la bestia —advirtió.

El viento apagó la vela y Sally la llevó al hogar para encenderla de nuevo.

Agradecida, Jennifer respiró el aire fresco que había entrado.

—Esta habitación apesta —protestó.

—Lo siento...

—No hace falta que te excuses, Sally.

—Usted se ha portado muy bien conmigo, milady, mejor que nadie. Traeré el vino para si cree que podrá beberlo.

Jennifer asintió.

—Gracias.

La muchacha salió corriendo de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Jennifer se quitó las sábanas. Su camisa de lino estaba húmeda de transpiración y el aire le refrescaba la piel. Una vez más, intentó incorporarse.

Le asaltaron olas de mareo, pero persistió, balanceando los pies sobre el borde de la cama alta. La lluvia golpeaba la ventana con una cadencia constante. Si apoyaba la mejilla contra los cristales, pensó Jennifer, el vidrio estaría fresco. Si abría la ventana, la lluvia le resbalaría por la cara.

La habitación pareció girar cuando se deslizó sobre sus pies descalzos. Se aferró al poste de la cama y luchó por recobrar el conocimiento. Solo quería llegar a la ventana y si alcanzarla...

De pronto, la ventana se abrió y la silueta de un hombre apareció bajo un relámpago. El viento apagó la vela y la habitación quedó en penumbra.

Jennifer parpadeó, sin saber si realmente había visto al hombre o no.

—¿Hay alguien ahí?

—*Je-nni-fer*.

Una sombra se desprendió de la oscuridad y avanzó hacia ella. Su corazón se aceleró.

—¿Kley?

—Te dije que vendría por ti, *Je-nni-fer*.

Ella se soltó del poste de la cama y se acercó a él.

Capítulo 10

—*Je-nni-fer!* ¿Qué te han hecho? —Kley la estrechó entre sus brazos y la aplastó contra su húmedo pecho—. Tienes fiebre —añadió mientras la recostaba contra las almohadas.

Ella abrió los ojos y esbozó una débil sonrisa.

—Estaba enferma... pero.... —Miró hacia la puerta—. No deberías estar aquí. Si te encuentran en mi habitación.... —Le agarró la mano con fuerza—. Es peligroso. Estos ingleses no quieren a tu pueblo, Kley.

Él se encogió de hombros.

—Eres mi esposa, *Je-nni-fer*. Dije que vendría a buscarte en el cambio de luna. —Le cogió la otra mano y se inclinó sobre ella, sus ojos ardiendo en los suyos como carbones encendidos—. ¿Has tomado otro marido? ¿Yaces ahora junto a tu Arthur?

Ella cerró los ojos y trató de ignorar la dulce alegría de volver a verlo, de tocarlo.

—No lo entiendes —murmuró—. Todo ha cambiado.

«Qué fuera de lugar parece en esta habitación», pensó.

Kley estaba desnudo salvo por un escaso chaleco y un taparrabos; su pelo y su ropa goteaban agua sobre el ancho suelo de tablas. Llevaba los pies descalzos y el pelo largo y oscuro atado con una correa de cuero. Unos pendientes de cobre brillaban a la luz del fuego, añadiendo un esplendor salvaje a su orgulloso porte.

Le cogió la cara entre las palmas de las manos.

—Esto no ha cambiado. Mírame, mujer —le ordenó.

Temblorosa, ella volvió la cara, negándose a encontrar su mirada.

—Vete, antes de que te encuentren y te maten —susurró—. Por favor.

—¿Has llevado a un inglés a tu cama?

—No... pero...

Él la soltó.

—¿Por qué, *Je-nni-fer*?

—Te dije que no lo entenderías. —Se deslizó hasta el otro extremo de la cama, lejos de su contacto. Sabía que quería besarla y, que Dios la ayudara porque, ella también lo deseaba. Todo era confuso. No sabía si por la fiebre o si eran sus propios sentimientos de incertidumbre—. Arthur no está aquí —añadió—. Tuvo que volver a Inglaterra.

—Se fue sin ti.

—Sí, pero pensó que estaba muerta.

—Bien. Para él estás muerta. Ven conmigo, *Je-nni-fer*, y sé mi esposa de verdad. Los cachorros de zorro están aprendiendo a cazar, y los delfines te vigilan. —Le levantó la mano y la giró para rozar el pulso de su muñeca con un suave beso—. Acuéstate a mi lado, *dah-quel-e-mah*, y haremos hermosos bebés con ojos tan negros como el ala de un cuervo y el pelo del color del trigo otoñal.

Por un instante, se permitió creer que podría ser así, que podría adentrarse con Kley en la tormenta y olvidar quién era y qué debía hacer. Podría dejar a Jennifer Rawlyn en aquella habitación y convertirse en una mujer *Lenni-Lenape*, tan libre como un delfín para seguir a su pareja. Durante un instante dejó que la imagen de la playa iluminada por la luna se alzara ante ella. En los recovecos de su mente, oyó el sonido de las olas y el grito del águila pescadora.

«Ve con él», le instó una voz interior. «Si no lo haces, nunca volverás a conocer tanta felicidad».

La voz chillona de Sally llegó desde lo alto de la escalera.

—Sí, señora. Lo atenderé tan pronto como...

—¡Alguien viene! —Jennifer advirtió a Kley—. Tienes que irte.

—Debes elegir —le recordó él con severidad.

—Sí, señora. Me pongo las hierbas... —dijo Sally en el pasillo.

Jennifer lo agarró del brazo.

—¡Kley, por favor!

—Ven conmigo. No es seguro para ti con estos estúpidos ingleses que construyen sus casas en un pantano. Conozco la medicina que te hará fuerte de nuevo. Cuidaré de ti y no dejaré que te hagan daño. Te lo juro.

—No puedo. Tengo que seguir a Arthur a Inglaterra. —¿Cómo podía hacerle entender que no era libre de seguir a su corazón? Era una inglesa con responsabilidades para con su familia—. Nunca funcionaría entre nosotros —gritó—. Te quiero, Kley, pero somos de mundos diferentes. Vuelve a tu bosque y olvida que me has visto.

Llegó a la ventana en tres zancadas.

—La fiebre habla por ti, *Je-nni-fer*, no tu corazón. No puedo llevarte bajo la lluvia cuando tienes fiebre, pero volveré. Dentro de tres noches. Reúnete conmigo junto a los sauces detrás de la casa cuando la luna esté alta.

—No —protestó ella—. No puedo ir contigo. No me lo pidas.

—Cuando la luna esté alta, *Je-nni-fer*, te esperaré bajo los sauces. Ven a mí, o sigue a ese Arthur de vuelta a través del gran mar salado. Tú eliges.

—¡Vete! —gritó desesperada—. ¡En el nombre de Cristo, vete y déjame en paz!

Sin decir nada más, abrió la ventana y salió a la lluvia torrencial. La ventana se golpeó con el viento y el agua empapó el suelo de pino.

Jennifer se puso de lado y enterró la cara en la almohada. Sus dedos se anudaron en las sábanas de lino y gimió de forma ahogada.

—Kley —susurró—. Kley. Lo siento mucho.

Fuera de la puerta de la alcoba, la pequeña Sally cayó de rodillas, se cubrió la cara con su sucio delantal y se balanceó de un lado a otro en silenciosa desdicha. Había oído la voz con extraño acento de un hombre en la habitación de su señora, amenazándola.

Lady Jennifer había llamado al hombre Kley, y se trataba del indio. Ella recordaba que su señora se lo había dicho a sir Baldwin y el mismo salvaje había vuelto para llevársela de nuevo. Sally sabía que su señora temía a Kley. ¿No le había rogado en nombre de Cristo que la dejara en paz?

Se preguntó qué podía hacer. Estaba aterrorizada. ¿Debía decirle a lady Jennifer lo que había oído? ¿Y si volvía? Seguro que le arrancarían la cabellera y la asesinarían.

La copa de peltre que llevaba a su señora se había escurrido de sus dedos y el vino tinto se extendía por las anchas tablas del suelo como un charco de sangre.

Comenzó a llorar y cuando reunió el valor suficiente para levantarse, puso una mano temblorosa en la puerta de la habitación, luego retrocedió y huyó en busca de la señora Baldwin.

La fiebre de Jennifer volvió a subir al día siguiente y, durante un tiempo, no supo si Kley había ido realmente a su habitación o había sido un sueño. Estaba tan débil que apenas podía levantar la cabeza o tragar la mezcla de huevo y vino que la señora Baldwin le sirvió con una cuchara. Entonces vio la mancha de agua en el suelo, delante de la ventana, y supo que Kley había cumplido su promesa.

Cuando las criadas iban a cambiarle la ropa o a traerle leña para el fuego, ella preguntaba por Sally y le decían que habían enviado a la muchacha a hacer un recado a la plantación del gobernador Spencer, en las afueras de la ciudad. La muchacha no acudió a su habitación en todo el día y ella empezó a creer que le estaban mintiendo.

Al segundo día, la señora Baldwin admitió que Sally se había puesto enferma.

—No tiene por qué preocuparse. La niña solo tiene tos, pero el doctor Montgomery dijo que no se acercara a usted hasta que se le pase.

—¿Seguro que está bien? —insistió ella.

—Lo suficientemente bien como para escardar en el huerto.

—Pero yo...

—Cállese, necesita reponer fuerzas. Beba esto. —La mujer acercó una taza de té de hierbas amargas a sus labios—. Bébalo, todo, querida. La ayudará a dormir.

Ella no quería dormir. Quería pensar en Kley y averiguar qué le había ocurrido a la pequeña Sally, pero una cálida oscuridad descendió sobre su mente, y durmió para despertarse con dificultad y volver a dormir.

La señora Baldwin fue de nuevo con otra tisana, pero Jennifer no supo si era el mismo día u otro. Sentía los párpados pesados... tan pesados. Era más fácil no luchar contra el cansancio, más fácil dejarse llevar por una suave nube de sueño.



Jennifer se sentó en la cama. Era domingo. Supo que era domingo por la mañana cuando oyó las campanas de la iglesia. Intentó contar las noches que habían pasado desde que Kley había entrado por la ventana, desde la última vez que había visto a Sally, pero pensar era como caminar sobre melaza. Sabía que la fiebre le había afectado la mente, pero se encontraba diferente de cuando había estado muy enferma y creía que iba a morir. Ya no vomitaba y el té y el postre de huevo permanecían en su estómago.

No sabía por qué se notaba tan extraña y se le ocurrió que la señora Baldwin podría estar drogándola. Inmediatamente cambió de opinión. ¿Por qué haría algo así? Llevaba tanto tiempo en aquella cama que su cerebro se había convertido en papilla de maíz.

Se obligó a luchar contra el sopor. El fuego de la chimenea se había apagado y la habitación estaba más fresca. Al otro lado de la ventana, oyó el trino de un ruiseñor. Abajo, la casa estaba en silencio.

—Es domingo — dijo en voz alta—. Domingo y todos se han ido a la iglesia.

Se deslizó de la cama y se dirigió con pasos inestables hacia la puerta. Una vez se tambaleó y habría caído, pero se agarró a un candelabro. Empujó la puerta y escuchó. Seguía sin oír nada.

Las escaleras eran más difíciles de subir de lo que ella creía posible, pero el mero hecho de estar fuera de la habitación de la enferma le dio fuerzas. Abajo, avanzó por el pasillo hasta la cocina.

La familia había comido por la mañana en uno de los salones, pero los restos del desayuno estaban en una bandeja esperando a que los llevaran a la cocina, situada a poca distancia detrás de la casa. La puerta trasera estaba abierta y Jennifer oyó cantar a una mujer. Entonces recordó que la cocinera lo hacía mientras realizaba sus tareas.

Convencida de que no había nadie cerca para detenerla, Jennifer cogió varios bollos y un plato de pescado frito. Vio una jarra de vino, bebió profundamente e intentó no pensar en quién podría haberla usado ya aquella mañana.

—Aquí están las cebolletas que pidió —dijo la voz de Sally.

Jennifer se limpió los labios con la mano y sonrió, al darse cuenta de que la niña estaba bien, tal y como aseguró la señora Baldwin. Seguramente, la fiebre hacía que pensara que querían drogarla. Terminó el resto del vino y se dirigió a las escaleras con los bollos. Era mejor que nadie supiera que se había levantado... ni siquiera Sally.

Cuando llegó a su habitación, mordisqueó uno de los bollos y escondió el resto debajo de la cama. Estaba tan cansada como si hubiera caminado todo el día, y se acurrucó en el colchón de plumas y durmió.

Después de la misa, la señora Baldwin subió a visitarla y llevó otra taza de té de hierbas. Cuando alargó la mano para coger el té, Jennifer lo derramó deliberadamente.

—Lo siento —dijo—. Pensé que...

—No se preocupe, querida. Traeré más. Hoy tiene mejor aspecto. Enseguida estará bien.

—Por favor —pidió Jennifer somnolienta—. ¿Podría tomar un poco de leche?

—Si quiere, puede tomarla, pero el té le sentará mejor.

—Primero la leche y luego me beberé hasta la última gota de su infusión. —Sonrió

débilmente—. Se lo prometo. —estaba segura de que no echarían ninguna droga en la leche; sería capaz de saborear cualquier cosa que le añadieran—. Estoy más fuerte. Por favor, ¿podría abrir la ventana? Tengo calor.

—No podemos permitir que se resfríe, ¿verdad? Túmbese y descanse. Vuelvo enseguida, querida.

Cuando regresó la mujer, Jennifer se hizo la dormida. La llamó por su nombre varias veces, luego puso la taza de té y una jarra de leche en la mesita de noche, junto a la cama, y se marchó.

Jennifer esperó a estar segura de que su anfitriona se había ido, se levantó de la cama y vertió el té en el orinal. Recupero los bollos de su escondite, los mojó en mermelada y comió dos, luego sació su sed con la leche fresca.

Mientras lamía las migas de los dedos, intentó decidir qué hacer con Kley. Si no hacía nada, si se quedaba en la cama cuando saliera la luna, él sabría que había elegido una vida con los suyos. Sin duda, eso sería lo mejor.

No ganaba nada reuniéndose con él por la noche junto a los sauces. Era imposible hacer lo que le pedía.

Si hubiera sido una criada de la cocina o hija de un molinero, tal vez...

Jennifer suspiro y sacudió la cabeza. Si hubiera sido hija de un molinero, seguiría siendo cristiana. Ni siquiera una inglesa de origen común podría renunciar a su herencia y a su fe para huir y vivir con un salvaje piel roja.

¿Cómo podía explicarle que el matrimonio no tenía nada que ver con el amor? El matrimonio era un acuerdo entre familias. Una mujer de sangre noble se casaba con el hombre que su padre o tutor elegía para ella. La tierra y los derechos de propiedad eran la primera consideración; la seguridad para una mujer y sus hijos era la segunda.

Se pasó los dedos por el pelo. No había forma de hacer que un hombre como Kley comprendiera cientos de años de tradición. Era su deber casarse con Arthur Lindsey y dar a luz a sus hijos. Como Rawlyn, no podía hacer otra cosa.

No se engañaba a sí misma. Si tenía suerte, Arthur y ella vivirían juntos amistosamente. Incluso podrían llegar a encariñarse con el paso de los años. Él la protegería y le proporcionaría el nivel de vida al que estaba acostumbrada; ella le daría obediencia, respeto y el uso de su cuerpo cuando él lo exigiera.

—¿No lo ves, Kley? —susurró en la silenciosa habitación—. No puedo ir contigo. Era una locura considerar tal cosa... una locura total.



Al anochecer, Sally llegó a la habitación de Jennifer con sopa y una jarra de sidra de manzana.

—Me alegro de verla, milady. Temía tanto que pudiera... pudiera morir. —Tropezó al hacer una torpe reverencia—. La cocinera mató un gallo especial para el caldo y me dejó ayudar a prepararlo.

Dejó la bandeja en la mesilla y se metió el pulgar en la boca para chupar la sopa derramada.

—Gracias —respondió Jennifer—. Yo también me alegro de verte. La señora Baldwin dijo que estabas enferma.

Sally carraspeó ruidosamente y miró al suelo.

—No es nada. —Se frotó las manos en el delantal—. ¿Desea algo más, milady? —Unas manchas de color subieron a sus mejillas mientras retrocedía hacia la puerta—. La cocinera dijo que volviera enseguida, que guardaría un poco de sopa para mí, si la ayudaba con las tareas de la noche.

—¿Te tratan bien aquí, muchacha?

—¿Aquí? —Sally se mordió el labio inferior y miró fijamente al suelo.

—¿Es la cocinera amable contigo? ¿Te dan suficiente para comer y un lugar seguro para dormir?

La niña asintió.

—Oh, sí, milady. Es una casa estupenda. Incluso me dan carne el sábado. La cocinera dice que no soy estúpida y me está enseñando a hacer pan. —Miró hacia la puerta—. ¿Puedo irme?

Jennifer asintió y Sally salió corriendo de la habitación.

Sintiéndose tonta por sus sospechas anteriores, Jennifer se volvió hacia la cena y probó con cautela la sopa de pollo. Para su sorpresa, estaba deliciosa y no tardó en acabarse hasta la última gota. La sidra era fresca y refrescante.

Poco a poco, las sombras de la tarde se alargaron y dieron paso a la noche. Pasaron varias horas y entonces apareció Sally con una vela en una mano y una copa de peltre en la otra.

—¿Quiere algo más antes de que me vaya a la cama, milady? La cocinera dijo que le trajera té de hierbas, pero sé que os gusta el vino, así que os lo he traído.

—Buena chica. —Jennifer sonrió con aprobación mientras tomaba el vino—. Tenías razón. Prefiero esto.

Sally sonrió.

—Sí, milady. Que duermas bien.

—Lo mismo para ti.

Sally hizo una rápida reverencia y se marchó.

Jennifer soltó una risita. Si la señora Baldwin había planeado drogarla, la niña había sido más lista que ella. Dejó la copa sobre la mesa y se acercó a los pies de la cama. Con manos temblorosas, abrió un gran baúl y sacó un par de medias, una camisa de lino, enaguas y un camisón azul de camelina. Se vistió lo más deprisa que pudo sin la ayuda de una doncella, sin olvidar de ponerse unos robustos zapatos cuero; después, se peinó y se recogió el pelo con una cinta de seda.

Cuando estuvo lista, se sentó en la cama y esperó a que cesaran los ruidos normales de la casa. La vela ardía cada vez más bajo, y cuando la pálida llama empezó a parpadear antes de apagarse, se fijó en la copa de vino olvidada. La cogió, justo cuando la habitación se sumía en la

oscuridad.

Jennifer bebió el último sorbo de vino mientras la luz de la luna se derramaba por el suelo de pino. Había estado demasiado asustada para pensar en lo que hacía; había dado deliberadamente un paso cada vez. Ahora ya no podía negarlo.

Tenía la boca seca y el corazón le latía con fuerza mientras se dirigía de puntillas hacia la puerta del dormitorio con los zapatos en la mano. Se alegró de que la habitación estuviera a la sombra; así era más fácil alejarse, dejarlo todo atrás.

El pasillo estaba en silencio; el único sonido era el ronroneo de un gato que dormía en el último escalón. Al pie de la escalera, dos velas ardían en un soporte de hierro forjado. Jennifer se agarró con fuerza a la balaustrada de nogal. Estaba tan asustada que le flaqueaban las rodillas y se detuvo para respirar hondo.

—Lady Jennifer.

Jadeó alarmada al ver a sir Baldwin al pie de la empinada escalera.

—No debería estar fuera de la cama. Está demasiado enferma —le advirtió, mientras subía los escalones hacia ella.

Jennifer negó con la cabeza.

—No. —De pronto, sus piernas se debilitaron y se sentó junto al gato—. Tengo que... — No pudo seguir hablando. ¿Sería todo un sueño? Hizo un esfuerzo y susurró su nombre—: Kley... Tengo que encontrarme...

Sir Baldwin la agarró por la cintura y la levantó.

—Está enferma. No debe estar aquí.

Ella forcejeó débilmente.

—No. No... —protestó—. Yo...

Su esposa apareció en las escaleras y la tomó del brazo. Juntos la llevaron y la arrastraron de vuelta a la habitación.

—Pobrecilla —murmuró la anciana—. Ha vuelto la fiebre.

Jennifer intentó explicarse, intentó decirles que no podía quedarse, que tenía que salir. Entonces el sueño se disolvió y se quedó dormida. Era un sueño tan profundo que solo se estremeció cuando el sonido sordo de un disparo de mosquete resonó a través de la ventana abierta.

Capítulo 11

La bala de mosquete no alcanzó la cabeza de Kley por el ancho de una hoja de lanza y se estrelló contra el tronco del sauce que había detrás de la casa de los Baldwin. Se giró para mirar a la media docena de ingleses que corrían por el patio cubierto de hierba desde el establo. Otro mosquete rugió desde la izquierda, y dos figuras más aparecieron junto a la parra, con la luz de la luna brillando en sus redondos cascos de acero.

Levantando el arco, Kley sacó tres flechas con punta de hueso de su carcaj. Se arrodilló, se llevó la cuerda del arco a la oreja y lanzó la primera flecha. Con un grito agónico, el soldado más cercano cayó de rodillas. El que estaba detrás levantó el mosquete, pero la segunda flecha le alcanzó la garganta antes de que pudiera disparar.

Kley giró a la izquierda y envió la tercera flecha a la pierna descubierta de un inglés vestido con coraza. El hombre soltó su mosquete y cayó sobre la hierba, agarrando el astil emplumado que sobresalía. Otro mosquete rugió, pero un grito de uno de los ingleses del primer grupo evidenció su mala puntería.

—Espadas, estúpidos. ¡Rodeadlo! —gritó una voz ronca—. ¡James! Tu pica!

Por el rabillo del ojo, Kley divisó a más hombres que venían del camino. Disparó dos flechas más antes de que el primer hombre lo alcanzara. Una flecha se perdió en la oscuridad, pero la otra produjo un gemido satisfactorio.

Maldiciendo, un fornido inglés acuchilló a Kley con su espada. Él levantó el arco para protegerse y el acero cortó el nogal como si fuera leña. Otro soldado le asestó un hachazo en el muslo, pero Kley se apartó, le arrancó el arma de las manos y se la clavó en la rodilla al fornido hombre.

—¡Aiiee! —Kley retrocedió contra el árbol y cortó una franja de acero a su alrededor mientras los ingleses se acercaban. El sudor le corría por la espalda y respiraba a bocanadas—. ¿Es una buena noche para morir? —se burló en inglés.

Dos soldados con casco se separaron del grupo y avanzaron con las espadas desenvainadas. Los otros retrocedieron para ponerse a salvo más allá del alcance de Kley.

Él fijó su mirada en el hombre alto y barbudo que gritaba órdenes y supuso que sería el líder.

—¡Deja las armas y ríndete en nombre del rey! —gritó el hombre alto.

Él sonrió.

—Ven a buscarlas.

—¿Hablas inglés? Bien. Soy el capitán Edmund Trent. Ríndete y te perdonaremos la vida. —Se acercó, manteniendo su espada lista para atacar—. ¿Entiendes?

—Ah —advirtió Kley en voz baja—. Me dejas libre.

—Sí.

Kley se echó a reír. Sí que lo tomaban por tonto.

—Y mañana me hacéis rey de los ingleses.

El capitán frunció el ceño.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—Soy Shaakhan Kihittuun.

—¿Eres un *Rappahannock*?

—Basta de charla —replicó Kley—. Has venido a matarme sin saber mi nombre. No necesitas conocer mi tribu.

—Estás aquí por lady Jennifer Rawlyn, ¿verdad? Es mejor que lo admitas. La muchacha nos dijo que la amenazaste con venir aquí y llevártela. —El capitán de barba carraspeó y escupió en el suelo, cerca de los pies de Kley—. Deberías haber sabido que no permitiríamos que eso sucediera. No volverás a poner tus sucias manos sobre una inglesa.

Un dolor tan agudo como el diente de un tiburón atravesó a Kley, que luchó por mantener su rostro inexpresivo. Si Jennifer lo había traicionado ante los soldados, entonces no sentía ningún amor por él. Si ella no hubiera ido a su encuentro, él lo habría entendido, pero aquella traición era amarga. Los guerreros ingleses buscaban su vida. Le habían obligado a derramar su sangre y no tendrían piedad con él.

—No soy vuestro enemigo —respondió Kley—, pero os hago una advertencia. Si muero, no lo haré solo.

—Suelta la espada o, de lo contrario, ordenaré a mis hombres que disparen —advirtió Trent.

Él se quedó mirando la cara del capitán durante una docena de latidos, y luego, encogiéndose de hombros, dejó a un lado la espada inglesa. Antes de que el soldado barbudo pudiera reaccionar, Kley hizo una finta hacia la izquierda, sacó un cuchillo de la funda que llevaba en la cintura y se lanzó hacia la derecha.

Trent jadeó cuando Kley esquivó la espada, le agarró la cabeza y tiró de ella hacia atrás. El inglés se congeló al sentir la hoja de acero del indio presionando contra su garganta.

—Muévete y tus mujeres llorarán —lo amenazó. Miró a los hombres de alrededor—. ¡Atrás! —Haciendo a un lado el casco de Trent, Kley enrolló sus dedos en el pelo rizado del hombre—. Vamos, por ahí, hacia el bosque —indicó al capitán.

—Alto el fuego —llamó Trent—. Aléjense.

Paso a paso, Kley se movió por la hierba, sosteniendo al capitán como escudo. No estaban a más de cien metros de la linde del bosque cuando un soldado maldijo y se abalanzó sobre Kley con una pica de punta de hierro.

Por un instante, el arrepentimiento cruzó la mente de Kley. Al contemplar el rostro encapuchado de la muerte, su primer instinto fue cumplir su promesa y degollar al líder inglés. En lugar de eso, apartó al hombre de un empujón y lanzó su cuchillo contra el piquero que

cargaba.

La hoja abrió un surco sangriento en la mejilla de su agresor y arruinó su puntería. Pero no frenó a los demás. Gritando triunfalmente, los soldados ingleses se abalanzaron sobre él desde todos los flancos, y él cayó abatido, golpeado y acuchillado hasta la insensibilidad.

Algún tiempo después, no tenía forma de saber cuánto había pasado, se dio cuenta de un intenso dolor.

La palpitación que parecía consumir cada centímetro de su cuerpo le hizo pasar de la penumbra de la inconsciencia a la comprensión total.

Intentó abrir los ojos, pero los tenía hinchados. Por la frescura del aire sobre su piel desnuda, percibió que aún era de noche, y por el balanceo rítmico de su cuerpo, decidió que lo transportaban por un terreno accidentado. Los intentos de mover las manos y los pies fueron inútiles; los tenía demasiado entumecidos para saber si funcionaban o no.

«Estoy atado como una cierva sacrificada», pensó. «Y el festín al que me entregan no es uno al que asistiría de buena gana». La siguiente imagen que surgió en su confuso cerebro fue el rostro de Jennifer. ¿Lo había traicionado ante aquellos hombres? El dolor de su carne era una agonía, pero la idea de que la mujer que amaba hubiera deseado su muerte era peor.

Cerró su mente a las palabras del capitán inglés, pero volvieron una y otra vez para atormentarlo.

«la muchacha nos dijo... La muchacha nos dijo».

Kley trató de alejar el recuerdo, y la voz del inglés sonó áspera en sus oídos.

—Llévenlo a la orilla del río y mátenlo.

—¿Quiere que le disparemos?

—No. Nada de disparos. Colgadlo.

Kley apretó los dientes mientras le asaltaban oleadas de furia. Un hombre no debía morir como un conejo atrapado en una trampa.

Otro habló. Las palabras tenían un acento extraño y a Kley le costó entenderlas.

—No conozco sus razones, capitán. El consejo no estará contento. Deberíamos probar al salvaje a la vista del pueblo, no escabullirlo en la noche. No es como si esta escaramuza pudiera mantenerse en secreto, cuando Tom Potter y Robert Allen han muerto por sus flechas paganas.

—Yo no doy órdenes, Angus; solo las cumplo. Haz que lo cuelguen y lo entierren antes de que salga el sol sobre el río.

—Sí, señor, pero el problema estará en su propia cabeza, no en la mía, ni en la de James, ni en la de Roy.

Kley oyó que los pasos de un hombre se alejaban. Los otros continuaron mientras lo cargaban. Supuso que sus muñecas y tobillos estaban sujetos a un poste, pero no podía separar los párpados lo suficiente para ver.

Después de viajar un rato por el bosque, sus captores se detuvieron y Kley cayó bruscamente al suelo. El golpe lo aturdió momentáneamente y jadeó.

—Aún no está muerto, Angus. Te lo dije.

—Nunca pensé que lo estuviera. Salvaje puede ser, pero es un buen luchador. Se necesitará más que eso para mandarlo al infierno.

Un tercer hombre habló.

—Me parece un desperdicio matarlo.

—Ya oíste al capitán.

—Sí. Órdenes son órdenes, Roy.

—Pero es un desperdicio. Dicen que el capitán del Lady Caroline buscaba un salvaje para llevárselo con él. Puso una bolsa de plata en la mesa de Jenkins. Dijo que daría una recompensa por un indio piel roja. La cosa era que quería que el salvaje estuviera vivo.

—No, Roy, nos verás a todos en el cepo o algo peor. El capitán nos ordenó que lo enterráramos, y yo pienso hacer lo que me dijo.

—Silver, hombre. ¿Es tu cabeza escocesa tan espesa que no puedes pensar lo que podríamos hacer con tanto dinero? Incluso dividido en tres, es más de lo que vería en dos años de llevar una pica. Tenemos que cuidar de nosotros mismos, Angus. ¿Crees que los burgueses se preocupan por nosotros?

—Está más atado que un budín de Navidad. Todo lo que tenemos que hacer es llevarlo al barco Lady Caroline.

—¿Y si nos atrapan?

—No nos atraparán. Zarpa en una semana. —Angus se aclaró la garganta—. ¿James?

—Estoy con Roy. El padre de Alice me ha prohibido poner un pie en su casa. Si voy a casarme con ella antes de que él firme un contrato matrimonial con otro, tengo que conseguir monedas fuertes.

Un pie pesado se clavó en el costado de Kley, que gimió.

—Me hizo un corte en la cara —continuó James—. Preferiría que lo ahorcaran a él antes que a ustedes, pero si su pellejo me da a Alice Tucker como esposa, estoy dispuesto.

—De acuerdo entonces —aceptó Roy—. Se lo llevaremos al capitán.

—Sí —dijo Angus de mala gana—. Y espero que no vivamos para lamentarlo.



La costa de Virginia

17 de julio de 1664

Lady Jennifer Rawlyn estaba de pie en la borda del barco y contemplaba la costa arbolada de Virginia hasta que desapareció en el horizonte. El sol de última hora de la mañana le calentaba la cara, pero el aire era más fresco en el agua que en Jamestown. La fuerte brisa que llenaba las velas e impulsaba al mercante a surcar la superficie del mar olía fuertemente a pinos. Jennifer se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que el olor a pino dejara de recordarle a Kley.

El malestar que se había apoderado de ella durante tantos días y noches había pasado, dejándola cansada, pero con la mente despejada. Su apetito iba volviendo poco a poco, y se sentía casi tan fuerte como cuando Kley la había acompañado a Jamestown.

La señora Baldwin había temido que Jennifer no estuviera preparada para soportar las penurias de un viaje oceánico, pero Jennifer insistió en que estaba en forma.

—Si no zarpo con el capitán Douglas, pueden pasar meses antes de que pueda encontrar otro pasaje. Debo volver a casa, a Inglaterra, lo antes posible.

Con Jennifer y Sally viajaban una viuda reciente, Mildred Wright, y su hijo Robin, de cuatro años. La perspectiva de compartir un estrecho camarote con la señora Wright y su lloriqueante hijo durante seis semanas o más no era agradable, pero Jennifer conocía demasiado bien las incomodidades de cruzar el Atlántico. La mujer ya se quejaba de mareos y Sally estaba abajo fregando el suelo del camarote con vinagre para acabar con el hedor de los antiguos pasajeros.

Si por ella fuera, pasaría todo el viaje en cubierta. Procedente de Inglaterra, el Blue Siren había transportado caballos, vacas y una gran variedad de ganado. Esa vez la carga era tabaco, madera y pieles de animales. Esperaba que la bodega no fuera tan ruidosa ni oliera tan mal como en el Blue Siren.

Se protegió los ojos con la mano y contempló el agua azul verdosa. No quería admitir, ni siquiera ante sí misma, que buscaba delfines o algún punto en las olas que pudiera ser una piragua.

Sus recuerdos de Jamestown eran confusos, tan intangibles como la niebla matinal. En contra de sus mejores razones, se aferró a la idea de que Kley había acudido a su alcoba una noche y que había estado lloviendo. Recordaba claramente el estruendo de un trueno y un charco de agua de lluvia en el amplio suelo de tablas.

—Vino a buscarme y me suplicó que me fuera con él —susurró.

Más allá de la estela del barco, las gaviotas revoloteaban y chillaban, zambulléndose en la espuma en busca de pececillos. Sus estridentes gritos llenaron sus oídos y ahogaron sus palabras susurradas. Por encima de ella, las velas chasqueaban al viento; la cubierta bajo sus pies suspiraba y gemía como un ser vivo. El acre aroma de los cabos y las velas empapados de alquitrán se mezclaba con el agudo mordisco de la pólvora y el agua salada.

Jennifer rompió un panecillo en pedazos y se la arrojó a las gaviotas. ¿De verdad estaba tan ida por la fiebre que se le ocurrió irse con él? Suspiró y parpadeó para disimular la humedad que le nublaba los ojos. Durante tres noches se había ido al sauce que había detrás de la casa y había esperado hasta que los primeros tonos coralinos del amanecer teñían el cielo.

—Te esperé, Kley, pero no viniste —dijo en voz baja.

Una gaviota agarró un trozo de pan, pero el resto se perdió entre las olas. Jennifer se frotó las manos para deshacerse de las migas.

Los sueños habían plagado su enfermedad, algunos tan vívidos que dejó de diferenciar entre lo real y lo imaginado. En una ocasión, tuvo la idea de que alguien intentaba envenenarla. La señora Baldwin le contó que habían llamado al médico en mitad de la noche para calmar su ataque de histeria.

«La fiebre calienta el cerebro, querida», le dijo la anciana—. Estuvo a punto de morir. No podemos culparla por la locura de la fiebre.

Regresar a Inglaterra y a su prometido era lo único sensato. Jennifer lo sabía. Y también sabía que si Kley hubiera ido a por ella y hubieran huido juntos, lo habría lamentado el resto de su vida.

—Pero te esperé de todos modos —dijo en voz baja—. Quería...

—Milady —la interrumpió Sally—. Hice lo que me pidió. He fregado con vinagre cada centímetro de ese asqueroso camarote, pero la señora Wright ha vuelto a vomitar por todo el suelo. —La muchacha hizo una mueca—. Su hijo no para de llorar y ella está mareada.

Jennifer miró el agua tranquila y se estremeció. Si la mujer se mareaba apenas se perdía de vista tierra firme, en un agua tan plana como una bañera, ¿cómo estaría cuando se encontraran con mal tiempo?

—Pregúntale si puedes subir al niño a cubierta. Seguro que lo asusta con su mareo.

Sally negó con la cabeza.

—Le pregunté si podía subirlo, milady. No es un niño muy dócil, pero no es más grande que un pato. Soy más fuerte que él. Le dije que me dejara subir al pequeño Robin, pero ella cree que lo perderé por la borda. Es una pobre viuda y solo lo tiene a él. —Se encogió de hombros y esperó instrucciones con cara muy seria.

Jennifer le sonrió, contenta de haberla llevado con ella. Flaca y lenta de ingenio, Sally era un alma de buen corazón sin signos de mareo. Por lo que sabía, la muchacha no había estado enferma ni se había quejado ni una sola vez en el viaje de Inglaterra a Virginia.

La joven criada llevaba un sombrero demasiado grande sobre las orejas y bien atado bajo la barbilla. Su delantal manchado y remendado envolvía el corpiño azul y la falda hecha jirones, cayendo hasta cubrir los dedos de los robustos zapatos infantiles de cuero. La barbilla puntiaguda y la nariz respingona le daban el aspecto de un zorro hambriento, pero no había duda de la satisfacción en sus ojos. Estaba tan contenta de volver a casa, a Londres, como si hubiera sido sensata, y nadie, ni siquiera la señora Wright, disminuiría un ápice su excitación.

—No hay necesidad de que te molestes más con la señora Wright —le indicó Jennifer—. Deja que su criado Steven suba del servicio de caballeros y friegue su vómito. Puedes quedarte aquí conmigo si consigues permanecer callada.

—Sí, milady. —Sally asintió enérgicamente—. Puedo estar callada como un ratón. —Se dejó caer sobre un rollo de cuerda—. No se dará cuenta de que estoy aquí, se lo prometo.

Jennifer miró hacia el lugar donde había visto tierra por última vez.

Adiós, Kley, lloró en silencio. Me alegro de haberte conocido.

En las entrañas del barco yacía un hombre, con las muñecas y los tobillos encadenados a maderos húmedos en la maloliente oscuridad. Los pesados hierros cortaban cruelmente su carne en carne viva y le impedían cambiar de posición. Los calambres en piernas y brazos le impedían conciliar el sueño.

No podía hacer otra cosa que dormir en aquel pozo infecto. Hacía días que no le daban agua potable, y el agua que chapoteaba sobre su espalda y la parte inferior de su cuerpo era poco

más que baba verde. Tendría que pasar mucha más sed antes de pensar en beberla.

Cuando Kley se dio cuenta de que sus captores pretendían venderlo a otro inglés, en lugar de asesinarlo como había ordenado su capitán, se sintió aliviado. En ese momento, se preguntaba si una muerte rápida no habría sido más fácil de soportar.

Nadie le había explicado por qué el tal Douglas quería un prisionero ni qué pretendía hacer con él. Los ingleses no habían tratado a Kley con más respeto que a un caballo. Lo obligaron a arrodillarse en una habitación llena de hombres y le pusieron las manos encima. No había podido ver, pero tenía los oídos abiertos y el corazón avergonzado.

—No me sirve para nada —proclamó el capitán Douglas—. Míralo. Le has dado una paliza de muerte.

—No —respondió Angus—. Es duro como el roble. Toda esa sangre engaña, pero parte es inglesa. Está en la flor de la vida y es tan fuerte como para levantar un buey.

—Está bastante tranquilo ahora. ¿Estás seguro de que no es idiota?

—Pregunte, señor. Cualquiera que haya estado allí le dirá que es un luchador hijo de puta. Es peligroso, se lo aseguro, pero su cerebro no está afectado.

—A menos que se lo hayas triturado. No saco provecho de la mercancía arruinada.

—No quiero faltarle al respeto, capitán, pero ¿esperaba comprar un indio piel roja adulto sin una marca? Son salvajes, señor, salvajes como cualquier fiera.

Kley se había arrodillado donde lo habían empujado y fingía estar tan vacío como una caracola. Cuando se completó la transacción, otras manos lo arrastraron fuera del lugar hasta lo que él suponía que era un barco inglés.

Allí lo encadenaron y, por lo que él sabía, olvidado.

En las horas y días transcurridos desde la batalla bajo el sauce, Kley se había encerrado en sí mismo. En aquel lugar interior no podía oír el desprecio de los hombres blancos ni sentir el dolor de sus laceraciones sin curar. Allí esperaba y acunaba la chispa de su espíritu herido.

Cuando el barco se alejó de la costa y Kley oyó el golpeteo de las olas contra el casco, estuvo a punto de soltar el delgado hilo que lo aferraba a la cordura. Supo que lo llevaban lejos, a través del océano, lejos de su tierra.

Se le ocurrió que podía seguir el ejemplo de los animales heridos y escapar de aquel horror de la forma más fácil: simplemente dejaría de respirar. Morir sería sacar lo mejor de aquel capitán inglés que había pagado plata por su cuerpo vivo. La muerte sería una camarada bienvenida. Kley sabía que solo tenía que hacer una señal y el guerrero oscuro lo reclamaría.

Pero no hizo la señal. En su lugar, dejó que el dolor y el terror limpiaran su sangre como una llama caliente quemaba el mal de una herida supurante.

—*N'dellennowi*, soy un hombre —dijo en la lengua del pueblo de su padre—. *Lehelechejane, n'matschi*. Respiro y volveré a casa. —Tragó saliva, tratando de humedecer su boca reseca, y pateó inútilmente una rata que correteaba por sus piernas desnudas—. Por el amor que una vez sentí por *Je-nni-fer*, lo juro.

Capítulo 12

Debido a los vientos fiables, la travesía hacia el este desde Virginia hasta Inglaterra era mucho más corta y segura que la ruta hacia las colonias americanas. El Lady Caroline era un barco robusto con un capitán y una tripulación experimentada, y el viaje fue bendecido con buen tiempo. Jennifer era consciente de su buena suerte en todos aquellos aspectos, pero eso no contribuyó a mejorar su estado de ánimo.

Su compañera de camarote, la señora Wright, seguía mareándose, por lo que durante las dos primeras semanas de viaje rara vez fue invitada a la mesa del capitán. Ella, Jennifer y Sally eran las únicas mujeres del barco, a excepción de la señora Maude Pierce, la esposa de un funcionario que regresaba a Inglaterra tras una estancia de dos años en Jamestown.

Jennifer y la señora Pierce solían comer con el capitán Douglas y cuatro caballeros pasajeros en el camarote del capitán. Como Maude Pierce tenía sesenta y dos años y era dura de oído, Jennifer disfrutaba poco de su compañía. Samuel Pierce, el marido de Maude, era algo más joven pero igualmente aburrido.

El capitán Douglas era un hombre de edad indeterminada con el habla y los modales de un caballero. Soltero declarado, el capitán no ocultaba su admiración por Jennifer.

—Ha hecho de este viaje una delicia, si me permite decirlo, lady Jennifer —comentó cuando se sentaron a cenar pato asado y lengua en escabeche. El grumete sirvió al capitán una copa de vino y él la levantó galantemente— Brindo por la dama más encantadora y gentil que he tenido la fortuna de trasladar en mi barco

Jennifer sonrió.

—Gracias, señor. Es usted muy amable.

—En absoluto —intervino Samuel Pierce, sirviéndose una generosa porción de pastel de anguila—. No es más que la verdad, lady Jennifer.

La señora Pierce levantó la vista de su plato.

—¿Eh? ¿Qué ha dicho, Samuel?

—Sí, sí, en efecto. —El hombre palmeó la mano de su esposa.

Ella miró de forma distraída a su alrededor y volvió a masticar la comida.

Jennifer se preguntó por enésima vez cómo sobreviviría al viaje con semejante compañía. Aburrida, dejó vagar la mirada por la estancia.

A pesar de los ricos paneles y la vidriera, el camarote del capitán era estrecho. Una litera empotrada y un escritorio de nogal con incrustaciones eran los únicos muebles, aparte de la mesa y las sillas. El elaborado sillón de roble estaba atornillado al suelo en la cabecera de la mesa, al

igual que el escritorio. Una lámpara de aceite de ballena colgaba sobre la mesa, y su gemela iluminaba el escritorio. El suelo estaba desnudo y las sábanas gastadas. El camarote olía a ron, tabaco y lana mohosa.

—Sin duda, lady Jennifer será bienvenida en la corte —dijo Robert Hammond.

Hammond era el hijo mayor de un rico comerciante londinense que viajaba por negocios para su padre. Aunque tenía el pelo rizado y bastante largo, y vestía a la última moda, no dejaba de ser un niño que se sentía abrumado por la oportunidad de sentarse a la misma mesa con la hija de un conde.

El capitán le paso un plato de guisantes secos a Jennifer y dejó que su mirada se detuviera en su pecho.

—¿Ha sido ya invitada en Whitehall, milady?

—Sí, lo he sido —repuso ella, ignorando su lasciva apreciación.

Estaba acostumbrada a aquel tipo de comportamiento por parte de los hombres. Mientras el capitán solo la mirara, y no le faltara al respeto de palabra o de obra, no se ofendería. Era bien sabido que todos los marineros tenían fama de ser unos canallas entre las damas, excepto los que favorecían a los de su propia clase. Como el grumete del Lady Caroline tenía los dientes grandes y los ojos saltones, Jennifer estaba segura de que el capitán Douglas no tenía aquella tendencia.

El muchacho le puso el plato de pato asado delante de las narices. Ella aceptó varias lonchas pequeñas y un trozo de queso. La comida de a bordo no era de su agrado.

—¿Le han presentado al rey Carlos? —preguntó Robert Hammond.

—He tenido el placer de frecuentar a sus altezas varias veces —respondió ella.

—¿Ha visto a los isleños de los mares del Sur? —Los pálidos ojos de Hammond se agrandaron de emoción y se inclinó hacia delante sobre su plato—. He oído que lord Walston tiene una espléndida pareja de nativos y que los lleva a las cenas en Whitehall.

—Yo también lo he oído —dijo Jennifer—, pero no los he visto.

—Sus pieles son un poco más claras que las de un *blackamoor* —explicó el capitán Douglas.

Samuel se limpió la boca con una servilleta.

—¿Ha navegado por el Pacífico, capitán?

—¿Qué? —inquirió la señora Pierce en voz alta—. ¿Un *blackamoor*, dice?

—Hay muchos en las colonias. —El capitán negó con la cabeza—. Mi experiencia ha sido en el Atlántico y el Mediterráneo, pero vi a varios isleños de los mares del Sur hace dos años en Venecia. Eran hombres enormes, de más de metro ochenta.

El barco se balanceó y Jennifer cogió su copa antes de que escaparan más de unas gotas de vino. Era muy consciente de que la corte del rey Carlos consideraba a los nativos una rareza, pero la idea de que los hombres pudieran ser poseídos y exhibidos como animales le repugnaba. Siempre se sintió incómoda rodeada de esclavos. Nunca se había creído especialmente devota en cuestiones religiosas, pero sin duda hasta el más insignificante de los humanos tenía alma. Y si tenían alma, debía ser un pecado tratarlos como bestias.

—Lady Jennifer. —El capitán se volvió hacia ella—. Durante su estancia en Jamestown, ¿vio a algún salvaje?

Ella se puso rígida. ¿No había oído el capitán Douglas hablar de su naufragio?

Samuel se detuvo en seco cuando ella le lanzó una mirada fulminante.

—Fui invitada de un miembro del consejo, señor—, respondió Jennifer con ligereza. —Uno no conoce a demasiados indios pieles rojas en el círculo de conocidos del gobernador.

—Entonces quizá le gustaría ver a uno de cerca. —El capitán sonrió triunfante y se puso en pie—. Resulta que transporto a uno en este barco.

—¡Por todos los Santos! —Samuel lo miró extrañado—. ¿Habla en serio?

—¡Dios mío! —Hammond gritó eufórico—. Nunca pensé en poner los ojos en uno. ¿Está vivo?

El capitán Douglas sonrió.

—Eso espero, por lo mucho que pagué por él. Lo llevo para un caballero y es probable que tenga la intención de exhibirlo en Whitehall. No veo razón para que no le echen un vistazo de antemano. —Miró por debajo de su larga nariz a Robert Hammond y se aclaró la garganta—. Por si se vieran obligados a faltar a la comparecencia ante el tribunal.

Jennifer negó con la cabeza.

—No creo que yo...

—Tonterías, no hay peligro. Todos estarán perfectamente a salvo, se lo aseguro. —El capitán hizo un gesto al grumete—. Dígale al señor Quinn que deseo verlo de inmediato.

—¿Qué pasa? —se interesó la esposa de Samuel.

—No pasa nada, querida —le aseguró su marido—. El capitán tiene un indio a bordo.

—¿Soso? Tonterías. —La mujer sonrió, mostrando unos dientes rotos y descoloridos. Después, golpeó la mano del capitán con su abanico—. El pato estaba excelente. Me gustaría tener la receta para nuestra cocinera.

Samuel puso los ojos en blanco, exasperado.

—Tendrá que perdonar a mi esposa. Tiene un pequeño problema de oído.

—No necesita disculparse, señor —dijo el capitán Douglas, levantándose—. Mi madre sufría de la misma dolencia. Sorda como una tapia, lo fue desde niña. —Excusándose, salió del camarote durante un minuto y luego volvió a su asiento—. Jack tiene un excelente licor de ciruela para nosotros. Después de cenar, saldremos todos a cubierta y echaremos un vistazo al salvaje. El señor Quinn va a lavarlo, por consideración a las damas. —Se echó a reír—. Me ha dicho que la bodega apesta como una pocilga.

Jennifer trató de reprimir un escalofrío. Fuera quien fuese el prisionero, sería mejor que se arrojara al mar por la borda del barco. Los indios llevados a Inglaterra casi siempre morían de enfermedad en pocos meses. No parecían tener resistencia al sarampión, la viruela o el cólera. Una muerte rápida por ahogamiento sería más amable que una muerte lenta y agonizante por enfermedad.

—Creo que iré a ver cómo se encuentra la señora Wright. —Trató de excusarse, pero

prefirió decir la verdad—. Realmente, no deseo verlo.

—Insisto —dijo el capitán Douglas—. Contemplar de cerca una criatura como esta, es una experiencia única en la vida. No dejaré que se la pierda.

Samuel Pierce le ofreció el brazo a Jennifer cuando salió por la escotilla a la cubierta iluminada por la luna. Justo delante de ellos, Hammond llevaba un farol y el capitán guiaba a la señora Pierce, mientras le gritaba algo al oído.

Jennifer se detuvo y apretó con más fuerza la manga de Samuel.

—Señor, sé que está al tanto de la tragedia que me ocurrió en las Colonias —le dijo en voz baja.

—Por supuesto, pero...

Ella levantó el dedo a los labios para el silencio.

—La familia Rawlyn y mi prometido, lord Hayward, considerarían un gran favor personal que la desafortunada historia permaneciera en Virginia.

—Desde luego, milady —respondió Samuel—. No tenía ni idea...

—Sabía que lo entendería —continuó Jennifer con suave implacabilidad—. Es un hombre demasiado sabio como para crearse enemigos poderosos por un chisme común.

—¡Caramba! Creo que no. —Miró a los demás—. No debe preocuparse por Maude —le aseguró—. Ella oye pocos cotilleos... —Se interrumpió bruscamente y se aclaró la garganta—. Quiero decir que Maude no sale mucho de nuestra casa y nunca conversa de forma ociosa con los sirvientes.

—Es usted muy amable, señor Pierce —murmuró ella—. Un caballero en el verdadero sentido.

—¡Pierce! ¡Lady Jennifer! —los llamó Hammond—. Deben ver esto. Es magnífico.

Jennifer respiró profundamente el aire salado y se dirigió hacia el farol que se balanceaba. El mar estaba en calma esa noche, y el vaivén del agua contra el casco era agradable. Pensó que echaría un vistazo rápido al desafortunado prisionero de Douglas y regresaría a su camarote. No quería ser parte de un espectáculo.

Cuando ella y Pierce se acercaron a los demás, el capitán se hizo a un lado para permitirles ver claramente al cautivo. El hombre estaba atado a un mástil, con los brazos atados a la espalda. A ambos lados del salvaje había un marinero de rostro duro. Delante y a la izquierda estaba el segundo oficial, el señor Quinn, con un desgastado látigo enroscado en la mano.

—Nos dio problemas, señor —explicó Quinn al capitán—. Cuando se soltó del madero, el indio atacó a Gibbons con sus grilletes y le rompió el brazo. Luego agarró a Witt y lo arrojó a mitad de la bodega. Es peligroso.

—¿Está bien atado? —preguntó el capitán Douglas.

—Sí, señor.

—Entonces no creo que ahora sea un peligro. —El capitán hizo un gesto a Hammond—. Acerca esa linterna.

Jennifer miró al prisionero casi desnudo y se le cortó la respiración. Tenía la carne

magullada y rota; marcas recientes de látigo le marcaban los brazos y el pecho. Pero había algo familiar en aquella postura orgullosa, aquellos músculos ondulantes bajo una piel color miel, aquel cabello negro y liso. Una sensación de malestar comenzó en la boca de su estómago y se extendió hacia arriba.

«No puedes ser tú», gritó en silencio. «No puede ser».

El oficial dio un paso atrás, agarró al indio por el pelo y le levantó la cara para que la luz le iluminara directamente. Unos ojos almendrados, negros como el azabache, los miraron con tal ferocidad que incluso el capitán dio un paso atrás involuntario.

Hammond jadeó cuando se le cayó la lámpara de la mano.

—¡Por las entrañas de Dios! —Quinn se lanzó hacia delante y agarró el mango de latón antes de que la lámpara pudiera golpear la cubierta.

—Salvaje hijo de puta —murmuró Samuel antes de que su esposa empezara a sollozar por la impresión.

—No es humano —espetó Hammond con voz ronca.

Kley lo miró fijamente, buscando, hasta que su mirada se cruzó con la de Jennifer.

Ella lanzó un grito ahogado y se dio la vuelta.

—Demasiada emoción para las damas —dijo el capitán—. Volvamos a mi camarote y tomaremos una copa. —Miró al segundo oficial—. Dale veinte latigazos y llévalo a la bodega. Nada de agua esta noche ni mañana.

—Sí, señor.

Jennifer parpadeó al escucharlo y le tendió la mano al capitán.

—Estoy muy sorprendida, señor. Comandar un barco es tan diferente a comandar un hogar. Douglas la miró inquisitivamente.

—¿Por qué, lady Jennifer?

Ella resopló con altivez.

—Si mi padre, el conde, tuviera un caballo valioso y los mozos de cuadra lo maltrataran tanto como lo ha hecho con esa bestia, mandaría golpear a los mozos, no al caballo.

—Es pura disciplina, milady. No puedo tener un hombre en mi barco que no obedezca órdenes.

—Exactamente opino igual. —Ella soltó una carcajada que pretendió ser divertida—. Un hombre, capitán... un hombre que no obedece sus órdenes. —Miró por encima del hombro—. Esa criatura no es más hombre que un lobo voraz. Es imposible que tenga alma o inteligencia tal como la conocemos. —Agitó las pestañas y le sonrió—. La culpa es del hombre, no de la bestia salvaje.

El capitán Douglas sonrió.

—Ya lo creo. Puede que tengas razón. Les enseñaré a esos desaliñados marineros un par de cosas sobre el manejo de prisioneros, ¿no?

—No importa, de verdad. Si muere bajo los latigazos, se librará de la carga de enjaularlo.

Además, yo... —Suspiró y bajó los ojos con modestia—. Perdóneme, señor, solo soy una ignorante. Antes le he entendido mal. —Jennifer se tapó la boca con la mano y soltó una risita—. Creí que había dicho que el indio era valioso.

—Lo es. Sacaré un buen beneficio cuando se lo entregue al intermediario de Londres que hizo el pedido para un comprador no identificado.

—¿Entonces no sabe quién lo quiere?

—No, no lo sé. Pero el intermediario insinuó que era alguien de muy alto rango, un noble. Sin duda, quiere causar sensación en Whitehall con él.

Suspiró de nuevo, esperando no estar yendo demasiado lejos con su actuación.

—Una pena estropear su piel con cicatrices. ¿No cree que disminuirá su valor? Por supuesto, si muere...

—Uhm. No había pensado en eso. ¡Hammond! ¡Hammond! —llamó el capitán—. Acompañe a lady Jennifer a mi camarote. Será solo un momento.

Mientras Hammond se la llevaba, Jennifer oyó a Douglas rescindir la orden de azotar a Kley.

—Encárgate de que sus heridas sean tratadas adecuadamente —ordenó el capitán—. Vale más vivo que cualquiera de vosotros y pienso cobrar mis honorarios en monedas de oro.



En la hora más oscura de la noche, Jennifer salió sigilosamente de su camarote y se abrió paso por el estrecho pasadizo. Bajo la capa llevaba una pequeña lámpara, pero no se arriesgó a usarla hasta llegar al nivel más bajo del barco. En la muñeca izquierda llevaba una bolsa con una botella de vino y un pato asado que había robado del camarote del capitán.

Unos fuertes ronquidos procedían del camarote de los Pierce, lo que hizo que Jennifer se preguntara quién sería el culpable, si Maude o Samuel. La última habitación del pasillo, el camarote que Robert Hammond compartía con el primer y el segundo oficial, estaba en silencio. Un poco más allá había una escotilla y una empinada escalera.

Jennifer se obligó a contener el miedo y descendió a la oscuridad húmeda y maloliente, paso a paso. Si aquel barco tenía la misma distribución que el Blue Siren que la había llevado a Virginia, esperaba encontrar a Kley en la bodega de estribor. Un mozo de cuadra la había llevado abajo para velar por el bienestar de su caballo en el viaje de ida. Aquel barco no transportaba animales, pero si lo hubiera hecho, allí estarían. Una escotilla en la cubierta conducía a la bodega, pero era para bajar la carga con cuerdas y poleas. Tenía que haber otra forma de entrar y esperaba que fuera aquella.

Al final de la escalera, levantó la lámpara. El tenue círculo de luz iluminó el sombrío pasadizo. Jennifer se aferró a la pared mientras oleadas de pánico la asaltaban. Siempre le había dado miedo la oscuridad.

El mar estaba muy cerca. Podía oírlo debajo de ella, sentir el peso del agua presionando los costados del frágil barco. Se estremeció y se arrebujó en la capa para protegerse del aire húmedo

e inmóvil. Escuchó un chirrido y después el crujido de unas garras contra la madera.

«¡Uf! Ratas. Odio las ratas», se dijo con un estremecimiento.

Cuando era niña, en la casa de campo de su padre, las ratas mataron a dos cachorros recién nacidos. Ella había ido al establo a verlos y las encontró comiéndoselos. Solo tenía siete años, pero se enfadó tanto que mató a una de las horribles criaturas con una horca. La sangre y las vísceras la hicieron enfermar y vomitó sobre su vestido nuevo, pero salvó al resto de la camada. Lloró hasta que Beorn, el cazador, se llevó a la madre y a los cachorros supervivientes a su cabaña.

Jennifer deseó tener otra arma además de su cuchillo de comer. Supuso que la pequeña hoja sería inútil contra una rata o un marinero amenazador, pero era todo lo que tenía. Lo sacó de la funda bordada que llevaba a la cintura y lo sostuvo frente a ella.

A mitad del pasadizo encontró la escotilla que buscaba. Corrió el cerrojo de madera y abrió la puerta con cautela.

—¿Kley? —gritó. No obtuvo respuesta—. Kley, ¿estás aquí? ¿Me oyes?

Había llegado demasiado lejos para dar marcha atrás. Saltó la cornisa y entró en la cavernosa bodega.

—*Je-nni-fer*.

—¡Kley! Aquí estoy. ¿Dónde estás? —Levantó la lámpara y alumbró hacia los barriles, las cajas y los fardos de tabaco.

—*Ickalli aal!*

Jennifer se volvió hacia el sonido de su voz. ¿Qué había dicho? Algo sobre que quería que se fuera.

—Kley, soy yo, Jennifer —repitió—. He venido a ayudarte.

—¡Este indio no quiere más de tu ayuda!

Rodeó un fardo de tabaco y lo vio, encadenado contra las costillas del barco.

—Oh —gritó, corriendo hacia él.

Tenía el pelo enmarañado y suelto sobre la cara. Sus brazos estaban desnudos, pero habían envuelto su cuerpo en una manta. Cuando se acercó, él se puso en pie con el ceño fruncido y la rechazó con las manos maniatadas.

—¡*Mata!* No te quiero aquí.

—Kley, por favor.

Él cerró las manos sucias en puños y sus ojos brillaron con una llama feroz.

—Me has traicionado, mujer. Ahora vienes a burlarte del lobo en su trampa.

Ella se detuvo y sacudió la cabeza.

—No, Kley. No te he traicionado. No sabía que estabas en el barco hasta que...

—Fui a los sauces, *Je-nni-fer* —Su voz sonó mortal—. Te esperé, pero no llegaste.

—Lo intenté. Estaba enferma, pero...

—Tus soldados vinieron por mí. ¿Quién les dijo que te estaba esperando? Nadie más podía saberlo si tú no hablaste. —Escupió al suelo y la miró con desprecio.

—No fui yo. Tienes que creerme. —Dio un paso hacia él—. Te he traído vino y algo de carne.

Kley volvió la cara.

—No quiero nada de ti.

—Puedo ayudarte. Mi padre es un hombre muy poderoso... muy rico. Puedo hacer que te compre...

—¿Comprarme? —Las cuerdas de su cuello se tensaron cuando su cuerpo se movió con furia. Su voz bajó hasta que sus palabras fueron apenas audibles—. Shaakhan Kihittuun. Soy un guerrero de los *Lenni-Lenape*.

—Por favor... —Jennifer extendió la mano.

—¡No! Acércate y podría envolver estas cadenas alrededor de tu suave cuello inglés.

Ella retrocedió, asustada. Era una faceta de Kley que nunca había visto.

—No me harías daño —aseveró.

—No me tientes. —La frialdad de su mirada le provocó un escalofrío en la espalda.

—No fui yo —insistió.

—¿Entonces quién? ¿Quién sabía que este indio había prometido ir a por ti?

—Nadie. —Negó con la cabeza—. No lo sé, quizá te encontraron por casualidad. Quizá...

—*Mata*. Los soldados dijeron que tú hablaste. —Él le sonrió con fiereza—. ¿Me tomas por tonto, *Je-nni-fer*? Un salvaje, tal vez, pero no un tonto.

Con manos temblorosas, sacó la botella de vino de su bolsa y se la tendió.

—Bebe esto. No puedo quedarme mucho y no puedo dejar la botella. Yo...

—¿Quién anda ahí? —La voz áspera de un hombre detrás de ella hizo que Jennifer se diera la vuelta y mirara hacia la escotilla—. ¿Quién es? ¿Está loca, mujer? —gritó el señor Quinn—. Aléjese de ese salvaje.

—Oh —jadeó ella—. Solo quería...

—Guarde sus excusas para el capitán, milady —replicó el hombre—. Estoy seguro de que le interesará mucho saber por qué una dama viene sola a conversar con un salvaje piel roja.

Con una última mirada angustiada a Kley, Jennifer siguió al iracundo oficial fuera de la bodega hacia lo que estaba segura sería una entrevista extremadamente desagradable con el capitán Douglas.

Capítulo 13

Rawlyn House, Londres

Agosto de 1664

Jennifer se levantó de su asiento con respaldo alto en el invernadero, se acercó a una de las altas ventanas y contempló el jardín formal de su padre. El diseño simétrico de boj enano y arbustos podados con forma de pirámide se extendía hasta el río y se mantenía tan impecable como recordaba. Los jardineros barrían los senderos de ladrillo hasta dejarlos impecables; ni una hoja suelta ni una ramita caída estropeaban la perfección.

El Támesis corría justo al final del jardín. De no ser por el muro de ladrillo en la base de la pendiente, podría ver los barcos transportando pasajeros y su carga por el río.

A Jennifer nunca le había gustado la rígida formalidad de un parterre. Desde pequeña había preferido la exuberante profusión de hierbas y árboles de Longview, la casa de campo de la familia. En el jardín campestre había fuentes y espesos setos y un laberinto de acebos donde una niña podía esconderse durante horas de los severos guardianes. Suspiró, recordando la prístina playa y los limpios olores del bosque que había dejado atrás en las Colonias.

Un leve sonido la hizo volverse rápidamente hacia la puerta, pero no apareció nadie. En su lugar, se oyó el sonido sordo de unos pasos que se alejaban por el largo pasillo. Jennifer arregló con la mano los pliegues de la falda y volvió a mirar por la ventana.

No, decidió, el jardín no era el mismo que le había parecido cuando lo recorrió el invierno anterior; parecía más pequeño, cercado por el muro del río. Y las jaulas de gorrones blancos que colgaban del techo del invernadero no eran comparables con la gran variedad de pájaros de colores que había visto en la colonia de Virginia.

No obstante, el jardín de Rawlyn House era el primer rincón verde que veía desde que el Lady Caroline atracó en Londres. No sabía cómo había podido olvidar lo estrechas que eran las calles, lo oscuras y sucias que estaban. El hedor de la ciudad era siempre espantoso en agosto, por eso rara vez había estado en Londres en pleno verano. Las ciudades apestaban. ¿No podía ser de otro modo, cuando las aguas residuales corrían en zanjais abiertas a lo largo de las calles y cualquier carnicero era libre de arrojar sus despojos a la zanja común?

No, Londres no había cambiado, pero ella sí. No sabía cuándo se había vuelto tan aprensiva. La suciedad y la miseria formaban parte de Londres, igual que el brillo de Whitehall o la emoción del teatro.

Volvió a la puerta y miró arriba y abajo por el pasillo. No había rastro de su padre y suspiró impaciente. Debería alegrarse de saber que estaba allí, en Londres, en lugar de haber ido al campo o que se hubiera marchado a Bath con su madrastra.

Rawlyn House estaba casi desierta. Solo quedaba un alma para atender la gran casa mientras la familia estaba fuera. Muchas de las habitaciones habían sido cerradas. De los criados que había visto al llegar la noche anterior, solo conocía a dos.

Jennifer vagó sin rumbo hasta la butaca y se hundió en el asiento de crin. Aunque había convencido al capitán Douglas de que había llevado el vino y la carne a su prisionero por un capricho de mujer tonta, permaneció bajo sospecha durante el resto del viaje. La señora Wright no perdió tiempo en difundir la historia del naufragio de Jennifer y su rescate por los indios. Sin duda, el capitán la creyó libertina o simplemente un poco loca.

Realmente, aquello no tenía importancia; lo que sí importaba era que no había tenido oportunidad de volver a ver a Kley hasta que el día anterior observó cómo se lo llevaban a rastras de los muelles. El hecho de que él creyera que lo había traicionado ante los soldados ingleses se apoderó de su mente hasta que no pudo pensar en otra cosa.

«Está vivo», se recordó a sí misma, «vivo y fuerte».

Habían hecho falta cuatro hombres para meterlo encadenado en un carruaje. Naturalmente, nadie se había molestado en decirle adónde llevaban a Kley ni quién lo había comprado.

No importaba, su padre lo averiguaría enseguida. Ocurrían pocas cosas en Londres en las que él no tuviera algo que ver. No eran chismes sin fundamento que su padre comandaba una red de ladrones y mendigos como espías.

—Jennifer. Déjame verte.

Se giró hacia el sonido de la voz de su padre, se puso en pie y realizó una profunda reverencia.

—Padre.

Frederick Rawlyn miró a su hija con ojos perspicaces. Era un hombre grueso, de mediana estatura, nariz grande y pelo prematuramente canoso. Vestía un elegante jubón escarlata de cintura corta con mangas acuchilladas y pantalones a juego. Los calzones de terciopelo estaban decorados con cintas y eran estrechos para mostrar sus torneadas pantorrillas.

—Date la vuelta —le ordenó—. A mí me parece que estás bastante bien. Me dijeron que habías sufrido grandes penurias.

—¿Está seguro de que no le dijeron que estaba loca?

Los ojos verdes de Rawlyn, del mismo tono que los de Jennifer, se iluminaron con buen humor y extendió una mano ancha y anillada.

Jennifer se la llevó a los labios.

—Padre. Me alegro mucho de verlo. Temía que estuviera en el campo.

Él sonrió y le acarició la cabeza con cariño.

—Has causado un gran revuelo, niña. Pero siempre te has parecido a esos escoceses olvidados de la mano de tu abuela. —Su expresión se endureció—. ¿Sigues siendo apta para el matrimonio?

—¿Milord? —Se sonrojó y dio un paso atrás, sintiéndose tonta por permitir que la brusquedad de su padre la perturbara.

Él no se preocupaba por haberla creído perdida en el océano. Estaba allí, a su lado, y lo único que le importaba era su castidad. Los intereses de Rawlyn eran lo primero, ¿no era esa la primera regla que le enseñó?

—Maldita sea, muchacha, ¿se te ha ablandado la cabeza? ¿Está intacta tu virginidad? ¿Encontrará Hayward una razón legal para rechazarte como prometida?

—No quiero casarme con él.

—¿Qué?

—No se enfade conmigo... por favor.

Rawlyn hizo un juramento tan soez que Jennifer empezó a temblar. Su padre nunca la había golpeado con el puño cerrado, pero lo había hacerlo a su hermano mayor en medio del establo cuando se enfurecía.

De forma sensata, se apartó para poner distancia entre los dos, mientras él seguía soltando maldiciones hasta que su rostro se tiñó de púrpura y se quedó sin aliento. Por fin, dejó de blasfemar y miró a su hija con aire pensativo.

—No hace falta que te escondas de mí —dijo bruscamente—. Tu hermana Alice no tenía tu virtud y, sin embargo, la enviamos a su lecho matrimonial con el honor de los Rawlyn en alto. —Sacudió la cabeza—. No temas, no te culparé por lo que un pagano robó. No estás embarazada, ¿verdad?

—No, padre, pero...

—Entonces no hay nada roto que no pueda ser remendado. Hayward exigirá que seas examinada por parteras, naturalmente no lo hará él.

—Tiene que escucharme. Tengo que contarle lo que ha pasado.

Él entornó los ojos.

—El asunto ha terminado. No hay necesidad de discutir.

—Hay necesidad —espetó ella—. Tengo una necesidad. Por una vez en mi vida, quiero que me escuche y que escuche lo que quiero.

Los hombros de él se tensaron y retiró una mano abierta, luego empezó a reírse.

—No eres del todo hija de tu madre, ¿verdad, Jennifer? Ella siempre decía que tenías mi tenacidad. Muy bien, di lo que tengas que decir. Te escucharé. Pero te advierto, tengo una reunión con Buckingham a mediodía. No dejaré a la favorita del rey esperando por el capricho de una niña caprichosa. —Se sentó en el banco y le hizo un gesto—. Ven, siéntate a mi lado. No corres peligro, a pesar de tu lengua descarada. ¿Crees que te llevaría hasta tu futuro marido con la cara magullada e hinchada?

Con cautela, Jennifer obedeció y empezó a contarle a su padre lo que había sucedido después de que el Blue Siren naufragara frente a la costa de Virginia. Rawlyn le prestó toda su atención, sin decir nada mientras ella hablaba.

—Y ya ve, padre —concluyó Jennifer casi una hora después—, por qué Kley no puede seguir prisionero. Debemos encontrarlo y comprar su libertad.

—Ese hombre es la razón por la que dices que no puedes casarte con Arthur Lindsey. —

Ella asintió y miró su regazo. Los dedos de su mano izquierda tanteaban nerviosos el escote de encaje de su vestido de satén lavanda—. Permíteme estar absolutamente seguro de que te entiendo —advirtió él—. Crees estar enamorada de ese... ese indio, y deseas casarte con él en lugar de lord Hayward.

—Sí... no. —Las lágrimas le nublaron la vista—. No es tan sencillo. —Resopló y trató de controlar su voz entrecortada—. Quiero que encuentre a Kley y lo envíe de vuelta a Virginia.

Jennifer cogió la mano de su padre y la apretó. Rawlyn permitió la familiaridad, pero no devolvió la presión.

—Estás más perturbada por tu terrible experiencia de lo que yo creía, si piensas que tu familia permitirá que te cases con un salvaje que come carne cruda y adora a los árboles.

—Kley no es... —comenzó en protesta y luego se interrumpió. No había manera de que pudiera describir cómo era Kley a un hombre como su padre. No era posible. No podía explicar algo que ni ella misma entendía—. Padre, él... —Suspiró—. Tiene razón, por supuesto. No esperaba que me permitiera casarme con él, pero merece una recompensa por salvarme la vida. Sin duda, mancillaría el honor de los Rawlyn dejar pendiente semejante deuda.

—¿Tuviste relaciones íntimas con esta criatura?

—¡No! —Sintió el calor subir a sus mejillas—. Esa criatura, como usted lo llama, es un hombre, un hombre de gran honor. No le he avergonzado, padre, he conservado mi virginidad. Soy tan pura como cuando embarqué.

—¿Entonces por qué dices que no deseas casarte con Hayward? —Retiró la mano de la suya—. El hombre con el que estás prometida desde que tenías nueve años.

—Padre... —Se levantó y se dirigió a la ventana.

La entrevista no estaba saliendo como esperaba. Apoyó la mejilla en el frío cristal y miró sin ver el jardín. Se le revolvió el estómago. El futuro de Kley, su vida misma, pendían de un hilo. Si no lograba convencer a su padre de que la ayudara, estaría condenando al hombre que amaba a una muerte segura.

—¿Y bien? —inquirió él.

Ella se volvió para mirarlo, estaba pálida como la leche, y se obligó a decir las palabras que más ayudarían a calmar la ira de su padre sin rendirse.

—Tal vez me case con Arthur. Ahora no lo sé. Solo sé que no soy la misma persona que viajó a Virginia para casarse con un extraño. He cambiado por dentro, de un modo que no puedo... —Hizo una pausa y respiró profundamente—. Perdóneme, milord. Sé que desea lo mejor para mí. No quiero desobedecerle, pero no puedo casarme con un hombre que no conozco. Quiero tiempo para conocer a Arthur, para ver si puedo sentir algo por él. —Un fuego de jade parpadeó tras sus ojos y su tono adquirió un tono de acero—. Quiero que me prometa que no me obligará a casarme con Arthur si decido que no puedo soportarlo.

—¿Te ha ofendido Hayward de alguna manera?

—¡Maldita sea, padre! Usted no lo entiende. ¿Cómo podría haberme ofendido ese hombre si no lo he visto desde que era una niña? ¡Esa es la cuestión! Es un desconocido. No sé si alguna vez podré amarlo, ni siquiera llegar a respetarlo como una esposa debe respetar y admirar a su marido.

Rawlyn se burló.

—El amor. ¿Qué cháchara de niña es esa del amor? El matrimonio es una alianza entre familias. Nunca te quejaste antes de la elección que hice por ti. ¿Por qué ahora?

Ella se enfrentó a su creciente ira con espíritu inquebrantable, enfrentándose a su mirada sin miedo.

—Porque Kley me ha enseñado algo del amor que una mujer debe sentir por un hombre, no quiero pasar el resto de mi vida atada a...

—Basta. —Se levantó—. Lo pensaré.

—¿Por qué no puede darme una respuesta ahora? Cada hora que esperamos pone a Kley en mayor peligro. Debemos localizarlo antes de que sea demasiado tarde.

Rawlyn levantó la mano.

—No sigas hablando. Te dije que consideraría tu petición. Siempre he sido indulgente contigo, Jennifer. Sin duda te he mimado y he alentado tus ideas testarudas. Volveremos a hablar de esto esta noche.

—¿No puede al menos intentar averiguar dónde está Kley? —Se atrevió a añadir—: Sé que usted... puede hacerlo.

—¿Tengo que darte a probar mi mano para asegurar tu obediencia? —inquirió con dureza—. No hay necesidad de buscar a tu salvaje. Se rumorea que Hayward compró al indio. Lleva semanas alardeando en Whitehall de que había encargado uno de los nativos de Virginia.

—¿Me deja parlotear cuando sabía desde el principio que Hayward tenía a Kley? Maldito sea por bastardo frío e insensible.

Jennifer no se inmutó cuando la mano de su padre le golpeó la cara.



Kley intentó no buscar a Jennifer cuando lo sacaron del barco inglés y lo metieron en un carruaje. Se había prometido a sí mismo que no lo haría, que se olvidaría de su existencia, pero no pudo cumplir esa promesa. Jennifer era carne de su carne y hueso de sus huesos. La única forma de sacarla de su corazón sería arrancárselo y tirarlo al suelo.

Había tenido muchas semanas para reflexionar sobre su negativa. Después de que ella fuera al lugar donde estaba encadenado, sus captores lo trataron mejor. Le daban agua fresca y comida dos veces al día. Unos hombres con herramientas fueron a construir una plataforma para que pudiera dormir sobre el agua sucia de la sentina. Incluso le dejaron mantas para el frío. La cuestión era si ella había ordenado que lo cuidaran bien por afecto o por culpa. Él quería creer en su inocencia, pero el sentido común le decía que lo había traicionado.

Las cadenas que lo sujetaban lo atormentaban. Ninguna tortura podría haber sido peor para un hombre que solo conocía la libertad de los bosques y el mar abierto. Le dolían los ojos de tanto fijarse y los oídos por esforzarse en escuchar el grito de un halcón cazador.

El fétido olor de la bodega del barco le había provocado náuseas, pero no era nada

comparado con el hedor que le envolvía cuando el carruaje traqueteaba y daba tumbos por las calles de la ciudad. Lo habían atado de pies y manos cuando los marineros lo pusieron boca abajo en el suelo del vehículo, pero se quedó solo y fue fácil acomodarse en un asiento. Así pudo observar el exterior, a pesar de las cortinas cerradas.

Cuando Kley era niño, se había maravillado con las maravillosas historias que su abuela le contaba de Londres: de los lugares de comercio, llamados tiendas, donde se podían comprar todo tipo de artículos; de los nobles ataviados con brillantes trajes que recorrían las calles montados en magníficos caballos; y de las casas tan altas que tapaban el sol. Por supuesto, no creyó sus historias; hasta un niño pequeño sabía que los hombres no podían construir chozas más altas que los árboles.

Cocumtha le contó que Londres era solo una ciudad, que Inglaterra tenía muchas en las que vivían más gente que granos de arena en la playa. Hasta ese día, Kley había creído que exageraba, que estiraba los hechos para crear una buena historia. En ese momento se preguntaba si había dicho la verdad sobre el número real de ingleses. Nunca imaginó que hubiera tantas personas sobre la faz de la tierra.

La abuela nunca había visto la tierra de sus antepasados; todo lo que sabía de Inglaterra era lo que le habían contado sus propios padres. Kley pensó que se había perdido mucho en el relato. No era de extrañar que los ingleses quisieran ir a la tierra de los *Lenni-Lenape*. Aquel lugar era tan asqueroso y abarrotado como un nido de polluelos de buitre.

Desde la ventanilla del carruaje, Kley vio a una mujer sacando agua de una acequia abierta junto a la calle, y a menos de un tiro de flecha de distancia un hombre arrojaba el cadáver de un perro a ese mismo arroyo estancado. Era cierto que algunas personas vestían ropas de tela fina y llevaban armas de acero reluciente en la cintura, pero incluso esos hombres desprendían un olor tan fuerte como el del pescado de una semana.

Con el tiempo, el espacio entre las casas se hizo menor y el camino más accidentado. Desde la ventana de Kley se veían manchas verdes y algún árbol ocasional, y se dio cuenta de que debían de haber llegado al final de la ciudad. Intentó fijar las direcciones en su mente. Debía recordar el camino de regreso a Londres si quería volver a casa.

Supo que no sería fácil. Era un extraño en aquella tierra. Sabía que debía aprender las costumbres inglesas si quería derrotar a sus captores. Debía convertirse en uno de sus enemigos y el pensamiento era amargo, pero no tanto como tener sus huesos yaciendo para siempre en aquella tierra lejana.

«Aprenderé», se prometió, «usaré su propia sabiduría contra ellos».

La noche cayó sobre la campiña inglesa, y el carruaje siguió su camino. Kley se estiró en el asiento de cuero y cerró los ojos. No sabía si podría dormir, pero lo intentaría. Fuera lo que fuera que le esperaba, necesitaba estar fuerte.

De repente, una imagen de Jennifer apareció en su mente.

—Volveré a encontrarte —prometió en voz baja—. Aprenderás el precio de traicionar a un guerrero de los *Lenni-Lenape*.



Jennifer no malgastó lágrimas por la bofetada que le había dado su padre. En lugar de eso, se retiró a sus aposentos y envió a Sally a la cocina a por agua fresca para remojar la mejilla dolorida. Para su sorpresa, no fue Sally quien volvió con la jarra, sino Adele, su doncella irlandesa que no había navegado con ella en el Blue Siren cuando partieron hacia Virginia.

—Le traigo el agua, milady.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió Jennifer de forma exagerada—. Tienes valor suficiente para dar la cara después no querer venir conmigo a las colonias?

La picardía bailó en los ojos oscuros de la joven, que soltó una risita desvergonzada.

—Me alegro muchísimo de verla, se lo aseguro. —Llevó la jarra de plata al otro lado de la habitación y vertió agua en un cuenco de porcelana pintada—. ¿Dónde ha encontrado ese equipaje con huesos de pájaro? Es una muchacha demasiado tímida para abuchear a un ratón. La cocinera la puso a trabajar dándole vueltas al asador.

—Adele. —Jennifer ocultó su alegría al ver que todo seguía igual de amistoso con su doncella—. Te he hecho una pregunta. ¿Por qué estás aquí en Rawlyn House?

Los ojos de la irlandesa se abrieron de par en par con fingida inocencia.

—¿Aquí, milady? ¿Dónde más podría estar? ¿No he estado a su servicio desde que éramos niñas?

—¿Por qué no estabas en el Blue Siren?

—Realmente quería estar allí. —Desvió la mirada y unas ojeras escarlatas tiñeron sus regordetas mejillas mientras se ocupaba del cuenco de agua—. A mi hermana Maureen le dio fiebre tan repentinamente que... tuve que llamar al cura. Le dio la extremaunción, estaba muy mal. Cuando mejoró, ya era demasiado tarde. Fui a los muelles, milady, lo juro por el alma de mi querida madre, pero el Blue Siren ya no estaba.

—Mientes tan bien como siempre, desvergonzada —la acusó—. Tenías miedo de ir a Virginia conmigo. Admítelo.

—Tenía miedo —admitió la muchacha de pelo negro—, y con razón, viendo cómo tantos iban a su perdición a bordo de ese barco maldito, pero nunca la desobedecí. La culpa fue de la fiebre de Maureen. Cuando me di cuenta de que era demasiado tarde, vine directamente aquí a Rawlyn House. La señora Wells dejó ir a esa perezosa de Maggie y me mantuvo en su lugar. Me alegré mucho cuando supe que no se había ahogado en el mar. Necesitará que vuelva a peinarla, ¿verdad, milady? Nadie puede peinarla como yo, ya lo ha dicho muchas veces.

—Maureen está tan sana como un cerdo —replicó ella—. Y tú eres una mentirosa descarada. —Sonrió y extendió los brazos—. Pero me alegro de verte de todos modos, Adele. Te he echado de menos.

Adele se lanzó a los brazos de su señora y la abrazó con fuerza.

—Decían que estaba muerta —lloriqueó—, pero yo encendía una vela por usted todos los sábados y rezaba a Santa Ana para que la trajera sana y salva a casa.

—Si Santa Ana fue quien me salvó, adoptó una forma peculiar. —Jennifer dio un paso atrás y soltó una risita—. Espera a que te cuente lo que me pasó. Te juro que ni siquiera tú has contado una historia tan extravagante.

—Cuéntemelo, milady —instó la doncella—. Hay rumores que vuelan por la planta de servicio que nunca imaginaría. —Ladeó la cabeza—. Esa muchacha, Sally, es lo bastante sensata como para mantener la lengua quieta y no asegura ni niega nada, pero la cocinera no deja de sobornarla con comida.

—Sally es leal. Le prometí que sería entrenada como una buena doncella. Ya que has vuelto, puedes encargarte de ella tú mismo.—

—¿Yo, milady? —Adele hizo una mueca—. Esa perla sin pulir es más adecuada para fregar platos. No tiene aspecto de doncella ni lo tendrá nunca, lo juro —concluyó con una sonrisa.

—No se puede culpar a Sally por su cara, igual que tú no puedes atribuirte el mérito por la tuya. La tratarás bien o te despediré y la pondré en tu lugar —la amenazó—. Ahora, ¿deseas oír hablar de Virginia o no? Si es así, cállate la boca y escúchame.

Las dos charlaron toda la tarde y hasta la noche. Adele chillaba y reía y observaba con ojos brillantes cómo Jennifer le contaba todo lo que le había sucedido desde que se había marchado de Londres, omitiendo únicamente sus sentimientos personales hacia Kley. Al anoecer, Sally subió con una bandeja de comida. Jennifer preguntó si la muchacha había comido y la despidió con unas palabras amables. Cuando se quedaron solas, Jennifer y Adele compartieron la comida como hacían cuando eran niñas.

El gran reloj del rellano acababa de dar las diez cuando una criada fue a llamar a Jennifer para que fuera a la alcoba de su padre.

—Espera aquí hasta que vuelva —le pidió a Adele—. No, mejor ve a buscar a Sally. Anoche durmió en mi habitación exterior. Dios sabe dónde la pondrá la cocinera esta noche. Ponla en el jergón, luego espera para ayudarme a prepararme para dormir.

—Sí, milady. —Adele soltó una apropiada carcajada.

Jennifer asintió con la cabeza. Adele era lo bastante astuta como para saber cuándo y dónde comportarse más como amiga que como sirvienta. Durante unas horas habían escalado los muros que separaban sus posiciones en la vida, pero ese tiempo había pasado. Sin pronunciar palabra y con el corazón palpitante, Jennifer siguió a la criada por un largo tramo de escaleras y por los serpenteantes pasillos hasta las habitaciones de su padre, en la sección Tudor de la casa.

Se detuvieron en el sombrío vestíbulo frente a la habitación de su padre y la sirvienta llamó a la puerta, abriéndole luego la pesada puerta de roble cuando él le dio permiso para entrar.

Jennifer lo saludó formalmente.

—Milord.

—Acércate. —Rawlyn estaba recostado en un diván de nogal cerca de la chimenea, con una copa de vino en la mano.

En aquella ala de la casa siempre hacía frío, a pesar de la época del año, y en el hogar ardía un pequeño fuego.

Ella se dio cuenta de que su padre se había cambiado su elegante atuendo anterior por una cómoda bata vieja y se había quitado la peluca, cubriéndose el pelo corto con un gorro de hombre bordado. Le hizo señas para que se acercara.

—Confío en que su día haya sido satisfactorio, padre.

Él frunció el ceño.

—Te importa un bledo mi día, Jennifer. Has venido a escuchar mi decisión sobre tu petición.

—Así es. —Estaba de pie ante él, con las manos entrelazadas, ocultando su miedo tras una apariencia tranquila.

Rawlyn apuró el último trago de vino y se puso en pie.

—Me reuní con Hayward esta tarde —dijo con severidad—. No encuentro ningún defecto en él. La boda tendrá lugar la víspera de la festividad de San Miguel.

Jennifer palideció y se agarró al brazo del diván para estabilizarse.

—Pero, padre...

—No oiremos hablar más de esta fantasía romántica de hombres salvajes. Te casarás con Hayward y...

—¡No lo haré!

Rawlyn se levantó y se paró frente a ella.

—Te casarás donde se te pida y nunca volverás a mencionar a ese indio.

—¿Me arrastrará atada y amordazada al altar? —gritó ella—. Le digo que no lo haré.

Agarró a Jennifer por los hombros y la sacudió.

—Me obedecerás, muchacha, o haré que descuarticen a tu amante indio y te encierren en Bedlam como a una loca.

Lágrimas ardientes escaldaron sus mejillas mientras se soltaba su peinado y la melena caía sobre sus hombros.

—¿Se desquitaría con Kley por mi rebeldía?

—Perra estúpida —rugió él—. ¿Crees que puedes enfrentarte a mí en esto? —Clavó sus dedos en su carne hasta que ella jadeó de dolor.

Después la apartó de un empujón y ella cayó de espaldas contra el diván.

—Toda mi vida he oído cómo se enorgullece del honor de Rawlyn —acusó ella, recuperando el equilibrio y encarándose a él—. ¿Dónde está ese honor ahora si abusa de un hombre que no ha hecho más que bien a nuestra familia?

Él arrugó el rostro y pareció envejecer de repente.

—Siempre has sido mi favorita, Jennifer. Te mimé en contra del buen consejo de tu madrastra, pero no dejaré que arruines tu vida por un capricho romántico. Te juro que si no cedes, verás los restos de ese salvaje cuando los eche a los perros.

Se dio la vuelta y dejó que el frío de la habitación le calara hasta los huesos. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un susurro tenso.

—Y si me caso con Arthur Lindsey, ¿mandará a Kley a casa, a Virginia?

—¿Te atreves a intentar un chantaje?

—No, padre, no es un chantaje, sino un trato. —«Un trato cerrado en el infierno», pensó mientras se giraba para mirarlo—. Un compromiso, si quiere llamarlo así. Sin duda, el compromiso es un rasgo digno de los Rawlyn.

Sus labios se afinaron.

—Que así sea.

Ella hizo una profunda reverencia.

—Entonces soy una vez más su obediente hija, milord. —«Y una novia», lloró para sus adentros, «cuyo corazón no yace con su prometido, sino en la tumba».

Segunda parte



Capítulo 14

Sotterley, Essex

Diciembre de 1664

Jennifer gimió de placer cuando la mano de Kley le acarició el pecho desnudo y bajo su boca hambrienta para lamerle los pezones hinchados de amor. Los mechones de su pelo negro rozaron su piel y ella se estremeció bajo él mientras la invadían oleadas de intenso deseo. El calor palpitante e incandescente entre sus muslos se convirtió en una agonía de anhelo mientras arqueaba las caderas contra el cuerpo caliente y duro de él.

—Kley —susurró—, ámame. Por favor... por favor, ámame.

Acarició con la boca sus pezones erectos mientras sus fuertes manos se apoderaban de su cuerpo deseoso, atormentándolo, hasta que ella gritó con el dulce dolor del placer.

—*Je-nni-fer* —murmuró con voz ronca—. Mía... mi mujer.

Levantó la cabeza para mirarla a los ojos y sus labios aplastaron los suyos en un beso posesivo.

Ella le rodeó con las piernas y clavó los dedos en sus anchos hombros mientras la recorría un temblor de placer palpitante.

—Te he deseado —gritó suavemente—, por todos los santos, te he deseado aquí, en mi cama.

—¿Por qué dudaste de mí? ¿No prometió este indio que vendría por ti? —Kley le cogió la cara entre las manos—. Tócame —le suplicó. Una mano bajó para cerrarse sobre la de ella y moverla hacia la fuente turgente de su pasión—. Tócame —repitió en un susurro jadeante.

Los dedos de Jennifer se apretaron en torno a su pene inflamado y sintió cómo él se estremecía de placer. Lentamente, empezó a acariciarlo, dejando que su mano subiera y bajara por su sedoso miembro mientras Kley le cubría los pechos y el vientre con besos ardientes.

—*Je-nni-fer* —gimió. Le enredó una mano en el pelo y dejó que la otra bajara por su cadera hasta posarse en el montículo de rizos apretados entre sus piernas.

La intensidad de la sensación la hizo incorporarse en la gran cama con dosel. Jennifer miró confusa a su alrededor. Las sábanas y las almohadas estaban revueltas y la cara somnolienta de Sally aparecía a los pies de la cama.

—¡Milady! ¿Se encuentra bien? —Sally estaba tan desnuda como el día en que nació, y su pelo sobresalía por toda su cabeza como la cabeza de una gallina vieja—. La he oído gritar.

—No, no, no pasa nada —balbuceó ella.

Sin aliento, se recostó contra las almohadas de plumas y trató de conciliar la realidad con el vívido recuerdo de su sueño.

—Tiene fiebre, milady —insistió Sally—. Mírese. ¿Voy a buscar a Adele?

—No —respondió con rapidez—. Vuelve a tu cama. Solo ha sido un mal sueño.

Se pasó los dedos por el pelo húmedo y enmarañado y se subió las mantas hasta el cuello, recordándose que solo había sido una pesadilla.

Empezó a temblar y se preguntó si estaría realmente enferma. Tenía el cuerpo empapado en sudor y el corazón le latía a un ritmo rápido e irregular. Tenía la boca y la garganta secas como la tiza. Se lamió los labios para humedecerlos, se incorporó y buscó la copa de agua que había junto a la cama. Estaba vacía.

—¡Sally! Sally —gritó—. Tráeme algo de beber. Estoy muerta de sed.

La muchacha murmuró somnolienta y Jennifer oyó el crujido de la ropa cuando buscaba a tientas su uniforme.

—No hace falta que bajes. Hay vino en la vitrina.

Sally llevó el recipiente de plata, llenó su copa hasta el borde y derramó un poco. Jennifer se inclinó sobre el borde de la cama y bebió un sorbo, sin querer manchar las sábanas de seda rosa. Hizo un gesto a la joven para que se marchara y se recostó con la copa en la cama.

Tras varios sorbos del vino sin aguar, el cerebro de Jennifer empezó a aclararse. Era el mismo sueño, la fantasía que había experimentado una y otra vez en los meses transcurridos desde su matrimonio con Arthur.

Sabía que era una tonta por pensar aquellas cosas. Kley ya había regresado a Virginia y se había olvidado de ella, que debía hacer lo mismo de él.

Suspiró y bebió otro trago del fuerte vino holandés. ¿Por qué no podía olvidarlo? ¿Por qué se atormentaba noche tras noche con aquellos deseos pecaminosos?

Sonrió irónicamente en la oscuridad.

—Si supiera que...

—¿Milady? —gritó Sally—. ¿Me ha llamado?

—No. Duérmete. —Se acercó al extremo de la cama y descorrió las pesadas cortinas—. Deseo estar sola. Llévate tu camastro al vestidor y duerme allí.

Sally se frotó los ojos con los puños.

—Pero milady, milord me ordenó...

—Que duermas a los pies de mi cama como un perro —remató ella—. Como si pudiera impedirme que le fuera infiel si quisiera hacerlo de otro modo. —Hizo un sonido de burla—. No importa, no es culpa tuya. Al menos arrastra tu cama cerca del fuego. Necesito algo de espacio, no puedo quejarme entre sueños sin que estés ahí para oírlo y repetírselo a Hayward.

Sally empezó a resoplar mientras arrastraba su jergón hacia el fuego.

—No quise meterla en problemas, milady, lo juro. Milord solo me preguntó si íbamos al servicio religioso temprano y yo...

Jennifer suspiró impaciente.

—No, no es nada, Sally. No estoy enfadada contigo. No tenías forma de saber que le había mentido. Debes obedecer a lord Hayward, por supuesto. Ve a dormir, niña. —Cerró las cortinas y se recostó contra las almohadas amontonadas—. Nada de esto es culpa tuya —terminó con suavidad.

Dos meses y medio de casada, pensó, y todavía no habían consumado el matrimonio. No era de extrañar que a Arthur le corroyeran los celos.

Hayward y ella se habían casado con toda pompa y esplendor la última víspera de San Miguel. A la sencilla ceremonia matrimonial siguió una gran cena en Rawlyn House. Tanto el hermano del rey, el duque de York, como lady Castlemaine bailaron en su boda, y los festejos se prolongaron hasta el amanecer del día siguiente.

Según la costumbre, Arthur y ella se habían desnudado y acostado juntos poco después de medianoche. Ella estuvo dispuesta, si no entusiasmada, a completar aquella parte esencial del ritual, pero Hayward tenía otras ideas. En cuanto se cerraron las puertas de la habitación, se levantó y se puso una bata. Ignorándola, el novio pasó la mayor parte de una hora bebiendo junto a la chimenea. Luego sacó del bolsillo una pequeña petaca dorada, echó hacia atrás las sábanas y salpicó abundantemente de sangre los muslos desnudos de ella y la ropa blanca.

—No digas nada de esto, si quieres vivir para disfrutar de lo que te ha traído este matrimonio —gruñó. Luego, sin decir una palabra más, Arthur llamó a su criado, se vistió y volvió a la celebración.

Al cabo de un rato, ella siguió su ejemplo. Bailaron, rieron y se sonrojaron en respuesta a la burla general. Más tarde, se unieron a los invitados de honor en un elaborado desayuno. Cuando terminaron los festejos, ella se fue a sus aposentos y durmió sola. Al mediodía, el ayuda de cámara de Hayward, Jim, dijo a las criadas que se prepararan para partir hacia su casa de campo en Essex.

Jennifer reprimió el impulso de arrojar la costosa copa de plata contra la pared. Se mordió el labio inferior, la dejó sobre la mesa y se cubrió la cara con las manos.

Día tras día, su frustración iba en aumento. ¿Cómo iba a aceptar el papel de esposa y señora de las propiedades de Hayward? ¿Cómo iba a darle un heredero si él no permanecía a su lado el tiempo suficiente para mantener una conversación decente, por no hablar de cumplir con los deberes de un hombre?

El personal de Sotterley era intachable; un mayordomo competente, Hugh Cardiff, se ocupaba de todo lo que ocurría fuera de la casa, y su esposa actuaba como ama de llaves en el interior. La señora Cardiff instruía a las criadas, aparte de las doncellas personales de Jennifer, y supervisaba la cocina. La mujer llevaba el gran llavero en un cinturón, las llaves que abrían las puertas, los cofres de especias y la hucha. Pagaba a los criados el primer día de cada mes y contrataba y despedía al personal.

Jennifer pensaba que solo era una marioneta vestida elegantemente que esperaba en una vitrina a algún niño mimado fuera a jugar con ella.

Vio a Arthur cuatro veces desde que se casaron en septiembre, cuando él iba al campo a cazar. Compartieron tres comidas, incluido su desayuno de bodas, y él no le dirigió más que unas docenas de palabras.

—Al menos déjame bajar a Londres contigo —le sugirió la última vez que estuvo en Sotterley. El otoño era una época muy animada en la corte; había mascaradas y bailes, carreras de caballos y obras de teatro. En Londres, podía esperar que la invitaran a fiestas privadas y cenas elegantes con todo tipo de juegos y entretenimientos. Su hermana Ana y su familia residían allí, al igual que muchos amigos de Jennifer—. Si no salgo de aquí, moriré de aburrimiento, milord.

—Creo que no —respondió él con frialdad—. ¿No estamos, después de todo, de luna de miel?

—No estoy acostumbrada a la inactividad. Necesito hacer algo más que probarme los vestidos nuevos que tan amablemente me has proporcionado. Por lo menos, dile al ama de llaves que me deje encargarme de la administración de Sotterley. Te aseguro que sé llevar esos asuntos.

—Con tu reputación, lo mejor que puedes hacer es rezar y no buscar frívolos placeres.

Ella se enfadó tanto que deseó abofetearlo, pero sabía que solo conseguiría distanciarlo más. En lugar de eso, hizo una reverencia como una esposa obediente y se retiró a sus aposentos. Cuando bajó a la mañana siguiente, se enteró de que él había regresado a Londres.

Antes de partir, sometió a sus criadas al interrogatorio habitual. En cada visita, Arthur se esforzaba en preguntar a todas las sirvientas sobre su rutina diaria. Su resentimiento por aquella tiranía la había llevado a engañarlo sobre su asistencia a los servicios religiosos. Sin embargo, al pillarla en una tontería de mentira, no sabía si estaba más enfadada con su marido o consigo misma por rebajarse a un comportamiento tan infantil.

Jennifer colocó varias almohadas detrás de la espalda y dobló las piernas. El orgullo no le permitía derramar lágrimas de autocompasión. Tragó el duro nudo que tenía en la garganta, miró fijamente las brasas encendidas de la chimenea y trató de razonar qué había ido mal en su matrimonio. Aparte de aquel último intercambio de palabras acaloradas, sabía que no le había dado a Arthur ningún motivo para estar descontento con ella.

Si le repugnaba su experiencia en las colonias, ¿por qué siguió adelante con el matrimonio?

Arthur Lindsey no parecía un hombre rencoroso ni vengativo. Su cara redonda y pecosa, su sonrisa fácil y su pelo rubio como la mantequilla le daban un aspecto casi infantil. Sus ojos eran de un azul claro y agradable, y su voz varonil, pero no áspera. Una nariz fina y aristocrática y una boca llena y sensual contribuían a su encanto.

Jennifer frunció la boca. Si no conociera la reputación de su esposo, podría sospechar que era alguien que prefería su propio sexo a las mujeres, pero él había tenido tantas amantes como cualquier otro joven de su posición. Adele le había señalado varios bastardos suyos entre los rebaños de hijos de criados que corrían dentro y fuera del patio. No, su marido no era un amante de los hombres. ¿Cuál podía ser entonces su problema?

Había conocido a Hayward de niña y no le había caído muy bien. Pero entonces, ella también era una mocosa. Discutió con él y, si no recordaba mal, le había golpeado en la cara. Ella solo tenía nueve años; seguramente, él no podía guardarle rencor durante tantos años por un asunto tan insignificante. Los detalles del incidente eran confusos: algo sobre un gatito. Arthur se había burlado de otra niña y Jennifer acudió en su ayuda en un torbellino de fervor justiciero.

Jennifer intentó recordar cualquier cosa que hubiera oído o visto sobre el comportamiento

de Arthur que pudiera explicar su actitud hacia ella. Según recordaba, había sido un chico perezoso, más que malicioso. Era bueno en los estudios y un jinete excepcional. De joven había adquirido fama de jugador desafortunado y bebedor empedernido, pero eso no era nada inusual entre los nobles, especialmente entre los segundos hijos. Arthur no había caído en desgracia, que ella supiera, ni había cometido ningún crimen.

Por lo que sabía, las relaciones entre los Rawlyn y los Lindsey eran buenas; el padre de Arthur y el suyo habían sido amigos en Francia. Y, aunque estaba resentida con su padre por insistir en aquel matrimonio contra su voluntad, estaba segura de que él nunca la habría entregado a sabiendas a un monstruo. Por más que lo intentaba, no encontraba una respuesta al enigma.

Por la mañana, Jennifer decidió que ya había razonado lo suficiente; era hora de tomar medidas drásticas. Independientemente de lo que Arthur dijera, ella regresaría a Londres.

—Iré a cazar después del desayuno —informó a las criadas mientras le ponían su traje de montar de lana azul—. Mary, ve tú a buscar al halconero y dile que quiero uno pequeño. — Cuando la muchacha se hubo ido, Jennifer le hizo señas a Sally—. ¿Montas a caballo? —le preguntó en voz baja.

—¿Un caballo?

Adele soltó una risita y Jennifer la fulminó con la mirada.

—Sally, ¿has montado alguna vez detrás de un hombre?

Sally abrió mucho los ojos.

—No, milady. Nunca lo he hecho.

—Entonces, vendrá Adele y te quedarás aquí hoy. Que la señora Cardiff te instruya en tus deberes. —Palmeó el brazo de la muchacha—. Estás a mi servicio, Sally. No debes tener miedo. Cuidaré de ti, pase lo que pase.

Sally asintió.

—Sí, milady, pero ¿qué debo hacer?

—Baja y pídele a uno de los cocineros pan y queso, carne fría y vino. Que prepare una cesta para llevarnos. Si el día se da bien, me quedaré fuera hasta la tarde. Puedes retirarte. — Hizo un gesto hacia la puerta.

Sally se apresuró a obedecer y Jennifer se volvió hacia Adele.

—Abrígate bien y lleva una muda. Mete el fardo bajo la capa. Hoy cabalgaremos rápido y lejos.

Sus miradas se cruzaron significativamente.

—Llevaré su cofre, también —sugirió la irlandesa—. Por si el juego se vuelve peligroso.

—Como quieras, pero llévate el contenido y deja el cofre. Ninguna criada informará de la pérdida hasta que estemos a salvo.

—Déjemelo a mí, milady —advirtió Adele—. Mi querida madre siempre decía que tenía una mano rápida.

Aquella misma mañana, Jennifer cabalgó por los campos helados de Sotterley con un

séquito de dos mozos de cuadra, cuatro hombres de armas, tres guardabosques, el halconero jefe y su doncella, Adele. Al principio, el mozo de cuadra se mostró reacio a ensillar los caballos que Jennifer había elegido, pero ella insistió.

—Yo montaré el gris. Ensilla ese ruano para mi doncella.

Necesitaba buenos caballos. Eran dieciocho horas de duro cabalgar hasta Londres si los caminos eran transitables.

El hombre había dudado, el miedo se reflejó claramente en su curtido rostro.

—Los caballos son briosos, milady. Si os hicieran daño...

—¿Alguno de los animales es fiero?

—No, milady, pero...

Ella lo despidió con un gesto altivo de la mano.

—Entonces, que los ensillen. El halcón se inquieta.

Los caballos de las damas en Sotterley eran bien criados y de carácter dulce. Era una delicia montar un caballo así en un paseo tranquilo, pero para la excursión que Jennifer tenía en mente, un manso palafrén no serviría. Todas las mujeres Rawlyn eran expertas Amazonas, y la robusta Adele cabalgaba como un cosaco. Jennifer lamentaba tener que dejar atrás a Sally, pero podría enviar a buscarla más tarde si fuera necesario. Por el momento, ella se preparaba para cabalgar duro y rápido y no dejar que nadie se interpusiera en su camino.

Sotterley se encontraba al norte y al este de Londres, no lejos de la carretera que llevaba de Colchester a la capital. Essex estaba muy arbolado y salpicado de ríos y pantanos; las viejas calzadas romanas apenas habían sido reparadas desde su construcción y se encontraban en mal estado. Aun así, una ola de frío inusual había congelado el suelo, y Jennifer sabía que el camino empeoraría, no que mejoraría, antes de la primavera. Si tenía intención de actuar, aquella era su mejor oportunidad.

Jennifer ordenó a su cazador que condujera al grupo alrededor de un campo de trigo de invierno. Luego hicieron trotar a sus caballos a través de un bosque de robles centenarios y atravesaron un prado bajo junto al río. Allí indicó al halconero que colocara al halcón en su guantelete de cuero. Los demás hombres se retiraron a cierta distancia, permitiendo al cazador buscar presas para el deporte de la dama.

Hablando en voz baja al halcón para calmarlo, Jennifer le quitó la capucha y lo lanzó hacia el cielo cuando uno de los cazadores sacó del agua a un par de patos. Como una bala disparada por una escopeta, el ave se elevó y se lanzó hacia la presa.

Jennifer hizo una señal a Adele, y ambas salieron a galope hacia el estrecho puente que cruzaba el río. Su caballo atronó con los cascos sobre la madera cuando los primeros hombres armados echaron a correr tras ellas. La montura de Adele iba medio cuerpo por detrás, y las dos se dirigieron hacia una orilla y después por el sendero del otro lado.

Durante casi un kilómetro y medio, Jennifer condujo el castrado gris a una velocidad vertiginosa por el sinuoso camino. En una ocasión, redujo la velocidad del animal lo suficiente para que el ruano de Adele pudiera alcanzarla. Las mejillas de la irlandesa estaban enrojecidas por el frío y sus ojos brillaban de emoción mientras se inclinaba sobre el cuello de montura.

—¿Estás bien? —gritó Jennifer.

—¡Sí, pero están justo detrás de nosotras!

Ella se echó a reír y volvió a tocar el cuello del gris con la fusta. El brioso animal aceleró el paso. Había elegido deliberadamente a los que consideraba los mejores animales del establo, y Adele y ella eran cargas más ligeras que los hombres. No esperaba adelantarse a los hombres de armas indefinidamente, solo lo suficiente para darles una alegre persecución.

Justo delante, el camino se dividía. Un tramo seguía el borde de un bosque; el izquierdo desaparecía entre los árboles. Jennifer eligió el camino abierto. No habían avanzado más de unos cientos de metros, y aquel sendero también se adentraba en el bosque. Las mujeres pusieron a los animales al galope y agacharon la cabeza para evitar las ramas bajas.

El camino serpenteaba por el bosque. Una vez cruzaron un claro donde un hombre de rostro sucio se detuvo, hacha en mano, para verlas pasar. Entonces, cuando los árboles se hicieron más finos, Adele gritó de repente. Delante, bloqueando el camino, había dos cazadores a caballo de Hayward.

Jennifer tiró con fuerza de las riendas e intentó rodearlos. Uno de ellos se arrojó de la silla y agarró la brida del caballo gris.

—¡Alto! —gritó el hombre—. ¡Por todos los Santos, milady! ¿Se ha vuelto loca?

Jennifer golpeó al cazador con su látigo.

—¡Suelta mi caballo! —Sobresaltado, el hombre soltó la brida y retrocedió, con los ojos dilatados por el miedo y la ira—. No te atrevas a ponerme una mano encima.

—Milady... —Él miró a su compañero en busca de apoyo, pero este se encogió de hombros, igual de angustiado.

—¡Sí! —gritó Jennifer—. Soy la esposa de Hayward. Su esposa, no su amante ni su sirvienta. Voy a Londres. ¿Me acompañas o me detendrás por la fuerza?

—No tenemos órdenes... —comenzó el hombre que sujetaba el caballo de Adele.

—Yo os he dado la orden —espetó ella—. Montad en vuestros caballos y venid, o quedaos aquí como perros cobardes y asumid toda la responsabilidad si nos pasa algo por el camino.

—¡Pero milady! —protestó el hombre a la cabeza de su caballo—. No puede ir a Londres sin escolta. Los bosques están llenos de salteadores de caminos. La semana pasada robaron y asesinaron a dos viajeros cerca de Brayntre.

—Entonces creo que te conviene acompañarnos.

—Lord Hayward se enfadará. Él...

—¿Le dijo que yo estaba prisionera?

El hombre se puso colorado.

—No, milady, por supuesto que no, pero...

—Mi padre es el conde de Rawlyn y viajamos a su casa en Londres. Si un pelo de mi cabeza resulta dañado de aquí a que lleguemos, responderás no solo ante lord Hayward, sino también ante la ira de Rawlyn. —Jennifer se giró en la silla de montar e hizo un gesto a Adele—. Vamos, muchacha. El día de invierno es corto y tenemos que cabalgar lejos.

Dio un chasquido a las riendas y el caballo se adelantó.

Adele siguió a su ama, y los dos cazadores se subieron a sus monturas y partieron a regañadientes tras las mujeres.

—Lord Hayward se enfadará mucho si va usted a Londres sin su permiso —le advirtió Adele, guiando su caballo cerca del de Jennifer.

—Estoy segura, pero milord todavía tiene que aprender que una mujer Rawlyn no es un felpudo.

La doncella negó con la cabeza.

—Puede que os pegue, milady.

Ella entornó los ojos y condujo su montura por una subida hacia el camino de Londres.

—Mi marido puede intentarlo.

Tres horas más tarde, varios hombres con armas y un mozo de cuadra alcanzaron a Jennifer y a su grupo en el camino de Colchester. Bastaron unas cuantas amenazas y unas cuantas lágrimas forzadas por parte de Jennifer para convencer a los recién llegados de que la acompañaran a la casa de su padre en Londres.

Capítulo 15

Rawlyn House,

Londres

Jennifer se levantó en la bañera y dejó que una criada la cubriera con una toalla. Permaneció plácidamente de pie mientras una mujer le secaba el pelo y otra le frotaba el cuerpo enérgicamente con paños suaves y perfumados. Adele dejó caer una muda sobre la cabeza de su ama y llamó a los sirvientes que estaban en la puerta para que se llevaran la tina de cobre.

Ella tomó asiento ante el fuego y alguien le puso unas zapatillas de seda en los pies. Cerró los ojos mientras continuaba el tedioso proceso de vestirse.

Naturalmente, su padre se escandalizó cuando la vio entrar en Rawlyn House, seis días atrás, con un variopinto sequito de guardabosques, hombres armados y una sola doncella.

—No es que no me alegre de verte, querida —admitió cuando terminó de reprenderla—, pero tu marido necesita darte una buena tunda. —Se echó a reír—. Desde que te casaste, esa tarea, al menos, no está en mis manos.

Ella mintió y le dijo que el aburrimiento la había llevado a la ciudad.

—Me moriré si me pierdo otra temporada de obras y bailes —explicó, sonrojándose. Añadió que había ido a Rawlyn House, en lugar de a la casa de su marido en Londres, porque no sabía si estaría en condiciones para recibirla.

—Una sabia decisión, querida —convino su padre. Prefirió no comentar que, si Hayward tenía una amante, la mujer podría residir allí, lo que causaría una situación embarazosa para todos—. Debes avisar a tu marido de que estás aquí.

—Pienso exactamente lo mismo —respondió ella.

Un lacayo envió un mensaje a casa de Hayward, pero todavía no había respuesta.

Agotada, Jennifer se fue a la cama y durmió todo el día. Desde entonces, se dedicó a las actividades habituales de las mujeres sofisticadas de su clase; visitar a sus amigas y a sus parientes y renovar su vestuario.

Su preocupación por la reacción de su marido ante su marcha de Sotterley era real, pero no permitió que le arruinara el placer de volver a estar en Londres. Rawlyn y su madrastra, Sibyl, rara vez estaban en casa, pero su hermana Ann vivía a solo unas manzanas de distancia. Ann era la marquesa de Dawes y estaba a punto de dar a luz. Se mostró encantada de que Jennifer fuera a verla y apartó su habitual mal humor para ser una buena compañía.

—¡Ay! —Jennifer salió bruscamente de sus cavilaciones al sentir el calor del rizador en el

cuello.

Adele abofeteó a la criada.

—¡Fíjate bien en lo que haces! Vas a dejar una marca en la belleza de milady. Dame eso —le arrebató la herramienta.

La muchacha comenzó a llorar y se puso a limpiar las manchas de agua del suelo.

—No hace falta que chilles le advirtió Jennifer—. No estoy herida. Solo me ha asustado.

Con cuidado de no despeinar los tirabuzones a los lados de su cara, Adele echó suavemente hacia atrás el pelo sobre la coronilla de su ama y empezó a acomodarlo en un moño. La mujer que había secado el pelo de Jennifer llevó varios vestidos para que eligiera uno para la mañana. Una segunda muchacha le ofreció zapatos a juego.

Ella frunció el ceño y los rechazó. Su guardarropa era tan amplio que no había podido llevarse ni la mitad de sus galas en el barco que la llevaría a Virginia. Había mandado coser vestidos nuevos desde que volvió, pero ya no le interesaban tanto como antes.

—Llevaré el azul hielo con cuello de encaje —dijo de forma distraída—. No tengo nada especial planeado para...

Alguien llamó a la puerta y Adele hizo una señal a Mary para que abriera. La joven consultó con un lacayo vestido de etiqueta y luego se apresuró a volver al interior.

—Milady, lord Hayward insiste en verla de inmediato.

Jennifer se llevó las manos al pelo.

—¿Has terminado con esto? —preguntó a Adele—. Bien. Baja y dile a milord que lo recibiré enseguida. —Hizo un gesto a la criada más cercana—. ¿Y bien? Mi vestido, rápido.

Se oyó un grito ahogado de la sirvienta detrás de ella y miró hacia la puerta. Su marido, Arthur Lindsey, la miraba fijamente.

Jennifer disimuló su sorpresa con un saludo formal.

—Milord. —Mary colocó una bata sobre la delgada camisa color marfil de Jennifer, que se levantó para ofrecer la mano a su marido.

Arthur frunció el ceño.

—Fuera. Todas fuera —ordenó—. Deseo hablar con lady Hayward a solas.

Las criadas echaron a correr como una bandada de gorrones asustados.

Jennifer retiró la mano y lo miró con frialdad. Estaba asustada de lo que pudiera hacerle, pero no permitiría que se le notara.

—Confío en que no estés disgustado conmigo, Arthur.

—¿Disgustado? ¿Disgustado? —Su rostro adquirió un tono enrojecido—. Estoy furioso. Me has convertido en el hazmerreír de...

—Al contrario, milord —replicó ella con ánimo—. He sido el alma de la corrección. Vine directamente a casa de mi padre y he estado rodeada de criados, debo añadir que algunos de los suyos, desde que salí de Sotterley.

—Sabías que quería que te quedaras en el campo —acusó acaloradamente—. Coger un

caballo y cabalgar por Essex como una... una vagabunda... —Se interrumpió e hizo un sonido de burla—. Es de lo más impropio.

Ella se encogió de hombros con delicadeza y extendió las manos con las palmas hacia arriba.

—Estaba aburrida, nada más. No pretendía faltarte al respeto —mintió descaradamente. No quería admitir que se sentía prisionera en Sotterley, ni que consideraba que su comportamiento desde su boda rayaba en la demencia—. En cuanto a montar a caballo, a menudo he cabalgado de Longview a Londres con mi padre y eso requiere varias noches en el camino.

—Lo que hiciste cuando estabas al cuidado de lord Rawlyn no tiene nada que ver con esto. —Arthur apretó los labios—. No permitiré que mi honor sea mancillado por tu comportamiento.

Ella se puso rígida.

—Lo que daña a tu honor, milord, daña al mío. —Sus ojos brillaron—. No has oído chismes sobre nuestra vida íntima, ¿verdad? Te aseguro que nunca he deseado avergonzarte ni poner nuestro matrimonio en ridículo.

Arthur cogió las manos entre las suyas.

—No hemos empezado bien, ¿verdad?

La mirada de Jennifer vaciló y ella se ruborizó, retirándose de su frío agarre.

—Creo que no y confieso que estoy muy perturbada por...

Él se inclinó hacia delante y besó su mejilla.

—Parece que lo que hay que hacer es empezar de nuevo. —Me disculpo por mi maleducado comportamiento en nuestra noche de bodas —indicó Arthur—. Yo estaba...

—Los dos estábamos inquietos —lo tranquilizó—. ¿Quieres sentarte a tomar un té conmigo, querido?

—Está bien —aceptó él y Jennifer disimuló su nerviosismo tirando de la cuerda de la campana para llamar a sus doncellas.

Su esposo iba vestido a la moda, con su larga peluca negra rizada y su sombrero de terciopelo de copa baja. El abrigo verde bosque le sentaba muy bien y su esbelta figura lucía a la perfección las elegantes prendas. Arthur era un hombre atractivo y, tal vez, su matrimonio tenía arreglo.

Se le aceleró el pulso de excitación mientras se volvía hacia él con una leve sonrisa.

—No hay nada que desee más que ser tu amiga —indicó con suavidad—. Si te he hecho creer lo contrario, lo siento de veras.

Él se recostó en un sillón tapizado, dejó a un lado su bastón de marfil y adoptó una pose cortesana.

—Me alegro de que haya paz entre nosotros, querida. En realidad, ya que estás aquí en Londres, puedes quedarte unas semanas. Probablemente te convenga más quedarte en Rawlyn House. Mi casa está hecha un desastre. Estoy redecorando completamente el piso de abajo. ¿Será una imposición para lady Rawlyn tenerte como invitada?

Jennifer negó con la cabeza.

—En absoluto. Rara vez veo a mi madrastra.

—¿Pero tu padre está aquí? —Su tono era cortésmente inquisitivo.

—Sí, por supuesto. Y mi hermano James vive aquí con su esposa, Margaret. Ahora están fuera, pero esperamos que vuelvan en unos días. —Se sentó cerca—. No debes temer por mi reputación.

Las criadas reaparecieron y Jennifer dio instrucciones para las infusiones. Mary fue a buscarlas, y Adele y las demás empezaron a preparar una mesita y a recoger la ropa de Jennifer.

—Solo pienso en ti, querida —dijo Arthur—. Hay tantas mujeres lascivas en la corte. Las habladurías corren desenfrenadas y no permitiré que mi esposa sea objeto de ataques malintencionados. —Se echó a reír con suavidad—. En realidad, tu viaje a Londres les hizo volver sobre sus pasos. La historia era tan absurda que algunos se resistían a creerla. —Apoyó la mano en la vaina dorada de su espada—. Dickon, uno de los mozos de cuadra, vino corriendo cuando bajé del carruaje y me suplicó que no impusiera un castigo terrible a su familia ni a él. Me temo que los criados de Sotterley nunca volverán a ser los mismos.

—Sabía que no los culparías por mi imprudente comportamiento —dijo Jennifer con calma—. Eres demasiado sabio para descargar tu ira en los criados. —Interiormente, se sintió complacida.

Su marido se parecía mucho a su propio padre. Unas palabras melosas servían para manejarlo y un matrimonio así no sería lo peor que le podría pasar a una mujer, aunque nunca sintiera amor por él.

Arthur volvió a reír.

—Maldita sea, Jennifer, no sabía que fueras tan ingeniosa.

—¿O una lengua afilada?

Su ceño se frunció.

—Me temo que ambos somos propensos a hablar antes de pensar. —Apretó los labios y se mostró indulgente—. Debes venir a Whitehall conmigo el próximo jueves. Tendré una deliciosa sorpresa para ti y para toda la corte. Su majestad dará una cena íntima, no se invitará a más de setenta personas, pero naturalmente mi esposa será bienvenida.

—¿Whitehall? No puedo ir contigo, Arthur. ¿Qué me pondría? —Extendió las manos—. Naturalmente, mi guardarropa aquí en Rawlyn House está lleno, pero no hay nada adecuado para cenar con sus majestades.

—Creo que puedes dejar ese asunto en mis manos. El vestido de lady Castlemaine está terminado desde hace días, y ha contratado a una maravillosa costurera. Haré que la avisen esta tarde. Ya verás... Te imagino con un fantástico vestido de seda, con un corpiño de perlas... Mangas abullonadas y un escote bajo y muy elegante. No queremos mostrar demasiado tus magníficos pechos —advirtió con una sonrisa—. Si le pedimos prestada la costurera a lady Castlemaine, tendremos que dejar que Bárbara te eclipse un poco, pero estarás deslumbrante. Mi chaleco y mis calzones son de color morado y rematados con perlas. Haremos buena pareja e iremos conjuntados. También necesitarás brocado dorado.

—¡Qué maravilla! —Jennifer bajó las pestañas con modestia y dio la impresión de que le prestaba toda su atención mientras él parloteaba. Se le ocurrió pensar que había acusado a Kley

de ser vanidoso con su apariencia. El comentario parecía una tontería a la luz del atuendo de pavo real de Arthur y su evidente preocupación por los detalles de la alta costura. Estaba mal culpar a su esposo por ser exactamente lo que se suponía que era «un caballero de la corte», pero no podía evitar compararlo con Kley.

¿Por qué se torturaba pensando en Kley? Tenía otra vida y aquel era el hombre con el que iba a compartirla hasta que la muerte los separara. Debía sacar lo mejor de la situación.

Arthur continuaba hablando:

—Y las perlas Hayward, me encargaré de que estén aquí con tiempo suficiente. Enviaré mi carruaje a buscarte y, tal vez, sí... Haré que lord y lady Maxwell te acompañen hasta allí. No te importa si nos encontramos en Whitehall el jueves por la noche, ¿verdad, querida? La sorpresa que quiero dar, ya sabes... —Sonrió—. Deseo hacer una entrada triunfal.

—Por supuesto que no me importa —respondió ella obedientemente—. Lady Maxwell era una vieja amiga de mi madre.

—Excelente. No recuerdo la hora. Mi ayuda de cámara te lo dirá cuando traiga las perlas. —Hizo una pausa y sonrió—. Tal vez haya sido buena idea que hayas venido de Sotterley. Eres realmente preciosa, Jennifer.

—Gracias, milord. —A Jennifer le resultaba cada vez más difícil mantener la compostura.

No sabía por qué de repente se había vuelto más amable. Era como si fuera un hombre distinto del Arthur Lindsey con el que se había casado. Estaba desconcertada y profundamente preocupada. ¿Quién no había oído hablar de hombres y mujeres que en un momento eran normales y al siguiente sufrían ataques de locura? ¿Era posible que fuera la esposa de un lunático?

Miró hacia la puerta.

—Manda a tu doncella a ver qué le ha pasado a nuestro té, y diles que traigan también una jarra de cerveza. Estoy muerto de sed.

—Como desees. —Hizo un gesto a Adele, y luego le prestó a Arthur toda su atención, mientras le contaba una divertida historia sobre el duque de York y su última amante.



El espléndido salón de banquetes del palacio de Whitehall resplandecía a la luz de miles de velas. Lores y damas, ataviados con sedas y satenes y joyas de incalculable valor, entraban y salían en ruidosos grupos. Como raras aves exóticas, se balanceaban y charlaban, riendo y susurrándose unos a otros, compartiendo todo tipo de chismes escandalosos y sutiles insinuaciones.

Arthur había congregado setenta invitados en la íntima reunión del rey Carlos, y había más sirvientes y músicos de los que Jennifer se atrevía a contar. Entre las conversaciones y la música, el ruido era casi abrumador.

Aceptó la escolta de lord y lady Maxwell y viajaron a Whitehall por río en lugar de en carruaje.

—Londres es demasiado peligroso de noche —insistió lord Maxwell—. Hay rufianes y sinvergüenzas. Los árboles colgantes de Tyburn dan grandes sombras, pero apenas tienen efecto sobre el crimen.

El viaje en barco no estuvo exento de peligros. La marea era rápida en el Támesis, y el difícil trayecto bajo el puente de Londres nunca dejaba de hacer que el corazón de Jennifer palpitara de emoción. Aquella noche, una espesa niebla negra y asfixiante, alimentada por miles de chimeneas humeantes, se había cernido sobre la ciudad. A pesar de que el barco tenía capota, las damas se habían visto obligadas a cubrirse la cara y el pelo para no ensuciarse antes de llegar a palacio.

Cuando desembarcaron a salvo en las escaleras de Whitehall, Jennifer se sorprendió al ver que lady Maxwell llevaba el rostro empolvado y los labios y ojos pintados. También llevaba un vestido de damasco bermellón que dejaba ver mucho más de su persona de lo que a Jennifer le parecía apropiado para una dama de edad avanzada y semblante sencillo.

No obstante, lady Maxwell era una de las favoritas de la reina Catalina, y Jennifer y ella no tardaron en ser presentadas formalmente a los reyes. Su majestad tuvo la amabilidad de preguntar por la salud de Jennifer y por el clima del Nuevo Mundo. El rey solo murmuró unas palabras amables, pero la expresión de sus ojos hizo saber a Jennifer que las horas pasadas en las pruebas de su vestido de seda drapeada habían sido bien empleadas.

Abandonada a su suerte, no tardó en verse rodeada de jóvenes cortesanos de voz suave y deslumbrante que le hacían cumplidos extravagantemente falsos. Aunque se reía y respondía con educación, se sorprendió al descubrir que la pompa de la opulenta corte de los Estuardo ya no le fascinaba tanto como antes de partir hacia Virginia. Los brillantes caballeros, con sus espadas doradas, sus rizos postizos y sus zapatos de tacón alto con lazos le parecían extrañamente afeminados y se encontró dando respuestas ácidas a sus insinuaciones.

Al rey no le gustaban las cenas sentados. En lugar de ser servidos de la manera habitual, los invitados deambulaban y seleccionaban bocados de las pequeñas mesas doradas dispuestas a intervalos alrededor de la magnífica sala de banquetes. Prevenida, Jennifer había comido antes de salir de Rawlyn House. No tenía intención de derramar una salsa de ave por la parte delantera de su vestido nuevo. Le bastaba con parecer que probaba las docenas de carnes muy condimentadas y los delicados pasteles sin mancharse los dedos ni los labios.

Todas las miradas estaban puestas aquella noche en la antigua amante del rey, lady Castlemaine. Se rumoreaba que se había peleado de forma trágica con él, que bailó dos piezas con la reina y otra con la bella Louise de Keroualle.

—Ella es seguramente la causa del despecho de Bárbara —susurró lord Darcey al oído de Jennifer—. Por mucho que se pinte la cara lady Castlemaine, se nota que ya va cumpliendo años.

Ella dio una respuesta indiferente. Bárbara había entrado y salido del favor del rey Carlos tantas veces que una persona sensata no se complacía en su adversa fortuna. lady Castlemaine nunca perdonaba a un enemigo y tenía buena memoria.

Aburrida por los cotilleos de la corte, Jennifer echó un vistazo a la habitación en busca de su marido. Arthur había prometido reunirse con ella y hasta el momento no había visto ni oído nada de él ni de su prometida sorpresa.

Su padre la miró y sonrió. Ella asintió y él reanudó su conversación con el mayordomo de

la casa, James Butler. Rawlyn había llegado directamente a palacio de una cita anterior y por eso ella había ido con lord y lady Maxwell. Le hizo una seña y ella se excusó ante lord Darcey y se dirigió a reunirse con él al otro lado de la abarrotada sala.

Hubo un movimiento cerca de la puerta que daba a la galería privada, y Jennifer se giró, para ver a su marido entrar en la estancia. Alcanzó a ver a dos lacayos de librea detrás de Arthur, antes de que la atónita multitud se aglomerara a su alrededor.

—¿Qué ocurre? —pregunto una mujer cerca de ella.

Lady Godwin-Wills se puso de puntillas y estiró el cuello para ver.

—Alguien ha dicho que Hayward tiene un isleño.

La voz de un anciano retumbó por encima del clamor.

—¡Por todos los Santos! Está desnudo como su madre lo trajo al mundo.

Lady Dixon dio un aullido de sobresalto y se adelantó, pisando los pies de su compañera. Una dama de compañía se desmayó y Jennifer fue empujada a un lado por lady Castlemaine. Atrapada por las prisas de los curiosos, Jennifer fue conducida hacia la puerta. Entonces su padre apareció a su lado y la cogió firmemente del brazo.

—Ven, querida. Arthur no querrá que te pierdas su momento de gloria. —La enorme silueta de Rawlyn se abrió paso entre los espectadores.

—¿Cómo se atreve? —gritó un caballero enfadado—. ¡Con su majestad presente!

—Repugnante.

—A Lady Castlemaine no parece importarle la exhibición. Ella...

La multitud enmudeció de repente.

El imponente hombre de pelo negro frente a Jennifer solo podía ser el rey Carlos. Incluso visto desde atrás, la inusual altura de su majestad y su regia postura proclamaban su identidad tan claramente como el abrigo de color ciruela oscuro y el bastón de cabeza dorada. Rawlyn se detuvo en seco cuando tanto él como Jennifer se dieron cuenta al mismo tiempo de quién estaba delante de ellos.

—¿Lo ha traído con usted desde América, Hayward? —preguntó un hombre junto al rey.

Jennifer supo que la voz pertenecía al duque de York.

—Sí, excelencia.

El duque susurró algo a su hermano, y el rey se echó a reír. Inmediatamente, los demás miembros de la excitada multitud empezaron a hablar de nuevo, pero esta vez los comentarios eran favorables. El rey Carlos se dio la vuelta para decirle algo a la dama que estaba a su lado y Jennifer pudo ver claramente al hombre que estaba detrás de su marido.

Sus ojos se abrieron de golpe. Se tambaleó y se habría caído sin el fuerte brazo de su padre para sostenerla. Jennifer cerró los ojos e intentó contener la negrura que amenazaba con abrumarla.

—Kley —susurró de forma inaudible.

Los dedos de Rawlyn se clavaron cruelmente en su brazo.

—Recuerda dónde estás —siseó.

Respirando hondo, parpadeó y miró fijamente los ojos oscuros que creía que nunca volvería a ver. Era Kley. Kley, desnudo salvo por un escaso sayal, con la piel cobriza engrasada hasta brillar y sus únicos adornos: unos pendientes de plumas y un collar de oro al cuello.

—¿Padre? ¿Qué ha hecho? —susurró ella.

—Hayward —gritó él, ignorando su agonía—. Bien hecho. ¿Está seguro de que es lo bastante manso como para garantizar la seguridad de las damas? —Dio un paso adelante, arrastrando a Jennifer tras él—. Un premio, ¿no crees, hija? —Sonrió a su yerno.

—Es manso como un cordero —aseguró Arthur con orgullo—. Lo he tenido en entrenamiento durante meses. ¿Qué os parece? —Miró fijamente a Jennifer.

Ella le devolvió la mirada, para volver a clavar los ojos en los de Kley. En aquella mirada de ébano brillaban una rabia y un odio intensos.

—Lo siento —susurró ella—. No lo sabía. Créeme, yo...

—No esperaba que lo supieras —la interrumpió su esposo—. Si lo hubieras sabido, no habría sido una sorpresa, ¿verdad, querida?

—*Ili kleheleche, dah-quel-e-mah* — dijo Kley con frialdad—. Amor mío, ¿todavía respiras?

Jennifer palideció hasta adquirir el color del mármol viejo y perdió la batalla contra la asfixiante negrura.

Capítulo 16

Jennifer iba en brazos de un hombre. Abrió los ojos y luchó por liberarse, pero la asaltaron oleadas de vértigo. Oyó débilmente, desde la distancia, la voz ronca de su padre.

—Creo que mi hija está volviendo en sí.

—Las doncellas se ocuparán de ella. No se moleste más, lord Rawlyn. —Arthur la miró con fijeza y añadió en voz baja—. Quédate quieta. No eres un bulto fácil de llevar, ¿sabes?

El crudo olor a whisky asaltó sus fosas nasales mientras su marido se balanceaba con su peso.

—Bájame —protestó con voz ahogada—. Estoy bien.

La dejó en el suelo.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy bien. —No estaba bien, se sentía enferma. Todo lo que podía ver en su mente era a Kley, mirándola fijamente a los ojos... odiándola. Y tenía todo el derecho. ¿Cómo se atrevía Arthur a exhibirlo como a un animal salvaje? Se enfrentó a él y murmuró—: ¿Cómo has podido?

—¿Cómo he podido qué? —La sujetó por el hombro y le dio un empujón hacia la galería privada.

Su aliento apestaba a licor y tenía las manos sudorosas.

—Traer a ese hombre aquí para hacer un espectáculo.

—Es magnífico, ¿verdad? Mi indio. He decidido llamarlo: Salvaje. Le queda bien, ¿no crees?

—Es un hombre, no un animal.

Arthur se burló.

—Apenas es un hombre. Ni siquiera habla un idioma civilizado. No hemos podido enseñarle una palabra de inglés en tres meses. Todo lo que hace es gruñir y parlotear en su propia lengua, si es que es una lengua. Sospecho que puede ser un tarado mental, aunque no me importa. No es su lengua lo que lady Castlemaine miraba, podría hacer una fortuna si lo alquilara por horas. —Controló su precipitación al decir cosas con ligereza la sujetó por la barbilla con la mano—. ¿Por qué te preocupa tanto ese nativo?

Ella apartó su mano y dio un paso atrás.

—Vino conmigo en el mismo barco desde Virginia. —Pensó que su marido no sabía quién era Kley y decidió dar aquella respuesta. Si Arthur descubría la verdad, lo mataría—. Yo... Sentí pena por él —añadió con rapidez—. ¿No te pidió mi padre que le compraras el indio?

—Sí, pero le dije que la bestia no estaba en venta. —Parpadeó como si intentara aclarar sus ideas y arrugó su amplia frente—. Espero que no estés demasiado enamorada de sus encantos musculosos, milady —se mofó de ella—. No toleraré a ninguna mujerzuela en mi casa.

—No me insultes —replicó ella—. Fueron los indios quienes me salvaron del naufragio y cuidaron de mí hasta que pude encontrar el camino a Jamestown. Solo siento gratitud cristiana por...

—Salvaje no es cristiano. El obispo Wyndmere duda que esas criaturas tengan alma. De modo que, guarda tus tiernos sentimientos para mí, esposa. —Abrió de un tirón la puerta de una sala al lado del pasillo y la arrastró adentro.

—¿Qué hacemos aquí? —inquirió asustada. Era la habitación de una dama de la corte y observó una cama con cortinas, una chimenea y algunos muebles. Había prendas femeninas esparcidas por todas partes y un perro pequeño de varios colores comenzó a ladrar desde una cesta junto a la chimenea—. Seguro que no podemos entrar...

Arthur cerró la puerta y echó el cerrojo, se quitó el abrigo y empezó a revolver su jubón de terciopelo.

—Pero sí podemos —pronunció cada palabra con precisión—. Esta habitación pertenece a una querida amiga y no le importará que la tomemos prestada por un rato.

El perro siguió ladrando mientras a Jennifer se le secaba la boca y retrocedía para alejarse de Arthur.

—¿Qué estás haciendo?

—Creo que ya es hora de que cumplas tu deber de esposa conmigo, ¿no crees, querida? —Su respiración se aceleró mientras se aflojaba la parte delantera de los calzones.

A ella le temblaron las rodillas.

—Aquí no —protestó—. Así no. —Se escondió detrás de una silla de madera de nogal—. No soy una prostituta a la que puedas tomar sin ni siquiera pedir permiso.

—Soy tu marido. —Su jubón se deslizó hasta el suelo—. Ya he esperado bastante por lo que debería haber sido mío.

El perro se abalanzó sobre él y le dio una fuerte patada. El animal dio un respingo y se metió debajo de la cama.

Jennifer miró alrededor de forma frenética para buscar una forma de escapar, pero la habitación era pequeña y Arthur estaba entre ella y la puerta. Se le llenaron los ojos de lágrimas y retrocedió otro paso.

—Por favor...

—Te gusta mi indio, ¿verdad? ¿Has visto cómo lo controlaba? ¿Cómo obedece todas mis órdenes? A diferencia de ti, Jennifer. Harías bien en emular su comportamiento.

Su corazón latía desbocado mientras seguía retrocediendo.

—No —susurró. Por el rabillo del ojo vio una puerta al otro lado de la cama y corrió hacia ella, pero estaba cerrada con llave.

Arthur la giró hacia él por los hombros y sus labios húmedos se posaron sobre los suyos.

Ella cerró los ojos y trató de evitar las arcadas cuando su lengua se introdujo en su boca y sintió el ardiente sabor del alcohol. Le pasó una mano por delante del vestido y le apretó el pecho con fuerza.

—¡Jennifer, te deseo!

El pánico expulsó la razón de su cerebro y luchó por separarse de él.

—¡No! ¡Suéltame! —gritó—. No te dejaré...

—¿No me dejarás? ¿No me dejas? Ya veremos lo que no me dejas hacer. —Con una fuerza sorprendente, la empujó contra la cama, se echó encima de ella y empezó a manosearle las faldas.

—No. No... —Cerró el puño y se lo estampó en la cara con todas sus fuerzas.

Arthur gritó de dolor y rodó sobre ella.

—¡Perra! Mira lo que me has hecho. —La sangre manaba de su nariz sobre su camisa blanca.

Sorprendida por sus propios actos, levantó las piernas y se retiró al otro extremo de la cama con cortinas.

—Si te acercas, te golpearé de nuevo —amenazó con voz temblorosa—. No dejaré que me violen, ni siquiera mi legítimo esposo.

—Dios mío —gimoteó—. ¿Qué has hecho? Me has estropeado la camisa. ¿Cómo voy a mostrarme? Seré el hazmerreír. —Se agachó y empezó a suspirar de forma ahogada mientras gritaba su nombre.

Ella aprovechó para escapar. Abrió la puerta y salió corriendo de la habitación sin fijarse en las parejas que pasaban. Huyó por la galería privada y al pasar junto a un grupo de gente, escuchó las risas de su padre. Un pasillo oscuro salía a la izquierda. Se metió en él y tanteó la pared hasta llegar a otra puerta. Más allá de aquella barrera estaba el jardín privado.

El aire de la noche era frío sobre sus hombros desnudos, pero no le importó. Se adentró en el laberinto de acebos y siguió el sinuoso camino, primero en una dirección y luego en otra. Se adentró cada vez más en el laberinto. Sabía que había arruinado cualquier posibilidad de empezar de nuevo con Arthur.

—¡Maldito sea! —gritó con amargura cuando una rama de acebo se enganchó en su falda y oyó el ruido de la seda al rasgarse—. Maldita sea su alma de borracho endemoniado.

Al otro lado del jardín podían escucharse las ásperas voces de los hombres que hablaban entre ellos. Captó fragmentos arrastrados por la brisa que decían que había salido corriendo, o que debían encontrarla sin demora, e imaginó que debían estar buscándola.

Recogió sus faldas y echó a correr de nuevo. El camino se dividió y dudó. Ambos senderos eran igual de oscuros; cualquiera de las dos rutas podía llevarla al corazón del laberinto o de vuelta al jardín abierto, donde sería descubierta. Instintivamente, eligió el camino correcto.

Las nubes se abrieron en lo alto, permitiendo que unos débiles rayos de luna penetraran en los túneles de acebo. Jennifer vislumbró una pálida luna creciente, enmarcada en un cielo frío y sin estrellas.

Le parecía distante y despiadada. Aquella luna no se parecía al brillante disco plateado que

se había cernido sobre la playa donde vivió con Kley, pensó con un estremecimiento. No la veía tan cerca como si pudiera tocarla.

«Para colgar la cuerda de un arco», había dicho Kley.

—*Nibeeshu* —susurró.

Sin previo aviso, una poderosa mano se cerró sobre su boca. Jennifer golpeó a su agresor e intentó gritar, pero solo pudo emitir un chillido ahogado.

—Calla, *Je-nni-fer* —le dijo Kley suavemente al oído—. Prométeme que te quedarás quieta y te soltaré.

Lágrimas de miedo y alegría se derramaron por sus mejillas mientras asentía. Cuando soltó la presión sobre su boca, ella no retrocedió. Se lanzó contra él, besándole los brazos, los hombros y la barbilla. Frenéticamente, se pegó a su cuerpo desnudo, buscando su boca con la suya.

—Kley, Kley —sollozó. Sus labios eran duros e inflexibles, pero ella estaba más allá de la razón. Le rodeó el cuello con los brazos mientras saboreaba su boca, olía el aroma a limpio de su piel y su pelo—. Mi amor —murmuró—. Cariño, cuánto te he echado de menos.

La sensación de su cálido cuerpo junto a ella borró la vergüenza y la repulsión que había sentido ante el contacto de su marido. No importaba cómo la hubiera encontrado Kley. No importaba si el mundo se acababa en el minuto siguiente. En ese instante, estaba entre sus brazos y a salvo.

Kley gimió cuando la boca dispuesta de ella se abrió como una flor a sus caricias. Sus lenguas se tocaron... se retiraron... volvieron a tocarse. Ella enredó los dedos en su pelo suelto, tirando de su cara hacia abajo para que descansara contra la parte superior de sus pechos.

—Abrázame... Abrázame —suplicó.

Sus manos ardían como el fuego donde tocaban su piel, pero ella agradeció el ardor. Temblores de exquisito dolor sacudieron su cuerpo. Lo quería... lo quería a su lado, sobre ella... quería algo...

—*Hokkuaa*. —Su voz era grave y gutural.

Jennifer pudo sentir el dolor en aquel susurro tenso y deseó consolarlo.

—No te he traicionado —murmuró entre besos calientes y apasionados—. No te traicioné. No te traicioné. —Dibujó círculos con la mano en su pecho, bajó por su cintura y pasó por su cadera.

—*Je-nni-fer*. —Volvió a gemir cuando los dedos de ella rozaron la fuente de su tormento.

Sonó una bocina y escucharon pasos que se acercaban.

Ella supo que la buscaban, no obstante, se aferró a Kley y dejó que su mano explorara el eje duro y palpitante a través de la fina tela.

—Te quiero —le dijo—. ¿Me entiendes? Te amo.

—*Nindau saugeau* —respondió él—. Este indio puede querer a una persona.

—Sí... sí. —Se sintió consumida por el fuego que ardía en su sangre, por el agri dulce dolor que atormentaba sus pechos y sus entrañas—. Te necesito. —Llevó la mano de él al dobladillo de la falda y tembló como una hoja en medio de una tormenta cuando él le acarició la pierna

desnuda y la parte interior del muslo—. ¿También quieres esto? —le preguntó—. ¿Y esto? —Condujo sus dedos hasta su sexo y se estremeció en su punto más secreto. Gimió de placer y hundió los dientes en su brazo.

—*Mishkwe tusca* —murmuró él con voz ronca—. Estás hecha para el amor.

—¡Con cuidado! —gritó un hombre a pocos metros de donde se abrazaban—. Podría ser peligroso.

Otras voces llegaron desde el otro extremo del jardín.

—Nos encontrarán, *Je-nni-fer* —susurró Kley.

—No me importa —gritó ella—. No me importa nada más que tú.

Se arqueó contra él mientras oleadas de cálido deseo inundaban su cuerpo.

La besaba de nuevo, tan posesivamente que ella jadeó de placer ante las exquisitas sensaciones que exigían una entrega total. Su mano se aferró a su nuca; sus fuertes dedos se enredaron en sus rizos mientras él se deslizaba hacia el suelo, tirando de ella sobre él.

Apoyó la cara en su pecho, sintiendo su suave cuerpo moreno. Pensó que era como seda sobre acero y lamió su piel, que sabía a sal y a bosque de pinos.

—Kley —lo llamó con un jadeo, luego tomó el pezón entre los dientes y lo mordisqueó suavemente.

—*Meshepeshe* —canturreó él, apretándola contra sí mientras forcejeaba con sus enaguas.

Su mano encontró la carne suave, y ella gimió cuando los escalofríos de excitación le provocaron una humedad desconocida en su virginidad. Sus suaves dedos la acariciaron y palparon hasta que, de repente, todo su cuerpo se vio sacudido por intensos temblores de placer.

Durante segundos, o minutos, no fue consciente de nada más, pues su mente parecía abandonar su cuerpo. Luego volvió flotando a la tierra y sintió que Kley se agitaba bajo ella.

—Oh —murmuró—. No sabía que sería así.

Él se echó a reír con suavidad.

—Todavía eres una doncella, *weeshob-izzi*. —Le levantó la barbilla y la besó—. No compartes estera con tu marido inglés.

—¿Cómo lo sabes?

Él soltó otra suave carcajada, tan bajo que podría haber sido el viento a través del acebo.

—Lo sé.

De repente se sintió tímida.

—Entonces no...

—No. —Se puso en pie y la atrajo hacia sí, alisándole el vestido—. Este indio te tendrá, *Je-nni-fer*, pero no es el momento.

—Quiero estar contigo —protestó—. No me importa lo que nos hagan.

—A mí sí me importa.

Un nuevo pensamiento llenó la mente de Jennifer.

—¿Entonces me crees? ¿Sabes que no te traicioné ante los soldados cuando te capturaron en Jamestown?

Hizo un sonido ambiguo.

—Este indio no sabe lo que cree. Ven. —La arrastró tras él por el sendero. Habían avanzado solo unos metros cuando el camino se abrió a un claro. En el centro había un banco cubierto—. Quédate aquí —le ordenó—. Espera el tiempo que se tarda en encender un fuego... y luego grita fuerte.

—¿Y tú? ¿Qué harás?

Sin responder, se dio la vuelta y abandonó el claro. Ella lo siguió con la mirada hasta que desapareció entre las sombras, y entonces se dio cuenta de que le castañeteaban los dientes de frío. Sin saber qué más hacer, obedeció.

Los minutos pasaron como horas. ¿Qué le diría a quien acudiera en respuesta a sus gritos? Llevaba el vestido roto y arrugado, y el pelo le caía sobre los hombros como el de una aldeana. Aunque nadie la relacionara con Kley, su reputación quedaría arruinada. Y Arthur... Se mordió el labio inferior para no llorar. Arthur se enfurecería. No le bastaba con haberla golpeado, con haberle impedido ejercer su derecho marital. Por su culpa sería objeto de una humillación pública y querría matarla. Los mataría a los dos.

Se arrancó una hoja de acebo del pelo y la aplastó en la mano. Las espinas le pincharon la carne y sintió un cálido hilo de sangre que le corría por la mano. Nunca volvería a ver el acebo sin acordarse de aquella noche, pensó. Pero el dolor le despejó la mente.

—Amo a Kley —susurró—. Lo amo desesperadamente. —Incluso cuando las palabras salieron de sus labios, ella sabía la desesperanza de aquel amor—. No puedo estar con él... pero quizá, de algún modo, pueda encontrar la forma de enviarlo a casa, a su tierra salvaje.

Volvió a agarrar la hoja de acebo desmenuzada e intentó pensar una forma de bloquear la ira de Hayward. Arthur nunca la perdonaría a menos que...

Con una sonrisa de triunfo, echó la cabeza hacia atrás y empezó a gritar.

Sus gritos hicieron que dos guardias de palacio atravesaran el laberinto y entraran en el claro.

—Ayudadme. ¡Ayúdenme! ¡Soy lady Jennifer Hayward! Tienen que ayudarme. —Señaló un camino que se adentraba en el laberinto en dirección opuesta a la que había tomado Kley—. Mi marido, lord Hayward, persiguió a dos ladrones a pie por ahí.

—¿Ladrones en el jardín privado? —preguntó el guardia más cercano—. Estábamos cazando al indio de lord Hayward. Sus sirvientes dijeron que había escapado.

—¿Un indio? No hemos visto a ningún indio. Eran dos ladrones que intentaron robar mis perlas. Su mano voló al collar que llevaba alrededor del cuello—. Mi esposo luchó contra ellos, pero temo por su vida.

—¿Se encuentra bien, milady? —le preguntó el segundo guardia con una gruesa voz de Northumberland.

—Sí... No. Si pudiera acompañarme fuera del laberinto. —Se levantó y dio un débil paso hacia el hombre—. Debe encontrar a lord Hayward antes de que sufra algún daño. ¡Oh! —Soltó

un pequeño grito que pretendía ser de dolor—. Tengo tanto frío, si pudiera prestarme su abrigo... —Tropezó deliberadamente con la hierba seca y cayó de rodillas.

El guardia corrió a levantarla.

—¿Está herida?

—Mi marido —repitió con un deje de histeria. El primer guardia se dirigió hacia el camino que había indicado. Ella jadeó y se agarró la garganta—. Pueden volver, no me dejen sola.

—Conozco el camino. Estará a salvo conmigo —le advirtió el norteno mientras se quitaba el abrigo y se lo ponía sobre los hombros.

—Oh, gracias. Gracias.

Cuando llegaron al perímetro exterior del laberinto, una multitud de damas y caballeros curiosos se habían acercado al jardín. Jennifer se quitó el abrigo prestado y se metió entre los curiosos. Las nubes habían vuelto a cubrir la luna y estaba demasiado oscuro para que nadie pudiera verle la cara.

Unas manos intentaron atraparla, pero ella se escabulló y encontró la misma puerta que había utilizado antes. La galería privada estaba iluminada con velas, pero todas las miradas estaban puestas en lord Buckingham y lady Castlemaine, que discutían en voz alta en el otro extremo de la sala. A Jennifer le resulto fácil encontrar los aposentos donde había dejado a Arthur.

Al abrir la puerta, el perrito empezó a ladrar de nuevo y le indicó que se callara en voz baja.

—No te haré daño —le dijo. El abrigo de Arthur yacía donde había caído y el sonido de los ronquidos llegaba desde el otro extremo de la cama. Con un suspiro de alivio, recogió el abrigo y el jubón del suelo y se puso a su lado—. Milord —lo llamó, sacudiéndolo—. Esposo, debes despertarte.

—¿Qué...? —La miró con los ojos en blanco—. ¿Qué quieres, puta?

—Debes levantarte y vestirme —repuso ella con naturalidad.

—Yo... No debo... hacer nada. Solo... dormir.

Dejó su ropa sobre la cama y vertió agua de una jarra en una palangana sobre la mesa. Usando una muda de mujer como paño, la mojó en el agua y frotó su cara.

—Permíteme que te refresque, milord. Debes escuchar con atención, para que puedas repetir lo que yo he dicho.

Él gritó de dolor e hizo una mueca cuando le limpió la sangre de la nariz.

—¿De qué estás hablando?

—Tú debes... —La puerta se abrió tras ella y Jennifer se volvió hacia la sorprendida sirvienta—. Pasa —ordenó a la muchacha.

La criada hizo una reverencia.

—Aquí... esto es de mi señora...

—Sé de quién son estos aposentos —mintió Jennifer—. Pero a milady no le importará. Él es lord Hayward y yo soy su esposa. Fuimos atacados en el jardín privado. Milord luchó contra

los sinvergüenzas, pero lo hirieron en el proceso. Debes encontrar mi capa y a los sirvientes de lord Hayward. Necesitaremos el carruaje de inmediato.

Arthur se puso en pie y se apoyó en el poste de la cama. Parpadeó y miró a Jennifer como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Sinvvergüenzas? ¿En el jardín?

—Les diste tal paliza que sin duda no volverán a asomar por aquí —proclamó antes de sonreír a la doncella—. Milord es amigo de tu señora, y sabía que ella querría que se recuperara en la seguridad de sus habitaciones.

—¿Te has vuelto loca? —inquirió Arthur cuando la muchacha se hubo ido—. ¿Qué es esta tontería del jardín?

Ella bajó los ojos con modestia.

—Dijiste que no deseabas ser avergonzado por... por tu accidente. Me inventé la historia de los ladrones para evitar que fueras el hazmerreír.

Hizo un juramento soez.

—Zorra mentirosa.

—Si he mentido, ha sido solo para proteger tu nombre. Ahora que el acto está hecho, ¿te vestirás e irás a casa, o traerás al rey en persona para que tome parte en nuestro desacuerdo?

Maldijo de nuevo, pero cogió su jubón y empezó a ponérselo con dificultad. Al poco rato regresó la muchacha con la capa y la máscara de Jennifer.

—Sus sirvientes lo esperan, milord —dijo la doncella—. Y ese indio pagano está con ellos. Vuestros lacayos se habían puesto en marcha, pues creían que se había escapado, pero lo encontraron durmiendo en el carruaje de su señoría.

Ella respiró aliviada al saber que estaba a salvo y permitió que una doncella le echara la capa sobre los hombros y cubriera su enmarañado pelo con la capucha. Le aterrorizaba la idea de que los guardias de palacio lo capturasen.

—Si fueras tan amable de dejarme en Rawlyn House, esposo —pidió con suavidad.

—Lo haré. Pero mañana traslada tus pertenencias a mi casa. Es más apropiado que residas allí.

Jennifer se lamió con gesto nervioso el labio inferior.

—Pensé que tenerme allí te incomodaría.

—Tal vez —gruñó él—, pero puede incomodarte más a ti.

Capítulo 17

Londres

Enero de 1665

Jennifer indicó a las criadas que descorrieran las cortinas de su calesa tirada por dos yeguas y se hundió en el duro asiento, ciñéndose el abrigo de piel sobre los hombros. Hacía un frío glacial y el viento azotaba las estrechas calles de Cheapside, amortiguando los gritos de los vendedores ambulantes que pregonaban sus mercancías sobre los adoquines helados.

Adele sostenía una manta en el regazo. Dentro había una caja forrada de terciopelo que contenía un par de pendientes de oro que sirvieron de excusa a Jennifer para visitar Cheapside y la orfebrería aquella tarde.

Dos días antes, Rawlyn había enviado a un criado para que indicara a su hija que acudiera a la tienda de Michah Levinson a esa hora. Jennifer no tenía ni idea de lo que quería su padre ni de por qué había adoptado aquel método para convocarla. Solo sabía que debía obedecer y ser discreta. El hecho de que no la hubiera invitado a Rawlyn House ni hubiera ido a verla en persona, le decía que había peligro. Había mentido a Arthur diciéndole que necesitaba reparar unos pendientes de rubíes. Él pretendió que enviara a un criado a hacer el encargo, pero ella insistió en que las joyas eran demasiado valiosas para confiárselas a cualquiera y le dio permiso a regañadientes para la excursión.

Arthur había estado enfermo y malhumorado desde la noche en que regresaron de Whitehall. Tres veces había acudido el médico a su casa y cada vez el doctor Hartgrove se había marchado con funestas advertencias.

—Su marido no está sano —le había dicho a Jennifer mientras untaba un ungüento de semillas de eneldo en una úlcera que aquejaba el pie izquierdo de Arthur—. Lord Hayward padece hidropesía y debilidad renal. Debe abstenerse de bebidas alcohólicas fuertes y seguir la dieta que le he proporcionado. Nada de especias, tampoco salsas fuertes ni pescado. Lo he sangrado repetidamente sin mejoría y debería guardar reposo absoluto y tranquilidad.

Jennifer no se había molestado en explicar al doctor Hartgrove que no tenía ninguna influencia sobre él. Arthur seguía sufriendo llagas en los pies y en los dedos que no se curaban, así como de una necesidad frecuente de vaciar la vejiga. Desobedeciendo los consejos del médico, lord Hayward bebía hasta caer en el estupor cada noche. Y los recién casados permanecían en alcobas separadas en extremos opuestos del palacio.

Arthur estaba tan enfadado con ella por lo que había ocurrido aquella noche en Whitehall que apenas le dirigió la palabra durante semanas. Las Navidades pasaron sin apenas celebraciones ni alegría. Había rechazado todas las invitaciones a cenas y mascaradas, alegando

mala salud. Incluso impidió que ella visitara a su familia.

«¿Qué pensaría la gente», se había quejado Arthur, «si mi esposa retozara en casas de juegos y fiestas cuando su marido está enfermo? ¿Para qué irías si no es para codearte con otro caballero? Es mejor que te proteja de las tentaciones de la carne, Jennifer; es mejor que permanezcas a mi lado».

Lo peor de todo era que, aunque Jennifer no podía dejar de pensar en Kley, solo lo había visto en presencia de su marido o en una habitación llena de criados. La única prueba que tenía de que no había soñado su encuentro en el laberinto era una ramita de acebo que había encontrado una mañana en el alféizar cubierto de nieve de la ventana de su dormitorio.

Una voz interior le indicó que Kley había dejado el acebo para ella, en recuerdo del tiempo que habían pasado juntos. No podía adivinar cómo había llegado hasta la ventana, pero lo creía capaz de cualquier hazaña física. Colocó la ramita en su joyero, donde se marchitó y secó entre las gemas frías y brillantes.

Noche tras noche, daba vueltas en la cama, mojando las almohadas con sus lágrimas silenciosas, mientras se preguntaba por qué no dejó que se quedara con él. Había probado el fruto del paraíso y lo había cambiado por un sueño empañado. Había cambiado a un hombre como Kley por Arthur Lindsey y una existencia vacía en su mundo artificial, donde las joyas relucientes tenían prioridad sobre las simples necesidades humanas.

Su único triunfo sobre su marido había sido conseguir traer a su criada Sally a la casa de Londres. Cuando Arthur hizo caso omiso de su petición, ordenó a dos mozos de cuadra y a un jardinero que fueran a buscar a la muchacha a Sotterley. Los había amenazado con ahorcarlos si la joven sufría el menor rasguño, y Sally solo llegó con un resfriado.

La muchacha se quedó en el palacio aquella tarde porque no había sitio para ella. La calea era para dos personas y Arthur había insistido en que la acompañara Caroline. Jennifer quería a Adele y las dos mujeres iban apretujadas en el asiento delantero, de espaldas.

Caroline era una muchacha hosca, con un gran lunar peludo en la barbilla y ojos pequeños y marrones. A Jennifer le había caído mal desde la primera vez que la vio, a Sally le aterrizzaba y Adele había estado a punto de intercambiar golpes con ella en más de una ocasión.

—La arpía no es más que una espía de lord Hayward —informó Adele poco después de que ella y Jennifer se hubieran mudado a la casa londinense de Hayward—. Está celosa de usted, milady, y viene de equipaje para vigilar todos sus movimientos. Ayer sorprendí a la astuta zorra escuchando por el ojo de la cerradura. Preferiría beberme la copa de la mañana del Támesis antes que confiar en ella ni un minuto. Espero que tenga mala suerte.

Adele se ocupaba de informarla de todo lo que hacía Caroline y de lo que contaba a Arthur. Con su encanto irlandés y su facilidad de palabra, Adele se había ganado la aprobación de la cocinera y de la mayoría del personal. Robert, el lacayo de Arthur, parecía especialmente interesado por ella.

En otra ocasión le confió:

—Robert dice que contrataron a Caroline para sustituir a Maggie. Ella estuvo aquí siete años y fue leal a la familia. Robert también dice que era una buena criada, aunque el señor solía llevársela a la cama. Le daba collares y baratijas, pero ella lo hacía tanto por la diversión como por la paga. Yo diría que el muchacho la conocía bastante bien —añadió la doncella.

—¿Hay algo más? —se interesó Jennifer—. ¿Tendré que escuchar un relato detallado de las actividades de esa mujerzuela con todos los hombres de la casa?

Adele se había mostrado impertérrita ante la suave reprimenda.

—Robert dice que Maggie le dijo que lord Hayward era un gallito de primer grado. Pero entonces todo cambió y la criada confesó que milord ya no podía hacerlo. Le contó a Robert que el caballero se quedaba allí, como una rata muerta, y que no importaba cómo tratara de tentarlo.

—Me alegra saber que los criados de esta casa hablan con tanto respeto de lord Hayward.

Adele ignoró su sarcasmo y continuó:

—Lord Hayward se llevó a Maggie de vuelta al pueblo de donde había llegado, le pagó seis meses de sueldo y le dijo que más le valía no volver a aparecer por Londres. Robert supo más tarde que se había casado con un pastor.

Jennifer consideró detenidamente lo que Adele le había contado. Si la enfermedad de Arthur le había hecho perder la potencia, bien podía ser aquella la razón de que se comportara de un modo tan extraño con ella. Era posible que supiera que no podía actuar como un marido y le diera vergüenza admitirlo. Sintió una oleada de lástima no deseada hacia él y, de repente, ya no le pareció tan malo. ¿Qué hombre no sufriría por algo así?

Una mano pequeña y sucia se aferró a la cortina de cuero de la calesa y se asomó al interior.

—Una moneda, por favor, milady —suplicó un niño—. Por el amor de Dios, deme un penique. Llevo dos días sin comer.

Caroline golpeó la huesuda mano del pequeño.

—¡Largo de aquí o llamaré a los guardias!

Él siguió corriendo junto a la calesa.

—Una limosna para los pobres —persistió el delgado lamento—. Por el bien de...

Se escuchó el estallido de un látigo y Jennifer oyó gritar a un niño.

—¿Qué ocurre? —se interesó mientras descorría las cortinas. Ordenó al cochero que detuviera las yeguas y se asomó al exterior.

A poca distancia, el andrajoso pequeño yacía agachado y cubriéndose la cabeza, sobre los adoquines incrustados de tierra y estiércol, y emitiendo una serie de gritos espeluznantes.

—¿Qué le has hecho a ese niño? —preguntó Jennifer al sorprendido mozo—. Ve a ver si está gravemente herido.

—Nada de qué preocuparse, milady —intervino Caroline—. Es solo otro mendigo. Son feroces en invierno. —Dirigió una mirada aguda al mozo y le regañó—: ¿Estás loco, hombre? Permitir que semejante inmundicia ponga su mano en la calesa de lord Hayward. Milord te arrancará el pellejo.

Mientras tanto, el objeto de la conmoción se dio cuenta de que el mozo avanzaba con el látigo aún en la mano, se levantó del barro y desapareció por el callejón más cercano.

—Espera —lo llamó Jennifer—. Vuelve.

Inmediatamente, otros tres niños igual de sucios se reunieron alrededor de la calesa

pidiendo peniques.

—¡Para mi hermanita! —gritó uno.

—¡Mi madre está enferma y se muere por falta de pan!

Se empujaban y arañaban unos a otros como gatos salvajes, y Jennifer se dio cuenta con horror de que no podía distinguir la edad ni el sexo ninguno. ¿Había habido siempre tantos de ellos corriendo por las calles de Londres? Sus rostros pálidos y arrugados recordaban a los de los ancianos, y los mugrientos harapos que llevaban dejaban más carne al descubierto que oculta.

—Limosna, limosna, señora —gritaban. Uno de ellos esquivó una pezuña de la yegua guía y se agachó bajo el vientre del animal, llegando al otro lado de la calesa para agarrar la cesta de Adele—. ¡Un penique! Un penique para pan.

Jennifer sintió arcadas al percibir un hedor parecido al del pollo muerto de diez días y retrocedió al darse cuenta de que el repugnante olor procedía de los niños. Las lágrimas brotaron de sus ojos cuando se apartó de los rostros llenos de costras y de las manos llenas de sabañones.

—No tendré la culpa si se llena de piojos, milady —le advirtió Caroline.

—Adele, dales dinero, se están muriendo de hambre —indicó Jennifer.

—No tengo nada más pequeño que centavos, milady —informó su doncella.

Más niños salieron corriendo de los callejones y se agolparon alrededor de la litera. Empujaban y empujaban, tirando a los más pequeños contra los adoquines.

—¡Dadles lo que tengáis! —insistió Jennifer—. Rápido, antes de que alguien más resulte herido.

Frunciendo el ceño con desaprobación, la criada irlandesa descorrió su cortina y arrojó las monedas sobre las cabezas de los mendigos. Las de plata golpearon y rodaron por los adoquines, y los niños gritaron mientras se dispersaban para recuperarlas.

Una mocosa se sentó en el suelo y se echó a llorar. Compadecida, Jennifer buscó a tientas el anillo que llevaba en el dedo.

—¡No, milady! —gritó Adele—. ¡Hará que cuelguen a la pequeña desgraciada por ladrona!

—Marchémonos de aquí —azuzó Caroline al mozo y al cochero. Los duros hombres de Hayward rodearon la calesa para protegerla de los mendigos y la criada añadió—: Ya no nos molestarán más, milady, pero se correrá la voz y no podrá salir del palacio. Son como ratas en una despensa, les das unas migajas y te roban hasta dejarte ciega.

Jennifer cerró los ojos y trató de borrar el rostro arrugado del niño más pequeño. Se estremeció a medida que avanzaban en su recorrido. Los pobres abandonaban a sus hijos cuando ya no podían alimentarlos; había cientos de pequeños callejeros... miles. Algunos eran acogidos por personas bondadosas; otros eran utilizados para el robo, la prostitución y todo tipo de maldades.

Los Rawlyn daban a los pobres como algo natural; la caridad hacia los desafortunados era un deber de las clases altas. Pero mientras la calesa avanzaba por la ruidosa y abarrotada calle, cuestionó por primera vez que existiera un mundo en el que unos tuvieran tanto y otros tan poco.

El mozo de cuadra llamó a la yegua guía y el transporte se detuvo.

—La tienda del judío, milady.

Dentro, Jennifer fue recibida calurosamente por el propio Micah Levinson.

—Siempre es un placer recibirla, lady Hayward. Mi familia compartió la alegría de saber que usted no se había perdido en el mar.

Jennifer sonrió. Los Levinson habían sido aliados incondicionales de los Rawlyn desde los días de la terrible masacre de York. Patrick Rawlyn, llamado Patrick *El Listo*, acogió en su casa a ocho miembros de la familia de Micah y los protegió durante los disturbios. A su vez, los Levinson habían informado a Harry Rawlyn de su inminente detención antes de que la reina pudiera mandarlo a la Torre por alta traición. Harry escapó a Francia hasta que el buen oro de los Levinson pudo comprar su indulto dos años más tarde. La tradición de amistad y lealtad entre las familias se había mantenido firme a pesar de la agitación del reinado de Cromwell y el regreso al trono del rey Carlos.

—Yo también me alegro de verlo, señor Levinson —saludó ella—. Confío en que la señora Helen se encuentre bien de cuerpo y mente.

—Gracias a Dios —afirmó el hombre—. ¿En qué puedo ayudarla hoy, milady?

Jennifer miró a Adele.

—Un rubí se ha soltado de su engaste. Pensé que tal vez usted podría repararlo. Sé que ya casi nunca lo hace usted mismo, que tiene empleados, pero...

Micah asintió.

—Encantado de serle útil. Pase a mi trastienda.

Jennifer cogió de Adele la cesta que contenía los pendientes.

—El taller es pequeño, esperadme aquí —indicó a las criadas y a los dos hombres.

—Pero milady... —protestó Caroline.

—Quedaos aquí —repitió Jennifer con severidad—. Estaré a solo unos pasos y perfectamente segura.

Entregó la cesta a Micah y lo siguió hasta la trastienda, dejando que la pesada cortina se cerrara tras ella.

—Tengo un hermoso brazalete de zafiro que tal vez le interese —sugirió él, mostrando un estuche de marfil tallado—. La luz es mejor junto a la ventana, si desea examinar las gemas.

Ella se acercó a la ventana y abrió la caja. Dentro había una nota, sin firmar.

Tenga cuidado. Circulan rumores de que el hermano y el padre de cierto lord podrían no haber perecido por accidente, sino a manos de alguien que deseaba ganarlo todo. No desespere. El asesino, si es que lo es, sufre una enfermedad mortal. Protéjase de él y asegure sus derechos con un heredero antes de que sea demasiado tarde.

Tragó con dificultad el nudo que tenía en la garganta y se hundió en la silla más cercana. Su corazón se aceleró y sus dedos se helaron al leer el mensaje una vez más.

—¿Qué le parece la calidad, lady Hayward?

El tono bajo de Micah era tranquilizador. El escalofriante miedo desapareció y Jennifer

encontró su voz.

—Demasiado llamativo. Este color no es natural.

—Las gemas son auténticas, milady —replicó Micah con suavidad—. Su padre nunca aprobaría que le pasara algo que no fuera de la mejor calidad.

Ella se humedeció los labios con la punta de la lengua y se obligó a respirar lenta y pausadamente. Comprendía que el hombre le estaba indicando que el remitente del mensaje era su propio padre y él nunca haría tales acusaciones contra su esposo, si no tuviera pruebas de que Arthur asesinó a su padre y a su hermano. La había casado con un asesino y le estaba indicando que tuviera un hijo de él.

—El pendiente está arreglado, milady —le advirtió el hombre—. ¿Le importaría seguir pensando en adquirir el brazalete?

Ella negó con la cabeza y él cogió la nota y la acercó a la llama de una vela hasta que el papel se ennegreció y ardió.

—Lo consideraré —dijo ella—. Si me interesa, volveré la semana que viene. ¿Cree que todavía tendrá la pulsera?

Él se encogió de hombros.

—No soy adivino, milady. No puedo ver el futuro, pero a menudo me encuentro con objetos raros. Si veo algo que creo que le gustaría, ¿me da permiso para enviárselo a su casa?

—Por favor, hágalo. Y gracias por reparar el pendiente. Ha hecho un buen trabajo, como siempre. Es imposible saber por dónde estaba roto.



Los gritos de Arthur fueron lo primero que Jennifer oyó al entrar en el palacio. Miró alrededor y trató de averiguar de dónde llegaba el alboroto.

Sally se lanzó desde la puerta más cercana a sus faldas.

—Oh, milady —gritó—. Lord Hayward la está buscando. Entró en su habitación y empezó a tirar cosas. Rompió una silla y... —Se mordió el labio y guardó silencio, dándose cuenta de que acababa de agarrar el vestido de seda adamascada de su señora con las manos y lo había arrugado—. Lo siento —se lamentó, rompiendo a llorar.

Hubo otro estallido de insultos en el segundo piso y Jennifer hizo un gesto a Adele para que atendiera a la muchacha. Después, subió las escaleras a toda prisa.

Cuando abandonó la casa, habían empezado las obras en la galería. Habían retirado el mobiliario y se habían llevado óleos de Rubens y Correggio para guardarlos. Los carpinteros habían estado serrando y martilleando ruidosamente, cubriendo las paredes pintadas con elaborados paneles de madera oscura.

En ese momento, los obreros miraban fijamente a un extremo de la galería mientras lord Hayward, vestido aún con camisón y corbata de seda, medias de dormir escarlata y gorro de dormir de raso, arrancaba de la pared oeste el último de los tapices que representaban a Daniel en

la Guarida del León. A sus pies, los otros cuatro tapices se amontonaban descuidadamente en el suelo cubierto de serrín.

Jennifer se enfureció, pero procuró hablar a su marido en un tono civilizado, mientras se arrodillaba junto a un tapiz arrugado y tocaba el terciopelo bordado.

—Estas colgaduras de arras no tienen precio. Solo el hilo de oro...

—¡Tonterías pasadas de moda! No lo permitiré en mi casa —chilló él—. ¿Dónde has estado?

—Ya sabes dónde he estado. Fui al orfebre a que me arreglara los pendientes.

Él la fulminó con la mirada.

—Nunca te di permiso para salir de palacio.

—Sí me lo diste. Hablamos de ello en el desayuno.

—Eso dices tú. Tu lugar estaba aquí, supervisando a estos bastardos perezosos. —Miró al maestro carpintero—. Tendré estas paredes cubiertas al anochecer o estáis todos despedidos —amenazó—. No volveréis a trabajar en Londres, os lo juro. Perros ladrones, todos vosotros.

—Puede que trabajen más rápido si les dejas hacer su trabajo —sugirió ella—. Si no quieres los tapices, ¿me das permiso para deshacerme de ellos?

—Quémalos. Tíralos al Támesis. No me importa lo que hagas con ellos. No quiero volver a verlos.

Jennifer oyó un leve ruido detrás de ella y se volvió, sorprendida, para ver a Kley de pie en la puerta. Llevaba una librea verde de sirviente y un par de botas de cuero negro que le llegaban hasta la rodilla. Llevaba el pelo recogido en un moño en la nuca y sujeto con un lazo de terciopelo. Asintió respetuosamente cuando sus miradas se cruzaron y desvió la vista hacia el suelo.

Arthur se giró para ver qué miraba.

—¡Tú! ¡Salvaje! Recoge estas colgaduras y llévalas fuera de la casa para lady Hayward —ordenó.

—No, él no —protestó ella—. Haré que lo haga Robert.

Arthur se echó a reír.

—Le tienes miedo, ¿verdad? No es necesario. —Hizo un gesto a Kley—. Ven aquí, Salvaje. —Él obedeció, su rostro inexpresivo como el mármol, sus movimientos lentos y gráciles como los de un gato. Arthur dio un paso atrás, nervioso, cuando el indio se puso a su alcance—. Es demasiado ignorante para aprender inglés, pero entiende lo suficiente, ¿no crees? La librea le queda bien. Ordené que la cosieran especialmente para él. Quiero que Salvaje monte en mi carruaje y me acompañe como un paje. Lord Clarion se pondrá verde de envidia; ha estado luciendo a un africano con un ridículo turbante en la cabeza y lo lleva a todas partes. —Miró de Jennifer a Kley y viceversa—. Pensé en hacer un turbante para Salvaje, pero creo que le pondré plumas en la cabeza. Las plumas son un bonito detalle, ¿no crees?

—No quiero un criado que no sepa hablar. —Ella buscó las palabras adecuadas—. En realidad preferiría a Robert.

Los ojos de Arthur se entrecerraron con picardía.

—Harás lo que yo diga, esposa. Todo el mundo en este palacio hace lo que yo digo; aquí soy el señor, ¿verdad?

Ella no respondió y salió al patio empedrado. En ese momento comenzó a llover y Kley la siguió hasta la sombría cochera donde guardaban los carruajes y calesas. En cuanto la puerta exterior se cerró tras él, dejó caer al suelo el pesado tapiz y la estrechó entre sus brazos.

—Querida —susurró con dulzura.

Su corazón latía desbocado mientras la estrechaba contra sí. La abrazaba con tanta fuerza que apenas podía respirar.

—¿Qué vamos a hacer?

Su boca descendió sobre la suya y ella volvió a saborear sus besos. Su lengua salió disparada para encender las brasas ardientes de su pasión, mientras las manos de él se deslizaban por debajo de su manto forrado de piel para reclamar su garganta desnuda y su pecho agitado.

—*Je-nni-fer* —murmuró, y la sola palabra hizo que a ella le flaquearan las rodillas.

Se hundió contra él mientras sus labios le rozaban la garganta y la oreja con besos suaves como plumas.

—No puedo vivir así —agonizó—. Oh, Kley... Kley.

Volvió a besarla, y la emoción corrió por sus venas hasta convertir su sangre en lava fundida. Echó la cabeza hacia atrás y la capa cayó al suelo. El dolor en la boca del estómago se convirtió en una fuerza demoledora que ahuyentó todo pensamiento de peligro, de descubrimiento.

—No es tu verdadero marido. —El inglés suave y arrastrado de Kley la dejó sin aliento—. Yo soy tu *uikiimuk*, tu marido. Me prometiste tu amor en una arena lejana. Haz honor a esa promesa esta noche, *Je-nni-fer*, no sea que la muerte nos robe ese momento.

La levantó en sus brazos nervudos y la llevó hacia el carruaje.

—¡Lady Jennifer! ¡Lady Jennifer! —La voz chillona de Sally rompió el hechizo que Kley había tejido a su alrededor.

—Espera —pidió Jennifer—. Es Sally...

Él se dio la vuelta con ella en brazos. La joven criada estaba de pie en la puerta abierta, con los ojos desorbitados por el miedo.

—Oh, milady —se lamentó—. Yo...

—¡Sally! —Ella se zafó de sus brazos—. Ven aquí. Cierra la puerta, echa el cerrojo y ven aquí.

Sally empezó a llorar y Kley suspiró.

—No tengas miedo —le dijo suavemente—. Este indio no te hará daño.

Sally entró en la cochera y cerró la puerta con fuerza. Seguía llorando y temblando mientras dejaba caer el cerrojo de hierro en su sitio.

—Yo... puedo entenderlo... —gimoteó—. Milady, puedo... entender su lenguaje pagano.

—Tonterías —replicó Jennifer con firmeza—. Kley habla inglés. Es inglés lo que oyes.

La pálida cara de Sally se agitó de un lado a otro en la penumbra.

—Yo hablo inglés. Él no habla inglés.

Jennifer tendió las manos a la criada.

—Ven aquí, niña. Estás a salvo. Kley no te hará daño.

Sally se quedó clavada en el suelo, mirándolo como si fuera la mismísima muerte.

—No conozco a ningún Kley —logró decir—. Es a él a quien temo.

—Se llama Kley —explicó ella. Miró de reojo a Kley, deseando que permaneciera inmóvil mientras intentaba calmar a la aterrorizada criada—. Es solo un hombre. Solo un buen hombre.

—Es un salvaje. —Sally dio un paso atrás y apoyó su delgado cuerpo contra la puerta—. Es el mismo que trató de llevársela en Jamestown. Ese día pude salvarla, milady, y puedo salvarla de nuevo. Lo retendré mientras huye.

La risita de Kley fue como el crujido del satén.

—¿Saldrá *Je-nni-fer* por la puerta como un fantasma? —inquirió con suavidad.

Sally se mordió el labio inferior.

—¿Qué quieres decir con que me salvaste en Jamestown? —preguntó Jennifer—. ¿Cómo me salvaste?

La pequeña sirvienta se encogió.

—Se lo dije al señor Baldwin y a la señora. Pensé en salvarla de los paganos cuando estaba mal de la cabeza por la fiebre. —Bufó ruidosamente y se limpió la nariz con el dorso de la manga—. Lo hice para salvarla, milady, no para hacer daño a nadie. ¿Hice mal?

Jennifer soltó un suspiro y miró a Kley significativamente.

—Oigo decir la verdad —admitió con voz ronca—. Este indio se equivocó al no creerte.

—¿Por qué crees que Kley es el mismo indio que vino a mi alcoba en Jamestown? —preguntó Jennifer a la muchacha.

—Oí hablar a los hombres en el barco. Dijeron que usted bajó a llevarle comida al indio. No lo habría hecho si no fuera el mismo.

—Tienes razón, pequeña —intervino Kley, cruzando los brazos sobre el pecho—. Yo soy este indio, pero nunca hago daño a tu señora. Ella también es mi señora.

Jennifer le hizo una seña y Sally voló sollozando a sus brazos.

—Nunca quise hacer daño —gritó—. Nunca quise.

Jennifer abrazó a la muchacha.

—¿Puedo confiar en ti?

La joven movió la cabeza.

—Con mi vida, milady, con mi vida.

Jennifer agarró la agarró por los hombros y la mantuvo a distancia para hablarle.

—Si le cuentas a alguien lo que has visto aquí, lord Hayward nos matará a las tres. —Un chillido de terror escapó de los labios apretados de Sally—. —Moriremos —insistió lentamente—. Nos cortará en pedacitos y nos arrojará al pozo. —Sally gimió mientras su respiración se volvía irregular y ella la sacudió—. No te desmayes. Escucha bien lo que te digo. ¿Entiendes? —Al escuchar un pequeño sonido de asentimiento, continuó—: No te pasará nada si haces exactamente lo que te digo. Te protegeré de Hayward.

—El salvaje me arrancará la cabellera.

Kley se echó a reír de nuevo.

—Este indio promete que no lo hará.

La puerta sonó.

—¿Lady Jennifer? ¿Está ahí? —Era el lacayo Robert—. Tengo otro tapiz.

—No digas nada —susurró Jennifer con urgencia—. Te lo explicaré todo más tarde. Abre la puerta a Robert y actúa como si nada hubiera ido mal.

—No creará —dijo Kley—. La muchacha está llorando.

—Di que te he abofeteado por haber sido descuidada. —Jennifer empujó a Sally hacia la puerta mientras Kley rodeaba sus hombros con la capa y acercaba sus labios a su oído.

—¿Esta noche? —susurró en *lenape*.

—Sí —respondió ella en la misma lengua. «Que Dios ayude a mi alma, pero ya he esperado bastante para convertirme en su mujer», pensó. Lo miró y le preguntó en inglés, pero en voz baja—. Esta noche, ¿dónde?

—Despide a tus criadas y yo iré a tu cama.

—Las ventanas de mi habitación están atrancadas.

—*La kella* —murmuró él—. Este indio encontrará un camino.

Se arrodilló para recoger el tapiz caído y cuando Robert entró, estaba de pie a una distancia apropiada de lady Jennifer con los ojos obedientemente bajos.

Capítulo 18

Cuando la noche cayó sobre Londres, Jennifer se dio un baño perfumado y se puso su camisón azul celeste de la más fina seda. Luego, envió a sus criadas a dormir a la habitación exterior. Después, pensó que Kley no iría a ella esa noche... no podría.

Sin embargo, sabía que encontraría la manera y su corazón le gritaba que aquella sería la noche de bodas que nunca había tenido.

Los pensamientos sobre Kley, el hombre al que amaba más que a su vida, ahuyentaron los temores que amenazaban con adormecer su mente. No había olvidado el mensaje de su padre; en su fuero interno, había juzgado a Arthur y lo había declarado culpable de un crimen del que nadie se había atrevido a acusarlo abiertamente.

Rawlyn intentaba advertirla. Como era natural, Jennifer sabía que no podía esperar mucha más protección de su familia. Le pedía que asegurara sus derechos con un heredero y se estremeció. ¿Creía su padre que ella querría un hijo de Arthur? ¿Cómo podía esperarse que una mujer buscara el hijo de alguien tan repugnante como para asesinar a su propio hermano y a su padre?

Su abuelo, el viejo conde, había dicho que la familia era lo primero. ¿Cuántas veces había oído Jennifer aquellas palabras? Se las habían repetido sus tíos, su padre, incluso su madre.

Los intereses de los Rawlyn eran más importantes que la felicidad o incluso la vida de un solo miembro de la familia. De niña, Jennifer había comprendido que algunos Rawlyn eran más valiosos que otros y que una mujer ocupaba un lugar muy bajo en la lista.

«Mi padre me sacrificaría por la oportunidad de controlar las tierras y el dinero de los Hayward», pensó. «Me quiere a su manera, y sufriría si yo muriera, pero eso no cambia nada. No puedo abandonar Hayward e ir a la casa de mi padre en busca de protección. Ruego a Dios que Arthur no se dé cuenta de nada».

Arthur había estado en Virginia cuando su hermano mayor, el heredero del condado, encontró una muerte prematura. La noticia oficial era que Richard Lindsey había muerto en un accidente de carruaje. Esas cosas pasaban todo el tiempo. El hecho de que el padre de Richard también muriera convertía el incidente en una doble tragedia. ¿Quién podría culpar a Arthur por algo que sucedió cuando él estaba a medio mundo de distancia? ¿No era una suerte para la familia Lindsey que hubiera un segundo hijo que heredara el título y la fortuna?

Arthur y Richard habían sido enemigos desde niños. Richard había sido un matón exagerado y prepotente. Jennifer lo había visto burlarse de Arthur, empujándolo a competiciones que un muchacho delgado, seis años más joven, no tenía ninguna posibilidad de ganar.

—Espada blanda —susurró Jennifer en el silencio de la habitación. Así había llamado Richard a su hermano de doce años aquellas Navidades en que todos habían estado invitados en

la casa de campo de lord Sneldon. Otros chicos habían hecho suyo el grito, avergonzando a Arthur y enviándolo llorando a esconderse en los establos.

Arthur Espada Blanda. ¿Podría haberse hecho realidad aquel amargo insulto tantos años después?

Intentó recordar retazos de cotilleos que había oído a las amigas de su madre. Richard Lindsey había matado a su magnífico semental porque había perdido una carrera en la que había apostado fuerte; Richard Lindsey abusó de las criadas en Sotterley hasta que una, al parecer embarazada de él, se suicidó.

Aquel mismo Richard Lindsey estaba muerto y su hermano Arthur gobernaba en su lugar. ¿Tenía Arthur la misma semilla de locura? ¿Había asesinado a Richard para convertirse en conde? Y si lo había hecho, ¿por qué era necesario destruir a su viejo padre al mismo tiempo? El anciano conde de Hayward había estado enfermo durante muchos años. Lo habían llevado en una silla en el momento de los esponsales de Jennifer.

—Mi padre cree que Arthur mandó matar a los dos —dijo en voz baja, mientras clavaba los ojos en las brasas del hogar.

Rawlyn era un hombre prudente y racional, con una red de espías e informadores. No le sugeriría algo tan terrible a menos que tuviera pruebas.

Enterró la cara entre las manos y se balanceó de un lado a otro, desesperada. Su vida corría peligro y, sin embargo, se esperaba de ella que desempeñara el papel de esposa cariñosa y obediente. ¿A nadie le importaba lo que ella quería?

A alguien le importaba. Una pequeña sensación de alegría brotó de lo más profundo de su ser. A Kley no le importaba la familia Rawlyn ni la riqueza ni el poder. Le había profesado su amor cuando ella no era más que una náufraga harapienta, un trozo de restos flotantes arrastrados por las olas.

Una sonrisa levantó las comisuras de su boca mientras trazaba con las yemas de dos dedos las curvas de sus labios, labios que había apretado con tanto descaro contra los de Kley.

Él la amaba. Y ella a él.

Inspiró con fuerza y dejó que la embriagadora emoción recorriera su tembloroso cuerpo. No era más que un esclavo. No tenía nada... pero lo tenía todo. Si debía llevar a cabo aquel retorcido juego de poder de su padre, también podía permitirse un poco de felicidad para ella.

Al otro lado de la ventana, el viento aullaba en las esquinas de la casa.

Jennifer cruzó las manos sobre el regazo, se sentó en silencio y esperó.

La voz de Adele la sobresaltó cuando el rostro iluminado por las velas de la irlandesa apareció en el umbral de la puerta.

—Milady. Lord Hayward le ruega que vaya a sus aposentos.

—¿Qué quiere? —preguntó con voz ahogada.

La mano de Adele, que sostenía el candelabro, vaciló.

—No lo sé.

—Dile a mi marido que estoy indispuesta y que lo veré por la mañana. —Apretó los labios

con fuerza al notar la huella roja de la palma de la mano de su esposo en la cara de la doncella.

—Lo intenté, milady. Dije que estaba en esos días de «mujer», pero Caroline lo negó y me acusó de mentirosa. —Adele tenía los ojos enrojecidos. —Le preguntó a Sally primero, y ella juró que estaba sangrando.

Jennifer se puso en pie.

—¿Dónde está Sally?

—Esa mujerzuela de Caroline le hizo sangrar la nariz. La mandé a la cocina para que se limpiara la cara y se cambiara.

—¿Caroline la golpeó?

Adele negó con la cabeza.

—Milord amenazó con echarme, milady, si no la llevo a sus aposentos.

Jennifer suspiró y se dio la vuelta. No permitiría que la obligara a acostarse con él aquella noche, aunque le costara la vida.

—Adele...

La doncella insistió:

—Lord Hayward dijo que se justificaría. Exigió que fuera o enviaría a su salvaje para que la llevara como un trozo de carne.



Arthur estaba recostado en un sofá cama de su alcoba, con los restos de su cena sobre una mesa de nogal con patas de hierro forjado ante él.

—Mi querida esposa —la saludó de forma burlona, mientras levantaba una copa—. Muy amable por acompañarme. ¿Tienes hambre?

Jennifer miró con desagrado el pastel de anguila a medio comer. La servilleta estaba llena de trozos de pasteles de azúcar y mazapán; en su mano derecha llevaba un hueso de jamón roído con grasa y cartílago aún adheridos a él.

Se quedó observando aquella mano. Tenía los dedos hinchados, como una pelota de piel de cerdo que un niño hubiera reventado a patadas.

—¿Estás enfermo —se interesó, manteniendo el tono de voz a pesar de que el corazón le latía con fuerza.

—Al contrario, querida, me siento muy bien. He recuperado el apetito. —Señaló la jarra que había sobre la mesa—. No te quedes ahí como un pasmarote. Siéntate. ¿Quieres un vaso de vino? Está bastante bueno.

Ella negó con la cabeza.

—Sabes que el médico te ha prohibido cualquier licor fuerte.

Por el olor de la habitación, su marido había bebido algo más que vino. Arrugó la nariz al

percibir el agrio olor de la orina. Era evidente que el orinal de Arthur necesitaba vaciarse.

—¡Por los clavos de Cristo! Ese matasanos es un déspota. ¡Malditas sean sus voraces entrañas! No sabe nada. —Arthur mordió un pedazo de anguila y lo masticó—. No permitiré que vuelva a atacarme con sus sanguijuelas.

Apuró la copa de vino y eructó.

—Estás borracho —lo acusó ella, tomando la ofensiva.

Nada la haría aceptar a aquel cerdo como marido, y nada la haría revelar el miedo que amenazaba con hacerle perder su propia cena.

—¿Y si lo estoy?

Atrapó el interior de su boca entre los dientes y mordió hasta saborear la sangre.

—¿Crees que puedes invocarme como a un mozo de taberna? —inquirió con altivez—. Olvidas quién soy.

Su rostro enrojeció mientras se ponía en pie, con los puños cerrados.

—Y tú, milady, olvidas quién soy yo. Soy tu legítimo esposo. Puedo citarte a cualquier hora del día, desnudarte y follar contigo en el patio ante todos los sirvientes, si me place.

—Eres bienvenida a intentarlo.

—¡Perra!

Jennifer se permitió una leve sonrisa.

—Tus frivolidades ya no me sorprenden, esposo. Antes de intentar degradarme, asegúrate de que puedes completar la actuación.

Arthur chilló con furia, se arrancó la peluca de la cabeza y le arrojó la copa de vino vacía a la cara. Falló por un centímetro.

Ella se echó a reír.

—Te encerraré —amenazó—. Te...

—No me harás nada. ¿Has olvidado que soy la hija predilecta de Rawlyn? Mi padre guarda una carta mía, para ser abierta en caso de mi desaparición o muerte. En esa carta, te acuso de ser incapaz de cumplir con los deberes de un marido y de amenazar mi vida.

Las venas moradas resaltaban en la cabeza recién afeitada de Arthur y sus ojos se salían de sus órbitas.

—¡Putita mentirosa! Estás loca como una cabra. Haré que te encierren en Bedlam.

—No eres el primero en sugerir tal solución, pero...

Él soltó una maldición y se lanzó hacia ella que cogió un tenedor de dos puntas de su mesa y lo sostuvo ante sí.

—Amenázame por tu cuenta y riesgo —le advirtió—. Sé más de tus asuntos de lo que crees. No fue el destino lo que te hizo conde, sino la intervención humana.

El rostro de Arthur se desencajó y palideció hasta adquirir el color de la manteca de cerdo. Se agarró la garganta, cayó de espaldas contra el poste de la cama y se aferró a él para apoyarse.

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir? —Alzó la voz.

Ella dejó que la mano que sostenía el tenedor cayera hasta su cintura. Su mirada se encontró con la de él y leyó la verdad desnuda en sus ojos. Era culpable. Los mató a los dos.

—Soy lady Hayward —dijo con suavidad—. Cualquier cosa que afecte a tu honor afecta al mío. No me permitirían testificar contra ti en un tribunal, aunque lo deseara. ¿No es mejor para nosotros vivir separados y en paz?

Se dejó caer en la cama.

—¿Qué estás diciendo? No he hecho nada.

—¿Nada, milord? —Sonrió—. Por supuesto que no. A menos que... —Hizo una pausa mientras cruzaba hasta la mesa y se servía un vaso de vino. Bebió un sorbo y se volvió hacia su marido—. Mi padre sabe la verdad.

Le tembló la barbilla.

—¿Qué verdad?

Jennifer suspiró y mordisqueó una loncha de queso.

—Basta con que seas lord Hayward. No debes tener miedo, tu secreto está a salvo conmigo. —Bostezó con delicadeza y se tapó la boca con la palma de la mano—. No deseaba casarme con el segundo hijo de un conde. Estoy acostumbrada a cosas mejores.

Arthur se lamió los labios resecos.

—Podría matarte con la misma facilidad.

—Creo que no —respondió ella—. A ti y a mí nos conviene que sigamos siendo buenos amigos. No interferiré en nada de tu vida si tú me muestras el mismo respeto. Elegiré a mis criados y entraré y saldré cuando me plazca.

—¿Y mis derechos como tu marido?

Ella continuó:

—Naturalmente, los amigos no tienen por qué compartir la cama. Toma una amante y di que soy estéril. Eso te hará ganar cierta simpatía entre tus amigos.

—¿Mientras tú haces un montón de estiércol del honor de mi familia?

—No me interesan los placeres carnales —mintió—. Déjame con mis actividades inocentes y me comportaré como corresponde a una respetable esposa.

—¿Te atreves a intentar chantajearme con tal acuerdo?

—Chantaje no, milord. Nunca me rebajaría a un comportamiento tan repugnante. —Extendió las manos ante él—. Pero soy, después de todo, una Rawlyn. Somos conocidos por negociar, ¿no es así?

—No admito nada. —Levantó un poco la barbilla—. Y yo no te acuso de nada.

—Que así sea, mujer —aceptó—. Pero si te quedas preñada con el hijo de otro hombre, lo ahogaré como al cachorro de una perra callejera. Y si me avergüenzas de palabra o de obra, haré que te envenenen. ¡Maldita seas, mujer Rawlyn!

—De acuerdo. —Jennifer hizo una elegante reverencia—. Buenas noches, milord.

Descansa y cuida tu salud; porque, si mueres, tu título pasará a otro y yo ya no seré lady Hayward, sino simplemente otra hija casadera para la casa de mi padre.

Estaba a medio camino de sus aposentos cuando permitió que las lágrimas resbalaran por sus mejillas.



Jennifer habría jurado que nunca dormía, pero de repente él estaba de pie junto a su cama. Extendió la mano para tocarlo, temerosa de que Kley se disolviera como lo habían hecho antes todos sus sueños con él.

—*N'tschutti* —susurró con voz ronca—. Querida, amada. —Tomó su mano y ella sintió su cálida realidad.

—¿Eres tú? —Parpadeó lágrimas de alegría, temerosa de que no fuera—. ¿Estás aquí o eres un sueño?

—Tú eres la visión, *Je-nni-fer*. —La parpadeante luz del fuego se reflejó en sus rasgos cincelados mientras apartaba las sábanas y miraba el cuerpo desnudo de ella con ojos ardientes—. Mi visión, que he llegado tan lejos para poseer.

Ella tembló, sin saber si era por el aire húmedo de la noche o por la intensidad de su penetrante mirada.

—Tengo frío —murmuró, tendiéndole los brazos—. Calientame.

Su pulso se aceleró cuando Kley se quitó la chaqueta y los calzones de sirviente. Se tiró de la cinta detrás del cuello y su cabello oscuro cayó libre y en cascada sobre sus hombros—. Te daré calor, *nihounshan* —le prometió, inclinándose sobre ella para darle un prolongado beso en los labios.

Mientras él se quitaba los zapatos de cuero y las medias de punto, la lluvia helada golpeaba los cristales de la ventana en forma de rombo. Jennifer se humedeció los labios y exhaló un largo y estremecedor suspiro mientras un cálido y pesado dolor de piernas la recorría por dentro.

—Hueles a menta —murmuró.

Él soltó una risita en el fondo de la garganta.

—Y a lana mojada y corteza de árbol. Este indio debe trepar a un árbol para llegar a tu ventana. No es fácil trepar a un árbol con zapatos ingleses.

Afuera, una rama de roble rozó la ventana y Jennifer abrió los ojos asustada.

—¿Qué es eso?

Él la tranquilizó, deslizándose a su lado y estrechándola entre sus brazos.

—No temas a la tormenta, *Je-nni-fer*. La tormenta es nuestra amiga.

Ella gimió de placer cuando la rodeó con los brazos y las piernas.

—Kley... oh, Kley. Ojalá nunca hubiera vuelto a Inglaterra. Te he deseado... necesitado tanto.

—Shhh, estoy aquí. —Su boca notó la de ella y tomó su labio inferior entre los suyos. Después chupó suavemente.

—Kley... Oh, Kley. —Suspiró mientras una sensación de agitación comenzaba en la boca de su estómago y subía. Sus pezones se endurecieron hasta convertirse en picos erectos al rozar la superficie satinada de su pecho, y la cálida dulzura entre sus muslos se intensificó.

Él rozó con la lengua la suya, que se abrió como una flor de primavera a su beso. Su boca era suave como el terciopelo y más dulce que la miel.

—*K'daholel* —susurró, dejando caer besos calientes y húmedos por su garganta—. Te quiero, dulce esposa. —Acarició un pecho con suavidad.

El ardor de sus entrañas se convirtió en un calor palpitante e incandescente, y ella gimió de éxtasis, acercando las caderas a las suyas, atrayendo la boca que él buscaba para besar y lamer sus doloridos pezones.

—Kley... Kley. —Su voz era grave y gutural—. Quería que me besaras así... que me tocaras.

—Este indio te ha deseado, mi *Je-nni-fer*, más tiempo del que puedas imaginar.

Su mejilla era suave contra su pecho desnudo, su aliento cálido y húmedo mientras le acariciaba el vientre y dejaba que sus fuertes manos exploraran sus caderas y el nido de rizos entre sus muslos.

—Dime que no nos equivocamos —le suplicó mientras el hambre insistente crecía en su interior—. Eres mi verdadero esposo, ¿verdad, Kley?

Él respondió con un beso abrasador, empujándola con urgencia hacia atrás entre las almohadas de plumas amontonadas y cubriéndola con su cuerpo duro y musculoso. Todos los pensamientos desaparecieron de su mente cuando Kley bajó su peso sobre la forma temblorosa de ella y sintió la fuerza de su eje palpitante contra su muslo desnudo.

—Tócame, *Je-nni-fer* —la instó. Le rozó la mejilla con el pelo y se apoderó de su boca ávida de besos ardientes y devoradores hasta que le dio vueltas la cabeza.

Incapaz de rechazarlo, ella cerró su mano temblorosa en torno a la fuente de su excitación. Sus entrañas se tensaron y gimió cuando los dedos de ella acariciaron la dura erección de su apasionada virilidad.

—Te deseo. Ámame —suplicó.

—*Je-nni-fer*. —Sus ojos reflejaban el fuego que danzaba en la chimenea, y ella se sintió atraída por las llamas.

—Por favor. —Se retorció bajo él. La piel le ardía y respiraba entre sollozos agitados—. Kley —gimió su nombre.

El dolor que comenzó a sentir se había convertido en un deseo feroz, un deseo que debía satisfacer o moriría.

La penetró despacio, con ternura, con embestidas agonizantes, dejando que la punta de su erección acariciara y provocara su carne dispuesta, mientras ella se tensaba contra él, ansiosa por liberarse.

El breve destello de dolor desapareció de sus ojos y comenzó a jadear. Entonces el antiguo

ritmo se apoderó de ellos y los lanzó juntos hacia un éxtasis mutuo que destrozaba el alma.

Olas de gozo inundaron a Jennifer mientras, tumbada en la seguridad de sus brazos, lloraba lágrimas agridulces.

—Querido... querido —murmuró—. Mi querido esposo.

Le besó el pelo, enrollando los mechones húmedos alrededor de sus dedos y saboreándolos con la punta de la lengua. Le cogió la cara con las manos y le besó las mejillas, los párpados, la nariz y la barbilla.

—¿Te he complacido? —preguntó ella tímidamente, cuando las lágrimas dejaron de brotar—. Yo nunca...

Él se echó a reír con suavidad.

—Aprendes rápido para ser una *equiwa* inglesa.

Ella sonrió y le tiró bruscamente de un mechón de pelo.

—¿Y a cuántas inglesas has instruido en las artes del amor?

—*Aiiee*. —Gimió fingiendo dolor—. Solo a una.

—Bien. Porque soy una *nahanuun* celosa.

—Tu *lenape* es muy malo. —replicó con una sonrisa.

—¿No soy tu *nahanuun*?

—Tú eres mi *nihounshan*, mi esposa. *Nahanuun* es el animal enmascarado que lava su comida antes de comer: el mapache.

Ella soltó una risita, contenta en el círculo de sus brazos.

—Si mi *lenape* es malo, es culpa tuya. Todo lo que sé lo aprendí de ti, esposo.

Bajó la cabeza y la besó en los labios.

—Esto es *tuun* —aseveró en tono solemne—. Boca. —Tocó la punta de su barbilla—. Y esto es *uiitshe*.

Ella le cogió la mano y se la llevó al pecho.

—¿Y cómo se llama esto?

—*Nunukuun*. —Rozó un pezón con los labios y Jennifer se retorció de placer.

—Enséñame más —insistió.

La mano de él bajó hasta posarse en el vientre de ella.

—*Uoote* —dijo.

—¿Y esto? —Rozó su virilidad con la punta de los dedos.

—*Oslahiila*.

—Mentiroso —acusó ella—. *Oslahiila* es un rayo.

Él se echó a reír.

—Sabes más de lo que aparentas, mujer. Quizá no lo sea. Tal vez sea *assuun hittuuk*.

—¿Árbol de piedra? —Ella soltó una risita.

—Creo que no.

—Este indio cree que ya tienes suficiente lección de palabras y no la suficiente para hacer que la sangre del marido se caliente.

Él enterró la cara en el hueco entre sus pechos y ella pasó los dedos por su pelo largo y oscuro. Se movió contra él, sintiendo que las cálidas y dulces sensaciones comenzaban de nuevo.

—Si pudieras enseñármelo una vez más —bromeó—, quizá podría...

—Un hombre debe ser de piedra para satisfacerte —susurró él—. Pero que no se diga que un guerrero del clan *munsee* no dio lo mejor de sí.

El deseo se encendió una vez más mientras se susurraban palabras de amor, se tocaban y se besaban. Esta vez, Jennifer no sintió dolor cuando se unieron. En su lugar, hubo un arrebato persistente que llenó su corazón de felicidad.

—Te quiero —confesó cuando yacían exhaustos por sus repetidos encuentros amorosos—. Te amo más de lo que jamás he amado a nadie.

—¿No te lo dijo este indio? —replicó él con pereza—. A orillas del gran mar salado, te prometí que vendrías a mí por tu propia voluntad.

Ella selló sus labios con un suave beso.

—Un caballero inglés nunca recordaría a una dama su error.

Le mordisqueó los dedos.

—Un salvaje no tiene piedad.

Ella sonrió y se acurrucó contra él.

—Si pudiéramos estar así para siempre —murmuró somnolienta. De repente se incorporó y le golpeó el hombro—. ¿Cómo has entrado en mi habitación?

—Ya te lo dije. Entré por la ventana.

—Pero hay barrotes en la ventana. Alguna pariente de Arthur estaba loca y la encerraron en estas habitaciones. ¿Eres un fantasma que puede entrar a través de barrotes de hierro?

—¿Las rejas protegían a la mujer que estaba mal de la cabeza?

—No. Adele dijo que ella saltó de otra ventana a su muerte.

—Vaya. El hierro no puede contener la carne. La carne es más fuerte. —Apartó las mantas y se levantó de la cama para ponerse ante el fuego. Extendió las manos hacia el calor y se volvió para sonreírle—. Durante muchas noches he venido a tu ventana y cortaba la madera bajo el hierro con mi cuchillo. Ahora estos barrotes van y vienen tan fácilmente como una flecha sale de mi carcaj —explicó.

—¿Has estado en mi ventana? ¿Muchas noches? Pero nunca oí...

Asintió con la cabeza.

—Bien. Este indio tenía miedo de que los ingleses lo convirtieran en un torpe. Ahora me voy, pero volveré.

En un instante ella estaba a su lado, aferrándose a él con todas sus fuerzas.

—No te vayas —le suplicó—. No me dejes. Solo Dios sabe cuándo podremos volver a estar juntos.

La besó una vez más, luego la apartó con firmeza y empezó a vestirse.

—Hay peligro para ti si este indio se queda demasiado tiempo. No dejes que tu corazón se entristezca. Encontraré la manera, *Je-nni-fer*. Te llevaré a mi tierra y no volveremos a separarnos.

—Ojalá pudiéramos, pero no es posible —susurró ella—. Tú, tal vez... tú solo. Podría haber una manera de enviarte de vuelta a las Colonias.

—Yo no voy solo —espetó él—. Un *Lenni-Lenape* no abandona a su esposa.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Entonces nuestro amor está condenado.

Él se acercó a la ventana en tres rápidas zancadas, luego se volvió para mirarla fijamente a los ojos.

—Te llevaré a casa, *Je-nni-fer*, o la fuerza de mi vida se agotará en suelo inglés.

—No lo entiendes. No hay forma de que escapemos de Arthur. Incluso si él...

—Encontraré una manera.

—¡Palabras atrevidas! —se enfureció—. Las dice un hombre que lleva la librea de Hayward. No eres más que su esclavo. ¿Cómo puedes dejar que te avergüence, que te trate como a una bestia salvaje en exhibición? ¿Dónde está tu orgullo Lenape en eso?

—Ningún hombre puede avergonzar a otro —replicó furioso—. La vergüenza viene del interior del corazón de un hombre, no del exterior. Llevo la ropa de Hayward y como su pan mientras aprendo las costumbres inglesas que nos llevarán de vuelta al otro lado del mar. Si no ves que Hayward se avergüenza de lo que hace, entonces puede que no haya esperanza para nosotros.

—Espera —suplicó ella—. Yo no...

Entró en la estancia una ráfaga de viento y una lluvia torrencial cuando Kley abrió la ventana de un tirón. Jennifer se quedó llorando sola.

Capítulo 19

Londres

Abril de 1665

Los transeúntes se dispersaron cuando el carruaje de Jennifer atravesó el puente de Londres. Odiaba el puente; los altos edificios de madera se amontonaban unos junto a otros, colgando sobre la estrecha y mal cuidada calzada. Nunca lo cruzaba sin tener la sensación de que toda la pesada estructura podría derrumbarse en cualquier momento y caer al Támesis.

Sally y Caroline, la espía de Arthur, estaban sentadas frente a ella; ambas doncellas la habían acompañado a la representación de la tarde en el Bear Garden, un popular teatro situado en la orilla sur del río. Su marido se había unido a ellas en la comedia y luego se había quedado con unos amigos para asistir a las peleas de gallos y, presumiblemente, a una noche de juego y jolgorio.

Arthur apenas le había dirigido la palabra, pero su aparición juntos bastaría para acallar las habladurías de que lord Hayward y su esposa estaban enemistados. Lo que pensaran los demás significaba poco para ella, pero mucho para él. Pasar una tarde en público en su compañía era un precio bastante pequeño a pagar por su relativa libertad.

Cuando salieron del Bear Garden, Jennifer ordenó al cochero que se detuviera en una pequeña iglesia. Dejando a Caroline en el coche, cogió a Sally y entró en la capilla para rezar. Aunque el interior de la iglesia era tranquilo y apacible, Jennifer no encontró alivio a su creciente inquietud.

No estaba hecha para vivir una vida de engaños e inmoralidad, pensó mientras el carruaje rebotaba de un lado a otro, haciéndole sonar los dientes y levantando una lluvia de polvo y cenizas. Independientemente de la promiscuidad desenfrenada de la corte del rey Carlos, para ella no era fácil de llevar.

No importaba que los maridos de la mitad de sus amigas tuvieran amantes abiertamente, o que el propio rey se acostara con la mayoría de sus amigas, incluida su hermana Ann. La pompa y el brillo que irradiaban Carlos y su corte restauradora le parecían a Jennifer más escoria que oro. Los bailes interminables, las fortunas ganadas y perdidas en los dados y las aburridas y repetitivas partidas de cartas carecían de sentido. Las únicas horas que importaban eran las que pasaba entre los fuertes brazos de Kley.

Estaban en un juego peligroso, pensó. A pesar del deterioro de la salud de Arthur, todavía podía matar a Kley o a ella si se enteraba de lo que estaba ocurriendo entre ellos bajo su propio techo.

Sus planes de enviar a Kley de vuelta a las colonias se habían quedado en nada. Cuando le

propuso a su padre que organizara el viaje, él solo se burló.

—¡Corazón de Dios, querida! —bramó Rawlyn—. ¡Recuerda quién eres! ¿Crees que me arriesgaría a robar y transportar al valioso esclavo de Hayward por la lujuria de una imbécil? Te advertí sobre esa criatura antes de que te casaras con Hayward. Pronto estarás de luto por tu milord. ¿No puedes ver su carne derritiéndose como la cera de una vela? Cuando esté decentemente bajo tierra, podrás jugar lo que quieras con sus mascotas. —Frunció el ceño y la miró fijamente—. Tu madre se quedó preñada un mes después de casarnos. ¿Qué te pasa que no engendras un heredero? Incluso una moza sería mejor que nada. Ve a la cama de tu marido y quédate allí hasta que te quedes embarazada.

—¿Crees que me apetece ir a la cama de un asesino? —inquirió furiosa.

—Arthur pagó para que soltaran la rueda del carruaje de su hermano. Eso difícilmente lo convierte en verdugo en jefe de la Torre, ¿no? No dudo de que quisiera a Ricardo muerto, pero la muerte del viejo fue probablemente un accidente. —Su padre se echó a reír y le dio unas palmaditas en la cabeza—. No tienes por qué preocuparte. Tú no te interpones entre él y un título. Si aún no ha acabado contigo, no lo hará. —La miró con desconfianza—. A menos que le pongas los cuernos con ese salvaje.

—No hace falta que me insultes —había replicado ella.

—Bueno... —la tranquilizó—. Entonces, cuando tengas un hijo, Hayward te tratará como si fueras de cristal. Solo asegúrate de que su heredero tenga el color de piel adecuado.

—Lo tendrá.

—Entonces no tenemos ningún problema, ¿verdad? Cuando Hayward muera, controlaré todo lo que es suyo. —Apaciguado, Rawlyn le había dado un raro abrazo y la había enviado por su camino—. Deja de preocuparte por los asuntos de los hombres y dedícate a la crianza —le aconsejó—. Nunca te habría contado lo que sé sobre Arthur si hubiera pensado que te ibas a emocionar tanto con todo este asunto.

El carruaje frenó de repente y Jennifer se precipitó contra un lateral. Empujó una cortina y se quedó mirando hacia fuera. Delante, bloqueando la calle, había un cortejo fúnebre. Por el tamaño del ataúd, el difunto parecía un niño. Detrás de la familia de luto caminaba un médico enguantado con la habitual bata de cuero larga y de falda completa y una máscara con forma de pájaro con un gran pico relleno de perfume que cubría su cabeza.

Jennifer dejó caer la cortina y se recostó en el asiento.

—Otra muerte por peste —dijo.

—Ayer vi caer a una mujer en la calle, en el mercado, milady —intervino Caroline—. Se dice que las muertes son numerosas en los barrios más pobres de la ciudad.

—Esa familia no era pobre —replicó ella—. He visto antes a ese hombre que lleva el ataúd. Es un comerciante de especias.

Sally abrió tanto los ojos que parecieron llenar su rostro manchado.

—Tápese la boca, milady —gritó—. La peste se transmite por el aire.

La muchacha había crecido cinco centímetros desde Navidad, y Jennifer le había encargado dos vestidos nuevos de buena lana con delantales a juego y cuellos de lino blanco, y

robustos zapatos de cuero. Para la excursión especial de ese día, se había puesto su nueva capa con capucha de lana azul de Flandes.

Jennifer pensó que era una lástima que su nueva ropa mejorara tan poco su aspecto. Siempre parecería un hambriento polluelo de petirrojo sacado de su nido en una tormenta.

—No debió dejar que Adele fuera a la boda de su hermana en St. Giles —se quejó Caroline—. Traerá la peste a casa y nos matará a todos.

—Maureen es la única hermana viva de Adele —explicó Jennifer—. Ella y su recién estrenado esposo, Sean, se van a vivir a Bristol. Si Adele no la hubiera visto hoy, Dios sabe cuándo podrían volver a visitarse.

—Chusma irlandesa —murmuró Caroline.

—Basta ya —espetó Jennifer—. Cuando necesite tu ayuda para instruir a mis doncellas, te la pediré.

—Sí, milady. —Caroline torció su delgada boca en una sonrisa.

Ella estaba enfadada. Ambas sabían que no podía despedirla, ya que era la espía de su esposo, y Caroline nunca dejaba de mostrarse descarada cuando era reprendida.

En realidad, a Jennifer le preocupaba la seguridad de Adele. Había pedido dos días libres para asistir a la boda de Maureen y se los habían concedido. Le compró un vestido nuevo y le entregó una bolsa de monedas de plata para que las regalara a la joven pareja. Robert, el lacayo, la acompañó para llevar una cesta de carne, queso y pasteles para contribuir a la cena nupcial. Robert había regresado a tiempo, con el aliento oloroso a cerveza, pero hasta el momento Jennifer no había visto nada de Adele. Le prometió que volvería por la noche y no era propio de ella no cumplir su palabra.

Jennifer hizo dos paradas más de camino al palacio, primero en un boticario para reponer su reserva de medicinas, y de nuevo en la tienda de Micah para dejarle un collar para que lo convirtiera en monedas. Cuando fuera posible enviar a Kley de vuelta a América, necesitaría disponer de una gran suma de dinero. Podía confiar en que Micah mantendría el dinero a buen recaudo y lo haría sin informar a su marido ni a su padre.

Cuando llegaron al anochecer, se encontraron con una confusión total. Los criados corrían de un lado a otro cargando bultos y baúles, y el gran carruaje tirado por cuatro caballos estaba preparado en la entrada oeste. Los sabuesos ladrones de Arthur corrían en círculos alrededor de los caballos y uno de los cocineros maldecía en voz alta a un mozo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jennifer a la criada más cercana.

—Lord Hayward ha estado preguntando por usted, milady —contestó la muchacha de cara enrojecida, dejando su desbordante cesta de sábanas en el suelo—. Ha dado órdenes de que partamos hacia el campo de inmediato.

—¡Ya estás aquí! —bramó Arthur. Después lanzó un mal juramento mientras bajaba corriendo los escalones traseros, con la peluca y el sombrero de plumas torcidos—. Haz que tus criadas recojan tus cosas. Nos vamos a Sotterley.

Tenía la cara roja e hinchada. Su atuendo, habitualmente imaculado, estaba en peor estado. Su abrigo de terciopelo marrón estaba arrugado y una media gris le caía alrededor del tobillo izquierdo.

—Pero aceptaste asistir a la mascarada en casa de lord Wilton mañana por la noche. Pensé...

—Maldito Wilton y su tonto asunto. El cocinero de Phillip Mal-sey murió de peste esta mañana. Dicen que la anciana madre de Phillip tiene horribles bultos en el cuello y anoche jugué a las cartas con Phillip.

—Pero seguramente...

—Nos vamos a Sotterley, he dicho. —Arthur se cubrió la boca con un pañuelo perfumado—. Lleva solo lo estrictamente necesario. Los criados pueden seguirte con cualquier otra cosa que necesites.

—¿Ha vuelto Adele?

Arthur negó con la cabeza.

—No he visto a esa mujerzuela que siempre está pegada a ti. Si se ha escapado, nos hemos librado de ella. Caroline puede...

—No tendré a Caroline en mi alcoba.

—Entonces debes conformarte con Sally y alguna moza en Sotterley. Dios sabe que hay suficientes perezosas a mi servicio. No nos arriesgaremos a morir de la peste por una ramera con cerebro de gusano.

—Como quieras, milord —respondió ella en tono sumiso—. Pero debo tener tiempo para cambiarme. No puedo cabalgar toda la noche con esta ropa. —Arthur murmuró algo en respuesta, y Jennifer se apresuró a subir a su habitación. Llamó a Sally y la muchacha fue a su habitación—. Ayúdame a ponerme el traje de montar —le pidió—. No puedo irme hasta que encuentre a Adele.

—¿Y si tiene la peste?

—Entonces debo saberlo. Quédate aquí y recoge mis cosas. Dile a cualquiera que pregunte por mí que he bajado o subido. Diles cualquier cosa, pero entreténlos.

En el patio, los mozos de cuadra sacaban los caballos del establo. El carruaje más pequeño que Jennifer acababa de utilizar iba detrás del grande, y un muchacho deslizaba sacos de pienso.

Jennifer miró hacia la cochera y vio a Kley en la puerta. Llamó a Robert y le indicó que la siguiera hasta la sombría cochera, vacía excepto por la calesa. El vehículo había sido cubierto con lona para guardarlo. Kley permanecía inmóvil a unos metros de la puerta. Se quedó mirándola sin hablar.

—Salvaje, Robert —dijo ella, dirigiéndose a los dos hombres—. Adele no ha regresado. Debemos ir a buscarla. Necesitaremos caballos, Robert. Ensíllalos enseguida. Puedes mostrarme dónde llevaste a Adele a encontrarse con su hermana.

—El indio no sabe montar, milady —le advirtió Robert—. El mozo de cuadra ha estado intentando enseñarle, pero dudo que pueda manejar un caballo en las calles de la ciudad.

Jennifer miró a Kley, que negó con la cabeza.

—Entonces puede montar detrás de ti —sugirió ella—. Llevaremos a Star y a uno de los castrados. Adele puede cabalgar detrás de mí a la vuelta. Puedes montar, ¿verdad, Robert?

—Sí, milady. Crecí en una granja. —Movi6 los pies con gesto nervioso—. Estoy m6s que dispuesto a ir por Adele, pero est6 oscureciendo. Las calles no son lugar para una dama sin una escolta adecuada. Ser6 mejor que...

—Trae los animales. Responder6 ante lord Hayward cuando Adele est6 a salvo con nosotros.

Al oscurecer en el patio, a Jennifer y a su grupo les resulto f6cil salir de los establos sin ser vistos. El 6nico criado que cuestion6 la apropiaci6n de los caballos de montar por parte de Robert fue Tom, el mozo de cuadra, y Robert lo reclut6 r6pidamente para que se uniera a la expedici6n.

Jennifer se esforz6 por no mirar a Kley mientras cabalgaban por las estrechas calles de la ciudad hacia las viviendas cercanas a St. Giles. Hasta el momento, ninguno de los criados, excepto Sally y Adele, sab6a de su implicaci6n. Ambas criadas eran leales, pero ella sab6a que ser6a solo cuesti6n de tiempo que alguien m6s del personal descubriera su secreto. Hasta entonces, deb6a fingir que lo ignoraba y 6l deb6a hacer lo mismo con ella.

Sin incidentes, llegaron a la casa donde viv6an Maureen y Sean. El joven respondi6 a la llamada urgente de Robert y, para alivio de Jennifer, Adele sali6 de inmediato.

—Oh, milady —se lament6 Adele—, siento no haber ido cuando le promet6. Maureen se puso enferma y he estado atendi6ndola. No me atrev6 a separarme de ella para dec6rselo y tampoco pude convencer a mi cu6nado para lo hiciera.

—¿Maureen est6 enferma? —inquiri6 ella—. No se ha contagiado de peste, ¿verdad?

—No, milady. A decir verdad, est6bamos un poco alegres y se resbal6. Se hizo una herida, pero ya ha dejado de sangrar. Puedo regresar con usted sin problema. Su esposo puede seguir cuid6ndola. Si me da tiempo para recoger mis cosas y despedirme, solo tardar6 unos minutos.

—Robert. —Jennifer le hizo un gesto, y el lacayo se acerc6 para coger el fardo que ella hab6a atado a su silla de montar—. Tem6a que te hubieras puesto enferma —explic6 a la doncella—. Aqu6 hay pa6os limpios, hierbas y una botella de caldo de pollo. Tu hermana puede qued6rselos.

—Gracias, se6ora —dijo Sean. Era un granjero irland6s alto, moreno y con manos y pies grandes—. Es muy amable por pensar en Maureen. Tambi6n estamos agradecidos por su regalo de bodas.

—Cu6dala bien —respondi6 ella—. Si se parece en algo a Adele, ser6a una buena esposa.

En minutos, su doncella estaba montada detr6s de Robert.

—Para ahorrarle al animal el peso de Salvaje, milady, el lacayo sugiri6 que Salvaje subiera detr6s del mozo Tom, y Jennifer condujo a su propia montura de regreso.

Hab6an recorrido una corta distancia cuando encontraron su camino bloqueado por el incendio de una casa. Reinaba la confusi6n mientras los vecinos ayudaban a la familia afectada llevando cubos de cuero con agua para rociar las llamas. Parte de la casa en llamas hab6a ca6do a la calle, por lo que no hab6a posibilidad de pasar con los caballos por delante del fuego.

—Debemos retroceder y dar la vuelta, milady —advirti6 Robert—. Hay un callej6n un poco m6s atr6s. Podemos ir por 6l.

El lacayo encabezó la marcha hacia el callejón, el caballo del mozo lo seguía de cerca. Jennifer llegó la última. El camino alternativo era demasiado estrecho para un carruaje y estaba tan oscuro que Jennifer apenas podía distinguir las casas a ambos lados de la calle. Una espesa niebla húmeda se extendía entre las paredes, amortiguando el ruido de los cascos de los caballos y distorsionando lo poco que podía ver. El hedor que emanaba de las viviendas y de la calle era lo bastante fuerte como para hacerla desear haber llevado uno de los pañuelos perfumados de Arthur.

Jennifer oía hablar a Robert y Adele, pero no entendía lo que decían. Había ruidos a su alrededor: perros que ladraban, bebés que gemían, gente que maldecía y portazos, pero los sonidos cotidianos parecían más ominosos que durante el día. No sabía si era la niebla y el humo de las chimeneas o la cercanía de las casas que sobresalían lo que la inquietaba tanto.

En la oscuridad se oyeron pasos, algunos rápidos y otros arrastrando los pies. Oyó chillidos de roedores y una vez su yegua tropezó con algo pesado que cedió bajo sus cascos. Star resopló asustada y se echó hacia un lado. Sobresaltada, Jennifer cayó sobre el cuello del animal y la agarró de las crines para estabilizarse.

—¿Se encuentra bien, milady? —llamó Robert.

—Sí. —Temblorosa, Jennifer se ató las riendas a la muñeca. Si se caía, no quería perder el caballo y quedarse allí a pie, ni siquiera por un momento.

—Estamos llegando a una calle más ancha —anunció el lacayo.

—Sí, milady, puedo ver luces de antorchas. Puede que sea la posada King's Arms —sugirió Adele.

Jennifer distinguió la silueta sombría de Robert y Adele mientras su caballo cruzaba la calle principal. De pronto, se oyó un ruido de ruedas y un pesado carro tirado por cuatro caballos dobló la esquina dando tumbos. El mozo de cuadra frenó a su caballo y la yegua de Jennifer se detuvo en seco para evitar chocar con ellos.

Sin previo aviso, varias figuras surgieron de la oscuridad. Unas manos ásperas rodearon el brazo y el tobillo de Jennifer. Ella gritó y golpeó a sus atacantes, tirando bruscamente de las riendas para hacer retroceder a su yegua.

Le arrojaron algo por encima de la cabeza y la arrastraron de la silla. Jadeando, cayó pesadamente contra el pecho de un hombre, que se tambaleó bajo su peso y gritó de dolor cuando la rodilla de ella le golpeó la cara.

—¡Maldita zorra! —maldijo.

Jennifer se quitó la manta de la cabeza y golpeó con la palma de la mano en la nariz de su agresor. Él perdió el agarre, y ella rodó sobre los adoquines y se escurrió bajo el vientre de su caballo.

—¡Cogedla! —gritó otra voz.

Algo pesado golpeó su hombro y la pata trasera de la yegua. Star se lanzó hacia delante sobre las patas delanteras y golpeó con los cascos traseros. Jennifer oyó un ruido sordo y un grito.

—¡Jesús! Harry ha caído.

Las riendas de la yegua seguían enredadas en la muñeca de Jennifer. Mientras el animal se agitaba y sacudía la cabeza, Jennifer pensó que le arrancarían el brazo de cuajo.

—¡Kley! —gritó—. ¡Ayudadme!

Adele comenzó a dar la voz de alerta.

—¡Ladrones! —¡Llamad a los guardias! ¡Asesinos!

Una mano agarró el pelo de Jennifer y tiró con fuerza, intentando sacarla de debajo del caballo. Ella giró la cabeza y hundió los dientes en la carne desnuda. Se oyó otro grito y se soltó el pelo. Jennifer se agarró a la silla e intentó levantarse. Las piernas se le enredaron en los faldones y se cayó. Luego se agachó bajo el cuello de la yegua y apoyó la espalda contra la pared. Apretó a Star contra ella para que el animal se interpusiera entre su cuerpo y las figuras que forcejeaban.

Alguien agarró la brida de la yegua, y el animal enseñó los dientes y sacó la cabeza con saña hacia el recién llegado. Luego retrocedió y relinchó.

—¿*Je-nni-fer*?

—¡Estoy aquí!

Los hombres corrían con antorchas. Ella alcanzó a ver a Robert con un garrote en la mano, de pie junto a un tipo en el suelo. A Tom, el mozo, le corría la sangre por la cara. Los cuerpos de los atacantes yacían esparcidos como ratas muertas tras el ataque de un perro rabioso. Uno se arrastró hacia la puerta abierta más cercana.

—Milady —llamó Adele—. ¿Está a salvo?

—Sí, estoy bien. —Se recostó contra Kley y por un instante sus miradas se cruzaron.

Luego él la subió a la silla y saltó detrás de ella. Se recostó contra él, con el corazón palpitante. El ataque había sido tan rápido que no había tenido tiempo de asustarse. En ese momento sus rodillas parecían de gelatina.

—Debemos irnos antes de que llegue la guardia —sugirió Robert.

Jennifer miró las formas inmóviles en la calle mientras el terror retrocedía.

—Pero querrán...

—Será mejor que nos vayamos —murmuró Kley en su oído.

Golpeó las riendas contra el cuello de Star y la yegua se lanzó hacia delante. Jennifer la condujo hasta la calle principal y la empujó al galope. Robert, Adele y Tom la siguieron.

Cuando los caballos cruzaron el patio empedrado, Sally salió corriendo de la casa de lord Hayward. El gran carruaje había desaparecido y solo se veían unos pocos sirvientes.

—Oh, milady —llamó Sally—. Milord se ha ido y os ha dejado. Estaba muy enfadado.

Jennifer se dio cuenta de que Sally tenía el labio hinchado y agrietado, y los ojos enrojecidos por el llanto.

Kley se bajó del caballo sin hablar y ayudó a Jennifer a desmontar. Luego cogió la brida de la yegua y esperó, con la cabeza gacha, pareciendo no escuchar lo que se decía a su alrededor.

Patrick salió de la cocina.

—Tenemos que irnos enseguida, lady Hayward —explicó nervioso. Hay era un mozo de cuadra recién ascendido a cochero. Se quitó la gorra y miró de reojo a su primo Tom—. Lord Hayward juró que nos quitaría el pellejo si nos marchábamos sin usted, milady. Debemos tomar el camino de Colchester. Su señoría irá directo a Sotterley sin detenerse. Dio órdenes de que hagamos lo mismo. Dios quiera que la peste no nos acompañe.

Sally vio a Adele y corrió a abrazarla.

—Temía que la muerte negra te hubiera matado —sollozó.

Patrick Hay se aclaró la garganta.

—No tenemos tiempo que perder, milady. Será mejor que...

—Partiremos a primera hora de la mañana —decidió ella—. Ocúpate de que estos caballos estén listos y cuidados.

Sally se dio la vuelta.

—Pero milady, lord Hayward dijo...

—Es menos probable que esta noche nos trague la peste que ser asesinados por salteadores de caminos. Por mi parte, no tengo intención de pasar toda la noche en el camino cuando podría dormir en mi propia cama. —Se volvió hacia Robert—. Tú estás al mando aquí. Asegúrate de que todo esté listo para nuestra partida mañana. —Señaló a Kley con el dedo—. Salvaje se ha comportado con mucha valentía. Encárgate de que reciba carne con su cena. —Con un guiño a Kley, se recogió las faldas y se dirigió regiamente hacia la casa, luego se detuvo en la entrada—. Sally me asistirá esta noche —proclamó—. Puedes comer y retirarte, Adele. Estoy segura de que estás cansada de todo el día.

—Ya has oído has escuchado a milady —gritó el lacayo al mozo—. Que todos estos animales estén preparados mañana.

Jennifer pidió la cena a las sirvientas que quedaban en la cocina y subió por la gran escalera hasta sus habitaciones del segundo piso. Le daría tiempo a bañarse antes de que Kley llegara a su ventana. Por una vez, podrían disfrutar de una cena tranquila juntos y de toda la noche abrazados.

Suspiró y una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Era una pena que tuviera que seguir a Arthur a Sotterley. Londres sería mucho más interesante sin él.

Poco después, se inclinó hacia delante en la bañera y suspiró de placer mientras Kley le enjuagaba el pelo con agua perfumada con rosas.

—Esto es maravilloso. —Él vació la jarra sobre su cabeza y le tendió un paño de lino limpio para que se envolviera el pelo. Cuando salió de la bañera, la cubrió con una manta que había calentado ante el fuego—. Oh, me encanta. Te cambiaría por Adele sin pensarlo —bromeó.

Kley se echó a reír con suavidad mientras la sentaba en una silla y le secaba el pelo con el paño. Luego cogió un cepillo con mango de marfil y empezó a quitarle los enredos con suavidad.

—Si este indio hubiera sabido que tendrías agua caliente, no se habría lavado en barril de lluvia.

Ella le estrechó la mano y se la llevó a los labios.

—¿Estamos locos, Kley? ¿Bromear y jugar cuando la muerte negra asola Londres?

¿Deberíamos haber seguido a Arthur de inmediato, como nos ordenó?

Pasó el cepillo por su cabello color miel.

—Entre mi pueblo se cree que los demonios acuden a la enfermedad. Puede que nuestra risa y el brillo de tus ojos los mantengan alejados esta noche. —Se encogió de hombros—. ¿Quién sabe? Si salimos corriendo de la ciudad como conejos asustados, puede que los demonios se aferren a la parte trasera del carruaje y se arrastren por nuestras gargantas mientras corremos. —Levantó un puñado de pelo y besó su húmedo cuello—. Aunque muriera mañana, tendría esta noche a tu lado, mi *Je-nni-fer*.

Ella se giró para contemplar su intensa mirada.

—No eres como ningún otro hombre que haya conocido.

Sus ojos oscuros reflejaban la luz del fuego.

—Solo conoces ingleses.

—Aquí —continuó ella—, conmigo, eres tan gentil como una niñera. Sin embargo, en la calle has sido... —Tragó saliva, embargada por emociones confusas—. ¿Quién eres, Kley?

Él dejó a un lado el cepillo y se arrodilló a su lado.

—No tengas miedo de mí, *Je-nni-fer*. Nunca te haré daño. —Los angulosos planos de su rostro se endurecieron—. No me gusta matar. He matado y puede que tenga que volver a hacerlo, pero no encuentro placer en derramar la sangre de hombres o animales. —Su barbilla se levantó desafiante—. Esos hombres de la calle eran peores que bestias. Te harían daño para robarte lo que no es suyo. No malgastes las lágrimas de tu corazón con esos hombres. —Kley hizo un rápido gesto de despedida con la palma de la mano—. No son nada.

Jennifer parpadeó para contener las lágrimas.

—No quiero estropear nuestra velada con oscuros recuerdos. —Le puso la mano en la cabeza—. A veces me pregunto cómo sería vivir contigo en un *wigwam* en las costas de América. ¿Nunca te sientes solo?

Se puso en pie, la cogió de la mano y tiró de ella hacia la cama con cortinas. Sus mejillas se tiñeron de color cuando él apartó la manta y la metió entre las sábanas, con solo su pelo para cubrir sus pechos sonrosados.

—Serías feliz, *Je-nni-fer*. Sé que lo serías. —Ella se arrellanó contra las almohadas y él se sentó con las piernas cruzadas en el centro de la cama—. Los *Lenni-Lenape* somos una sola familia —explicó—. Tenemos muchos clanes, pero nos consideramos hermanos y hermanas. Cuando viniste a verme, yo estaba solo, pero no viviríamos solos en mi tierra, a menos que tú lo desearas. En invierno, mi pueblo se traslada a una aldea en lo profundo de los bosques. Allí pasamos el frío festejando, bailando, contando historias y visitando a nuestros amigos y parientes.

—Pero tenéis que cazar en invierno, si no, ¿qué coméis?

—Es cierto. El comienzo del invierno es el momento de cazar el oso. Su carne nos alimenta. Su grasa evita que el viento invernal nos queme la cara. Su piel proporciona al guerrero y a su mujer un lugar suave y cálido para hacer el amor. Sonrió—. Me acostaría contigo sobre una piel de oso, *Je-nni-fer*. Las ancianas dicen que hace niños.

—¿Y en primavera?

—Cuando se rompe el hielo en el río, tomamos... —Su ceño se frunció mientras buscaba la palabra adecuada en inglés—. *Onsikaamme*, el arco nos da... —Se golpeó la frente con un dedo delgado—. Las palabras están aquí, *Je-nni-fer*, pero no siempre llegan. El jugo de este árbol hace un dulce como el azúcar. Siempre es tiempo de alegría entre mi gente. Hay bodas y bailes. Mucha diversión para los niños. Juegos. Todo el tiempo, historias y risas. Los *cocumthas* hacen... Vierten el dulce cocido en formas en la nieve para los niños. Cuando la tierra se calienta, plantamos nuestros jardines.

—¿Cultiváis la tierra?

—Maíz, calabaza, legumbres... La época de la siembra es una época feliz. Mucho baile y risas. El tiempo de la nueva vida. Nacen muchos niños. —Sus ojos inquietos recorrieron la habitación y se centraron en el tocador de Jennifer—. ¿Qué es esto? —preguntó. Abandonó la cama y examinó la caja de polvos para el rostro y la boca que había bajo el espejo de marco plateado—. ¡Es pintura fina, *Je-nni-fer*! —Volvió a la cama con la caja—. Me gusta esta pintura.

Ella soltó una risita.

—Un caballero no rebusca entre los objetos personales de una dama —le advirtió de forma burlona—. Ten cuidado. Derramarás la...

—Calla —pidió él. Avanzó sobre el colchón, se mojó el dedo con la punta de la lengua y tocó un poco de color en polvo del estuche—. Yo contaré una historia. Tú escucha. No es de buena educación que un *Lenape* interrumpa cuando habla un contador de cuentos.

Ella volvió a reírse mientras él le dibujaba líneas en la frente con el polvo para labios.

—¿Qué haces?

—Cuento sobre la siembra de primavera. Esta marca significa para los jóvenes que busquen una mujer en otra parte. Dice que tu ojo se posa en un guerrero poderoso. —Sacó de una cajita de cristal un parche plateado con forma de luna creciente—. ¿Qué es esto?

—Es un parche, para cubrir cicatrices de viruela o verrugas, o simplemente por moda. Las damas los llevan.

—Arthur los lleva. Este indio lo ha visto. Y otros hombres... en la casa de vuestro rey. —Humedeció el parche y se lo pegó en el pómulos izquierdo.

—¿Qué estás haciendo?

—Shhh. Hago medicina mágica. Esta marca alejará las enfermedades de nosotros y hará que tus pechos crezcan.

—¿Mis pechos? ¿Qué tienen de malo mis pechos?

Riendo, se lanzó sobre ella, hundiendo su cara en la suavidad de sus pechos. La caja de polvos cayó al suelo sin ser notada mientras él saboreaba la dulzura de sus labios. Jennifer enredó los dedos en su pelo y tiró de él.

—Te quiero —susurró—. Debo de estar loca, pero te quiero más que a la vida misma.

Relajó el agarre de la sábana y sus ojos buscaron los de él.

—Este indio cree que hace calor aquí —murmuró Kley en su lengua.

—Entonces quítate la ropa —respondió ella en el mismo idioma.

—¿Me invitas? —preguntó él en inglés.

Ella se humedeció los labios con la lengua y levantó la esquina de la sábana.

—Aquí abajo no hace frío.

Su ropa siguió a la caja de polvos y él se subió junto a ella, envolviéndola en sus fuertes brazos.

Sus labios se encontraron y Jennifer tembló.

—Y en verano —murmuró—. ¿Qué haremos en verano?

—En verano te abrazaré así... y te besaré aquí... y aquí... y aquí.

Ella gimió y se apretó contra él, excitada por el creciente calor de su virilidad hinchada.

—En verano —repitió.

Kley le cogió el pecho con la mano.

—En verano, dejamos nuestro campamento de invierno y nos vamos al mar. Allí pescamos, nadamos y nos abrazamos a la luz de la luna. —Su lengua le acarició el pezón hasta ponerlo erecto.

—¿Y en otoño?

La cubrió con su cuerpo.

—En otoño, volvemos al campamento de invierno, cargados de pescado seco y almejas. Cosechamos nuestros campos y llamamos a nuestros seres queridos para que se unan en acción de gracias. Bailamos y cantamos, y arrastramos al bosque a doncellas de ojos oscuros para compartir promesas de alegría.

Jennifer se arqueó provocativamente contra él.

—¿Y qué hay de las doncellas de ojos verdes? ¿No hay esperanza para ellas?

—Pregúntamelo por la mañana —murmuró él, y el fuego saltó entre ellos cuando su boca ansiosa buscó la de ella.

Capítulo 20

Sotterley, Essex

Los jinetes pasaron al galope por delante de la pequeña aldea de casas con entramado de madera, cruzaron un puente y atravesaron un prado verde y exuberante donde pastaban esponjosas ovejas blancas bajo la atenta mirada de dos jóvenes pastores. Los caballos de raza estiraron sus largos cuellos y corrieron a través de un bosque de robles hasta llegar a un amplio campo de brillante verdor salpicado de árboles.

Jennifer, dos cuerpos por delante del jinete más cercano, instó a su montura a superar el seto bajo que le bloqueaba el paso. La yegua saltó sin problemas y respondió a la ligera presión de las riendas mientras la guiaba en un círculo cerrado y la detenía. Se inclinó hacia delante y acarició el cuello de la yegua, elogiándola con palabras suaves. Entonces miró hacia el otro lado del seto y se echó a reír. El alazán de Kley estaba de pie un poco más allá del salto, con las orejas tiesas. Kley se estaba levantando de la hierba mojada.

—Se supone que tienes que quedarte sobre el caballo cuando salta —bromeó.

La respuesta de Kley fue un juramento inglés mal pronunciado que arrancó lágrimas de risa a Jennifer.

En las dos semanas que habían pasado en Sotterley, Kley había estado aprendiendo a montar. Era el deseo de Arthur que su criado indio fuera adiestrado como mozo de cuadra y cazador para que pudiera acompañar a Arthur en las partidas de caza. Tom recibió la orden de enseñar a Salvaje y, hasta el momento, los progresos avanzaban a base de bruscos arranques y paradas.

Tom refrenó a su caballo gris cerca de la casa de Jennifer.

—Me temo que la monta de Salvaje no es gran cosa, milady —observó el mozo con una amplia sonrisa—, pero creo que le estamos enseñando a hablar con propiedad.

Al tercer intento, Kley permaneció técnicamente en la silla mientras el caballo superaba el seto, y los tres jinetes continuaron por la llanura del parque. Más adelante, justo dentro de un bosquecillo de robles altísimos, Adele y Robert esperaban con la comida del mediodía. Cuando llegaron al lugar donde la doncella extendía manjares sobre un paño de lino limpio, Jennifer permitió que Tom la ayudara a desmontar, y luego le indicó que regresara a la mansión.

—Como ordene, milady. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el indio y añadió-. Lo llevaré conmigo.

Jennifer negó con la cabeza.

—No será necesario. Robert y Adele me acompañan y Salvaje puede quedarse también.

Tengo intención de cabalgar hasta Druid's Well esta tarde. No está lejos. Nos acompañará. Dios sabe que el hombre necesita la práctica.

Deshacerse de Adele y Robert después de la comida fue sencillo; Jennifer solo tuvo que recostar la cabeza sobre una manta y fingir que dormía la siesta. Oyó susurrar a los dos y luego sus cuidadosos pasos alejándose en el bosque. Adele y Robert habían sido incapaces de ocultar el creciente apego que sentían el uno por el otro y ella estaba segura de conocer el motivo de su marcha.

Tumbarse sobre la manta bajo los árboles era tan relajante que estuvo a punto de quedarse dormida. El día de abril era cálido y el aire olía a flores silvestres y turba antigua. En lo alto, los pájaros cantaban y las ardillas parloteaban, y un viento suave tocaba música entre las copas de los árboles.

Un grito de guerra *Lenape* rompió su trance onírico cuando Kley se abalanzó sobre ella, le agarró las muñecas con fuerza y la inmovilizó contra el suelo.

—¡Oh! —jadeó con sorpresa. Se agachó sobre ella y la miró fijamente a los ojos. Los pómulos de Kley tenían rayas de pintura azul y roja, y sus rasgos no daban ningún atisbo de sonrisa. La excitación teñida de miedo burbujeó en su garganta e intentó soltar una risita—. ¿Dónde has encontrado la pintura?

—Silencio, mujer —le ordenó—. Eres mi prisionera. Te diré cuándo puedes hablar.

—Bien. —Jennifer tragó saliva y se humedeció los labios.

Pensó que le estaba tomando el pelo, para vengarse por haberse reído de él. Pero una voz interior le preguntó, si estaba totalmente segura de eso.

Se agitó y él le apretó las muñecas.

—Quédate quieta.

—Habría pensado que estabas demasiado dolorido para moverte tan rápido —aventuró ella. Su cercanía era a la vez aterradora y embriagadora. Tenía la boca seca y el corazón le latía como si hubiera estado corriendo. Podía sentir el calor de su cuerpo a través de la ropa—. Deja que me incorpore antes de que me arrugues el traje de montar.

—Si *Wishemenetoo* hubiera querido que sus hijos cabalgaran a lomos de bestias, habría hecho caballos que no se separaran del jinete —replicó él con voz ronca. Entornó los ojos y añadió—: Y estoy seguro de que no pretendía que *Keequa* se burlara del dolor de su marido.

—Kley —insistió ella, luchando contra su propio deseo creciente—, déjame ir. Alguien puede vernos.

—Robert y tu mujer fueron al bosque. Este indio no cree que vuelvan pronto.

Un escalofrío la recorrió. ¿No era eso lo que tenía en mente cuando se alejaron? ¿No tenía la intención de que...

—No es seguro —le advirtió—. Arthur podría...

—No hará nada. Se quedará en su habitación y beberá el líquido del fuego hasta que su cuerpo muera. ¿Puede un hombre que no camina, montar a caballo?

—Tiene espías que me vigilan. Podría...

Kley la silenció con sus labios.

—Me gusta tu sabor, *equiwa* inglesa —murmuró—. Creo que me quedo contigo.

La besó de nuevo y ella fue incapaz de resistir el canto en su sangre. Le devolvió el beso con ardor. Él la liberó y ella le echó los brazos al cuello. Lo abrazó con fuerza, arqueándose contra la dura longitud de su musculoso cuerpo.

—Kley... no. —Suspiró de placer cuando él le levantó el pelo para besarle la suave curva de su cuello—. No podemos... es demasiado peligroso.

—Te entiendo, mujer. —Su mano se deslizó por debajo de la falda y subió muy despacio por la pierna y la cara interna del muslo—. Este indio oye tus palabras, pero oye más fuerte lo que dice tu corazón.

Ella respiraba de forma entrecortada mientras sus besos se intensificaban y las manos de él seguían tocándola y acariciándola. De algún modo, sus faldas se enredaron en su cintura y Kley estaba encima de ella, susurrándole al oído palabras de amor *Lenape*.

—¿Estás loco? —protestó con voz débil—. No aquí, al aire libre, donde cualquiera podría vernos. No podemos...

—No podemos —susurró él a su manera suave y cadenciosa—. ¿No podemos qué? ¿Esto? ¿O esto? —Volvió a besarla y luego descendió los labios hasta algunos lugares donde nunca antes lo había hecho.

Ella jadeó y su cuerpo tembló bajo el suyo. Contra su voluntad, sus manos se introdujeron en su ropa para tocarlo y provocarlo. Y antes de que pudiera controlar su cuerpo caprichoso, estaban atrapados en la agonía de un apasionado acto de amor.

Más tarde, se tumbaron abrazados y contemplaron el extenso dosel de hojas verdes.

—Quiero quedarme contigo para siempre, Kley —murmuró con voz somnolienta.

—Esta tierra es buena, pero hay demasiados ingleses. Ya veo por qué vienen a tomar tierras *lenape*.

—Tienes razón. Aquí mucha gente se muere de hambre.

—¿Cómo de hambrientos? Vemos muchas ovejas en los prados, y leo aquí huellas de ciervos y de aves.

—La gente común no puede cazar los ciervos —explicó ella con suavidad—. El rey reclama todos los ciervos, o más bien lo hacían los antiguos reyes. Ahora muchos señores pagan por el derecho a cazarlos.

—¿Cómo puede un hombre reclamar ciervos? ¿Acaso alimenta a esos ciervos y los lleva a su casa por la noche como si fueran perros? Es otra señal de que los ingleses tienen la cabeza blanda. Ningún valiente *Lenape* dejaría que su mujer y sus hijos pasaran hambre cuando hay ciervos gordos paseando por el bosque.

—Aquí ese hombre sería un cazador furtivo. Lo colgarían o le cortarían las manos como advertencia para los demás.

—Déjame llevarte al bosque, *Je-nni-fer*. Podríamos vivir allí. Ningún hombre atraparía a Shaakhan Kihittuun y le cortaría las manos. Un hombre que lo intentara dejaría una mujer llorando.

Jennifer se echó a reír.

—Podríamos construir una enramada de hojas de roble y vivir como Robin Hood y la doncella Marian. En verano sería una algarabía, pero ¿qué haríamos cuando nevara?

—Entonces este indio te vestiría con túnicas de piel de conejo y te mantendría caliente en mis brazos. —Le besó la punta de la nariz—. Habría peces en esos ríos y patos en el cielo. Podríamos vivir como la gente de verdad.

Ella suspiró.

—Es una fantasía maravillosa, pero no muy práctica. —Le levantó la mano y rozó sus ásperas yemas con los labios—. Te quiero, Kley, pero ¿cómo puedo hacértelo entender? No podemos huir a vivir como forajidos en el bosque. Nos cazarían como bestias y nos asesinarían. Me equivoqué cuando no me quedé contigo en América. Incluso entonces, quería hacerlo, pero tenía miedo de seguir mis propios instintos. Creía que éramos demasiado diferentes para conocer la felicidad juntos.

—¿Y ahora? —Le cogió la barbilla con la mano—. ¿Qué crees ahora?

Ella suspiró de nuevo y cubrió su mano con la suya.

—Creo que nuestro amor es más grande que las diferencias, pero es demasiado tarde para nosotros, Kley. Si no hubiera sido tan tonta, hoy no estarías prisionero.

Trazó el contorno de sus labios con el índice.

—Esos días han pasado. Mi *cocumtha* dice que no se gana nada derramando lágrimas por lo que ya pasó. Debemos pensar en el mañana, *Je-nni-fer*. Nuestros hijos no pueden vivir así.

Tocó un nervio en carne viva dentro de ella.

—No quiero pensar en niños. —Su tono fue demasiado brusco—. No estoy embarazada. No puedo estarlo. Hay una docena de razones por las que los cursos de una mujer pueden retrasarse. Quiero tener hijos algún día, pero no ahora. Si yo tuviera a tu hijo, Arthur no lo dejaría vivir.

—Morirá antes de que nazca un *apetotho* nuestro.

Jennifer se estremeció ante las ominosas palabras de Kley. El mes anterior había tenido una falta y volvía a llevar dos días de retraso. Llevaba semanas tan hambrienta como un mozo de cuadra y todos los cuentos de viejas hablaban de los síntomas que ella notaba.

Levantó los ojos para mirarlo.

—No puedes entender su poder —argumentó—. Arthur es un conde, puede convocar a muchos guardias armados para... —Se interrumpió, sin palabras—. Imagina un gran jefe de tu pueblo, un hombre que pudiera dirigir a cientos de guerreros.

—Ningún guerrero Lenape seguiría a un hombre que pretende hacer la guerra a los niños.

—Entonces los ingleses son diferentes de tu pueblo —dijo ella con tristeza—. Debes encontrar una forma de escapar... de volver a casa. Aquí no nos espera más que angustia.

—Esto ya lo he dicho antes, *Je-nni-fer*. No cruzaré yo solo el océano.

Cuando Robert y Adele regresaron, Jennifer seguía dormitando sobre la manta y Kley cabalgaba en círculos lentos y tranquilos por el prado. Jennifer le había quitado todo rastro de

pintura facial *Lenape*.

Antes de que Adele pudiera recoger los restos de la comida, Tom llegó galopando por el campo.

—Milady —gritó—. Milady, debe venir enseguida. Hay malas noticias de Londres. Lord Hayward le ruega que se apresure.

Minutos más tarde, todavía polvorienta por su salvaje cabalgata, Jennifer subió las anchas escaleras de mármol y se reunió con su marido en el gran salón. El techo estaba abovedado con vigas de roble oscuro, y las polvorientas cabezas de jabalíes y astas de ciervo muerto se alineaban en las paredes. Una chimenea abierta, lo bastante grande para asar un buey entero, y el suelo estaba cubierto de esteras de junco.

Jennifer arrugó la nariz. Hacía tiempo que debían haber cambiado los juncos, y la media docena de sabuesos que yacían por la sala no contribuían en nada a mejorar el aire.

—Tom dijo que hay malas noticias de Londres —comenzó ella.

Arthur dejó a un lado el libro que estaba leyendo y cogió su copa de vino. Tenía un pie vendado apoyado en un taburete y sus ojos parecían demasiado grandes para su rostro.

—Sé fuerte, Jennifer —dijo. Sus palabras eran compasivas, pero el tono era tan quebradizo como la escarcha.

El corazón le dio un salto en la garganta. Había dejado atrás a los demás, azotando a la yegua para llegar hasta la mansión. Sin embargo, de repente, no quería oír lo que Arthur tenía que decir. Tuvo la terrible premonición de que las malas noticias se referían a su padre.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —se obligó a preguntar.

Arthur sorbió lentamente su vino, relamiéndose los labios. Un hilillo se deslizó desde la comisura de sus labios hasta gotear por su barbilla. Jennifer observó la gota sin respirar.

—Dios ha puesto su mano sobre tu casa —dijo finalmente—. Tu madrastra ha muerto de peste.

—No. —Jennifer negó con la cabeza. Nunca habían sido amigas, pero aun así... que la peste se acercara tanto a...

—Y tu hermano James y su mujer, Margaret.

Jennifer lo miró con incredulidad. Era un ser despiadado que disfrutaba con aquello.

—¿James?

—Muerto y enterrado en el cementerio de Rawlyn House.

—¿Y mi padre? —Ella agarró la parte posterior de una silla de roble tan fuerte, que sintió que se le rompía una uña. El dedo empezó a sangrar, pero no se dio cuenta—. ¿Y mi padre?

Arthur sonrió con gesto sombrío.

—Dios se lo ha llevado a su seno.

En ese momento sintió como si el suelo se balanceara bajo sus pies.

—¿Padre ha muerto?

Arthur hizo un gesto a su ayuda de cámara para que le sirviera otra copa de vino.

—Es una pena. Tengo entendido que el título debe pasar a tu hermano Charles. Está de viaje con su tutor, ¿verdad? Apenas más que un niño, y no muy robusto, según he oído.

Puntos negros se agitaron en su cerebro y luchó contra las lágrimas.

—Debo regresar a Londres de inmediato para el funeral de mi padre.

Arthur se inclinó para acariciar la cabeza de un sabueso.

—No hay funeral. Un jardinero y una cocinera lo enterraron en el huerto en plena noche. Peligro de propagación del contagio, ya sabes. Ocurre en todas partes. Una pérdida terrible, ¿verdad?

La furia hizo retroceder el desmayo. Jennifer se abalanzó sobre la mesa, arrebató la copa de vino de la mano de Arthur y la arrojó contra la chimenea. El precioso cristal se hizo añicos y los fragmentos volaron en todas direcciones.

Dando bandazos, los perros se dispersaron.

—¿Cómo te atreves? —gritó Jennifer—. ¿Cómo te atreves a sentarte ahí, sonriendo mientras el cuerpo de mi padre yace en una hilera de coles? Incluso muerto, es más hombre de lo que tú nunca serás.

Arthur agarró su bastón de cabeza de marfil y lo levantó a la defensiva.

—¿No tienes miedo de que te pegue? —siseó.

—Yo que tú no lo haría —le advirtió ella, saliendo de la habitación.

—No me ensuciaré las manos. Disculpo tu comportamiento histérico debido a la repentina conmoción del duelo —la siguió Arthur—. Puedes permanecer en tus aposentos hasta mañana por la tarde.

Ella se volvió hacia él.

—No soy una niña para que me manden a la cama sin cenar.

El rostro de Arthur se endureció.

—Harás lo que te digo, Jennifer. Tu padre es carroña. Ambos sabemos que ese hijo pulgoso de tu hermano, Charles, no es una amenaza para mí. Ahora soy tu amo. Sería prudente que lo recordaras y te esforzaras por refrenar tu lengua de arpía.

Los ojos de Jennifer brillaron.

—¿Y si no lo hago? —se atrevió.

—Entonces, empezaría a librarme de esas criadas inútiles que mantienes a tu alrededor. —Se lamió el labio inferior—. Y te prohibiré el uso de los establos.

—Bastardo.

—Eso, mi querida esposa, te costará un día más. Quédate en tu habitación hasta el viernes por la noche. Recordarás, que se espera que asistamos a la cena de lord Bittner y después a una velada de entretenimiento en su mansión.

—No iré. No esperarás que te acompañe.

—Oh, pero lo harás, Jennifer. Y no llevarás luto. Nada de negro lúgubre, ponte el vestido de satén dorado y coral, el de las mangas abullonadas y el escote muy atrevido. Estoy seguro de

que lord Bittner apreciará tus encantos.

Su rostro palideció.

—Llevaré el de seda regada con rubíes —declaró con rabia—. Si voy a ir contigo, necesito elegir algo que no muestre manchas de vino.



Tres días más tarde, el cochero de lord Hayward condujo con cautela fuera del camino de Colchester y hacia el sendero lleno de baches que conducía más allá de Bittner Hall. Había llovido desde la mañana y el camino de tierra ya era traicionero. Los seis caballos apoyaban el pecho en los arneses y se hundían en el fango mientras luchaban por encontrar una base sólida.

En el interior del coche, Jennifer, elegantemente ataviada, estaba sentada junto a Arthur e intentaba no tocarlo mientras el torpe vehículo se balanceaba de un lado a otro. Sally, sentada frente a su ama, sostenía el abanico y sus efectos personales. La pierna mala de Arthur descansaba en el asiento del fondo, amortiguada por una manta doblada.

—No te hará ningún bien enfurruñarte, Jennifer —dijo Arthur, abriendo su tabaquera de oro y colocándose una pizca en la nariz—. Estornudó y repitió el proceso con la otra fosa nasal.

—Es una barbaridad por tu parte negarme tiempo para llorar a mi padre —replicó ella—. Mantener una conversación trivial contigo parece inútil.

—No permitiré que me avergüences delante de mis amigos —repitió por tercera vez—. Bittner es el peor cotilla del mundo.

—Entonces tendrás algo que divulgar, ¿no? —Lo miró con fijeza—. A la hija de Rawlyn parece importarle poco el fallecimiento de su padre —se burló imitando su voz—. ¿Es eso lo que dirás?

—Tonterías. Londres es una pocilga. Los que hemos escapado debemos seguir adelante tan valientemente como podamos. Lady Bittner tocará el piano y esa desgraciada hija suya nos aburrirá con su arpa atroz. Luego disfrutaremos de algunas partidas de cartas, apenas una velada bacanal.

—La peste puede atacar en cualquier parte.

—El miasma propaga la peste. No espero que una mujer entienda los principios de la ciencia, pero...

Las palabras de Arthur fueron cortadas por un disparo de mosquete.

Los caballos relincharon cuando el carruaje se detuvo en seco y se salió del camino. Sally gritó y Jennifer se asomó por la ventanilla para ver a tres hombres a caballo que bloqueaban el camino.

—¿Qué ocurre? —inquirió Arthur.

—¡El dinero o la vida! —vociferó un hombre.

—Asaltadores de camino —anunció el cochero.

Hubo un forcejeo en el maletero y sonó otro disparo. Jennifer oyó un gemido grave y el ruido sordo de un cuerpo que caía al barro.

Antes de que pudiera reaccionar, la puerta del fondo se abrió de un tirón y un hombre enmascarado introdujo una pistola por la abertura.

Arthur golpeó al salteador de caminos con su bastón y la pistola se disparó. Sally dio un grito ahogado y cayó sobre el regazo de Jennifer con la boca llena de sangre.

—Le han disparado —sollozó Jennifer, cogiendo a la niña en brazos.

Los ojos de Sally se abrieron de par en par y soltó un gemido.

—Milady —susurró—. Me duele. Yo... no puedo... Suspiró y su cuerpo se debilitó.

El hombre enmascarado sacó a Arthur del carruaje justo cuando otro abría la puerta de Jennifer.

—¡Fuera! —ordenó con brusquedad.

—¡Asesinos! —acusó Jennifer—. ¡Han matado a una muchacha indefensa!

—Seréis los siguientes si no hacéis lo que se os dice. Fuera de aquí, mi querida niña. El forajido le clavó en la cara el cañón de una escopeta de pedernal.

Muy agitada, Jennifer recostó la figura inmóvil de Sally contra el asiento y bajó del carruaje al camino embarrado. Mantuvo los ojos fijos en el rostro del ladrón e intentó no pensar en la sangre de la criada muerta que empapaba la parte delantera de su vestido.

El enmascarado arrastró a su marido, que cojeaba, por la parte trasera del carruaje y lo ató contra un árbol.

—¿Sabe quién soy? —gritó—. Soy lord Hayward. No puede tratarme así.

Jennifer vio el cuerpo del lacayo. El segundo lacayo, Robert, y el cochero estaban temblando cerca de las cabezas de los caballos.

—Por favor —suplicó el cochero—, tengo mujer y cuatro hijos. No me disparen.

El hombre de la máscara llevaba un abrigo militar azul descolorido con botones deslustrados. Miró al cochero y luego a Robert.

—Supongo que tú también tienes una historia triste.

—No quiero problemas —replicó el lacayo. Hablaba despacio y arrastrando las palabras, e inclinó la cabeza hacia un lado.

Jennifer frunció el ceño y se dio cuenta del juego al que estaba jugando el lacayo.

—Robert no le dará problemas —le dijo al hombre—. Es de ingenio lento.

El enmascarado soltó una carcajada.

—¿Un muchacho grande como tú? ¿Es tonto de remate? —Dio un empujón a Robert.

El lacayo se tambaleó hacia atrás y pareció asustado.

—Tiene la mente de un niño —insistió Jennifer.

—Dejadle en paz. —El tercer hombre, todavía a caballo, habló con autoridad—. No tenemos tiempo para sus juegos.

Jennifer dirigió su atención hacia él. Recorrió con la mirada sus altas botas militares, los calzones, el abrigo de lana negra y el amplio guardapolvo de cuero. Llevaba las manos enguantadas y de la cadera izquierda le colgaba una espada en buen estado. También vestía una corbata de lino blanco almidonado, húmeda por la lluvia. Llevaba la parte superior de la cara cubierta por una máscara de seda negra y en la cabeza lucía un amplio sombrero ladeado.

Sonrió y se quitó el sombrero, dejando al descubierto unos largos mechones rubios.

—Capitán Willard, a su servicio, milady.

Jennifer conocía el nombre. Adele había vuelto del mercado cantando una canción sobre el granuja. El capitán Willard, el azote de los caminos, pasó por su memoria. Levantó la barbilla y lo miró con valentía.

—No lo conozco, pero su ocupación es obvia. Es un vulgar asesino y un ladrón.

—La muerte de su criada ha sido lamentable, pero no ha sido culpa mía. —Hizo un gesto hacia Arthur.

—Sally solo era una niña. Nunca hizo daño a nadie en su vida. Su sangre pesará sobre su alma y la de sus cobardes cómplices.

—Cierre el pico —ordenó el hombre de capa azul que se había burlado de Robert—. No conseguirá nada con esa cháchara.

—Sí —aceptó Arthur—. Cállate, por el amor de Dios. ¿Quieres que nos maten como a tu criada? —Volvió a mirar a Willard—. Llevo poco dinero encima, pero puede quedarse con lo que tengo. Tómelo. Tómelo todo.

El tercer hombre, el único que no llevaba máscara, rebuscó en los bolsillos de Arthur y sacó su tabaquera y algunas monedas de plata.

—Son pocas, capitán. ¿Lo desnudo?

Jennifer se quitó los anillos, el collar de rubíes y los pendientes.

—Tome esto. —Tendió la mano.

El jinete hizo un gesto con la cabeza al hombre vestido de azul, que se los arrebató de la mano con avidez.

—Ahora lo tiene todo —replicó Arthur. —Tome sus ganancias mal habidas y váyase.

El capitán Willard acercó su caballo a Jennifer.

—Esta joven audaz, lord Hayward, ¿es su hermana?

—Es mi esposa —respondió Arthur.

—Bien. Entonces debería estar dispuesto a pagar un buen rescate por ella. Tenga preparadas mil libras inglesas. Enviaré un mensajero para que le diga dónde y cuándo entregarlo. Si informa de esto a las autoridades, no volverá a verla con vida.

El saltador de caminos se inclinó de la silla y agarró a Jennifer por la cintura.

—¡No! —Ella lo golpeó con el puño, y él la giró para que se sentara de lado frente a él—. Bájeme. —Pataleó y se retorció, pero sus piernas se enredaron sin remedio en su capa y sus faldas mojadas.

—Deje de quejarse, mujer —amenazó Willard—. O la dejaré sin sentido.

Segura de que lo decía en serio, Jennifer dejó de forcejear y se agarró a las crines del caballo. El brazo del capitán la rodeó por la cintura y tiró con fuerza de las riendas. El animal se encabritó, dando zarpazos al aire. El salteador clavó las espuelas en los costados del caballo y se alejaron al galope por el camino, con los demás bandidos muy cerca.

Jennifer cerró los ojos con fuerza. La última visión que había tenido del rostro de Arthur a la luz de la luna le causó más miedo que el camino que pasaba a toda velocidad bajo los cascos del caballo.

«Arthur parece aliviado», pensó. «No va a pagar el rescate».

Capítulo 21

Jennifer estaba empapada hasta los huesos cuando los salteadores de caminos llegaron a su destino. Cuando el capitán Willard detuvo a su caballo en el patio de una mansión derruida y la soltó, Jennifer se deslizó hasta el suelo y quedó tendida como una muñeca rota. La lluvia constante que caía sobre su rostro ya no le producía frío; estaba demasiado entumecida para sentir otra cosa que no fuera terror.

El rostro moribundo de Sally volvió a atormentarla. Una y otra vez, la mente de Jennifer repetía la horrible imagen de su pequeña criada en sus brazos, con la sangre goteando sobre ambas. Hacía casi un año que Sally era una presencia constante en su vida. La niña la había hecho llorar con sus lloriqueos, sus miedos irracionales y su falta de sentido común, pero Sally había permanecido tenazmente fiel. Jennifer la había querido a pesar de todos sus defectos y estaba muerta.

«Debería haberla dejado en Jamestown», pensó. «La salvé de morir ahogada en el naufragio y he provocado su muerte aquí, en Inglaterra».

Alguien agarró a Jennifer bruscamente por el hombro y la puso en pie de un tirón. Le ordenó que caminara y su mente cansada no supo quién le hablaba, aunque lo importaba. Dio un paso y tropezó.

—Tranquila —dijo el capitán Willard, levantándola. Su máscara había desaparecido—. Se sentirá mejor cuando le quitemos estas cosas mojadas y le metamos algo caliente en la barriga.

Una bonita joven de pelo oscuro sostenía un candil en alto.

—¿Joe?

—Sí, Tess —respondió Willard—. Tenemos compañía para ti.

—¡Por las entrañas de Dios! ¿Qué habéis hecho ahora? —preguntó la mujer. Se adelantó a ellos, con su candil oscilando de un lado a otro mientras se abrían paso entre maderos caídos y montones de basura.

El capitán bajó un tramo de escaleras y atravesó otra puerta, llevando a Jennifer en brazos como si fuera una niña pequeña. Por fin llegaron a una habitación iluminada por el fuego, y él la bajó suavemente hasta un alto respaldo de roble cerca de la chimenea.

—¿Has el juicio que alguna vez tuviste? —replicó la muchacha—. ¿Por qué traes a alguien de su clase aquí?

—Basta —rugió Willard—. ¿Dónde están tus modales? La dama está mojada y tiene frío. Búscales una manta y algo seco que ponerse. —Se volvió hacia Jennifer—. ¿Le apetece un trago de brandy?

Jennifer extendió las manos hacia el fuego. Nunca había sentido nada tan agradable como el calor de aquellas llamas. Le castañetearon los dientes y sintió temblores.

Él le puso una petaca en las manos temblorosas y ella bebió sin pensar. El fuerte líquido se abrió paso por su garganta y, en unos segundos, se sintió más caliente.

—Tome. —La mujer le arrojó una manta—. Póngase esto alrededor y quítese ese elegante vestido. Por Dios, Joe, mira toda la sangre. Podrías haberle quitado el vestido antes de intentar asesinarla. Qué desperdicio de buena seda. Así no valdrá una libra en ese estado.

—Déjalo, muchacha, antes de que te dé una bofetada por tus modales —le regañó—. La sangre no es suya. Su criada murió en el atraco.

Jennifer trató de hablar, pero sus dientes castañeteaban con tanta fuerza que no podía pronunciar las palabras con claridad.

—Yo... No puedo... no puedo quitarme el...

Tess hizo un juramento como si fuera un marinero y cortó el cordón de la parte trasera del vestido de Jennifer con un cuchillo afilado. La prenda cayó hacia delante, dejando al descubierto sus hombros. Luego se levantó para terminar de quitárselo. Vagamente, se dio cuenta de que Willard seguía en la habitación y la miraba sin pestañear, pero no le importó. Los cordones de las enaguas estaban tan mojados que también hubo que cortarlos. A continuación, Jennifer se quitó los zapatos y las medias y se colocó ante el fuego vestida únicamente con una fina camisa de lino.

—El resto —ordenó Tess—. ¿Tengo que desnudarla como a una nenita?

Jennifer se volvió para mirar al salteador de caminos.

—Señor, si es tan amable —logró decir, exhausta y a punto de llorar.

—*Madame*. —Él hizo una media reverencia—. Le daré la cortesía de mi espalda.

Rápidamente, se despojó del resto de sus ropas mojadas y se echó por la cabeza un camisón y una bata de lana de oveja. Tess hizo un ovillo con la ropa de Jennifer y se la llevó.

Jennifer miró al capitán Willard. Era un hombre bastante apuesto, más joven de lo que ella había supuesto en un principio, con una nariz grande, una barbilla cuadrada y unos risueños ojos azules.

—¿Qué va a hacer conmigo?

Se acercó a la chimenea y ocupó la silla de enfrente.

—Ya ha oído lo que le he dicho a su marido, milady. Pienso retenerla aquí hasta que pague el rescate. Entonces será devuelta a su familia ilesa.

—No le creo.

Bebió otro trago de brandy.

—No soy un hombre cruel. ¿Ha oído alguna vez que el capitán Willard fuera cruel?

—Tengo poca fe en el honor de un salteador de caminos.

—Sí, ponga su fe en el acero. Es lo mejor. —Los otros dos forajidos entraron en la habitación con gran ruido de botas y sacudidas de capas mojadas.

El hombre que había disparado a Sally estaba hablando. Sin la máscara, Jennifer vio que tenía el pelo negro con vetas grises y una cicatriz en el lado izquierdo de la boca.

—O plomo y pólvora negra —añadió el otro.

—Ya me conoce, pero no le he presentado como es debido a mis compañeros —advirtió el capitán Willard a Jennifer—. Este es Will. —Indicó al asesino de Sally—. Y Shiner.

El último sonrió, mostrando el hueco de dos dientes que le faltaban.

Tess regresó con varias jarras de cerveza y un gran plato de cerdo asado y pan.

—Pensé que tendríais hambre. Ha sido una noche desagradable.

—Aquí está mi buena chica. —Willard dejó la comida y la bebida sobre una mesa camilla y la subió a su regazo—. Bésame.

Tess soltó una risita y lo besó en la boca.

Los hombres empezaron a comer y la muchacha ofreció una ración a Jennifer.

Ella negó con la cabeza.

—No, no podría.

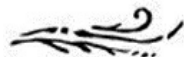
—Como quiera. Muérase de hambre. —Tess volvió a sentarse en el regazo de Willard, compartiendo sorbos de su cerveza y charlando con los hombres.

Jennifer acercó su silla a la chimenea y se envolvió en la manta. Estaba más abrigada, pero seguía sintiéndose miserable. Los párpados le pesaban y le dolía todo el cuerpo. Sabía que no debía dormirse, pero cuanto más se concentraba en mantenerse despierta, más difícil le resultaba.

El comportamiento caballeroso del capitán Willard no aliviaba sus temores. ¿Y si Arthur no pagaba el rescate? ¿Qué pasaría entonces? Había visto las caras de los salteadores de caminos y conocía sus nombres. ¿La dejarían con vida, incluso si Arthur presentaba las mil libras?

La pena por el robo en los caminos era la muerte en la horca y sus captores lo sabían. La matarían; pasara lo que pasara, iba a morir.

Y peor que la idea de la muerte era la certeza de que no volvería a ver a Kley.



Faltaban dos horas para el amanecer y el jefe de cazadores de Sotterley yacía roncando junto a su esposa en su robusto lecho de tablas. El fuego de la chimenea se había reducido a brasas y la única habitación de la cabaña de madera estaba a oscuras.

Las tablas del suelo crujieron y un sabueso se agitó en sueños, luego volvió a acomodarse, con el hocico tocando el hogar aún caliente. Una sombra se desprendió de la oscuridad y se movió silenciosamente por la habitación hasta la pared donde el arco de cazador y el carcaj de flechas con punta de acero colgaban de un perchero de astas de ciervo.

Kley descolgó el gran arco inglés y lo equilibró con la mano derecha, midiendo el peso y la fuerza del lanzamiento. Luego se colgó el carcaj del hombro y sacó del gancho un cuchillo de caza de acero, la vaina y el cinturón. Miró a la pareja dormida, sonrió y salió de la habitación tan sigilosamente como había llegado.

Los primeros rayos del alba que se filtraban entre los robles encontraron al guerrero

Lenape, vestido solo con mocasines y calzón, agazapado en el lugar donde se había producido el robo la noche anterior. El hombre llamado Robert le había contado lo sucedido y que lord Hayward parecía poco preocupado por el secuestro de su esposa.

—No es natural —había protestado Robert con vehemencia—. Lady Jennifer vale cada penique de las mil libras. Si fuera mía, daría todo por ella, te lo aseguro. —Robert se había sentado en la cama del cuarto de servicio y había hundido la cara entre las manos—. Mi querida Adele me despellejará por haber dejado escapar a esos forajidos con su ama, por no hablar del asesinato de la pequeña.

Kley había escuchado cada palabra, manteniendo sus facciones inmóviles, ocultando el dolor que amenazaba con partirlo en dos.

—¿Dónde pasar? —le había preguntado al lacayo—. ¿En qué lugar?

La detallada respuesta del lacayo lo condujo hasta aquel paraje. El barro fresco contaba la historia con más claridad de lo que jamás podría hacerlo el papel de los blancos. Allí fue donde el carruaje se deslizó del camino. Kley puso las yemas de los dedos en las huellas dejadas por los zapatos de Jennifer. Ella solo había dado unos pasos y luego su rastro desapareció. Sin embargo, las huellas de un caballo montado se hundieron más en la calzada un poco más allá. Estaba claro que aquel hombre se había llevado a Jennifer con él, como había dicho Robert.

Kley frunció los labios mientras estudiaba las huellas de los cascos. El animal se había movido de un lado a otro y se había encabritado, lo que demostraba que algo o alguien lo había sobresaltado. Jennifer había luchado contra su captor. Había tres caballos, pero solo el que llevaba a su mujer le preocupaba. Un caballo, como un hombre, tenía una huella distinta a la de todos los de su especie. El caballo le conduciría hasta el guerrero que se había llevado a su mujer, y ese hombre se la devolvería antes de morir.

—*Je-nni-fer* —susurró Kley en lengua *lenape*—, sé que llevas a nuestro hijo en tu vientre.

Ya había sido padre antes, y testigo de los cambios en el cuerpo de una mujer cuando concebía. Había palpado los pechos hinchados de Jennifer y visto la insinuación de color rosa intenso alrededor de sus pezones cuando hicieron el amor en el bosque.

Se detuvo un momento a la sombra de un viejo roble, se arrodilló y elevó una plegaria a los dioses.

—Dame fuerzas —rezó—. Dadme valor para hacer lo que debo hacer. Y si estoy lejos de mi tierra, la distancia debe ser como la anchura del ala de una abeja para ti, que todo lo sabes y todo lo has creado. Devuélveme lo que es mío o déjame morir con honor.

Solo entonces Shaakhan Kihittuun sacó el diminuto bote de pintura de la bolsa que había reconstruido tan meticulosamente durante muchas noches. Con la habilidad de un artista, llevó a cabo el ritual de ponerse toda la pintura de guerra. A cada paso, con cada cambio de color, repitió los antiguos cánticos, transmitidos de guerrero a guerrero entre su pueblo desde tiempo inmemorial.

Cuando terminó la ceremonia, se levantó y empezó a seguir el rastro de los salteadores de caminos. Tras él dejó marcas de su paso tan claras que un ciego podría seguirlas. Si lo mataban antes de rescatar a Jennifer, debía estar seguro de que la gente de Arthur la encontraría.

Jennifer estaba tumbada en un jergón en el suelo, en la oscuridad. Había dormido desde que el capitán Willard la llevó allí a altas horas de la noche, se despertó y volvió a dormir. No

tenía ni idea de qué hora era, ni siquiera de si había pasado otro día y otra noche.

Se asustó cuando él se levantó de la silla y la cogió del brazo.

—Venga, milady, ya es hora de que se acueste.

—No. Déjeme en paz —protestó ella, sabiendo en todo momento que estaba a su merced, que podía enfrentarse a una violación o algo peor.

—La chica cree que quieres tirártela —se burló Will.

—Nunca he tenido una dama —advirtió Shiner.

—No. —intervino Tess—. Y nunca lo harás. A las damas como ella les gustan los hombres con los dientes llenos, aunque sean de madera.

—¡Cerrad la boca todos! —ordenó el capitán—. No hay necesidad de asustar a la muchacha. Vamos, lady Hayward, su honor está a salvo conmigo. Me gustan las mujeres dispuestas.

—Dispuestas o no —replicó Tess—, mantén tus manos quietas, Joe. Si te queda algo de energía esta noche, es para mí.

El capitán Willard había cogido una vela y los condujo a una pequeña habitación que en otro tiempo debió de ser una mantequería, un almacén de provisiones y botellas. Había estanterías, una mesa empotrada a lo largo de una pared e incluso una chimenea. Las estanterías estaban vacías, salvo por unas cuantas botellas vacías y un barril roto. Había una puerta y ninguna ventana, y el suelo estaba relativamente libre de escombros. En una esquina había un jergón y una manta.

Le dio la vela a Jennifer.

—Siento no poder ofrecerle un alojamiento mejor, pero esta es la única habitación en la que puedo encerrarla y estar seguro de que continuará aquí cuando venga a buscarla. Estará a salvo de Will y Shiner. No preste atención a su charla. Puede poner el cerrojo por dentro de la puerta si quiere, pero no trate de cerrarla conmigo. Arruinará mi buena disposición para el día si tengo que derribar puertas por la mañana.

—¿Cuándo puedo irme a casa?

—Le daremos a su marido un día o dos para que se cueza en sus propios jugos, luego enviaré un mensajero para pedir la entrega del dinero. Se irá a casa en cuanto lo reciba.

La vela se había consumido durante la noche. Jennifer se había levantado una vez y había tanteado la habitación. Había descargado su peso contra la puerta de roble de dos pulgadas de grosor, pero solo había chirriado. El cerrojo del otro lado se mantenía firme.

Nadie le llevó comida ni agua, pero eso no le importaba. No tenía hambre. De hecho, se sentía mal del estómago; esperaba no estar enfermando por el viaje húmedo y el frío. No tenía fiebre, pero la asaltaban unas profundas náuseas. Incluso la idea de comer hacía que la habitación le diera vueltas.

La oscuridad era inquietante. ¿Y si la abandonaban allí? Si tenía que morir, esperaba que tuvieran la decencia de fusilarla. Incluso el aire estaba cargado. ¿Empeoraría cada vez más? Se preguntó cuánto tardaría una mujer en morir de sed. Después del tiempo en el bote abierto, no quería volver a experimentar aquella sensación. Se quitaría la vida antes de morir de aquella

manera.

Pero sabía que no lo haría. Lucharía contra la muerte como siempre había luchado contra las injusticias de la vida.

¿Y si estaba embarazada? ¿El hijo de Kley?

Se levantó de nuevo y se dirigió a la puerta.

—¿Hay alguien ahí fuera? —gritó—. ¡Déjenme salir! —Golpeó la puerta con el puño—. ¡Déjenme salir!

En el piso de arriba, Willard oyó los golpes y se dio la vuelta en la cama. Tess estaba tumbada boca abajo a su lado, con las nalgas desnudas solo parcialmente ocultas por una manta.

—Despierta —le dijo—. Parece que nuestra invitada quiere desayunar.

—Por supuesto que sí —murmuró Tess entre dientes—. Si estás tan preocupado por su alteza, puedes levantarte y atenderla.

Willard le dio una palmada juguetona en el trasero.

—Levántate, muchacha, y haz lo que te digo. Estás en esto tanto como yo, y no haré todo el trabajo.

Tess se apartó un mechón de pelo negro de la cara y lo miró con los ojos inyectados en sangre.

—Creo que te has encaprichado de ella. No te estarás acobardando, ¿verdad?

—No, cariño —respondió él con pereza—. Desafortunadamente, la bella dama debe morir tan pronto como pongamos nuestras manos en el oro. Esta es la última mano de mi partida, y pienso jugarla bien hasta el final. Ella nos ha visto las caras, y podría testificar contra nosotros ante un tribunal. Es lamentable, pero tendré que dispararle.

—Ella nos querría ver en la horca. No tiene más piedad por nosotros que por un ganso de Navidad. Por no mencionar que pronto diría que no eres...

—El verdadero capitán Willard —terminó por ella—. No, esta manera es mucho más limpia. Nosotros conseguimos las mil libras, y el capitán Willard, el gallardo salteador de caminos, la sogá por el asesinato de lady Hayward.

—Michael Willard se cagará encima cuando sepa lo que has hecho. Pero se lo merece, el muy imbécil. Nunca te trató bien, Joe. Nunca te dio una parte honesta cuando cabalgabas con él.

Joe Reeves, alias *Capitán Willard*, cogió la peluca rubia y se la colocó en la cabeza.

—Yo soy más guapo que él, y tengo mejor puntería que ese astuto bastardo.

Ella se levantó de la cama y recogió del suelo su muda arrugada.

—No sé por qué tengo que ir a buscarla y llevarle comida cuando va a acabar siendo un cebo para cuervos. —Dejó caer el vestido sobre el colchón y empezó a ponerse una media—. ¿Qué hay de Will y Shiner? Esas mil libras serían más cantidad solo contigo y conmigo para compartirlas, Joe.

Se recostó en la cama y cruzó los brazos detrás de la cabeza.

—Esa mente tuya siempre está pensando, ¿verdad? Eso es lo que me gusta de ti. Curvas en

los sitios adecuados y una cabeza que envidiaría un obispo. Has tocado un punto débil en nuestro plan, chica, pero no uno que no haya estado considerando. Dirán: «Willard, el canalla, era codicioso. Una vez que tuvo en sus manos el dinero de lord Hayward, se volvió contra sus compañeros y los asesinó también».

—¿Michael?

Él soltó una carcajada.

—No, Tess. Michael no los matará, lo haremos nosotros, pero parecerá que lo hizo Michael Willard.

Ella soltó una risita.

—Tu maldad no tiene fin, ¿verdad?

—Tenlo por seguro. El rey en persona estará indignado por este despiadado secuestro y asesinato. El capitán Michael Willard será perseguido como el perro que es y colgado de un árbol de Tyburn. Y eso será el fin de su vida criminal.

Una hora más tarde, Tess abrió la puerta de la prisión de Jennifer. En una mano llevaba un tazón de gachas y una jarra de cerveza, y en la otra media hogaza de pan.

—Ya voy —gritó—. Ya voy. No hace falta hacer tanto ruido. Despertarás a los muertos.

Cuando abrió la puerta, Jennifer la golpeó con toda la fuerza de su hombro.

La puerta voló y golpeó a Tess. La comida salió volando y Tess cayó hacia atrás. Abrió la boca para gritar y Jennifer la golpeó en la cabeza con una botella. Después, echó a correr por el sombrío pasillo y subió los escalones.

Al final de la escalera faltaba la puerta, así que apretó el cuerpo contra la pared y escuchó. No se oía nada. Con el corazón acelerado, volvió sobre sus pasos de la noche anterior hasta la habitación de la chimenea. También estaba vacía. Estaba a medio camino cuando Tess gritó.

Jennifer corrió hacia la entrada más alejada cuando el capitán Willard entró en la habitación.

—¿Qué es esto? ¿Cansada de nuestra compañía tan pronto?

Intentó esquivarlo cuando se abalanzó sobre ella, pero fue demasiado rápido.

La agarró del brazo y ella le lanzó la botella a la cabeza.

—Ahora nada de eso —advirtió él, agarrándole la otra mano. Apretó el agarre hasta que ella jadeó de dolor y soltó la botella.

—¡Suélteme! —gritó inútilmente—. ¡Suélteme!

—Todo a su tiempo, gatita. —Le retorció el brazo a la espalda hasta que dejó de forcejear. Lágrimas de rabia corrieron por sus mejillas.

Tess entró tambaleándose en la habitación, con un hilillo de sangre corriéndole por el nacimiento del pelo.

—Matad a la zorra —gritó—. Vas a matarla de todos modos, ¡más vale que lo hagas ahora! —Se abalanzó sobre Jennifer, y Willard se giró para bloquearla con su cuerpo—. ¡Estás muerta! —la amenazó la muchacha—. Muerta como la cena de un carnicero.

Jennifer giró la cabeza para mirar a Willard a los ojos. Él se sonrojó.

—Es verdad, ¿no? ¿Pretende asesinarme?

—Vamos, milady. Es usted demasiado ruidosa —ignoró su pregunta—. Lo primero que hará será enfadar a Will y a Shiner. —La empujó hacia las escaleras y luego a la mantequería. Jennifer ahogó sollozos de terror cuando él la empujó de nuevo al interior de la oscura habitación—. Será mejor que no se mueva —la amenazó—. Con lo enfadada que está Tess por la herida de su cabeza, sería capaz de cortarle el cuello. Y no tiene sentido que nos deje antes de la hora señalada.

Dio un portazo, y ella se quedó sola con la certeza de que cada hora que pasaba podía ser la última.

En Sotterley, se estaba organizando un grupo de rescate. El conde había enviado un jinete para que el sheriff y otros mensajeros convocaran a los hombres de las fincas vecinas. También había dado órdenes de que se buscara a su esclavo fugitivo, el salvaje de Virginia.

—Quiero al indio vivo —insistió Hayward—. Asegúrate de que no esté mutilado.

—Sí, milord —respondió el maestro de armas—. No llegará lejos. Los perros lo olfatearán.

—Naturalmente, tu misión principal es recuperar a lady Hayward y capturar a los forajidos. El sheriff me ha dicho que hay una recompensa por la cabeza del capitán Willard. ¿No es cierto?

—Sí, milord, lo es —aceptó el sheriff—. Cien libras, vivo o muerto.

—Y a esa suma, añadiré otras cien —advirtió Hayward—. Este demonio no escapará para volver a hacer presa de los inocentes.

—Amén a eso, milord. Si Dios quiere, encontraremos a su esposa ilesa.

Antes de que los buscadores abandonaran la casa solariega, Hayward mandó llamar a Tom, el mozo de cuadra. El conde se reunió con él en la larga galería.

—Déjanos —ordenó Hayward a su ayuda de cámara.

Tom, con el rostro enrojecido, se agarró la gorra sin forma y miró al suelo.

Hayward echó un vistazo a la sala para asegurarse de que estaban solos.

—Tengo una tarea especial para ti, Tom.

—¿Qué es, milord?

—¿Recuerdas el trabajo que hiciste para mí hace un tiempo? —Tom asintió entre dientes—. Lo hiciste bien, y fuiste bien recompensado. Quedé tan complacido que te elegí para...

—No voy a matar a nadie más —replicó Tom—. No lo habría hecho antes si hubiera sabido que el viejo milord sería asesinado. Era un buen hombre. Siempre se acordaba de los de abajo en Navidad.

—¿Cómo te atreves a interrumpirme cuando estoy hablando?

—No voy a matar a nadie más, excepto tal vez a esos asaltadores de caminos.

—Matarás a quien yo te diga.

Tom retrocedió unos pasos y parpadeó.

—¡Me gustaba el viejo conde! Nunca quise lastimarlo.

—Alteraste la rueda del carruaje de mi padre, Tom. Mi padre se enfadó contigo porque fuiste descuidado con uno de sus caballos. Tenías miedo de que te echara, así que provocaste deliberadamente el accidente que mató a él y a mi hermano.

—No fue así, y usted lo sabe, milord. Usted me dijo que lo hiciera. Me pagó antes de ir a América y... y me dijo que esperara y lo hiciera cuando estuviera lejos.

—Nadie creerá tu palabra más que la mía, Tom. Encontraré pruebas, testigos. Te colgarán si no haces exactamente lo que te digo. Esta vez, y todas las veces. —Hayward desenvolvió una pistola de un rollo de tela—. Toma esto, Tom. Sabes cómo dispararla, ¿verdad?

—Fui soldado bajo Cromwell. Lo sabe tan bien como yo. Sé disparar.

—Bien. Toma la pistola y uno de mis caballos más rápidos. Tienes que ir a la cabeza del grupo de rescate y, si encuentran viva a mi esposa, asegúrate de que muera en la refriega.

Tom sacudió la cabeza y retrocedió.

—¿Quieres que mate a milady? No. No lo haré. Me cae bien. Es buena con nosotros. No quiero saber nada de matarla.

—No te lo estoy pidiendo, Tom, te lo estoy ordenando. La matarás si tienes la oportunidad. Si no la tienes, y ella vuelve a casa de Sotterley, pensaremos en otra manera. Pero te desharás de la dama por mí o te colgarán. ¿Entiendes?

—No soy un asesino.

—¿Preferirías la horca?

—Claro que no, milord, pero...

—Sin peros. Haz lo que te digo. Te protegeré, pase lo que pase. —Hayward sonrió y dio un sorbo a su copa de vino—. Créeme, Tom. Será mucho más fácil la segunda vez.

Capítulo 22

Lord Hayward observó desde una ventana de cristal con forma de diamante hasta que el grupo de rescate se alejó al galope con las jaurías de perros corriendo ansiosamente a su lado. Esperó a que el sonido de los cascos, los aullidos de los sabuesos y los cuernos de caza se desvanecieran con el viento y envió a su ayuda de cámara a buscar a Adele, la doncella de Jennifer.

Arthur se acomodó en un cómodo sillón y apoyó el pie malo en un taburete de junco. Nada había salido como esperaba desde que había regresado a Inglaterra... nada.

—Nunca quise matarlo, padre —murmuró en voz baja—. A Richard, sí. Lo detestaba, pero nunca a usted. Todo lo que siempre quise fue ser el primero a sus ojos.

Se retorció en el asiento bordado mientras aumentaba la presión en su vejiga. Cada vez aguantaba menos sin mear, como si fuera un pequeño de meses. Suspiró profundamente y bebió otro sorbo del dulce vino holandés. Tenía mala salud, pero su cabeza funcionaba a la maravilla. Si no fuera por la enfermedad que lo aquejaba, todo habría sido distinto.

Incluso Jennifer...

Era hermosa, enérgica, inteligente. Montaba muy bien a caballo y bailaba con la misma ligereza que cualquier mujer de Whitehall.

—Una pareja perfecta —dijo, mirando distraídamente al espacio—. Una mujer que yo habría elegido si me hubieran dado a elegir.

Si la hidropesía no se hubiera llevado su virilidad, todo habría ido bien con su nueva esposa. Le habría dado hijos de los que estar orgulloso y tal vez hijas tan hermosas como ella. Podrían haber sido felices como cualquier pareja casada.

Había sido injusto con ella; lo sabía. La vergüenza había sido más de lo que podía soportar, y había intentado ahogarla con bebidas alcohólicas fuertes. La bebida solo había empeorado las cosas entre ellos, pero ayudó a aliviar su mente atormentada. Acolchaba los rincones feos de la noche y embotaba la culpa que sentía por la muerte de su padre.

En ese momento, Jennifer y él eran enemigos. Ya no podía confiar en ella. Podía hacer correr rumores contra él, no solo habladurías sobre el accidente de su padre y su hermano, sino rumores malintencionados sobre su incapacidad para actuar como un hombre.

Y Rawlyn había muerto convenientemente de la peste. El poderoso y vengativo Frederick Rawlyn... Arthur soltó una risita y apuró la copa tachonada de piedras preciosas. Rawlyn yacía en una tumba apresurada, sin misa ni iglesia, mientras que él, Arthur, seguía vivo... en cierto modo.

Los ojos de Arthur se entrecerraron y sus iris palidecieron hasta alcanzar el color del ópalo.

Mientras Rawlyn viviera, no se atrevía a hacer daño a su hija, pero en ese momento recibiría su dote, sus joyas y una nueva esposa, una criatura mansa y dócil que no sabría nada de sus errores pasados.

Y para asegurarse de que no hubiera demasiadas preguntas sobre el fallecimiento de su querida esposa, su criada debía irse.

Sonrió, satisfecho con su decisión, y cogió un trozo de pétalo de rosa confitada. La tonta moza que había muerto en el robo le había facilitado la tarea. Ahora solo tenía que ocuparse de la zorra irlandesa

—Lord Hayward dice que me acompañes y traiga las joyas de milady. —El ayuda de cámara de Arthur se paró en la puerta del dormitorio de Jennifer e instruyó a la llorosa irlandesa con severidad—. Dice que tienes que ir sin llorar.

—¿Me quiere a mí? —Adele se detuvo—. ¿Se sabe algo de mi milady? ¿Está a salvo?

Se había pasado toda la tarde sacudiendo los vestidos de verano de Elizabeth y clasificando lo que había que desechar o remendar.

—¿Estás sorda, muchacha? Recoge las joyas de tu señora y preséntate en la galería larga inmediatamente.

—Sí, señor. Pero... —Se interrumpió cuando el ayuda de cámara la despidió con una mirada altiva y siguió su camino—. ¿Por qué? —susurró con miedo—. ¿Qué quiere hacer con sus cosas?

Se encogió de hombros, agarró el joyero de Jennifer de un imponente armario cerca de la ventana y se dirigió a la puerta, pero dudó.

Por impulso, abrió la caja con la pequeña llave de plata que colgaba de un cordón en su cuello y extrajo un collar de perlas. Se arrodilló junto a un cofre, levantó la pesada tapa y deslizó el collar en el bolsillo secreto de la segunda capa de Jennifer. Luego volvió a doblar la prenda y la guardó cuidadosamente en el arcón antes de salir a toda prisa de la habitación.

Cuando llegó a la galería, Adele hizo una reverencia y le tendió el joyero.

—Usted quería esto, milord.

Hayward cogió el cofre y frunció el ceño.

—La llave. —Ella se la entregó con manos temblorosas, y él abrió el cofre y echó un vistazo al reluciente despliegue de oro y joyas preciosas—. ¿Esto es todo?

Adele asintió.

—Sí, milord.

Hundió la mano en el estuche forrado de terciopelo y levantó un puñado de collares y pendientes. Una gema roja como la sangre se le cayó de las manos y patinó por el suelo.

—Faltan objetos de valor. Las joyas eran responsabilidad tuya.

Su rostro palideció.

—No, milord. No falta nada. Lo juro. Lady Jennifer llevaba el...

—Silencio. Hablarás cuando se te diga y no antes. No albergaré ladrones en Sotterley. Fuera de esta casa y de mis tierras. —Agitó un dedo hinchado ante sus ojos—. Si te vuelvo a ver,

haré que te cuelguen.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Adele.

—Pero milord... —protestó—. Yo no...

—Fuera. —Su voz era fría y grave—. Antes de que cambie de opinión y olvide el afecto que mi esposa siente por ti.

Adele se dio la vuelta y huyó, con el colgante de esmeralda y oro de Jennifer enrollado firmemente en el pelo bajo el gorro de lino almidonado.

Riéndose entre dientes, Hayward recuperó el rubí caído y empezó a extender las joyas de Jennifer sobre una mesa de cartas que tenía ante sí.

—Mucho más de lo que esperaba —murmuró—. Mucho, mucho más.

Al anochecer, Kley se agazapó detrás de un árbol y observó cómo un hombre salía de la vieja casona y cruzaba hacia el pozo con un cubo. Ató el cubo a una cuerda y lo bajó, luego lo subió rebosante de agua. Cuando se volvió hacia los destartalados establos, Kley se escabulló hacia la parte trasera del edificio.

Shiner habló en voz baja a los cuatro caballos cuando entró en la zona despejada donde estaban atados. La mayor parte del establo se estaba desmoronando, pero dos establos permanecían intactos. Había ofrecido agua al animal más cercano, un bayo, y se dirigía al siguiente cuando oyó un crujido a sus espaldas.

Dejó caer el cubo de agua y se volvió hacia el sonido, escudriñando entre las sombras del granero en ruinas. El caballo negro del capitán Willard resopló y se movió de un lado a otro, empujando contra la cuerda de atar.

—¿Quién es? —preguntó Shiner—. ¿Will? ¿Eres tú?

Silencio.

El forajido sacó la pistola de su cinturón y accionó el mecanismo de cierre de rueda para preparar el arma. Luego tomó la lámpara en una mano y la pistola en la otra y se aventuró con cautela en la parte derruida del edificio. Algo se agitó bajo una mohosa pila de hojas y le dio una patada.

Se oyó un chillido y una delgada rata marrón se escabulló en la oscuridad.

—¡Maldito cabrón! —El hombre escupió tras el roedor—. Aléjate de mí o te volaré las patas. —Hizo una mueca y volvió a los caballos—. Todo el mundo ordenándome: «Shiner, alimenta a los caballos. Shiner, encárgate del fuego. ¿Dónde diablos está ese violín? Búscalos». Shiner no es el gusano de mierda de nadie —refunfuñó imitando las voces de sus compinches.

Colgó el farol en una estaca de roble y recogió el cubo volcado. Dio dos pasos y el caballo negro aguzó las orejas y puso los ojos en blanco. Entonces Shiner se encontró tumbado boca arriba con un diablo desnudo posado sobre su pecho. El rostro del demonio estaba manchado de sangre y cenizas del infierno, y presionaba el frío acero contra su garganta expuesta.

—No hables —le advirtió el demonio.

No. —La nuez de Nash de Shiner se abultó y la hoja del cuchillo se clavó en su piel. Jadeó mientras la sangre caliente le corría por el cuello.

—Escucha —siseó el diablo. Shiner gimió de asentimiento—. Tienes una cautiva —aseveró en voz baja—. Una mujer. Libérala o moriréis todos. —Acercó su cara roja a la suya y el bandido gimió de nuevo mientras miraba fijamente los ojos negros como el carbón del demonio—. ¿Lo entiendes?

—Sí. Sí.

La hoja del cuchillo centelleó a la luz amarilla de la lámpara y sintió un poderoso golpe en la mandíbula. El diablo y el establo se disolvieron en una suave negrura.

Cuando Shiner recobró el conocimiento, el diablo, la pistola de Shiner y los cuatro caballos habían desaparecido. Se levantó tambaleándose y corrió a contarle al capitán Willard lo que había ocurrido.

—¡Idiota borracho! —Willard se levantó de su cena a medio comer y golpeó con el puño cerrado su pecho, haciéndole caer al otro lado de la habitación—. ¿Cómo te atreves a entrar aquí balbuceando sobre demonios? ¡Te voy a endemoniar! ¿Dónde diablos están mis caballos?

—¡Te lo dije! Casi me corta la garganta. ¿Ves?

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Tengo que hacerlo todo yo? —Willard cogió un par de pistolas de la mesa y salió por la puerta—. ¡Tess! Ocúpate de la mujer. Coge una pistola y dispara a todo lo que se mueva. ¡Will! ¡Will! De pie, holgazán. Sal por atrás y da la vuelta. Asegúrate de no dispararme a mí ni a Shiner.

Tess empezó a cargar una pistola.

—Ten cuidado, Joe —advirtió—. Podrían ser nómadas si robaron los caballos. Son rápidos con la navaja.

—¡Fue un demonio, te digo! —Shiner se frotó el pecho dolorido—. Se llevó mi pistola.

—Coge otra —ordenó Willard—. Más te vale que podamos recuperar esos caballos, o te colgaré de las pelotas y te dejaré para los cuervos.

Rápidamente, Willard se dirigió a la entrada principal. Empujó la pesada puerta de madera y observó el patio desde la protección del umbral. Todo estaba oscuro y quieto. La luna aún no había salido por encima de los árboles y no soplaba el viento. Unas nubes fantasmales se cernían sobre la mansión. Willard se alejó media docena de pasos de la casa, lanzó un grito y saltó para ponerse a salvo cuando una flecha en llamas se arqueó sobre su cabeza y se clavó en el muro de madera.

—¡Suéltala! —gritó una voz de hombre—. No vuelvo a advertirte. Suéltala o muere.

Un disparo de mosquete resonó en el patio, seguido de un grito. Luego solo hubo silencio.

—¿Will? —Willard llamó—. ¿Lo tienes? —Pasó un minuto—. ¡Will!

Encontraron a Will a unos metros del establo con medio metro de asta emplumada sobresaliéndole del pecho y una expresión de sorpresa en sus rasgos helados. Le faltaban la pistola y el cuchillo, y le habían cortado el pelo en la base del cráneo.

—¿Qué te dije? —chilló Shiner—. Lo ha hecho el diablo. —Olfateó el aire y miró inquieto por encima del hombro—. Incluso puedo oler fuego y azufre.

—Volvamos a la casa —dijo Willard.

—¿Y Will?

—Déjalo. No irá a ninguna parte.

—No me gusta, capitán. ¿Por qué se ha llevado el pelo de Will, quiero saber? No soy un cobarde, ya lo sabes, pero demonios... Nunca he estado de acuerdo con los demonios. Si quiere a la mujer, que se la quede.

—Tienes el culo de una rata por cerebro. Ningún demonio tensó el arco que atravesó a Will con esa flecha. Fue un hombre, un cazador u otro forajido, pero un hombre. Y será hombre muerto cuando lo tenga en la mira.

Shiner le pisó los talones cuando se metieron en la casa.

—Un hombre dices, un demonio digo. ¿Quién lo vio? ¿Quién ha tenido su aliento en la cara?

—¿Tess? —Willard irrumpió en la habitación donde habían compartido la comida. El pollo asado se enfriaba en la bandeja de madera—. ¿Tess? —No hubo respuesta—. Le ha hecho algo a Tess —advirtió Willard a Shiner—. Vigila mi espalda.

Con cautela, avanzaron por el estrecho pasillo. Se oyó un ruido sordo y al doblar la esquina encontraron a Tess atada y amordazada. Willard se arrodilló junto a ella y le arrancó la tela que le tapaba la boca.

—¿Dónde está? ¿Ha encontrado a la mujer?

Tess tomó una bocanada de aire y negó con la cabeza.

—Creo que no. Me preguntó dónde estaba, pero no le dije nada. Es un salvaje, Joe. No es más que uno de esos negros de África.

—El demonio que vi no era un africano —protestó Shiner—. Deben ser dos.

—¿Te hizo daño? —le preguntó a la muchacha.

Ella volvió a negar con la cabeza mientras Shiner desataba las correas de cuero que le sujetaban las muñecas y los tobillos.

—Me agarró por detrás. Salió de la oscuridad como un lobo. No había visto ni oído nada hasta que me tapó la boca con la mano. —Se levantó y se apoyó en Willard—. Tengo miedo, Joe. Nunca había visto algo así.

—¿Viste a más de un hombre?

—No.

—Entonces no era un africano —dijo Shiner. Es un demonio hasta que me demuestren lo contrario.

El capitán puso una pistola en la mano de la mujer.

—Sujétala, si puedes. Yo iré a por la bella dama. Si es a ella a quien quiere, es nuestro mejor cebo para atraparlo. Esperad aquí, los dos, y por el amor de Dios, no me disparéis cuando vuelva con ella.

Cuando Willard abrió la puerta de su celda, Jennifer se despertó sobresaltada.

—¿Qué? —gritó—. ¿Qué quiere?

—Se viene conmigo. —La sujetó por el brazo y la empujó delante de él para subir las empinadas escaleras—. Shiner —llamó.

—Aquí. —Tess y Shiner se unieron a ellos en la sala principal.

Jennifer miró de uno a otro.

—¿Ha pagado mi...? ¿Lord Hayward ha pagado mi rescate?

Willard le cogió las muñecas, se las retorció a la espalda y se las ató.

—Busca algo para cubrirle la boca —ordenó a Tess.

—No. No lo haga —suplicó ella, pensando que iban a matarla en ese momento—. Por favor. No haré ningún ruido.

Las protestas de Jennifer se ahogaron cuando Tess la amordazó con un trozo de enagua rota.

—Ha venido un amigo —anunció Willard—, un amigo maleducado. —Tiró con fuerza de Jennifer contra su pecho y le acercó el cañón de la pistola a la cabeza. Luego la arrastró hasta la entrada principal—. ¡Tú! —gritó—. Tengo a la mujer aquí. La mataré si no sales con las manos en alto.

Desde algún lugar lejano, un búho ululó. Nadie se percató de la súbita respiración entrecortada de Jennifer ni de sus ojos desorbitados.

«Es Kley», pensó, «sé que lo es».

El miedo le hizo un nudo en la garganta y la mareó. Ten cuidado, gritó para sus adentros. Por favor, ten cuidado.

—Le estoy apuntando a la cabeza con una pistola —advirtió Willard—. Le volaré los sesos si no se rinde. —Jennifer tragó saliva y cerró los ojos—. ¿Qué va a hacer? —insistió Willard.

Agarró a Jennifer por el pelo y ella hizo una mueca de dolor.

Esperaron sin hablar, y el sonido de sus respiraciones se oía en la oscuridad. Tess fue la primera en oler el humo.

—¡Fuego! —gritó—. La mansión está ardiendo.

—El lugar está seco como la yesca —observó Shiner—. Arderá como una antorcha.

—Trae la caja, Tess —exigió Willard.

—No.

Se giró hacia ella.

—¿Qué has dicho?

—No volveré allí y me arriesgaré a asarme por tu oro. Búscalo tú mismo, si tanto lo quieres. —Willard le dio una bofetada en la cara y ella retrocedió, llorando—. No, no voy a volver sola —repitió—. Pégame todo lo que quieras, pero no soy tan estúpida.

—Espera aquí entonces. —La empujó hacia el suelo—. No te muevas y no sueltes a la muchacha. Si quiere llevársela, no se arriesgará a matarla.

Jennifer apoyó la cabeza contra una viga caída e intentó que no cundiera el pánico. La tela

le cortaba los lados de la boca y le dificultaba la respiración. Sabía que podría morir allí. Parpadeó para ahuyentar las lágrimas y se mordió el labio inferior para contener el miedo.

«¿Y qué pasará con el niño que llevas dentro?», le gritó una voz interior. «Si mueres, tu hijo morirá contigo. ¿Eres una Rawlyn o una gansa? Nuestro hijo: el de Kley y el mío».

De pronto, tuvo la certeza absoluta de que llevaba en su vientre al hijo de Kley, y ese conocimiento le dio fuerzas para luchar contra el terror. Arrugó la frente con determinación y enderezó los hombros. No dejaría morir a la pequeña chispa de vida que llevaba en su vientre. Haría lo que tuviera que hacer, pero no lo dejaría morir.

—Que se la lleve el diablo —sugirió Shiner con rabia.

—Cállate —le advirtió Tess—. Ya oíste lo que dijo el capitán. Estamos a salvo mientras la tengamos.

Jennifer oyó de nuevo el ulular de la lechuza y se armó de valor. Echaría a correr y saltaría, con suerte no dispararían contra ella, porque si la mataban no podrían conseguir el rescate.

Pasaron los minutos. Se levantó despacio y midió la distancia que la separaba de la puerta. Si era lo bastante rápida, tal vez no podrían detenerla... Su ánimo decayó cuando el sonido de la respiración agitada de un hombre señaló el regreso del capitán Willard.

Jadeaba mientras bajaba una pesada caja metálica al suelo.

—El otro extremo de la casa está ardiendo —dijo con voz ronca—. Hay mucho humo.

—Déjala ir —instó Shiner—. Está esperando ahí fuera en la oscuridad, puedo sentirlo. Nos atravesará con una flecha como hizo con el pobre Will.

Willard se adelantó para agarrar el brazo de Jennifer.

—¿Quién es? —preguntó tirando de la mordaza—. ¿Quién está ahí fuera?

—No lo sé.

La cogió por los hombros y la sacudió hasta que temió que se le rompiera el cuello.

—¡No me mientas! ¿Quién es?

—No lo sé.

Willard la golpeó en la cara.

—Zorra mentirosa. Te enseñaré a...

—¡Déjala! —gritó Tess gritó—. Eso no sirve de nada. Tenemos que salir de aquí antes de que el techo se desplome sobre nuestras cabezas. Empújala primero. Si quiere disparar, que lo haga.

Willard tiró de Jennifer y la empujó hacia la puerta abierta.

—¡Vamos a salir! —Alzó la voz—. Dispara y mata a la mujer. —Volvió a mirar a su compinche—. Trae la caja. Si se te cae, te mato.

Tess y Shiner se pegaron a la espalda del capitán cuando los cuatro salieron al patio iluminado por el fuego. Tess tenía el arma preparada mientras él se tambaleaba bajo el peso del baúl.

Las chispas del tejado de la mansión habían prendido fuego al establo, y Jennifer jadeó

cuando el calor del fuego le dio de lleno en la cara. Asfixiada, cerró los ojos contra el humo y se tambaleó. Willard la agarró.

—Si te mueves, la mato —la amenazó. Una vez más, la agarró del pelo y le puso la pistola en la cabeza—. Lo que digo va en serio. No me colgarán más por dos mujeres que por una.

Kley se contoneó hacia atrás por la hierba mientras se alejaban de la casa. Matar al hombre pequeño y a la mujer sería un juego de niños, pero el hombre grande era el líder. Kley no podía matarlo sin correr el riesgo de herir a Jennifer, o de que el salteador de caminos le disparara si la flecha de Kley solo lo hería a él. Por duro que fuera esperar, sabía que debía hacerlo.

Incendiar la mansión había sido un riesgo, pero atraería a otros ingleses. Si los hombres de Arthur seguían el rastro que había dejado, las llamas en el cielo los llevaría hacia allí con rapidez. Sin caballos, los bandidos que tenían prisionera a Jennifer no podrían escapar. O los mataba él, o lo harían los hombres del conde.

La mujer del forajido, la que había oído que llamaban Tess, también llevaba un arma. La había sorprendido en la casa cuando buscaba a Jennifer y entonces se la había quitado. En ese momento llevaba otra pistola y sabía que era tan peligrosa como cualquiera de los hombres, podría matar tan fácilmente como un tiburón, y con tan poco remordimiento. Había visto la crueldad en sus ojos. Un hombre más sabio habría acabado con ella en cuanto hubiera tenido la oportunidad.

Kley suspiró, consciente de que había puesto en peligro la vida de Jennifer por no degollar a una mujer.

Miró al cielo cubierto de nubes. La luna jugaba malas pasadas esa noche, iluminando unas veces y otras sumiendo a la tierra en una oscuridad total. Era una mala noche para un arquero, pero una buena noche para los lobos. Sonrió y se preguntó, qué pensarían aquellos *manake* ingleses de un lobo *lenape*.



Los nervios de Shiner estaban a flor de piel cuando se adentraron en la penumbra envolvente del bosque. Una ramita se quebró bajo el pie de Tess, y él saltó, casi dejando caer la pesada caja. Miró fijamente los contornos más oscuros de los troncos de los árboles. Entonces algo crujió entre las hojas secas, soltó la caja y disparó su pistola hacia la oscuridad.

—¿A qué demonios disparas? —Willard giró sobre sí mismo, tirando cruelmente del brazo de Jennifer.

—He oído algo. Por allí. —Frenéticamente, empezó a recargar su pistola.

—¡Idiota! —espetó Tess. Se arrodilló junto al baúl y empezó a recoger las monedas de oro y plata que se habían esparcido por el suelo, volcándolas de nuevo en el interior—. He guardado las que he podido ver, Joe.

—Recoge esa caja y sigue andando —ordenó Willard al hombre.

En lo alto, las nubes se abrieron y la luz de la luna se filtró entre las ramas. Jennifer ahogó un grito de espanto cuando el aullido espeluznante de un lobo cazando resonó entre los árboles,

seguido de un segundo, y luego un tercero.

Tess se estremeció y se acercó a Willard.

—Madre de Dios. ¿Qué es eso?

—Lobos —susurró Willard con dureza—. Pero eso es una locura. No hay lobos en Essex desde hace cien años.

Un rayo de esperanza burbujeó en la mente de Jennifer. Sabía de un lobo que podría estar por allí, pensó con creciente excitación. Un lobo de piel bronceada y pelo negro como el ala de un cuervo.

—Es ese demonio —aseveró Shiner—. Los demonios y las brujas pueden convertirse en cualquier cosa. Mataron a uno quemándolo y se convirtió en un cerdo negro.

—Cierra la boca sobre brujas y cosas así —dijo Tess—. No me gusta esta conversación.

—Déjame ir —pidió Jennifer—. Has perdido tus caballos y los hombres de mi esposo os esperan en el bosque. Si queréis salvar vuestras vidas, llevaos lo robado y marchaos.

—Sí —dijo Shiner—. Ella habla con sentido. Vámonos mientras podamos.

Willard apuntó la pistola hacia el hombrecillo.

—Te dije que recogieras la caja.

Shiner dio un paso atrás.

—Sepáralo ahora, capitán. No quiero seguir con esto. Apesta a fuego. Dame lo que me corresponde.

—Tendrás tu parte justa —prometió Willard.

—¿La tendré? —Shiner levantó su pistola, y Tess saltó hacia él por detrás, dándole con su arma en la muñeca. Con un grito de dolor, soltó su pistola, se dio la vuelta y echó a correr, tropezando y chocando por el bosque como un loco.

—¡Vuelve aquí! —gritó Willard.

Tess levantó la pistola y disparó a la espalda del hombrecillo. Shiner gritó una vez y se desplomó, revolcándose entre la maleza.

Willard soltó a Jennifer, que se alejó corriendo por su vida.

—¡Joe! La mujer escapa —gritó Tess.

Willard se giró justo cuando el pie de Jennifer se enredó en la raíz de un árbol y cayó de cabeza al suelo. Con la pistola en la mano, Willard corrió hacia el lugar donde se había caído.

—¡Kley! Jennifer luchó por levantarse mientras el salteador de caminos acertaba la distancia que los separaba, pero sus muñecas atadas le impidieron mantener el equilibrio y volvió a caer.

Willard se cernía sobre ella, respirando con dificultad.

—Lástima que tenga que morir, preciosa dama —dijo en voz baja—, pero como ha dicho, ya no nos sirve. —Bajó la pistola y apuntó a su cabeza.

Desde su escondite entre los árboles, Kley observaba la escena. Se arrodilló y clavó una

flecha en la cuerda del arco. Durante un instante, lo sostuvo en alto, esperando, rezando. Entonces, un único rayo de luna atravesó la oscuridad y soltó la flecha. Voló como un halcón hacia la presa.

—Maldita sea. —Willard sonó casi sorprendido cuando la flecha le atravesó el pecho.

Cayó de rodillas sobre Jennifer y Kley se lanzó hacia ellos. Jennifer intentó zafarse, pero el peso del cuerpo del salteador la inmovilizó contra el suelo.

—¡Joe! —El grito de Tess resonó entre los árboles.

—¡Kley! —gritó Jennifer—. Cuidado con...

Kley saltó hacia Willard mientras Tess levantaba la pistola de Shiner y le disparaba de cerca.

La explosión ensordeció momentáneamente a Jennifer, pero sus ojos se abrieron de par en par. Con horror, vio cómo la fuerza de la bala golpeaba a Kley en la cabeza y lo arrojaba de espaldas a la hierba profunda.

Capítulo 23

—¡Joe! gritó Tess. —Dejó caer el arma vacía de Shiner y se agachó junto a Willard. Le tiró de la parte superior del cuerpo, acunándolo contra ella, y Jennifer, empapada de su sangre, se escurrió debajo de él. Un pálido rayo de luna iluminó los rasgos contorsionados por el dolor de la mujer de pelo negro mientras ambos se miraban fijamente. Jennifer sudaba mientras luchaba por aflojar las ataduras que le cortaban las muñecas—. ¡Putá! —gritó Tess con un sollozo ahogado. Sus lágrimas cayeron sobre el rostro del salteador de caminos muerto—. Todo ha sido culpa tuya. Joe debería haberte matado directamente. —Su mirada se posó en la pistola que aún empuñaba su hombre con la mano derecha—. No puedo traerlo de vuelta, pero acabaré contigo. —Se abalanzó sobre el arma cuando Jennifer liberó sus manos.

Antes de que pudiera levantar la pistola para dispararle, Jennifer cargó contra ella y la derribó. Rodaron una y otra vez, pataleando y arañándose, cada una luchando ferozmente por la posesión del arma. Tess se aferró al cañón, pero los dedos de la mano derecha de Jennifer se clavaron en su muñeca y la golpeó con el puño izquierdo. La mujer le tiró del pelo e intentó arrancarle los ojos con las uñas. Después le mordió en el antebrazo.

Jennifer gritó de dolor y golpeó con la cabeza su barbilla descubierta hasta que soltó la pistola. Luego, se sentó a horcajadas sobre ella y le asestó dos fuertes golpes en la cara con el puño derecho. Después, Jennifer la agarró por el pelo enmarañado y le golpeó la cabeza contra el suelo.

Las manos de Tess se cerraron en torno a la garganta de Jennifer que le propinó un puñetazo en la nariz. Cuando la mujer empezó a sangrar, dejó de luchar entre sollozos e intentó protegerse la cara herida con las manos.

Jennifer cogió la pistola y se puso en pie, apuntando a su oponente.

El sonido de unos sabuesos aullando y de un cuerno de caza resonó en el bosque.

—Son los hombres de lord Hayward —advirtió Jennifer—. Quédate donde estás o les ahorraré la molestia de ahorcarte. —Retrocedió lentamente y se arrodilló junto a Kley. A pesar de la débil luz, pudo ver que su rostro estaba cubierto de sangre—. Kley —susurró—. ¿Kley? —Dejó la pistola en el suelo y le tocó la cara con mano temblorosa. Para su alivio, su piel estaba caliente al tacto—. Kley, ¿puedes oírme?

Estaba inmóvil, con los brazos extendidos sobre la cabeza y los ojos cerrados.

—Es inútil llamar a los muertos —espetó Tess—. Está tan tieso como mi pobre Joe.

Jennifer apoyó la mejilla en el pecho de Kley y escuchó. Estaba segura de oír un débil latido.

—Estás vivo —le dijo mientras palpaba con cautela su pelo, en busca de la herida de bala.

Encontró un camino irregular en la coronilla y la laceración sangraba mucho. Se levantó las faldas y rasgó el dobladillo de su camisa con los dientes. Luego arrancó un trozo de tela, lo enrolló y lo apretó contra la herida. También envolvió su cabeza con una venda improvisada. Cuando miró hacia Tess, la mujer ya no estaba, pero a Jennifer no le importó. Lo único que le importaba era evitar que Kley muriera desangrado.

—Mi amor, no te mueras. Por favor, no te mueras. —Le cogió la cara entre las manos y lo besó los labios—. No puedes dejarme... ahora no —murmuró. Sintió que se le encogía el corazón y que no podía respirar; los ojos le escocían de lágrimas no derramadas mientras le cubría la cara de besos. No podía perderlo. No después de todo lo que había pasado. Le levantó la mano y la estrechó contra su pecho—. Si vives, nunca volveré a dejarte —le prometió—. A Dios pongo por testigo. Si vives, iremos juntos a casa, a América, los tres.

—¿De verdad? —La voz de Kley era apenas audible.

—¿Kley? —La alegría le recorrió el cuerpo—. ¿Kley? —Sus párpados parpadearon y ella insistió, en su idioma—. *¿Ili kleheleche, n'tschutti?* ¿Todavía respiras, mi amado?

—*N'leheleche*. Todavía estoy vivo, esposa mía.

Ella volvió a apoyar la cabeza en su pecho desnudo y esta vez los latidos de su corazón eran fuertes y regulares.

Intentó incorporarse, pero no tenía fuerzas.

—No te muevas —le suplicó—. Has perdido mucha sangre. No te muevas hasta que llegue la ayuda.

Sus dedos encontraron su pelo y lo acariciaron.

—¿Hablabas en serio? ¿Vendrás a casa conmigo?

—Sí... sí.

—¿Encenderás el fuego de mi cabaña y escucharás mis historias hasta que envejecamos juntos?

—Lo haré.

—*N'wiquihilla*. Estoy cansado.

El miedo se apoderó de su corazón y lo cogió de la mano.

—Agárrate fuerte, amor mío.

—La... la mujer bandida —murmuró—. Yo debí...

—Shhh. No te preocupes, amor. Ya no nos hará daño.

—Yo... —Su respiración era áspera—. Vine a salvarte, esposa. Ahora, debes... —Los ojos de Kley se cerraron y luego se abrieron—. Era el *tumme*, el lobo. ¿Lo sabías?

—Lo sabía —respondió ella en voz baja—. Sabía que vendrías a salvarme.

—*Je-nni-fer*. —Su cabeza se inclinó hacia un lado y ella lanzó un grito de angustia—. No —le pidió—. No tengas lágrimas. Este indio... no muere tan fácilmente. Déjame dormir... solo un poco... y lo haremos...

Un perro ladró, y entonces el primer jinete galopó a través de los árboles.

Jennifer se puso en pie y lo llamó.

—Por aquí. Estamos aquí.

El mozo frenó a su caballo y saltó de la silla, pistola en mano.

—Hemos encontrado un hombre muerto cerca de los establos. —Señaló con la boca del arma—. ¿Está a salvo, milady?

Jennifer reconoció su voz.

—¿Tom?

—Sí, soy yo. —Dio unos pasos hacia ella—. Vimos el fuego. ¿Están los forajidos por ahí?

—Todos muertos menos uno, una mujer. Huyó hacia el bosque. —Jennifer se arrodilló y cogió la cabeza de Kley en su regazo—. Me salvó la vida, pero le han disparado.

Tom se acercó, con la pistola preparada. Pateó el cuerpo inmóvil de Willard.

—¿Se encuentra bien, milady? ¿No le han hecho daño?

—Por favor, ayúdame con él. —La sangre ya había empapado el vendaje de Kley—. Habrá que suturar la herida.

Puso las yemas de los dedos contra sus labios para asegurarse de que aún respiraba.

Tom levantó la pistola hasta que estuvo a la altura de su pecho.

—¿Milady? —Su voz se quebró y la pistola vaciló.

—¿Tom? ¿Qué te pasa? Te he dicho que los salteadores de caminos están todos muertos. Baja el arma y ayúdame a llevarlo a tu caballo.

—Sí, milady —susurró—. Creo que es lo mejor.

En pocos minutos estaban rodeados por el sheriff y su séquito. Los perros se arremolinaban en círculos y olfateaban el cuerpo del capitán Willard, mientras los hombres con antorchas se agrupaban en apretados nudos.

Robert desmontó, entregó las riendas a otro hombre y corrió hacia Jennifer.

—Milady, ¿se encuentra bien?

—Bastante bien —respondió ella—. Pero Salvaje está malherido.

Robert se inclinó para examinar al indio.

—¿Qué le ha pasado?

—Le dispararon. La bala solo le rozó la cabeza, pero ha perdido una terrible cantidad de sangre.

Los ojos del lacayo se encontraron con los de Tom.

—Puede que tenga la cabeza rota. Es más apropiado que nos deje cuidarle, milady.

Jennifer se aferró con fuerza a la mano flácida de Kley.

—No. Él es mi responsabilidad. Le hirieron intentando salvarme.

El sheriff pidió luz y alguien acercó una antorcha a la cara del salteador de caminos muerto.

—¿Alguien sabe su nombre? —preguntó el sheriff.

Jennifer levantó la vista.

—Es el capitán Willard —dijo—. Hay otro allí en el bosque. La mujer le disparó.

El sheriff miró fijamente al forajido muerto.

—No sé quién es, pero no es el capitán Willard. Vi cómo juzgaban al verdadero en Londres hace dos años y le vi bien la cara. Lo condenaron a la horca, pero escapó de Newgate. Sigue en activo, pero este no es él.

—Este hombre me dijo que era el capitán.

—Entonces le mintió. Willard es más pequeño... —El sheriff se interrumpió cuando un guardabosque vestido de verde arrastró a Tess, que se debatía y maldecía, hacia el círculo de luz de las antorchas.

—Esa es la mujer —gritó Jennifer—. Asesinó a uno de sus propios compañeros e intentó matar al criado de mi marido.

—¡Es una mentirosa! Soy una pobre muchacha honesta...

—Silencio —la amonestó el sheriff—. A menos que quiera que la colguemos aquí y ahorremos al tribunal el coste de su juicio.

Tess empezó a llorar.

—No me colgarán —protestó entre sollozos—. Me declararé inocente.

Jennifer siguió a Robert y Tom mientras llevaban al inconsciente Kley a un caballo.

—Lo sostendré delante de mí, milady —sugirió el joven—. Es malo moverlo, pero peor es dejarlo aquí tirado mientras se desangra.

—¿Tom? —Jennifer extendió su mano—. Cabalgaré contigo. Debemos llevarlo a la casa más cercana.

—No es necesario, lady Hayward —intervino el sheriff—. Hemos traído una montura extra. ¿Es usted lo suficientemente fuerte para montar?

—Lo soy.

—Entonces regresaremos a Sotterley de inmediato. Lord Hayward fue muy insistente en que no hubiera retrasos.

El sheriff hizo una seña a un hombre que se acercó con un caballo.

—¡No podemos! Este hombre está malherido —insistió ella, angustiada—. Debe recibir atención médica de inmediato, o puede morir.

—Lord Hayward me confió su rescate —aseveró el sheriff con firmeza—. Sin embargo, el indio es un salvaje. Si vive o muere, poco importa.

A ella sí le importaba y recogió las riendas de su caballo. Para ella lo era todo, pensó de forma apasionada.

Cuando llegaron a Sotterley, ya era mucho más de medianoche y el cielo resonaba con el estremecedor estampido de los truenos. Los relámpagos zigzagueaban en el lejano horizonte y

pesadas nubes de lluvia amenazaban con inundar a los jinetes. Un mensajero se había adelantado al galope para informar a lord Hayward de que la partida del sheriff había tenido éxito y la banda de merodeadores había sido abatida o hecha prisionera. El conde salió al patio en camión y gorra para saludar al grupo triunfante.

Haciendo caso omiso de Hayward, Jennifer condujo a su agotada montura cerca de la entrada de los aposentos de la servidumbre y ordeno a Tom y Robert que llevaran a Kley a la cama. Había recobrado el conocimiento durante el viaje y la hemorragia había disminuido, pero seguía demasiado débil para caminar sin ayuda.

—Arriesgó su vida para salvar la mía —dijo en voz alta, en beneficio de los espectadores—. Nos corresponde darle a Salvaje los mejores cuidados. —Hizo un gesto a un muchacho de la cocina que la miraba fijamente—. Ve a la casa y trae a mi criada, Adele. Tiene conocimientos de curación y puede coserle la herida.

El joven de cara llena de granos se frotó la frente.

—No puedo, milady. Adele se ha ido.

—¿Se ha ido? ¿Adónde? —Ella se echó hacia atrás el pelo revuelto y lanzó las riendas de su caballo a un mozo de cuadra—. Tened cuidado con Salvaje. —Su voz sonó firme, mientras los hombres levantaban a Kley de la silla—. Procurad que no vuelva a sangrar.

Lord Hayward despidió al sheriff y cruzó el patio en dirección a ella.

—¿Qué haces aquí? ¿Has perdido el juicio? —la increpó—. Mírate. Vestida con harapos y tan manchada de sangre como un aprendiz de carnicero. —La miró con el ceño fruncido—. Ve a tus aposentos y llama a las doncellas para que te lleven agua para lavarte. Me temo que tu experiencia con los salteadores de caminos te ha dejado atontada.

Jennifer miró fijamente el rostro tumefacto de Arthur con tal desprecio que él retrocedió de forma inconsciente.

—¿Le dejarías morir? —inquirió con furia—. ¿Es así como recompensas a tus fieles servidores?

—No me hables de sirvientes fieles —refunfuñó él—. Te ha engañado alguien en quien confiabas. —Suavizó las facciones y sonrió con indulgencia—. Pero no discutiremos cuando tenemos tanto que agradecer. Ven, esposa. Está empezando a llover. Entra en casa.

Hayward tomó sus manos sucias y manchadas de sangre entre las suyas, frías y pálidas, y fue todo lo que ella pudo hacer para no estremecerse de desagrado. De pronto, las horas de agotamiento y ansiedad agotaron su espíritu y lo único que deseaba era tumbarse en una cama blanda y caliente.

—¿Qué es eso de que Adele se ha ido? —se interesó.

—Es un asunto repugnante y sería mejor no difundirlo. La zorra ha huido con la mayoría de tus joyas.

—¡No puedo creerlo!

—Sin embargo, es verdad. —Le tiró de las manos—. Entra y deja que las criadas te ayuden a asearte y acostarte. Enviaré a mi barbero para que atienda a Salvaje. Sin duda, no está tan malherido como temes.

—Adele ha estado conmigo durante años. Ella nunca...

—Entra en tus aposentos. Si vas a actuar como una histérica, que sea en privado, no para que todo el mundo lo oiga.

Liberó sus manos.

—¿Cuándo? ¿Cuándo ocurrió eso? —La lluvia empezaba a caer con más fuerza y ella temblaba. Se le revolvió el estómago y un escalofrío de miedo le subió por la columna vertebral. ¿Y si habían hecho daño a su hijo? Se le hizo un nudo en la garganta y se tapó la boca con una mano—. Yo... —empezó a decir.

Él la interrumpió:

—Ve a tus aposentos y haz que las doncellas te bañen y te acuesten —repitió—. Cuando estés presentable, vendré a explicarte exactamente lo que ha ocurrido en tu ausencia.

Jennifer tragó saliva y trató de mantener su tenue compostura.

Aquello era demasiado para soportar. No podía pensar, habían pasado demasiadas cosas.

—No envíes al barbero, no se trata de una muela. Si llamas al médico para que vea al indio, haré lo que me digas —murmuró en tono obediente—. No podría descansar si pensara que está desatendido.

—Bien. —Arthur sonrió—. Independientemente de lo poco que te preocupas por mí, esposa. Debes saber que he estado angustiado por tu violento secuestro. He tenido largas horas para considerar con pesar la miserable condición de nuestro matrimonio y te prometo que todo será diferente entre nosotros a partir de esta noche. —Acarició su mejilla—. Te quiero, Jennifer, a mi manera. Creo que siempre te he querido.

En el pasado, aquellas palabras podían haber significado algo para ella, pensó con ironía. En ese momento, no eran nada. En su vida no había lugar para Arthur ni para sus falsas promesas. Lo único que importaba era Kley y el hijo que llevaba en su vientre.

Abandonaría a su esposo y se marcharía a casa con el hombre al que amaba, se juró a sí misma. Se apartó de él sin hablar y se dirigió cansada hacia sus habitaciones.

Jennifer estaba a medio camino de la galería del segundo piso cuando escuchó unos pasos apresurados en la escalera de servicio y un hombre apareció por la esquina.

—Milady, debo hablar con usted.

—¿Robert? ¿Le pasa algo a Kley, quiero decir, a Salvaje? ¿Está sangrando?

El lacayo negó con la cabeza.

—No, milady. Duerme profundamente. Algo va mal, pero no es con el indio. Es Adele.

—Sí... Adele. —Jennifer miró arriba y abajo por la galería y se acercó a él—. Milord dice que me robó y huyó, pero yo no lo creo.

—Es una asquerosa mentira —protestó él de forma acalorada—. Ella no es ninguna ladrona. Lord Hayward la acusó y la echó de Sotterley sin recomendación. Nunca podrá encontrar otro lugar como doncella ni tampoco como sirvienta de ninguna dama.

—¿Quién te contó lo que pasó?

—Un amigo de los establos. —Tensó los labios—. Me marchó, milady. No me quedaré

aquí sin ella. No serviré a un hombre que trata a su gente tan injustamente. Adele y yo teníamos planes de casarnos. Tengo que encontrarla, pero no sé adónde ha ido. ¿Tiene usted alguna idea?

—Su hermana Maureen se ha ido a Bristol con su marido. He oído que la peste no es tan mala en Bristol. Tal vez los haya acompañado.

—Sí, tiene sentido, se lleva muy bien con su hermana. Pero Bristol es un lugar grande, milady. No sé dónde buscarlos.

—El primo de Sean trabaja en una taberna llamada Sea Cook's Locker. Adele dijo que él esperaba encontrar trabajo allí.

—Gracias, milady. No la olvidaré.

—Si la encuentras... cuando la encuentres, dile... —Jennifer se mordió el labio para no llorar—. Dile que sé que Hayward miente. La ayudaré si puedo.

—Entonces adiós, milady. Me iré al amanecer. Tengo un poco de dinero ahorrado y no quiero volver a ver a milord.

—Que Dios te acompañe, Robert. —Ella vio como sus anchos hombros desaparecían al doblar la esquina.

Primero su padre, luego Sally y después Adele. Uno por uno, estaba perdiendo a todos los que significan algo para ella. Todos menos Kley y no estaba dispuesta a perderlo también.

—No te perderé —susurró en el interior de la habitación.

—Entra y cierra la puerta, idiota —Hayward increpó desde la cama a Tom—. ¿Solo tienes serrín en la cabeza?

Un trueno sacudió las ventanas de su alcoba y una lluvia torrencial golpeó los gruesos cristales. Hayward yacía recostado con montones de almohadas en su cama; la única luz de la habitación provenía de la chimenea y de una sola vela.

El hombre se retorció el sombrero entre las manos callosas y arrastró los pies.

—Milord —murmuró.

—Más cerca, maldita sea. No oigo ni una palabra de lo que dices por encima de esta abominable tormenta. —Arthur se lamió un poco de mermelada de los dedos y se los limpió en la colcha. Las migas ensuciaron la parte delantera de su bata.

Cabizbajo, Tom se acercó a la cama con pasos lentos y vacilantes.

—Me has fallado —replicó el conde—. Fuiste el primero en llegar hasta milady. El sheriff me lo dijo. La encontraste y la dejaste vivir.

El mozo negó con la cabeza.

—No hubo oportunidad de hacer nada por ella. El salvaje estaba allí y me habría matado si hubiera intentado matar a su señora.

Él frunció el ceño.

—¿Dónde está la pistola que te di?

—En el establo.

—La quiero de vuelta. Tráela aquí enseguida. —Tom se volvió para irse—. ¡Todavía no! No te he despedido, imbécil. Hay algo más que tienes que hacer primero.

—Sí, milord. —El hombre lo miraba con los ojos muy abiertos a la vacilante luz de la vela.

—Irás a los aposentos de lady Hayward en la torre. Está muy angustiada, debido a su... violación por parte de los forajidos. Le hicieron cosas indecibles, ya sabes... cosas viles.

—Ella no dijo nada sobre...

—¿Tenía que hacerlo, Tom? ¿Habría una dama a unos extraños sobre su deshonra? ¿Su pérdida de honor? —Apretó en dos puñados la seda de la cama—. Esto es una tragedia para Sotterley, Tom, pero no la primera. Una abuela mía se arrojó desde una ventana de la torre cuando su única hija murió al dar a luz. Estaba loca, ya ves. Tan loca como milady.

—Su esposa no me pareció loca. Aunque lo pareciera, no lo estaba.

—Estás equivocado, Tom. Muy equivocado. Por eso soy el señor aquí, y tú solo sirves para sacar estiércol de los caballos. Irás a los aposentos de mi esposa y la arrojarás por la ventana. Con la tormenta, nadie oirá sus gritos. Nadie sabrá que ha muerto hasta mañana.

El hombre lo miró extrañado.

—Quiere que la mate, que la tire desde la ventana de la torre —repitió sus palabras.

—Excelente. Has comprendido una orden simple. —Hayward sonrió—. Sigue trabajando en ello y puede que alcances la inteligencia de uno de mis sabuesos.

—Debo asesinar a la dama y luego traerle la pistola.

—Exactamente.

—Nadie sabrá que lo hice.

—¿Cómo podrían?

—Las damas tienen criadas y cosas así.

—Esta noche no, Tom. Una vez acostada, di órdenes de que estuviera sola en sus aposentos. Hazlo ahora, antes de que amaine la tormenta. Cuando esté hecho, se te pagará en plata.

Tom exhaló bruscamente y asintió.

—Sí, milord. —Salió de los aposentos del conde y corrió por los oscuros pasillos hasta el otro extremo de la casa. No se encontró con nadie. Solo oía el viento, la lluvia y el estruendo de los truenos.

Jennifer gimió y hundió más la cabeza en las almohadas. Volvieron a llamar a su puerta, incesantemente.

—¿Quién está ahí? —preguntó somnolienta. Aún estaba oscuro y el fuego de la chimenea se había reducido a brasas anaranjadas—. ¿Quién es? —Entonces pensó en Kley y se levantó de la cama. Abrió la puerta de golpe—. ¿Qué pasa?

El hombre no tenía vela.

—Soy Tom, milady.

—¿Tom? ¿Qué hace aquí? ¿Está peor el indio?

La empujó hacia la habitación y cerró la puerta tras de sí.

—No tenga miedo de mí —dijo suavemente—. No le haría daño nunca. Milady, pero lord Hayward la quiere muerta.

—¿Qué?

—Escúcheme, por favor, no hay tiempo. —Agarró su gorra con desesperación—. Tiene que huir, milady. Huya por su vida.

Jennifer empezó a temblar.

—¿Cómo lo sabes?

—Me ordenó que viniera y os arrojara sobre las piedras de abajo. Desde esa ventana, dijo milord, como hizo su abuela en el pasado. Asegura que usted está loca y dirá que se ha quitado la vida.

—¿Por qué me lo cuenta?

—Soy un hombre duro, milady. Nací en una zanja, sin padre y con poco cerebro, pero no puedo asesinar a una mujer. —Se aclaró la garganta—. Ensillaré el caballo más rápido del establo de su señoría, pero debe salvar la vida, milady. Cuando alguien tan poderoso como él se propone algo, encontrará la manera. Si no soy yo, será otro, ha puesto precio a su cabeza.

Los sentidos de Jennifer se agitaron y gotas de sudor brotaron de su frente.

—¿Arthur te ha enviado para asesinarme? —inquirió con incredulidad.

—Sí.

—¿Te ofreció plata para que me arrojaras por la ventana?

—Sí. Debe huir —repitió—. Puede escapar mientras dure la tormenta. —Tom sacudió la cabeza—. Después de eso... No tendrá tiempo para reaccionar, si quiere seguir viviendo.

Ella suspiró y tragó saliva.

—Sí, debo irme. —También debía salvar a Kley, de modo que añadió—: No me quedaré aquí para que me maten como a un cordero. —Respiró de nuevo y el acre sabor del miedo en su boca comenzó a desaparecer. En lo más recóndito de su mente, oyó las palabras de su padre: «Nunca olvides, Jennifer, que naciste Rawlyn». No, no quiero que Hayward piense que ha ganado a una Rawlyn.

Capítulo 24

-Debes ensillar tres caballos —pidió Jennifer en voz baja—. Y prepara tres más para que los llevemos con nosotros con provisiones. Llama a Robert y dile que prepare a Salvaje para viajar lo mejor que pueda. Ambos deben vestirse con ropa sencilla, mejor de mozo, sin la librea de lord Hayward.

Tom estuvo de acuerdo Tom.

—No se pueden llevar monturas extra. Además, no sé qué haría milord si vacían sus establos. Robert es fuerte, la protegerá bien, pero ¿por qué arriesgar al salvaje? Es mejor llevar el estandarte de lord Hayward que cabalgar con su piel roja. Se hará notar, dondequiera que vaya.

—Debemos arriesgarnos, Tom, porque no puedo ir sin él. —Le puso una mano en la manga—. Has sido un amigo para mí, pero no tengo nada con qué recompensarte. Mi joyero ha desaparecido y no tengo ni una moneda que ofrecerte.

El mozo sacudió su desgredada cabeza.

—No quiero plata, milady, solo que esté a salvo del conde. Es malo, no como su padre, el viejo lord.

—Ve y haz lo que te ordeno. —Ella le apretó el brazo—. No olvidaré tu ayuda.

Cuando él se hubo ido, encendió una vela y se vistió apresuradamente con ropas de abrigo y duraderas. Se calzó las botas de montar, ató algunas otras prendas y las metió en una cesta, junto con los restos de la cena y una botella de vino. Sacó del baúl su segunda mejor capa y se dirigió a la puerta, pero dudó al ver las tijeras de Adele sobre la mesa.

En ese momento decidió que le cortaría el pelo. Kley probablemente se opondría, pero sería más fácil hacerlo pasar por inglés sin su larga cabellera. Rogó a Dios que estuviera lo bastante fuerte para cabalgar tan pronto después de su herida, pero no había elección. Para bien o para mal, la decisión estaba tomada. Si había alguna esperanza para Kley y su hijo, tenían que escapar ya.

Cuando llegó al establo, Robert y Kley la estaban esperando. Tom estaba ensillando el último de los tres animales. Kley estaba sentado en el suelo, apoyado contra la pared. Tenía la cabeza vendada y llevaba unos pantalones anchos y una camisa oscura.

Jennifer se arrodilló a su lado y le cogió la mano.

—¿Estás bien? —Él asintió—. Tráele un sombrero —pidió a Robert—. Yo le cortaré el pelo.

Kley hizo una mueca cuando ella sacó las tijeras de la cesta y se dispuso a cortarle el pelo al estilo sirviente.

—*Iroqués* —replicó.

—Te afeitaría hasta quedarte calvo si eso nos ayudara a escapar —explicó ella, dejando caer al suelo los mechones que cortaba y mezclándolos con el heno suelto.

—He elegido caballos oscuros, milady —dijo Tom—. Los grises se ven demasiado en el bosque.

El rostro de Robert estaba tenso.

—¿Sabe usted lo que hace, milady?

—Milord busca su vida —le advirtió Tom.

—Entonces soy su hombre, la protegeré —prometió el lacayo.

—¿Podrás montar? —preguntó ella a Kley.

Sus rasgos cincelados estaban limpios de sangre, pero nada podía ocultar las ojeras ni su respiración áspera.

—Cabalgo —respondió con dureza.

Tom ayudó a Jennifer a sentarse en la silla del hombre.

—Es mejor para un largo viaje, milady —se disculpó—. A horcajadas...

—Puedo montar a horcajadas —le aseguró ella—. Mis hermanos me enseñaron cuando era niña. —Hizo un gesto a Robert—. Ponlo detrás de mí.

—Puede que no aguante —advirtió el lacayo—. Es demasiado pesado para que...

—Viaja conmigo —dijo Jennifer con firmeza—. Coge un trozo de cuerda y átanos juntos.

—Ponme en mi propio caballo —dijo Kley, estabilizándose contra el costado del animal—. Sé montar.

—Te he visto montar cuando tenías toda la cabeza —espetó ella—. Ponlo en mi caballo.

Rápidamente, Robert obedeció, asegurando a Kley con una cuerda.

—¿Tiene un lugar seguro donde ir, milady? —se interesó Tom.

—Iremos a Longview, a la casa de campo de mi familia —explicó ella—. Los criados de mi hermano nos darán cobijo.

Minutos después, los tres salieron a la lluvia torrencial y dirigieron sus caballos hacia el camino de Londres. La tormenta no daba señales de amainar y el agua empapaba sus ropas y golpeaba sus rostros.

—¿De verdad piensa ir a la casa de campo de su familia? —Robert se inclinó hacia Jennifer y gritó por encima de la lluvia—. Este no es el...

—¡Vamos a Bristol! —gritó ella—. Bristol está en el mar.

—Entonces, ¿por qué...?

—Hayward enviará hombres tras nosotros. Si Tom cede y le dice a dónde vamos, que nos busquen en cualquier parte menos donde realmente estamos.

Un relámpago cayó en el otro extremo del prado, y Jennifer cerró los ojos contra el repentino destello de luz. Su caballo se agitó y rompió a galopar, a pesar de la carga de dos

jinetes sobre su lomo.

—Agárrate fuerte —advirtió a Kley—. Cabalgaremos rápido y duro esta noche y mañana.

Apoyó la cabeza en su espalda y la rodeó por la cintura.

—Llévame donde quieras —dijo—, mientras nuestro camino nos lleve a casa.



Las criadas de la cocina acababan de bajarse de sus jergones y empezaban a encender los fuegos de carbón en el gran hogar cuando Tom regresó a la habitación del conde. No se veía ni rastro de luz en el este, y la lluvia seguía golpeando contra las ventanas de cristal. El alto reloj de marquetería del rellano del vestíbulo acababa de dar las cinco y media.

Lord Hayward yacía despierto. La cabeza le había dolido durante las primeras horas de la mañana, y dos veces había tenido que abandonar la cama y buscar el orinal. Se había acercado a las ventanas repetidas veces, sabiendo que era imposible ver la ventana de la torre de Jennifer desde su habitación. Había esperado en vano los gritos de una mujer, sabiendo igualmente que la tormenta amortiguaría cualquier sonido que ella proferiera.

Dio un respingo cuando Tom llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Tom el mozo, milord.

—Adelante. —Hayward miró la cara del hombre, tratando de adivinar si su misión había sido un éxito—. Maldito seas, estás goteando agua por todo mi suelo. ¿Qué has estado haciendo, nadar?

—Está lloviendo, milord. —Sacó la pistola de debajo de su capa empapada por la lluvia—. Aquí está su pistola. —La dejó con cuidado sobre una mesa baja.

Hayward maldijo mientras se levantaba de la cama.

—Sé que está lloviendo, idiota. ¿Me crees sordo, que no oigo la lluvia y los truenos? —Cojeó hacia el mozo—. ¿Y bien? ¿Lo has hecho o no? ¿Está muerta?

—No milord, no pude arrojar a la dama desde la ventana de la torre como me pidió. Ya no quiero matar.

—¡Idiota! —Las venas moradas se abultaron en la frente de Hayward—. ¿Te atreves a venir aquí y decirme que me has fallado otra vez? —Caminó hasta situarse a un brazo de Tom, levantó su bastón y lo golpeó con saña en la cara.

La sangre brotó del rostro del mozo mientras se agachaba fuera del alcance de la furia del conde.

—Conde o no, no tiene derecho a golpearme como a una bestia —replicó furioso.

—¿Golpear? ¡Vómito de perro! ¡Te mataré! —Hayward se tambaleó hacia él y arremetió de nuevo con su bastón.

Tom agarró el extremo del bastón y se lo retorció en la mano. Después, se lo pasó por la

rodilla.

—No más —amenazó.

Hayward maldijo y se abalanzó hacia la pistola que había sobre la mesa. Tom saltó cuando la mano del conde se cerró en torno a la empuñadura del arma. Luchó con sorprendente fuerza y los dos cayeron al suelo, forcejeando, y rodaron una y otra vez, cada uno luchando por la posesión del arma.

Un trueno amortiguó el sonido de la explosión. Hayward gritó una vez y luego cayó hacia atrás, con los ojos muy abiertos y sin pestañear.

Tembloroso, Tom se puso en pie y permaneció con la pistola humeante en la mano hasta que el cuerpo de Hayward dejó de agitarse; entonces pasó por encima del charco de sangre que se extendía y puso el arma en su mano.

—Se equivocó, milord —le dijo Tom—. No fue milady la que se suicidó por vergüenza. Fue usted. No podía soportar la vergüenza de no consumir el matrimonio con su esposa. Pobre milord enfermo. Su enfermedad le afectó la mente. —Sonriendo en la oscuridad, salió de las habitaciones del conde muerto y cerró la puerta tras de sí—. Los establos y una cama caliente para el viejo Tom —murmuró—. Y estaré tan apenado como el que más cuando la noticia de la muerte de milord llegue abajo. —Suspiró—. Y fue tal como dijo. Fue más fácil la segunda vez.



El viaje a Bristol no fue uno que Jennifer deseara repetir en su vida. Viajaron casi siempre de noche y durmieron de día en iglesias o graneros en ruinas, e incluso una vez al abrigo de un gran seto. La herida de Kley le produjo fiebre. Durante cuatro días estuvo demasiado enfermo para cabalgar y tuvieron que cambiar uno de los caballos de montar por el privilegio de acampar en el cobertizo de piedra para ovejas de un granjero. Comieron conejos cazados por Robert, pan duro y, a veces, nada.

Cabalgaban a una velocidad de vértigo hasta que el sudor corría por los costados de los animales y les salía espuma por la boca. Cuando la yegua ruana se quedó coja, Jennifer se la cambió a un calderero por dos mantas llenas de pulgas, una tetera de estofado caliente y una lata de una mezcla de hierbas en polvo para frenar la infección de Kley y reducir la fiebre.

—El anciano será ahorcado si lo atrapan con uno de los caballos del conde —le recordó Robert a Jennifer mientras cabalgaban desde el campamento del calderero.

—Es cierto, pero un hombre que hace un guiso tan pobre merece la horca.

Al octavo día, Kley estaba lo bastante fuerte como para cabalgar sin ayuda y, aunque solo tenían tres caballos, hicieron mejor tiempo. No vieron señales de persecución, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a bajar la guardia.

—Lord Hayward nos verá a todos en el infierno —recordó Jennifer a Kley y Robert—. No se detendrá ante nada para encontrarnos y su oro comprará muchos favores.

La mano de Kley se dirigió a la empuñadura del cuchillo que llevaba sujeto a la cintura.

—Nadie te atrapará mientras yo viva —le prometió en su lengua materna.

Ella negó con la cabeza.

—Todos debemos vivir.

—Amén a eso —asintió Robert—. No deseo encontrarme con mi creador con la tripa llena de disparos.

Los refugiados que huían de la peste de Londres atascaban los caminos y dificultaban los desplazamientos por las carreteras. El miedo de los aldeanos a la muerte negra hacía sospechosos a todos los extraños, y después de que un granjero les disparara, los tres aprendieron a mantenerse alejados de los caminos y de los lugares poblados. Avistaron tropas de soldados casi a diario; una vez, escaparon por los pelos de un control en un vado de un río.

Kley se tapaba la cara con el sombrero y agachaba la cabeza cada vez que se cruzaban con alguien en el camino. Se turnaban para dormir y vigilar, aventurándose a establecer contacto humano solo cuando el hambre los desesperaba. Y cuando buscaban comida o un lugar donde dormir, solía ser Jennifer quien negociaba.

—Es usted muy inteligente —dijo Robert con admiración, mientras repartían una gallina asada—. Disculpe, milady, pero nunca se me habría ocurrido dar unas tijeras por mi cena.

—Las tijeras de Adele para la carne de su ama—, replicó Jennifer con una sonrisa—. Yo diría que la sirvienta sacó lo mejor del trato.

—Sí, supongo, pero cuanto más nos alejamos de Sotterley, más se parece a mi dulce Adele y menos a la gran dama que es usted.

—Hago lo que debo. —Sus ojos se encontraron con los de Kley—. Todos hacemos lo que debemos.

Al atardecer del duodécimo día, cruzaron el Avon y llegaron a las afueras de Bristol. Kley y Jennifer esperaron en un sombrío callejón cerca de una pequeña iglesia, mientras Robert cabalgaba para intentar localizar al cuñado de Adele en la taberna. Cuando descansaban con los caballos junto a las lápidas, una comitiva nupcial salió de la iglesia.

La risa de la joven novia recorrió el tranquilo cementerio y Jennifer sintió una punzada de pesar. Inconscientemente, se llevó la mano al vientre y respiró hondo.

—¿Estamos realmente casados a los ojos de Dios, Kley, o este niño que llevo dentro nacerá bastardo?

Era la primera vez que expresaba el miedo que la atormentaba desde que se había dado cuenta de que iban a tener un hijo. También era la primera vez que le hablaba a Kley de su embarazo.

Él se echó a reír con suavidad, la rodeó con los brazos y la estrechó contra su pecho.

—Este indio ya sabía del niño que viene, *Je-nni-fer*. Me da alegría.

Ella acurrucó la cabeza bajo su cuello y dejó que sus dedos trazaran la línea de su mandíbula.

—¿Cómo lo sabías?

—Tu cuerpo me lo dice. ¿Lamentas que vayamos a tener un hijo?

—No. Deseo tenerlo, pero... ¿Cómo podemos casarnos? Ni siquiera eres cristiano.

—No. Además, tú no eres del verdadero pueblo, el *Lenni-Lenape*. A mi Dios no le importa. Él abre sus brazos a todos los hijos de la tierra.

Le besó el pelo y le inclinó la barbilla para besarla en los labios. El beso fue dulce, pero no calmó su preocupación.

—Nacer bastardo es algo terrible —le advirtió cuando terminaron de abrazarse—. Si he pecado, nuestro hijo llevará la mancha para siempre.

Él se echó a reír de nuevo.

—¿Cómo puede un *ommamundot*, un niño, tener pecado antes de nacer? Los ingleses se equivocan. Un niño es bueno. Un niño pertenece a *Wishemenetoo*. Solo es... —Frunció el ceño mientras buscaba la palabra adecuada. Es... un préstamo a los padres. Un regalo de alegría. Esa palabra que dices «bastardo» no se entiende. El regalo de *Wishemenetoo* solo puede traer honor. Si hay mal, recae sobre la cabeza de la madre y el padre, nunca sobre un *ommamundot*.

Jennifer lo miró a la cara.

—¿Dirías los votos matrimoniales ante un clérigo de mi fe?

—Ningún chamán inglés diría las palabras por nosotros.

—¿Pero si lo hiciera? —insistió ella.

—Si las palabras te tranquilizan el corazón, las diré, pero ya somos marido y mujer hasta que los bosques crezcan bajo el mar salado y los delfines naden sobre la tierra.

Sus ojos brillaron.

—Espera aquí, entonces. Si este buen ministro de Dios puede celebrar una ceremonia, quizá yo pueda convencerle de que celebre otra.

Diez minutos más tarde, Kley y Jennifer se cogieron de la mano en la desnuda y encalada iglesia y repitieron los votos que los casaban según la costumbre inglesa. El clérigo, de mirada fría, dejó clara su desaprobación por su precipitado matrimonio lejos de casa y de la familia.

—Nos vamos a las colonias —le dijo ella alegremente—. Estoy embarazada y queremos casarnos según la ley.

Cuando él protestó diciendo que eran extraños para él, que no se habían celebrado amonestaciones y que no tenía forma de saber si eran parientes cercanos o si ya estaban unidos en matrimonio, Jennifer lo sobornó con el caballo castrado alazán de Hayward.

—¿De dónde ha sacado un caballo tan magnífico? —preguntó el ministro—. ¿Es robado?

Ella negó con un murmullo, encogiéndose de hombros y agitando las manos, y el codicioso clérigo consintió.

—Dios lo bendiga —le deseó Jennifer con suavidad—. Quiero una copia de nuestros votos matrimoniales, así como las que se inscribirán en su libro parroquial.

—Como desee —aceptó el hombre.

Firmó la página con valentía, Jennifer Louise Rawlyn, y ofreció el libro y la pluma a Kley.

—Marca aquí —le indicó. Para su sorpresa, él tomó la pluma y escribió su propio nombre con letra fluida. Kley Dare. Sobresaltada, lo miró fijamente y añadió en un murmullo—: *Mi cocumtha*.

El párroco frunció su delgado rostro en una expresión amarga.

—¿Qué palabrería pagana es esa? ¿Este hombre es irlandés? No caso papistas en esta iglesia.

—No, buen reverendo, deje que su mente descanse —lo tranquilizó ella, mientras extendía la mano en busca de la prueba de su matrimonio—. Los Dares han sido ingleses honrados desde los tiempos del buen rey Ricardo. Puedo asegurarle que ninguno de los dos es católico.

El ministro miró a Kley con suspicacia.

—Es lo bastante moreno para ser irlandés.

—Su madre era galesa —mintió Jennifer.

—Tendré la silla de montar con la bestia —exigió el clérigo.

—No se ha dicho nada de una silla de montar —replicó ella.

—¿Preferiría que llamara al sheriff, señora Dare? —amenazó él.

—Que se quede con la silla —dijo Kley.

—Será bienvenida. Irlandeses o galeses, hay poca diferencia —refunfuñó el ministro—. Todos son paganos.

Robert y Adele esperaban fuera, en el camino. La doncella lanzó un grito de alegría y se arrojó a los brazos de Jennifer.

—No pensaba volver a verla.

Jennifer la abrazó con fuerza.

—Ni yo a ti. Entrégale un caballo, Robert, es el pago al reverendo por nuestro casamiento. —Sacó el precioso papel—. Estamos casados. Aquí están nuestros votos matrimoniales.

Adele retrocedió.

—Pero milady, aún está casada...

Ella le ordenó callar, poniendo un dedo sobre sus labios.

—Vámonos de aquí e intentaré explicártelo. ¿Estás bien, Adele? ¿Cómo has llegado a Bristol sin sufrir daños? Los caminos están llenos de viajeros.

Los cuatro caminaron por el sendero que se alejaba del cementerio de la iglesia, conduciendo los dos caballos, el alazán de Robert y el otro. Kley caminaba cerca del hombro de Jennifer, sin decir nada, pero Jennifer sentía sus ojos clavados en ella en la oscuridad.

—En primer lugar, Adele, ya no habrá más «milady» —explicó a la muchacha—. Eso significaría pagar con nuestra vida, si somos capturados por la gente de lord Hayward. Somos Kley y Jennifer.

—Sí, así será —repuso la doncella con gesto pensativo—. Pero Jennifer es demasiado peligroso, mejor la llamamos Lizzy. Pocos buscarían a la esposa de un conde tras un nombre tan campesino.

—Me parece bien. —Suspiro y agarró la mano de Kley, que la apretó con la suya para darle valor—. Vinimos aquí porque no sabíamos adónde ir. Necesitamos tu ayuda, Adele. Debemos volver al hogar de Kley, a las colonias. Voy a dar a luz a su hijo. Si Hayward nos

captura, nuestro bebé también morirá.

—Es un hombre malvado. —La joven sonrió a Robert—. No sabéis lo feliz que me sentí cuando Sean trajo a Robbie a casa.

—Deberías haberte dado cuenta de que no sería tan fácil deshacerse de mí —replicó él—. Iba a dejar el trabajo cuando la señora me pidió que la acompañara. Lord Hayward te acusó de robar sus joyas.

Adele se detuvo y miró fijamente a Jennifer.

—No pensaré que soy una ladrona, ¿verdad?

—No. No creería nada de lo que Hayward me dijera.

—Se quedó las joyas en sus aposentos. Me ordenó que se las llevara y se las quedó todas él. No tenía derecho, lo suyo es suyo. Marido o no... —Entornó los ojos con suspicacia—. ¿Aún vive milord?

—Sí —aseveró Robert.

—Entonces este matrimonio con... con él... —Adele señaló a Kley—. No es un verdadero matrimonio.

—No lo es —intervino en su inglés suavemente acentuado—. Je-nni-fer ya era mi esposa antes.

—Nos casamos en América antes de regresar a Inglaterra. Y aunque fue por el rito de su tribu, hice mis votos ante testigos —explicó ella—. Mi matrimonio con lord Hayward no es válido para nosotros.

—Entonces, ¿por qué este segundo intercambio de votos aquí en Bristol? —preguntó Adele.

—Antes no tenía un papel que los acreditara ni los pronuncié en una iglesia. Ahora sí. —Le entregó el pergamino doblado a la irlandesa—. Te confío mis votos matrimoniales. Mantenlos a salvo para mí, y cuando puedas, ponlos en las manos de Micah Levinson o de uno de sus hijos.

—Pero Londres es una pocilga. Cualquiera que permanezca allí es...

—Con el tiempo la plaga pasará. Micah Levinson es demasiado sabio para ser atrapado por la peste en la ciudad. Cuando Londres vuelva a ser segura, él regresará, o lo harán sus hijos. Si supiera dónde está Micah ahora, iría a pedirle dinero. —Extendió las manos—. No tengo nada, Adele. Huimos con lo que llevamos encima.

Adele se echó a reír, mientras guardaba el pergamino en un bolsillo.

—Lo que lleva a la espalda es más de lo que cree, milad... Lizzy —corrigió el tratamiento. Se arrodilló junto a Jennifer en el camino y pasó los dedos por el forro interior de la capa de Jennifer—. Aquí está. ¿Siente esto? —Condujo los dedos de Jennifer hasta un bulto duro en el dobladillo inferior—. Abra la costura y encontrará uno de sus collares de perlas. Cada una vale la fortuna de un trabajador.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Con la ayuda del cuchillo de Kley, Jennifer liberó las preciosas perlas y las ahuecó en su mano—. Tú las pusiste ahí —le dijo a su amiga.

—Sí, justo para este momento. Usted ha llevado una vida protegida, pero yo no. Cuando

lord Hayward me pidió sus joyas, las guardé... por si acaso.

—Gracias a Dios, lo hiciste. Pensé en venir a ti como una mendiga. —Apretó las perlas con fuerza—. Con ellas podemos comprar el pasaje a Jamestown —le dijo a Kley.

Estaban entrando en la ciudad, cuyas calles estaban abarrotadas a pesar de la hora. Hombres y mujeres se apresuraban a pasar, unos a caballo y otros a pie; algunos llevaban ganado o empujaban carretillas muy cargadas. Una mujer robusta conducía una vaca con dos cestas de bacalao atadas al lomo del animal. Por las estrechas calles circulaban carros de dos ruedas tirados por caballos, y por todas partes había perros ladrando y niños harapientos. Corrían llorando junto a los transeúntes con las manos extendidas y dormían como cachorros callejeros en los portales.

Kley cogió las perlas de manos de Jennifer y las sopesó en su mano.

—Son cuentas bonitas, pero a este indio le cuesta entender por qué los ingleses valoran las piedras del mar y no a los niños.

Adele se encogió de hombros.

—Está claro por qué no puede quedarse aquí. Será difícil hacerlo pasar por inglés.

Jennifer se echó a reír.

—Le dije al reverendo que su madre era galesa.

—Engañar al clero es una cosa —intervino Robert—, pero el truco no funcionará por mucho tiempo. No quiero insultarte, Kley, pero eres un salvaje y pareces un salvaje.

Adele los condujo por las tortuosas calles hasta una vieja taberna de piedra.

—Maureen y Sean tienen una habitación más allá de la panadería de la posada. Es bastante cálida, y sois bienvenidos, pero será estrecha para seis personas. El pueblo está lleno de los que han escapado de Londres, y las familias vienen del campo en busca de trabajo. Lamento no poder ofrecerle un lugar mejor, Lizzy.

—Cualquier lugar con un techo encima parecerá Whitehall —observó Jennifer—. Llevamos tanto tiempo durmiendo en el suelo que...

—¿No hay ningún lugar donde podamos dormir solos? —preguntó Kley.

—Que yo sepa, no —respondió Adele—. Le preguntaré a Sean. Tuve suerte de encontrarlos todavía aquí. Ellos también se dirigen a la colonia de Virginia, pero han optado por la única forma que tienen los pobres de mejorar; han firmado como sirvientes contratados para cruzar el mar. Trabajarán sin salario durante cuatro años en América. Después, serán libres de tomar sus propias tierras.

Dejando a Robert al cuidado de los animales, Adele llevó a Kley y Jennifer a los aposentos de su hermana. Maureen los saludó tímidamente, ofreciéndoles comida y bebida y los únicos taburetes de la estrecha habitación.

—Sean está trabajando en los establos —explicó cuando Adele le contó por qué su antigua ama estaba en Bristol—. No sale hasta tarde, pero sé que os ayudará, si puede. No le gustan los lores ingleses, con perdón, señora.

Se sonrojó y miró fijamente a Kley bajo unas espesas y oscuras pestañas.

Adele susurró al oído de su hermana que eran recién casados. Jennifer la oyó y también

pedirle un lugar para estar a solas.

Maureen miró a Kley con incredulidad.

—¿Él... es indio? —aventuró tímidamente—. ¿De verdad os habéis casado hoy?

Jennifer asintió.

—De verdad.

Maureen susurró algo a Adele, luego se ató el delantal y se echó un chal sobre la cabeza.

—Ahora vuelvo —dijo antes de escabullirse por la puerta.

—Puede confiar en ella, Lizzy —le aseguró la muchacha—. Se cortaría el brazo derecho antes de traicionarme.

Jennifer lanzó una mirada anhelante a la única cama de la habitación. Daría una mansión en Yorkshire por un lugar mullido donde dormir en ese momento, pero era la cama de Maureen y Sean. Tendrían suerte si encontraban un sitio en el suelo.

Antes de que pudiera terminar el pan y el queso que les había dado, la muchacha estaba de vuelta. Abrió la puerta de golpe y sonrió.

—Sean dice que, si no os importa dormir en el pajar, podéis coger mantas limpias e ir allí. No es a lo que estará acostumbrada una dama, estoy segura, pero es privado. Nadie les molestará... y en su noche de bodas... —Se interrumpió, sonrojándose—. Solo era una idea. Si prefieren nuestra cama, nosotros...

—Tomaremos el pajar con agradecimiento —le aseguró Jennifer. Sonrió a Kley—. Si te parece bien, esposo. —Le tendió la mano—. ¿Pasarías nuestra noche de bodas en un pajar?

Capítulo 25

Durante largo rato, Kley y Jennifer permanecieron abrazados sobre el heno perfumado del pajar, encima de los establos de la taberna. Jennifer estaba agotada, pero se habían quedado solos, con una sábana de lino fresca debajo y una manta de lana encima y descubrió que no podía dormir.

Abajo, los caballos relinchaban y una vaca mugía suavemente. Eran sonidos tranquilizadores que transportaban a Jennifer a su infancia en el campo. El establo estaba limpio, el suelo duro y empedrado, y lleno de paja brillante hasta las rodillas. Los olores que subían hasta el desván eran aromas terrosos de grano, caballos y cuero engrasado.

—Este indio te lleva del palacio de un rey a un refugio para bestias —murmuró Kley mientras su cálida y húmeda lengua saboreaba el contorno de su garganta—. ¿Te arrepientes de haber elegido seguir mi camino?

Ella suspiró y se acurrucó más cerca, dejando que el calor de su cuerpo pesado y musculoso impregnara sus miembros cansados.

—No lo creo —bromeó, tirando de la gruesa manta con más fuerza alrededor de sus hombros desnudos.

—¿Crees? ¿No lo sabes? —Dejó de mordisquearle la oreja y se apoyó en un codo para mirarla con ojos entornados—. Mírame, *Je-nni-fer* —le ordenó en su suave lenguaje.

Los remolinos de calor que corrían por sus venas se intensificaron cuando ella rodó sobre su espalda y le sonrió. La luz de la luna se colaba por las rendijas de la ventana del desván y se acumulaba en torno a ellos, iluminando sus rasgos escarpados, como los de un halcón, y haciendo que sus ojos de pesados párpados parecieran tan oscuros como relucientes hojas de obsidiana.

—*K'daholel* —susurró—. Te quiero.

Las comisuras de sus labios se torcieron en una sonrisa lo bastante dulce como para encantar a los pájaros de los árboles, y Jennifer se echó a reír.

—¿Por qué te ríes? —preguntó.

Ella bajó la cabeza hasta que ella sintió el calor de sus labios contra los suyos. Su boca se abrió ligeramente y sus lenguas se acariciaron, se retiraron y volvieron a tocarse. Temblores de placer recorrieron su cuerpo.

—Ven aquí, esposo —le ordenó.

—Estoy aquí.

—No. Más cerca. —Le rodeó el cuello con los brazos y tiró de él hasta que su mente se

estremeció con su aroma almizclado y viril—. Dios, cuánto te quiero —admitió.

Kley se había bañado en las frías aguas del río Avon. Su espeso pelo seguía húmedo y tenía que reconocer que su cuerpo estaba siempre limpio y libre de sudor, más que el de cualquier inglés que Jennifer hubiera conocido. Pero tenía un aroma que solo le pertenecía a él: un olor fuerte y salvaje que nunca dejaba de excitarla.

Sus labios volvieron a encontrarse y se besaron, primero con suavidad y luego con ardiente pasión. Jennifer gimió cuando el calor de la lengua de Kley la recorrió hasta encender una palpitante llama de anhelo.

—Kley —murmuró—. Mi amor.

Él deslizó la mano izquierda entre ellos para acariciar su vientre redondeado.

—¿Estás bien? —preguntó con ternura—. Este indio no quiere dañar a nuestro hijo con la pasión.

Jennifer se estremeció ante la fuerza de su dura erección contra su pierna desnuda.

—No nos hará daño. —Su voz sonó estrangulada—. Este niño es fuerte. Si lo que ha ocurrido en las últimas semanas no le ha hecho daño, nuestro amor y nuestra pasión no lo hará. —Arqueó su cuerpo contra el de él y le pasó la lengua por la línea del labio inferior—. Te deseo, Kley... Te necesito.

Él suspiró y sintió su aliento cálido y dulce en la cara.

—Mi corazón canta al oír tus palabras. —Le rozó la mejilla con la palma callosa de la mano derecha—. *Wanishish-eyun, Je-nni-fer*.

—No conozco esas palabras —susurró ella.

Él suspiró de nuevo y la abrazó, acariciándole un pecho.

—Tienes que decirme lo mismo —le ordenó mientras le acariciaba el pezón con las yemas de los dedos—. *Wanishish-eyun, Kley. Nindau sauqueau*.

—*Wanishish-eyun, Kley* —repitió ella—. *Nindau sauqueau*. —gritó de gozo ante las exquisitas sensaciones que él estaba creando en su interior—. Oh... qué bien.

Él sonrió y descendió la cabeza para tomar su pezón entre los labios, arrancándole otro gemido.

Repitió las mismas palabras que ella en su lengua y la miró a los ojos, apartándole el pelo con las manos y depositándolo sobre sus pechos como una cortina.

—Mujer inglesa con el pelo como el trigo, eres preciosa. La más guapa de cuantas ha visto este guerrero. —Le levantó un sedoso mechón y lo besó.

Jennifer se recostó contra el heno amontonado, con una rodilla flexionada y un brazo por encima de la cabeza.

—¿Y cuándo no esté preciosa? —bromeó. —Cuando mi cuerpo esté hinchado como una ballena, ¿qué pasará? ¿Me seguirás queriendo, guerrero *lenape*? ¿O buscarás a una doncella delgada y morena de ojos negros y que hable tu lengua?

Bajó la cabeza para besarle el vientre.

—Este indio no buscará a ninguna otra mujer mientras vivas. —Volvió a besarla—. Te

preocupas demasiado. Nuestro hijo te hará hermosa. Y serás hermosa para este hombre cuando tu pelo sea blanco como la arena llevada por el viento sobre una playa, y tus dientes se hayan desgastado de tanto masticar pieles de ciervo.

—¿Piel de ciervo? ¿Esperas que mastique piel de ciervo?

—En verdad, todas las buenas esposas lo hacen. Hace que la piel se ablande.

—Entonces tendrás que aprender a que te gusten las pieles duras —protestó ella.

Ambos rieron mientras él enredaba sus piernas en las suyas y besaba, una y otra vez, su boca dispuesta. Rodaron hasta que se tumbó encima de él, que tocó con la mano su ropa doblada y sus dedos se cerraron en torno al collar de Jennifer.

Sin dejar de reírse, Kley cogió las perlas y se las colocó en el pelo.

—Bonitas —dijo—. Brillan como estrellas a la luz de la luna. —Con un rápido movimiento, volvió a sujetarla al heno—. Ahora —declaró—, serás la prisionera de este indio. Soy un valiente iroqués y me resulta delicioso torturar prisioneros.

Ella soltó una risita.

—¿Delicioso? ¿Torturas llenas de lujuria?

—Te lo demostraré. —Enroscó las perlas en un círculo y las frotó por su mejilla, tocando ligeramente su piel. Luego levantó el collar y la besó donde había frotado las perlas.

Ella volvió a reírse.

—Eso no es una tortura.

Sus ojos oscuros brillaron con picardía.

—Lo será —prometió—. Espera. —Le rozó el hueco de la garganta con las perlas y luego la besó.

A Jennifer se le aceleró el pulso y enredó los dedos en su pelo.

—Creo que me gusta este tipo de tortura.

Lenta y tentadoramente, le acarició el cuerpo en pequeños círculos perezosos. Su tacto era relajante y una dulce languidez la invadió. Primero notó la sensación de frescor y suavidad de las perlas, y luego la lengua húmeda de él que calentaba su piel.

Dejó escapar un suspiro.

—¿Qué tal? —inquirió con suavidad.

—Eso también está bien —reconoció ella.

Una capa de sudor se extendió por su cuerpo cuando Kley bajó hasta sus pechos, pasó por su ombligo y acarició su vientre y sus caderas. Sus propias manos no se quedaban quietas. Se movieron por sus anchos hombros y bajaron por los ondulantes músculos de su pecho. Respiraba entrecortadamente y gimió con suavidad cuando su exquisita tortura alcanzó el vértice de sus muslos.

—¿Te rindes? —Su voz sonó ronca. Tenía el rostro tenso y los ojos llenos de pasión.

—Eres tú quien se rinde. —Jennifer le arrebató las perlas de la mano.

Cayeron de sus dedos al heno mientras ella se arqueaba de forma provocativa contra él, explorando sus delgadas nalgas con una mano y cogiendo su pezón entre los dientes para chuparlo con suavidad. Su cuerpo enrojeció de deseo mientras se retorció bajo él. Gimió de placer al frotar sus seños contra su pecho, avivando las llamas de su propio deseo, hasta que Kley rodó sobre su espalda para colocarla a horcajadas.

—Mía —espetó con suavidad.

—Ámame así —le pidió, levantando las caderas y sintiendo el apasionado empuje de su palpitante virilidad.

—Ven a mí, esposa —murmuró con voz ronca—. Únete a mí.

La llama que ardía en su interior se había convertido en un feroz dolor. Ella jadeó mientras la llenaba de amor... mientras buscaban un ritmo mutuo de dar y recibir. Se aferró a él, gritando de gozo ante la intensidad de su ardiente deseo que alcanzaba su punto álgido.

Jennifer se sintió como si estuvieran atrapados en una gran ola que subía y subía... hasta que por fin cayeron juntos a las profundidades del mar frío y oscuro.

Durante lo que le pareció una eternidad, flotó sin ser consciente del tiempo ni del lugar. Entonces sintió los labios de Kley contra los suyos y suspiró satisfecha.

—¿Será siempre así entre nosotros? —le preguntó.

Él se echó a reír.

—Tal vez. Quizá sea mejor.

Ella y apoyó la cabeza en su pecho.

—Abrázame —susurró—. Abrázame.

Durmieron y despertaron para volver a amarse. Y cuando los primeros rayos del alba teñían el desván de rojo y dorado, Kley se levantó de su sitio junto a ella y buscó en el heno el collar de perlas.

—¿Qué haces? —preguntó Jennifer somnolienta.

—Buscando tus perlas.

Se frotó los ojos y se incorporó.

—¿Mis perlas?

—Aquí están. —Él se las mostró—. Dices que los ingleses atesoran estas perlas.

—Sí, pero...

—¿La tribu llamada irlandesa también las valora?

—Por supuesto, pero por qué...

—Este hombre, Sean y su esposa, cruzan el mar. ¿Es cierto?

—Sí. Ya has oído Adele. Han firmado como sirvientes contratados. Un barco los llevará a Virginia y allí trabajarán para los ingleses hasta que se les acabe el tiempo.

—¿Sus nombres están escritos en un libro inglés?

—Sí.

—Si intentamos ir en barco, los hombres escribirán nuestros nombres y los hombres de Arthur nos capturarán, ¿es cierto?

Jennifer asintió.

—Por supuesto, pero...

Kley se sentó sobre sus talones y sonrió.

—Los ingleses nunca miran a la cara a los criados. Son sirvientes, como dirían algunos, «bestias para trabajar».

Jennifer tiró de la manta alrededor de sus pechos, ruborizándose al recordar lo que había pasado entre ellos por la noche.

—No entiendo qué...

—Escucha, mujer. Siempre hablas, hablas y no escuchas. Este Sean y su mujer Maureen, van a Virginia porque son pobres. ¿verdad?

—Sí. Sean no tiene oficio y hay muchos hombres buscando trabajo.

Se puso una camisa de mangas largas por la cabeza.

—Entonces les damos tus perlas y ocupamos sus puestos en ese barco que navega hacia el oeste, a mi tierra. Nadie nos mira a la cara cuando subimos a bordo. Seremos sirvientes irlandeses, ¿sí?

Jennifer dejó caer la manta y lo miró sorprendida.

—Podría funcionar. Sí. Podría... al menos es una posibilidad. —Le echó los brazos al cuello y rodaron una y otra vez sobre el heno.

—¿Crees que soy un buen irlandés? preguntó Kley mientras le cubría la cara de besos.

Ella se echó a reír.

—No. Pero podrías pasar por uno si consigo que no hables. —Le revolvió el pelo corto—. Y hasta que te crezca, estarás a salvo de las partidas de guerra de los iroqueses.

—Uhm. —Hizo una mueca—. Un guerrero debe hacer sacrificios.

Ella lo abrazó con fuerza y su expresión se volvió seria.

—Si llegamos a América, aún estaremos en peligro —le explicó—. Seremos sirvientes comprados. Esclavos, es la verdadera palabra, y esperarán que trabajemos muchos años en los trabajos más duros.

Los ojos oscuros de Kley brillaron.

—Muéstrame las costas de mi tierra al llegar —le pidió él en voz baja—. Cuando lleguemos, este indio tratará con los ingleses. Nuestra hija debe nacer libre. La envolveré en una piel de oso y la llevaré hasta el mar al amanecer.

—¿Una hija? ¿Y si es un niño?

Kley se echó a reír.

—Está bien. Una piel de oso bastará para un guerrero *Lenni-Lenape*. Pero no elijas un nombre. Ese honor le corresponde a *Cocumtha*. Ella pedirá una bendición para nuestro hijo. Ella

elegirá cómo se llamará el pequeño.

Jennifer se quedó pensativa.

—Si aún vive. Ten en cuenta que es una anciana, Kley. Puede que haya muerto mientras no estábamos.

Él negó con la cabeza.

—No, *Cocumtha* vive. Vive para acunar a nuestro hijo, tuyo y mío. —Suspiró—. Una cosa me preocupa.

Los ojos verdes de Jennifer se agrandaron.

—¿Qué cosa?

—Supón que mi hijo tiene los ojos verdes como un gato en vez de los marrones que le corresponden. Sería una gran desgracia.

—¡Tú! —Agarrando un puñado de heno, se lo metió por delante de la camisa. Kley tuvo que quitarse tanto la camisa como los calzones para deshacerse del heno, y en el proceso, Jennifer perdió su manta.

El sol estaba en lo alto cuando regresaron a la habitación de Sean para reunirse con los demás.



Era media mañana cuando Jennifer pudo explicar su plan a Sean, Maureen, Robert y Adele.

—Te daré una carta de propiedad —le dijo Jennifer a Sean—. Si llevas las perlas a mi administrador, Micah Levinson, en Londres, él las venderá y te dará un precio justo. Luego, si aún queréis ir al Nuevo Mundo, podréis ir como terratenientes, no como siervos.

—Eso significaría que violaríamos la ley —respondió Sean lentamente. Miró a su mujer—. Pero también significaría la diferencia entre la pobreza y la riqueza. ¿Qué dices, Maureen?

—Yo, prefiero volver a casa, a Connaugh, y vivir como dueños de unas tierras que cruzar el mar para que me coman las fieras y cargar orinales para los ingleses. —Tímidamente, cogió la mano de Sean—. Acepta el collar, amor mío, quiero volver a ver a mi abuelo antes de morir.

—¿Sabe lo que hace, Lizzy? —le preguntó Adele—. Si ocupa el lugar de Maureen, no hay vuelta atrás. Dejará su identidad aquí y todo lo que significa para convertirse en gente común.

—Entre los *Lenni-Lenape* no hay gente común —intervino Kley—. *Je-nni-fer* será una mujer libre.

—¿Abandonaría todo, milady? —insistió Adele, volviendo a tratarla como su señora—. Esté segura, es todo lo que digo.

—Lo que es seguro es que lord Hayward hará que los asesinen si se quedan en Inglaterra —aseveró Robert—. Si intentan comprar pasaje, alguien marcará sus nombres y los denunciará al conde para obtener la recompensa. No vivirán para navegar como pasajeros de pago, lo juro.

Robert había vendido los dos caballos restantes y ofreció el dinero a Jennifer. Ella se negó,

diciendo que la plata era poca recompensa por lo que él había hecho para ayudarlos.

—No tengo medios para comprar el pasaje, aparte de las perlas —advirtió Jennifer. —Si intento venderlas en Bristol, nos descubrirán y no tendré tiempo de buscar a Micah.

—Tenéis otros medios —dijo Adele. Se acercó a una estantería y sacó una pequeña lata ennegrecida—. Esto es suyo, milady. —Vertió el contenido en sus manos—. Es su collar de esmeraldas. Lo robé cuando milord me pidió sus joyas. —Se sonrojó hasta la raíz de su oscuro cabello—. Creía que usted estaba muerta y temí que me despidieran sin nada por mis años de servicio. Nunca lo habría robado si hubiera sabido que estaba viva, pero... —Le temblaron los hombros y empezó a llorar.

Kley cogió el collar de la mano de Jennifer y lo sostuvo a la luz del sol que entraba por una ventana abierta.

—¿Esto también es de gran valor? —Jennifer asintió—. De utilidad para los ingleses, pero poco entre mi gente. Mejor tenemos anzuelos de latón.

—Estoy de acuerdo. —Ella se encontró con la mirada firme de Kley y luego giró la cara hacia Adele.

Kley puso el collar de oro y esmeraldas en manos de la joven doncella.

—Haremos un trueque —sugirió—. Queremos buenos anzuelos ingleses, agujas e hilo. —Sonrió a Robert—. ¿Es suficiente este collar para comprar una panadería?

Jennifer parecía desconcertada.

—¿Una panadería?

—Robert me dice que toma a Adele como esposa —explicó Kley—. Dice que no volverá a ser lacayo. Quiere hacer pan y venderlo a otros.

—Pero no puedo aceptarlo —se lamentó Adele—. He robado... y...

—Yo diría que mi collar pude comprar una panadería y un molino para moler la harina —aseguró Jennifer. Se levantó y se colocó junto a Kley—. Me has servido fielmente durante muchos años, Adele.

—¡Y también le he mentado! —resopló con fuerza—. Maureen nunca estuvo enferma cuando no vine quise con usted en el Blue Siren. No fui porque tenía miedo de navegar a las Colonias. —Se limpió la nariz con el dorso de la mano—. No merezco...

—Probablemente no —convino Jennifer—, pero como soy tu señora y tú mi doncella, tendrás que aceptar mi regalo. Toma las esmeraldas y cómprale a Robert la panadería que quiere. Es un buen hombre, Adele. No puedo pensar en otras personas que merezcan ser felices.

—Podría venir con nosotros de regreso a Irlanda —sugirió Sean—. Es una tierra justa, Robert. No hay muchos ingleses.

—¿Olvidas que es inglés? —preguntó Maureen.

—Intento pasarlo por alto —respondió Sean con una sonrisa.

—¿Entonces harás lo que te pedimos? —Jennifer puso la mano en el brazo de Sean—. ¿Nos dejarás ocupar vuestros puestos en el barco?

—Sí —aceptó él—. Lo haremos. El Portsmouth Maid zarpará dentro de una semana con un

cargamento de sirvientes de la colonia de Virginia. Un amigo mío, Patrickny Dooley, y su hermana viajan en él. Creo que la ayudarán si lo necesita. Y que Dios la acompañe, señora. Necesitaréis su bendición para hacer un viaje seguro sin ser descubiertos.

—Tendrá nuestras oraciones, milady —le aseguró Adele—. Nunca la olvidaré.

Empezó a llorar de nuevo.

—No llores por mí —le pidió ella mientras cogía la mano de Kley—. No dejo atrás nada que me importe, excepto a mis amigos.

—Pero es un lugar agreste —protestó la doncella—. Lleno de salvajes y osos.

Jennifer apretó la mano de Kley.

—Es cierto —asintió—, pero cada vez me gustan más los salvajes.



La costa de Virginia

agosto de 1665

El velero Portsmouth Maid, a noventa y dos días de Bristol, descansaba frente a los cabos de Virginia esperando que un viento del este lo llevara a salvo a la bahía de Chesapeake. A pesar de las calmas intempestivas y de una fuerte tormenta frente a Hatteras, el barco había realizado lo que su capitán consideraba un viaje afortunado. Solo veintiuno de sus ciento diez pasajeros habían muerto por enfermedad o desgracia. Todos, menos dos de ellos, eran sirvientes contratados.

Durante días, el capitán había esperado a pocas leguas de tierra a que cambiaran los vientos dominantes del oeste. El calor de agosto era agobiante bajo cubierta y temía que más siervos y siervas enfermaran y murieran si no llegaban pronto a tierra. Desesperado, había ordenado que se permitiera a los sirvientes subir a cubierta durante unas horas para bañarse en cubos de agua de mar y beneficiarse del ligero movimiento del aire.

Entre los que subieron por las escalerillas para salir de la bodega había un pequeño grupo de irlandeses, entre ellos un hombre y su esposa que figuraban en la lista del barco como Sean y Maureen Cleary. Ella estaba muy embarazada, al igual que varias de las demás sirvientas a bordo, y su marido se mostró especialmente protector con ella cuando subieron a cubierta. Se detuvo un momento junto a la barandilla y miró hacia el este, hacia la tenue línea de árboles.

—Sí —gritó un marinero—. Allí está la colonia de Virginia. Roguemos a Dios que podamos llegar a ella.

Los irlandeses se mantuvieron alejados de los sirvientes ingleses. Se reunieron en un nudo en la popa del barco y hablaron entre ellos en su gaélico nativo. Los Cleary no hablaban en absoluto, pero nadie pareció darse cuenta, y nadie vio el pequeño fardo de piel de anguila que Sean Cleary escondía dentro de un rollo de cuerda.

Al cabo de unas horas, el capitán ordenó que los sirvientes regresaran a sus camarotes bajo

cubierta. El viento empezaba a cambiar y él tenía esperanzas de llegar a la boca de la bahía antes de medianoche.

Dos horas antes, Kley y Jennifer subieron silenciosamente por la escalerilla hacia la cubierta.

—¿Estás seguro de que es seguro intentarlo ahora? —susurró ella.

—No, pero no es seguro esperar más. —La cogió del brazo y la ayudó a subir los últimos peldaños—. Los irlandeses nos han escondido del resto de la gente del barco, pero en la ciudad inglesa me descubrirían. Ningún hombre volverá a ponerle grilletes a Shaakhan Kihittuun. —Una luna creciente iluminaba la cubierta en patrones irregulares. Las nubes se cernían sobre la tierra, que estaba demasiado lejos para que Jennifer pudiera verla en la oscuridad. El aire era cálido y húmedo; a lo lejos, hacia el sur, oyó retumbar un trueno.

—¿Estás seguro que sabes por dónde está la orilla?

—Seguro. —Kley la cogió de la mano con fuerza mientras se dirigían a la popa del barco, donde había dejado el pequeño fardo con sus provisiones de anzuelos, agujas e hilo, y su cuchillo.

Se detuvieron y permanecieron inmóviles a la sombra del mástil cuando un marinero pasó lo bastante cerca como para que Jennifer pudiera oler el ron de su aliento.

—Tengo miedo — admitió ella.

—¿Quieres volver?

—No.

—Bien. —Llegaron al rollo de cuerda y Kley se quitó la ropa y se ató el fardo de piel de anguila al cuello—. Ahora tú —la animó—. Rápido.

Con los dientes castañeteando del susto, Jennifer se desabrochó la falda y salió de ella. Después se quitó la blusa, los zapatos, las medias y el corsé. Cuando solo llevaba una fina camisa de lino, Kley le indicó que se acercara a la barandilla y arrojó toda su ropa por la borda.

—¿Por qué? —susurró ella.

—No dejamos ningún rastro que pueda seguir el capitán inglés. —La estrechó entre sus brazos y la besó—. Aguanta la respiración —le advirtió.

—De acuerdo.

Antes de que ella pudiera protestar, la levantó por encima de la barandilla y la arrojó al mar. Jennifer golpeó el agua fría con un chapoteo y se sumergió. Salió al exterior y empezó a nadar mientras Kley salía a la superficie a su lado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, sí, estoy bien.

—Entonces agárrate a mi espalda y nademos. —La luz de la luna brillaba en su rostro risueño—. Deseo quitarme para siempre de la piel el olor de este barco inglés.

Jennifer se aferró a Kley mientras él nadaba con potentes brazadas alejándose del barco que se movía lentamente. No dejaba de mirar hacia atrás por encima del hombro para ver si alguien había oído los chapoteos y descubierto su huida, pero no vio más señal de movimiento.

que los marineros en sus tareas habituales.

Poco a poco, el barco se hizo más pequeño en la distancia y, hacia el este, pudo distinguir una línea oscura que sabía que era la playa.

—Debo de estar loca —confesó—. No tengo nada, ni siquiera un zapato para mi pie o una cuna para nuestro hijo.

Él se echó a reír.

—La mujer que quiere poco es más feliz que la que tiene mucho. ¿Eres feliz, *Je-nni-fer*?

—Sí. Muy, muy feliz.

Kley se dio la vuelta en el agua y volvió a tomarla en sus brazos.

—Haré mocasines para tus pies, *ki-te-hi*, y una cuna para que duerma nuestro pequeño.

—¿Pero quién masticará las pieles para hacer su manta?

—Eso, mi *keequa*, debemos negociarlo.

La besó de nuevo y giraron hacia el este, hacia el hogar y un nuevo comienzo.

Epílogo

Julio de 1672

Jennifer estaba sentada en la arena, con los pies descalzos en el oleaje fresco y espumoso, y observaba cómo Kley clavaba arpones en el agua que le llegaba hasta el pecho. Detrás de ella, a la sombra de los pinos y robles, unos niños de piel cobriza corrían y reían junto a media docena de *wigwams* de verano. A pocos metros, un descarado charrán patinegro se posaba en la proa de la piragua inacabada de Kley y la miraba con curiosidad.

En la playa, una amiga de Jennifer, Dame Equiwa que significaba: Mujer de Maíz, salía del agua azul verdosa con una cesta de almejas. Solo llevaba una falda corta de piel, se detuvo con el recipiente en la cadera y la saludó afectuosamente.

Jennifer sonrió.

—Buena pesca.

—Únete a nosotros para la cena —le dijo la mujer. Se apartó una pesada trenza mojada de la cara en forma de corazón y añadió—: Haré pasteles de bayas para acompañar la sopa de almejas.

Jennifer asintió y se levantó, sumergiéndose en el agua que se arremolinaba suavemente hasta las rodillas. Kley se acercó a ella con una gran trucha retorciéndose en el extremo de su lanza. Las gotas de agua de mar brillaban como diamantes contra las escamas iridiscentes del pez.

—¿Serán suficientes dos? —inquirió Kley.

—¿Qué? ¿No te oigo? —Jennifer se protegió los ojos del sol con una mano bronceada.

Su corazón se estremeció como el de una adolescente mientras lo miraba, contemplando los músculos acordonados que ondulaban bajo la superficie bronceada de su piel, el vientre plano y duro sobre el corto taparrabos de cuero, los muslos nervudos y elegantes. Era su marido, y se preguntó, ¿a qué mujer casada y decente se le agitaba el estómago cada vez que miraba al padre de sus hijos?

A unos metros, detrás de Kley, rompió el oleaje y las olas se precipitaron hacia la playa para volver a romperse. Las gaviotas revoloteaban y se lanzaban en picado, añadiendo sus estridentes gritos a las voces de los niños y las olas rompientes.

Se acercó.

—¿Serán suficientes dos peces? Este es más pequeño que... —Se interrumpió cuando Jennifer centró su atención en la niña de la pequeña piragua, que remaba a tiro de flecha más allá

de las rompientes.

Kley pasó un brazo reconfortante alrededor del hombro de su esposa.

—No te preocupes —le dijo en inglés—. Mírala. Está tan a gusto en el mar como ellos. — Se echó a reír cuando la pequeña se puso de pie, se balanceó con gracia en la piragua de tamaño infantil y luego lanzó su cuerpo ágil y color miel sobre el lomo de un delfín. Las cabezas y aletas de otros dos delfines aparecieron en el otro extremo de la piragua: un enorme macho y un bebé.

Jennifer jadeó. Por muchas veces que hubiera visto a su hija montar en el delfín hembra, Jennifer nunca había perdido el miedo por la niña.

Él la tranquilizó con una mirada. Su hija no dejaba de reír y se aferraba a la aleta dorsal del delfín, mientras la majestuosa criatura salía del agua y patinaba por encima de las olas.

El delfín dio un último bote y se zambulló suavemente. La cabeza de la niña desapareció bajo el agua y a Jennifer le dio un vuelco el corazón. Entonces apareció la coronilla oscura de su hija, seguida de una carita extasiada. Su risa llegó hasta sus orgullosos padres mientras nadaba de vuelta al foso con brazadas seguras y sin esfuerzo.

El delfín macho más grande la acarició suavemente mientras subía al bote. Risueña, la niña recogió un pez del fondo de la embarcación y se lo lanzó a su salvador.

—¡*Mar'ee!* —llamó Kley. Hizo un gesto a la niña—. Ya está bien de jugar. Es hora de que entres y ayudes a tu madre.

—*Nukuaa* —suplicó ella—. Por favor, padre. Solo un poco más. El delfín bebé casi come de mi mano.

—¡Ahora, Mary! —insistió Jennifer.

De mala gana, la niña agitó una paleta en señal de asentimiento.

—Está bien, ya voy.

—La mimas muchísimo —replicó a Kley mientras regresaban a la playa—. Ninguna niña inglesa se atrevería a estar tan familiarizada con su padre.

—A ningún niño se le malcría por amor —replicó él—. Nuestro pueblo siempre ha educado así a los niños. Son un regalo del Hacedor.

Arrancó la trucha de su larga lanza de púas y lavó con cuidado la sangre.

Un niño desnudo de cuatro años, el mayor de Dame Equiwa, corrió hacia ellos con impaciencia.

—Yo llevaré tu lanza, tío —ceceó en algonquiano—. Tendré cuidado, lo prometo.

—¿En inglés? —preguntó Jennifer—. ¿Puedes decirlo en inglés?

Hacía tiempo que había renunciado a intentar clasificar a los parientes y miembros del clan de Kley, y aceptaba el hecho de que la mayoría de los niños de la tribu los llamaran tío y tía por respeto, si no por parentesco de sangre.

El rostro redondo de Konueek se torció por el esfuerzo.

—*Me car-ray* flecha de pescado. *Pl- eashe!*

Kley y Jennifer se rieron.

—Muy bien—, dijo Jennifer mientras Kley le entregaba al muchacho su lanza. —Mantén la punta alejada de ti y camina, no corras.

—Tus lecciones están surtiendo efecto —dijo Kley mientras el niño caminaba delante de ellos llevando la larga lanza de madera como un trofeo—. Pronto, los niños de nuestra tribu hablarán inglés casi tan bien como yo.

Dirigió sus ojos hacia él.

—Es lo que más me gusta de ti, Kley, tu modestia. Espero que aprendan a hablar mejor que tú. Entonces les enseñaré a leer y a escribir. No podemos dejar que Mary y su hermano crezcan ignorantes, ¿verdad?

—Harías de todos ellos ingleses e inglesas —se burló en su propia lengua. Otros niños vinieron a llevar el pescado a la *wigwam* de Jennifer y Kley, y él tomó la mano de su esposa y la atrajo a la sombra de un extenso roble—. Está bien que les enseñes. Algunas personas no quieren que sus hijos aprendan las extrañas costumbres inglesas, pero el conocimiento es bueno. Nos hace fuertes. Se acerca rápidamente el momento en que nuestro modo de vida se verá desafiado por la llegada del hombre blanco. Debemos cambiar o dejaremos de existir.

Jennifer miró hacia la playa, donde su hija llevaba su piragua a través de las olas hasta la arena. Su pelo, negro y brillante como el ala de un cuervo, colgaba suelto en una cortina de seda hasta su estrecha cintura. El pequeño cuerpo de Mary era tan esbelto y musculoso como el de un niño; sus robustas piernas, bajo la falda tejida, eran fuertes de tanto correr y trepar. Sus pequeñas manos eran igual de hábiles para tensar la cuerda de un arco o desollar un conejo. Pero ningún chico tenía unos ojos tan grandes y expresivos bajo unas cejas oscuras y perfectas, unos ojos tan verdes como el mar de Dover: los ojos de un Rawlyn.

Jennifer parpadeó para disimular la humedad que se acumulaba en sus propios ojos mientras miraba a su hija.

—¿Qué será del mundo para ella? —se preguntó, tanto para sí misma como para Kley—. ¿Adónde pertenece?

—Donde ella quiera —respondió él—. Yo le enseñaré nuestras costumbres y tú le enseñarás su herencia inglesa. Mar'ee encontrará su propio camino y lo recorrerá con la misma ligereza con la que la niebla roza el mar. —Estrechó a Jennifer contra él—. ¿Te arrepientes? ¿Tomaste la decisión equivocada cuando me seguiste a esta tierra?

Ella se arremolinó en sus brazos y lo abrazó con fuerza.

—¡Nunca! Nunca. Tu gente me ha dado una felicidad... una paz que no sabía que existía.

—*Je-nni-fer!* —la llamó la mujer Equiwa que caminaba hacia ellos con una cuna decorada en sus brazos—. Tu pequeño guerrero se ha despertado —explicó con buen humor—. Está lloriqueando por lo que solo tú puedes darle.

Jennifer cogió al bebé y empezó a susurrarle palabras cariñosas mientras lo sacaba de la cuna acolchada.

—Creo que su pelo va a ser mucho más claro que el de Mary —comentó a su marido—. Sin embargo, sus ojos son cada día más marrones.

Kley le quitó a su hijo de dos semanas con suavidad y lo acurrucó contra su pecho.

—Color de ojos apropiado para un hombre —bromeó—. Ojos humanos.

El bebé gimoteó, miró con atención a su madre y sonrió.

—Ya es hora de que tengas un nombre —le dijo Jennifer.

—No sé por qué...

—¡Cocumtha! —Mary chilló de alegría al ver a la abuela—. ¡Ya viene! Viene Cocumtha!

Jennifer rodeó a Kley para mirar hacia la playa. Mary ya guiaba a un grupo de niños gritones hacia la procesión de hombres y mujeres que se acercaba. Colgada de un robusto poste entre dos portadores se acercaba la silla de cuero que solo podía contener a la indomable abuela de Kley, la señora Virginia Dare.

—Te dije que Cocumtha podía oler un festín a días de distancia —observó Kley—. Ha venido a compartir nuestra alegría por este hijo y a darle un nombre.

—Bueno, será mejor que no decida llamarlo Steven Raleigh, o Ananías, como su padre.

Kley se echó a reír.

—¿Prefieres *Mikoppoki-naakun* o *Kuikuenkuikiilat*?

—¿Rana? Lo harías, ¿verdad? Le pondrías Rana a tu primogénito solo para fastidiarme —protestó, aunque sabía que su hijo tendría un nombre indio de bebé, un nombre secreto y, más tarde, un nombre que se ganaría y con el que viviría de adulto. Estaba segura de que la señora Dare elegiría un nombre inglés apropiado para el bebé para complacer a su nieta por matrimonio—. Yo estaba pensando más en Henry, o tal vez Arthur. Henry Dare suena bien.

—*Aiiee*. ¿Qué significan esos nombres ingleses? Suenan como pies descalzos golpeando el barro. —Besó la parte superior de la cabeza del niño y se lo entregó a su madre. El bebé, de ojos brillantes, se chupaba los dedos con avidez—. Dale de comer —le pidió—. Necesita fuerzas para una jornada de nombres.

—Supongo que no le sugeriste ningún nombre a tu abuela la última vez que la vimos. —Ella acurrucó al pequeño contra su pecho para amamantarlo. Todos los habitantes del pueblo habían corrido a la playa a recibir a sus invitados, y ella, Kley y el bebé estaban solos—. Bonitos nombres, imagino.

—¿Bonitos? —se burló él—. ¿Bonitos para un guerrero? —Lo miró con ojos cariñosos—. Quizá mencioné que tu padre se llamaba Frederick.

Ella alzó sus ojos a los de él.

—Lo quería mucho, pero no le pondría a nuestro hijo el nombre de alguien tan duro. Si pudiera elegir, se llamaría Nash.

—¿Qué significa este... este Nash?

—Fue el primer hombre que mi Dios creó.

—¿Era un buen hombre?

—Creo que todos los hombres y mujeres brotan de sus entrañas.

—Nash. Nash Dare. —Kley frunció los labios y asintió lentamente—. Sí, suena como una flecha que da en el blanco. Un buen nombre. Puede que Cocumtha elija este nombre Nash. —Sonrió a ella y a su hijo—. De hecho, *Je-nni-fer* mía, te apuesto una olla de cobre nueva por él.

—¿Y de dónde sacarías una olla de cobre?

Él sonrió.

—Siempre, una mujer pregunta, cuestiona a un hombre cuando le trae regalos. Una mujer debe decir «Gracias» a su marido y estar agradecida.

Con rapidez, sacó una bolsa de cuero de la cuna y extrajo un hermoso collar de cuentas de plata y turquesa. Sus manos temblaron cuando se lo ajustó al cuello.

—Oh, Kley —gritó ella—. Es precioso. Pero ¿dónde...?

Él dio un paso atrás para ver cómo el collar adornaba su suave garganta.

—Intercambiaste tus joyas para traernos a casa. Su voz sonó ronca en su lengua—. Esta noche recibirás muchos regalos de nuestros amigos y parientes en honor de tu nuevo hijo. Habrá un banquete y baile, todos compartirán nuestra alegría. Pero este indio es egoísta. Quiere ver solo tus ojos cuando te da esto.

Jennifer tocó una tras otra las brillantes piedras azules.

—Nunca he visto nada igual. Pero nuestra tribu no...

—No, nuestra gente no. El collar viene de muy lejos, del sur, de la tierra del sol poniente. Estas piedras se dice que son trozos del cielo. —Señaló una de las turquesas.

—¿Qué has cambiado por algo tan bonito?

—*Wampum*. Las cuentas de concha de mi pueblo. En la tierra del oeste, nuestras cosas son preciosas. Se intercambian de mano en mano. Cuando vi esto, supe que debía ser para mi esposa.

El bebé gorgoteó y Jennifer lo cambió de pecho. Levantó los ojos hacia Kley.

—Te quiero y me encanta tu regalo. Lo llevaré siempre.

Él se inclinó y rozó sus labios tiernamente con los suyos.

—Este indio te ama, *Je-nni-fer* —murmuró—. Desde que te saqué del océano estamos unidos. —Se apartó y sus ojos buscaron los de ella—. ¿Estás contenta, *ki-te-hi*, de verdad?

Ella se echó a reír y el brillo de sus ojos le dijo todo lo que su corazón quería saber.